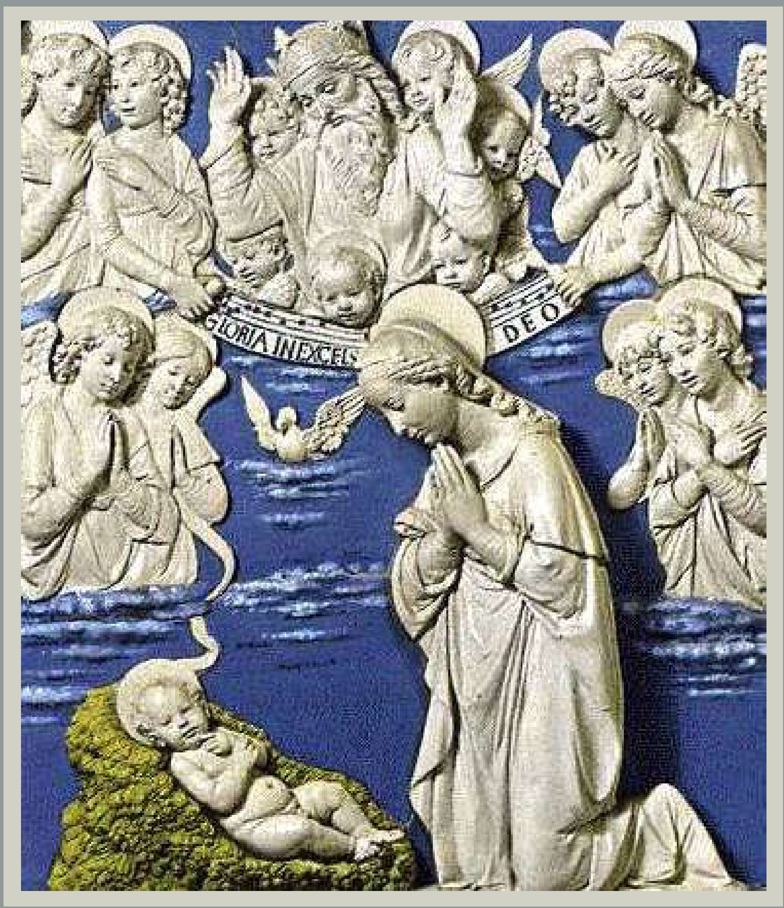
GLADIUS

Gladius Spiritus Quod Est Verbum Dei



Estado totalitario mundial
y perversión del lenguaje

Rafael L. Breide Obeid

73

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO CATÓLICO

GLADIUS



73

I N D I C E



ISBN 978-987-659-002-0
9 789876 590020

GLADIUS

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO CATÓLICO

73



INDICE

GLADIUS

Año 27 / Nº 73
Navidad 2008

Director
Rafael Luis Breide Obeid

Fundación Gladius
R. Breide Obeid, M. Breide Obeid, P. Rodríguez Barnes, E. Rodríguez Barnes, J. Ferro, E. Zancaner, Z. Obeid

Del exterior
Ennio Innocenti, Thomas Molnar

Colaboran en este número
Jorge N. Ferro, Patricio H. Randle, Ricardo Bernotas, Eduardo B. M. Allegri

ILUSTRACIÓN DE TAPA
Natale
Andrea della Robbia, ca. 1500

La compra de las obras del fondo editorial y las suscripciones se pueden efectuar mediante cheques y/o giros contra plaza Buenos Aires, a la orden de **Fundación Gladius, C. C. 376 (1000) Correo Central, Buenos Aires, República Argentina**

Para correspondencia o envío de artículos o recensiones dirigirse a la Fundación Gladius
tel. 4803-7616
fundaciongladius@fibertel.com.ar

Estado totalitario mundial y perversión del lenguaje / Rafael Luis Breide Obeid... [et al.]; compilado por Rafael Breide Obeid
1ª ed. - Buenos Aires: Gladius, 2008
184 p.; 23 x 15 cm.
ISBN 978-987-659-002-0
1. Filosofía. I. Breide Obeid, Rafael Luis. II. Breide Obeid, Rafael, comp. CDD 190

Fecha de catalogación: 23-12-2008

ISBN 978-987-659-002-0

Impreso por Editorial Baraga
del Centro Misional Baraga
Colón 2544, Lanús Oeste,
Buenos Aires, República Argentina

Diciembre de 2008

Editorial

Estado totalitario mundial y perversión del lenguaje

El lenguaje humano es una de las cosas que nos hace ser *imagen de Dios;* el verbo humano es reflejo del Verbo Divino. La palabra de Dios constituye las cosas. Las cosas existen porque Dios las pronuncia. Y la palabra humana las descubre, simplemente.

Si alguien señala con el dedo los objetos sobre la mesa y un espectador se da cuenta de que quiere algo y le pregunta: "¿qué quiere?, ¿quiere la bandeja?, ¿quiere un libro?", no ha pronunciado la palabra. *Cuando pronuncia la palabra, lleva al que está escuchando a la cosa.* Mientras tanto saben que quiere algo, pero no saben qué es lo que quiere. Las palabras nos llevan a las cosas, nos hacen descubrir las cosas, pero las cosas están ahí porque Dios las pronuncia, no porque nosotros las conocemos. También en el plano de la visión: las cosas son como nosotros las vemos, pero las cosas son porque Dios las ve. Si Dios no las ve, las cosas no son; y si Dios no las pronuncia, no existen.

De modo que nuestra palabra las descubre. Podríamos, a modo de preámbulo, referirnos al objeto de la ciencia. El objeto de la ciencia no es la cosa *cosísticamente tomada*, ni una idea equiparada a la cosa, *sino el pensamiento divino escrito en la cosa*. Por tanto, todas las cosas de la naturaleza siempre las entendemos entre dos inteligencias, la que la constituye y la que las descubre. Un libro es un diálogo entre dos inteligencias, la del que lo escribió y la del lector que va descubriendo. Y tiene que ser fiel para tratar de interpretar lo que ha descubierto. Una partitura musical de Beethoven, que va a ser tocada por un pianista, está entre dos inteligencias y entre dos sensibilidades, la del músico que la produjo y la del pianista que la reconstruye. *Y el objeto no es la cosa, sino la Inteligencia que está íntimamente y detrás de la cosa.*

Hay que considerar tres órdenes, que son distintos pero están conectados. El orden de las palabras, que podemos llamar el *orden gramatical*. El orden del pensamiento, que podríamos llamar el *orden lógico*. Y el orden de las cosas, que podríamos llamar el *orden ontológico*. *Para que haya verdad en el discurso, la palabra tiene que coincidir con lo que se piensa y el pensamiento con la realidad.* Si el pensamiento no coincide con la realidad, se equivoca. Y si la palabra no coincide con lo que se piensa, se miente; o se equivoca, o no se sabe expresar bien lo que se ha pensado. No es exacto el paso de un orden a otro, pero depende el uno del otro. No se puede hablar sin pensar; hay una relación entre palabra y pensamiento, *y no se puede pensar bien al margen de la realidad.*

Entonces hay como cuatro males de la mente, que se pueden proyectar, a la expresión: la *ignorancia*, que es no saber; el *error*, que es tener un conocimiento equivocado (no coincide lo que se piensa con la realidad); la *mentira*, que es poner una mala intención en el error; y la *confusión*, que es la mezcla de ignorancia, de error y de mentira. Estos dos últimos, mentira y confusión, vienen del diablo; los demás son meramente humanos: ignorar y equivocarse. *Pero en la mentira siempre hay en semilla un homicidio o un acto destructivo*. Ahí es cuando la palabra quiere volverse una mala eficacia hacia la cosa que designa. La mentira tiene un efecto destructivo respecto de la cosa que señala.

La palabra tiene en su aspecto semántico tres valores: Conecta al sujeto que la expresa a otro que escucha y a la cosa. Decimos la palabra "vaso", y quedan conectados tres: *el hablante, el escuchante y el vaso*. Esos tres aspectos son distintos y hay tres caras del signo.

Respecto del que habla, el signo es un síntoma de su estado de ánimo. Respecto de la cosa señalada, es un símbolo, simboliza la cosa. Y respecto del que escucha, el mismo signo es una señal. Y hay tres significados distintos, el significado subjetivo, que mira el estado de ánimo del sujeto, que puede provenir de la vida intelectiva, la volitiva o la emotiva; el significado objetivo, que remite a la cosa; y el significado comunicativo, que es una señal para los demás.

Ahora habría que preguntarse si hay un lenguaje animal, si los animales tienen lenguaje, si se comunican y si conocen –y hasta dónde conocen. Por ejemplo, un perro conoce a su amo y desconoce a un enemigo y lo ataca; hace señas, mueve la cola, sabemos que está contento, se queja, sabemos que está triste o lastimado. ¿Qué es este lenguaje de los animales, si lo comparamos con el del hombre? ¿Se pue-

de llamar *lenguaje*? ¿Son palabras esos signos que emite, o son simples voces? ¿Qué es lo que le falta, de estos tres valores, para ser una palabra humana? *Lo que falta es la referencia al objeto, el valor simbólico.*

Un mono ve venir una pantera y emite un chillido de horror, y todos los monos salen disparando. Otro día viene un tigre y chilla de terror, y salen corriendo los monos para todos lados. ¿Qué transmite? Una señal al grupo de que hay que huir, y transmite un estado de ánimo de terror, pero no puede adjudicar un sonido distinto para el tigre y otro para la pantera, sino ya tendría una palabra. *Su voz no tiene valor simbólico.*

¿Hay signos nuestros equiparables a ese lenguaje de los animales? Sí, las interjecciones. Si se dice "¡ufa!", el estado de ánimo es de hartazgo; "¡oh!" es admiración; "¡ay!" es dolor. Pero no se sabe qué es lo que causó la interjección. Si digo ¡"oh, qué hermoso cuadro"!, ahí ya es una palabra, porque saben que me admiro del cuadro.

Una palabra humana se puede degradar a una mera interjección cuando se le quita el valor simbólico, que es el medio de conectarse con las cosas. Entonces sirve sólo como señal. La manipulación de la gente a través del lenguaje es lograr vaciar a las palabras de su contenido simbólico, lograr que no nos lleven a las cosas, pero sí que transmitan un significado emotivo, que sea una señal de placer o de displacer.

Decía el gran masón Bonneville, en *El espíritu de la Religión*: "El primer paso para comenzar las revoluciones universales, es aprender de la naturaleza el arte de bautizar con nombres mágicos y circulares y abstractos a los hombres y a las cosas".

Lo que nos interesa a nosotros es saber cuáles son estas palabras mágicas, cómo se fabrican estas palabras mágicas. Son como el canto del flautista de Hamelin; el viejo cuento de un flautista que encanta a las ratas con su música, las lleva al río y las ahoga. Estas palabras son para manejar al mundo, así como un rebaño de ratas, y llevarlo detrás del encanto de esa música, pero sin contenido. *Sin contenido objetivo, real*.

Por tanto, una palabra nos vincula con el pensamiento; y el pensamiento, la idea, con la cosa; y la cosa nos vincula con el pensamiento divino, que está en la cosa.

La palabra mágica *quiere desvincular a la palabra de la idea, y a la idea de la cosa, y a la cosa del arquetipo divino que está en ella.* En este sentido son palabras *abstractas*, no en el sentido común de *abstrac-*

ción; abstractizar es darle un corte al lado simbólico, para que la palabra no pueda llevar al tipo divino.

Remotamente, la cábala intentó construir un nuevo mundo con palabras. Se pueden construir mundos con palabras; las palabras principales para construir mundos, o para destruirlos, son las musicales. El gigante Anfión levantó los muros de Tebas con un arpa; el Mago Merlín construyó Camelot con la *rota*, una especie de arpa encantada. Jericó fue destruida por las trompetas. La música puede crear mundos y destruirlos. *La música es una palabra doble a veces, por su efectividad.* San Francisco Solano construyó la ciudadanía argentina con su violín, él consiguió unir al hombre con Dios, al indígena con el español y con la naturaleza. Creó una armonía. Es el fundador no de la mera *urbe* material sino de la *ciudad*.

La cábala era un intento de construir ciudades y mundos con la manipulación de las palabras. Durante el Renacimiento (siglos XV y XVI), empiezan los intentos de dominio mundial de las potencias europeas, que querían ser la Quinta Monarquía Universal predicha por el profeta Daniel y de hacer el dominio del mundo en beneficio propio: la Quinta Monarquía Universal. Los filósofos ofrecen a los reyes *monografías* sobre estos lenguajes que les darían el dominio del mundo. Así un libro del erudito de Oxford, Jorge Dalgrano, publicado en el año 1661, que se llamaba en latín *La creación de un lenguaje universal filosófico*.

Después, en el año 1688, John Wilkins, Obispo de Chester, anglicano y Primer Secretario de la *Royal Society*, escribe un ensayo sobre un lenguaje filosófico. La *Royal Society* es el antecedente de la masonería que se crea en el año 1717. La primera enciclopedia no es la francesa, sino la Cyclopedia que hace la *Royal Society*. Y tenía como objeto *separar ciencia y fe* y *separar el lenguaje humano del Verbo Divino* y hacer un lenguaje artificial. Sin embargo, dice Borges:

> Las palabras del idioma analítico de John Wilkins no son torpes signos arbitrarios, cada una de la letras es significativa, como lo fueron las de la Sagrada Escritura para los cabalistas.

Guillermo Gueydan de Roussel me manifestó que en cuanto al lenguaje universal, la invención no es de Wilikins ni tampoco de Dalgrano, sino de un francés, Jean Dovet, cuyo libro publicado en 1627, en París, se llama *Proposiciones presentadas al Rey de una escritura universal*

admirable por sus efectos y útil y necesario a todos los hombres de la tierra. Un lenguaje circular. Ya hemos visto una característica, *abstracta*; ahora *circular*, se puede aplicar en cualquier punto del planeta.

Hay estudios importantes sobre la transmutación del lenguaje, como *La palabra violada* del Padre Petit de Murat. Pero el libro más acabado, aunque no total sobre el tema, es el de Rafael Gambra, *El lenguaje y los mitos* [1]. Es muy completo, toca una cantidad de palabras, establece una metodología del vaciamiento de las palabras y de la transmutación. Pero se aplica a la infiltración marxista dentro de la Iglesia después del Concilio y toma solamente veinte años, de 1963 a 1983.

Destaca Gambra, por ejemplo, que Stalin *era un gran lingüista.* Muy interesado, en manejar en lenguaje, para a través de eso controlar su imperio. Esta dimensión de Stalin como conocedor de la filología, como filólogo, no es muy conocida.

Hay otras usinas de transmutación del lenguaje antes que el marxismo: el liberalismo ha cambiado muchas palabras, incluso muchas de ellas (*libertad, progreso*) son de cuño liberal–masónico, más que marxista.

El mercader también es un falsificador del lenguaje, a veces mucho más efectivo que el ideólogo. Por ejemplo, la "vida"; la "salvación" y la "personalidad", son cosas muy importantes. Pero si la personalidad es un traje, la vida es un vaquero, y la salvación es un calefón, entonces ¿qué pasa con nuestro vocabulario en manos del mercader?

El marxismo, antes el liberalismo y el mercader, falsifican el lenguaje. Otro foco de falsificación del las palabras es la cultura de la muerte. El cardenal López Trujillo editó un libro muy importante para contrarrestar toda la falsificación que hay en torno al lenguaje médico y referido a la vida. Se llama *Lexicón. Términos ambiguos y discutidos sobre familia, vida y cuestiones éticas.* Veamos, por ejemplo la frase "salud reproductiva". Antes se entendía que salud es una situación de equilibrio en los procesos vitales, los que, cuando se perturban, llamamos a esa situación *enfermedad*. Y el médico tiene que introducir un remedio o una operación para restablecer el equilibrio. Ahora se llama "salud reproductiva" *a introducir una* noxa *(es decir, un veneno) para interrumpir un proceso vital*. Se está diciendo "salud reproductiva" y en realidad –al usar esas

1 Gambra, Rafael; *El Lenguaje y los Mitos*. Ed. Nueva Hispanidad, Buenoas Aires, Argentina. 2001. 191págs.

palabras– no se está indicando ni la salud ni la reproducción, sino al aborto. No es salud porque es introducir un veneno, para interrumpir un proceso vital. Y decimos “salud reproductiva”.

Al haber sido separadas de su objeto (la palabra “salud” quiere decir envenenar un proceso para producir una muerte; “reproductiva” quiere decir lo contrario, quiere decir no-reproductiva, es decir, abortiva) *éstas palabras vaciadas destruyen lo que señalan*. La libertad siempre muere en manos del liberalismo; el bien común muere en manos del comunismo. Si digo comunismo es para destruir el bien común; si digo liberalismo es para destruir la libertad; si digo feminismo es para destruir a la mujer, en lo esencial de ella, que es ser esposa y madre.

Y aun a veces se necesitan unas breves variaciones semánticas. Por ejemplo, para usar palabras eclesiásticas y ver la subversión dentro de la Iglesia: “pastoral”, “eclesial”. ¿Por qué no digo apostolado? El apostolado es muy claro. A un joven que se le dice que haga apostolado, significa que busque a otro que está extraviado, desorientado y lo traiga a la Verdad; pero una actitud *pastoral* es simplemente una actitud benevolente. Y *eclesiástico* no cabe ninguna duda que es algo referido a la Iglesia. Pero si yo digo una actitud eclesial, puede ser ir a visitar al Dalai Lama.

El objeto no es la Iglesia, como en lo eclesiástico, el objeto es la humanidad, tomada como Iglesia. Y solamente he cambiado una terminación, pero esa palabra me permite borrar todos los límites y tener una actitud “eclesial”. ¿Por qué no tenemos actitudes eclesiásticas? ¿Por qué no tenemos actitudes de apostolado, en lugar de pastorales? Se puede decir “pastoral”, cuando se aplica a lo pastoral, pero no se lo puede emplear en lugar de “apostolado”.

No hay que sustituir. Para las realidades más difusas, usemos entonces la palabra más difusa. Pero a las realidades concretas, no las diluyamos con un término difuso.

La palabra introduce por su solo empleo esquemas de pensamiento que el sujeto adopta sin darse cuenta. Hay dos niveles en la palabra, el nivel intelectual (que es el del sentido) y el nivel emotivo. Algunas palabras nos gustan y otras nos fastidian, sin que nos demos cuenta. A algunas se cambia el sentido totalmente y otras no se cambia el sentido, pero se cambia la *carga emotiva*. Antes, la palabra “cambio” tenía una connotación emotiva de estafa. *Cambio* no es una palabra noble que fue envilecida, como por ejemplo la palabra *unión* o la palabra *amor*, que son palabras nobilísimas que han sido degradadas.

Esta palabra *cambio* es una mala palabra, el *cambiazo* es la estafa, en el lenguaje vulgar. Es una palabra inventada a fin de la Edad Media por los cambistas. Antes había que usar la palabra "mutación", "transmutar". Y eso era sospechoso, propio de los alquimistas, significaba pervertir una esencia. Pero ahora la palabra "cambio" quiere decir lo mismo pero emociona distinto, emociona a favor; si digo así: "¡Hagamos un movimiento para el cambio!", gano la simpatía de la gente, pero es manejar una palabra abstracta. Y todo el mundo está contento, pero solamente un inteligente pregunta: "¿Y Ud. qué quiere cambiar?".

El remedio contra esas palabras son las distinciones y la restauración de su valor simbólico: volver a conectarlas con la cosa. Al respecto, se acaba de publicar en Guadalajara, México, el libro de nuestro compatriota Patricio Randle que se llama *Antinomias y distinciones* [2], y será muy útil para aclarar ideas. Está agrupado en Distinciones Filosóficas; Religiosas; Científicas; Políticas, Económicas y Sociales; Médicas y de biología humana y hasta las de uso coloquial o misceláneas.

Hay que poner las palabras en relación con la cosa, éste es el antídoto. Si nos desvincula de la cosa para llevarnos como a las ratas del flautista, es mala. *¿Qué es lo que quiere cambiar, señor?* Porque el cambio que es crecimiento es bueno, pero el cambio en la sustancia es la muerte. Y en política el cambio quiere decir "quítate tú, para que me ponga yo". Esa palabra tiene una variación emotiva. *Anciano* y *joven* siguen significando lo mismo, pero antes joven quería decir *inexperto* y anciano quería decir *venerable, sabio.* El senado era el lugar de los ancianos, la gente que se consultaba. Ahora, el anciano que está presente, que es presente, es manejado en el imaginario como si no estuviera: "Vos fuiste".

Ahí hay un cambio en el aspecto emotivo, pero a través de él se cambia el sentido también. Y empieza a significar la destrucción. Salud significa envenenar y reproducción significa *abortivo;* empieza a darse vuelta, por el gran falsificador, pero primero se vacía de contenido la palabra, no tiene ningún contenido. Cuando hay un lugar vacante, ese lugar vacante lo llena el diablo: "el espíritu inmundo es amigo de los lugares vacantes". Y el diablo antes endemoniaba a la gente, pero ahora –en la época de la era industrial– *lo que consigue endemoniar son las palabras.*

2 Randle, Patricio H; *Antinomias y Distinciones. Diccionario*. Ed. Folia Universitaria, Universidad Autónoma de Guadalajara. Guadalajara, 2008, 508 págs.

Veamos la palabra *Democracia* que ha perdido su contenido. "Democracia" es "el gobierno del pueblo", ese sería el significado. Pero una cosa es la democracia orgánica; otra cosa es la democracia socialista; otra cosa es la democracia liberal. La democracia pretende ser el gobierno del pueblo, pero yo no veo que el pueblo gobierne –por lo menos aquí–, yo veo que el pueblo es la víctima y tengo que decir que es el gobierno del pueblo. Y el pueblo nunca fue menos pueblo, porque lo que veo es que para que eso funcione tiene que ser pueblo y no masa, porque pueblo quiere decir *jerarquía, religación*. Pueblo quiere decir *orden social*.

Veamos algunas palabras mágicas. "Libertad", ¿libertad para qué? ¿Está atado usted, que me habla de libertad? Si estuviera atado, entiendo qué quiere decir cuando dice "libertad". Pero no está atado, entonces, ¿qué significa libertad? ¿Libertad para contraer matrimonio, porque es menor de edad? ¿Libertad porque no lo dejan seguir su vocación? ¿Libertad para emanciparse y poner un comercio? *¿O libertad significa no asumir su responsabilidad y romper el contrato?*

"Justicia". Vamos al diccionario y dice: Justicia es la firme y constante voluntad de dar a cada uno *lo suyo.* Justicia es dar, pero nosotros qué percibimos hoy por *justicia.* Justicia es pretender, justicia es lo que me deben:

Entonces, justicia es "soy acreedor"; y antes justicia es "soy deudor", ¿qué tengo que hacer para ser justo? Era una virtud que me obligaba a mí a darle a los demás; ahora la justicia es pretensión.

La palabra "Dios" se puede falsificar; cuando yo digo en una declaración que "es el mismo Dios el que nos une a judíos, musulmanes y cristianos", ¿qué estoy haciendo? *Estoy vaciando de contenido esa palabra, para que cada uno se emocione como quiera.* ¿Es el mismo Dios? ¿Jesucristo es el Dios de los musulmanes? No. *Entonces no es el mismo Dios*; porque el mío es Cristo. ¿Cuál es su Dios? ¿La Trinidad? No, no es la Trinidad. ¿El musulmán acepta la Trinidad, como Dios? No; entonces no es el mío, porque el mío es la Trinidad. Cuando hablamos de Dios, hablamos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Qué venimos a vaciar? ¿No se salva ni Dios de nuestro vaciamiento de lenguaje?

¿Cómo se fabrican las palabras-mito? Se fabricaba en las logias, en las sociedades de pensamiento. Durante cien años circulaba "libertad, igualdad, fraternidad" y después se largaba al público. Y se repite, entra por repetición, entra en forma psicomotriz. ¿Libertad para qué,

hay que decir? ¿Fraternidad? ¿De dónde somos hermanos? ¿Somos hermanos en Adán? Sí, es cierto. Es la fraternidad en la naturaleza, *todos somos hijos de Adán.* Esa fraternidad en la naturaleza terminó pronto con Caín y Abel, y con la Rev. Francesa también, en el terror. Esa es la *fraternité* en el nacimiento; pero nosotros somos hermanos por el bautismo. *Ahí somos hijos del mismo Padre y cuando tenemos por Padre a Dios Padre, en Jesucristo somos hermanos.* Y no solo somos hermanos como Caín y Abel. Pero esto de querer hacer una *fraternidad* en la naturaleza y no en la gracia, es falsificar el concepto de fraternidad. O volverlo *cainita*.

Entonces justicia falsificada, Dios falsificado, hombre falsificado. ¿Qué es el hombre? Ya sabemos que tenemos todos los derechos, que el hombre es libre, es fraterno, es igual, es rey. Pero, ¿qué es el hombre? Sartre nos dice que el hombre es una "pasión inútil". Alexis Carrel habla de la *incógnita del hombre*; Martín Buber escribe un libro preguntando *¿qué es el hombre?*; los norteamericanos mandan un cohete a la luna para entrar en contacto con los seres extraterrestres y dicen que "el hombre es uno que ingiere hidratos de carbono y hace cálculos racionales". Los nuevos avances de la neurociencia dicen que es un complejo neuronal; los chicos vienen del colegio y le explican a sus padres que el hombre es un mono perfeccionado por la naturaleza.

Entonces este nada, este morfante de hidratos, este complejo neuronal, este incógnita, tiene todos los atributos del verdadero hombre. Es rey, es libre, es fraterno, etc. ¿Qué ha pasado acá con el concepto? *Han extirpado el tipo divino*. *El hombre es imagen y semejanza de Dios*, esa es la definición del hombre. Pero, ¿de qué Dios? De Cristo, Cristo es Dios. Y Cristo es Rey, pero Cristo también es el Verdadero Hombre y eso fue proclamado por Pilatos. El viernes santo, el Sumo Pontífice del Antiguo Testamento, Caifás, dice "¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Dios Vivo?" "Tú lo has dicho". Jesucristo lo obliga a definir.

Pero la monarquía de Cristo y la Humanidad de Cristo la proclama *el Representante del Señor del Mundo*, del Imperio Romano. "He aquí al hombre"; no dice "He aquí un hombre". Cristo es el Verdadero Hombre. Nosotros no somos hombres sino en la medida que dependemos de Cristo. *Somos hombres por participación en la humanidad de Cristo*. Somos copias, imágenes de Cristo. La imagen tiene una condición: *depende del sujeto que la proyecta*.

Entonces, por el Bautismo, recuperamos la *imagen de Cristo*. Y el que no está bautizado, está llamado *en potencia*. *Pero antes hombre*

era sinónimo de ser cristiano. Entre nosotros, se decía cristiano por hombre; eran sinónimos. La distinción –lo sabía el Martín Fierro–, era entre el cristiano y el salvaje. Era en cierta forma hombre en potencia, hombre que estaba esperando la caridad nuestra de que restauremos en él la imagen de Cristo.

Cristo es el Verdadero Hombre. Nosotros no somos hombres sino en la medida que nos acercamos al Modelo que la proyecta. Una imagen se desvanece mecánicamente del espejo, pero nosotros somos libres, podemos separarnos del sujeto que nos proyecta. Lo que no podemos evitar es desvanecernos, porque las cosas, separadas de la Inteligencia Divina, perecen.

Una imagen que se da vuelta, se desvanece. El hombre ha sido falsificado. La Revolución Francesa fabrica un nuevo hombre. *Toma todo lo que corresponde al tipo divino, sin Él. Hace un concepto abstracto* que se puede llenar de cualquier contenido. "Hombre" se transforma en una palabra *circular, abstracta* y *mágica*. Decimos "¡Los derechos del hombre!" y todos nos emocionamos. ¿De qué hombre? ¿Del complejo neuronal? ¿O del morfante de hidratos? ¿O de la pasión inútil? ¿O de la incógnita?

La incógnita se reveló en Cristo, ahí está la incógnita. Y después dicen "estamos permanentemente en búsqueda". En búsqueda estaban los griegos porque su misión era ir a la Verdad y liberarse del mito y llegar al a Verdad. En búsqueda estaban los judíos piadosos del Antiguo Testamento, porque estaban esperando al Mesías. Pero nosotros no estamos en búsqueda, porque el Mesías ya vino. Y acá lo que se trata es de quitar a Jesucristo. Y eso con todos los términos. *Sin el Verbo, las palabras no sirven.* ¿Cómo queremos seguir teniendo palabras, después de que rechazamos a Jesucristo? Queremos que nuestra palabra sirva, que transmita, que no estemos en una Torre de Babel, que cuando se diga reproducción signifique reproducción y no aborto, que salud quiera decir salud y no enfermedad o veneno. Queremos que *paz* signifique la tranquilidad en el orden y no signifique la horda en invasión, "vamos a restablecer la paz".

No hay palabra que no haya sido falsificada. Primero negamos al Verbo; y después queremos que el verbo humano, que también es reflejo del Verbo Divino, sobreviva. No sobrevive; sobrevive como la interjección del mono. "Democracia", a una banda de monos le gusta, a otra le enfurece. Pero no sabemos de qué se trata. Seguro que hay una cosa que no es, no es el gobierno del pueblo porque el pueblo es

la víctima. Después puede ser todo lo que quieran, *la condición es que no tenga ninguna referencia con la realidad.*

Así como el feminismo es para destruir a la mujer en su esencia que es ser esposa y madre. Y liberalismo es para destruir la libertad, y comunismo es para destruir el Bien Común, *este hombre abstracto es para destruir al hombre*; es el no-hombre que inventó la Rev. Francesa. Ahora ellos inventaron el no-hombre:

> El resultado de todas mis meditaciones es de convencerme profundamente, que con fuerza y poder, tomando la especie humana tal como es, se podría crear otra (Napoleón).

Son creadores de un hombre nuevo, qué maravilla. ¿Y los que se niegan a dejarse recrear? No serán más considerados como hombres, serán "*no hombres*"; y como tales el Abate de Mablí había declarado:

> El que no se conforma a la razón, deja de ser hombre.

Conformarse a la razón era renunciar a la religión y vivir con la razón, es decir, renunciar al Verbo. Y el que no acepta eso:

> Haremos de Francia un cementerio de no poder regenerarla a nuestra manera.

El *no-hombre*, ajeno al cristianismo, es una consecuencia imprevista de los términos abstractos. El término abstracto es abstracto en un primer momento, después se llena de la carga satánica que destruye lo que señala. Primero, no quiere decir nada, y después, quiere decir lo contrario.

Renunciar a la libertad es renunciar a la cualidad de hombre. El hombre que pierde su privilegio de ser imagen de Dios, no tiene más derechos que cualquier mamífero. Mientras se decía esto, se sacaba al hombre de la teología. Antiguamente, después de hablar de Dios, se hablaba de la imagen de Dios. El hombre era la última parte de la teología, eso era el hombre. Ahora, Buffon lo introduce en el reino animal. *Mientras le hacemos estatua al hombre abstracto, en realidad, lo*

poníamos en el reino animal. Y ya lo había dicho esto el Apóstol: *El hombre se va a mirar en el espejo un día y se va olvidar quién era.*

Los profetas del Antiguo Testamento esperaban la venida de un Salvador que devolvería al hombre la imagen de Dios. David exclamaba: "Establece Señor un legislador sobre la gente, para que conozcan que son hombres" (Salmo IX). Antes no se sabía qué significaba ser hombres. Y el sentido espiritual de esta invocación, es: "Dales a Jesucristo por Legislador para que su Ley divina les haga conocer que son hombres". Si no vieron al hombre verdadero, ¿cómo van a saber lo que son? ¿Cómo imaginar que el hombre, después del pecado de Adán, hubiera podido ser reformado a imagen de la Verdad, si Dios mismo no se hubiera encarnado en su propia imagen? ¿Y si no viniera a ella cada vez que se le recibe en la Sagrada Eucaristía? *La Eucaristía es la restauración final de la imagen humana.*

Cuando vino sobre la tierra, Cristo –el segundo Adán– dio luz a un hombre nuevo, recreado por Él a su semejanza. Si bien Adán es primero en la cronología, *ontológicamente* primero es Cristo. Por eso dice Dios "Hagamos al hombre a nuestra imagen"; al decir "nuestra", *ya estaba preanunciada la Trinidad.* Pero si Dios es un espíritu, ¿cómo va a tener imagen? *La imagen era Cristo, Adán es creado por Dios de acuerdo al tipo divino que es Cristo.* Y como Adán falló, Cristo tuvo que encarnarse. Pero el Modelo de Adán es Cristo.

Nuestro lenguaje humano superó la etapa *babélica*, para pasar a otra más demoníaca que la de Babel, en donde las palabras significan *lo contrario. Tiene una eficacia destructiva hacia la cosa. Solamente nos puede salvar de eso volver al Verbo.*

Nosotros no somos cualquier mundo. El afán de volver a un naturalismo pagano, es una ilusión. Porque Cristo vino y Cristo es Rey; *este mundo es restaurado por Cristo. ¡Si se retira el Verbo, no* queda el naturalismo, lo que queda es nada! Retirado el Verbo, queda polvo y nada.

Pero uno tiene esperanza, porque el Verbo hace nuevas todas las cosas. Esperemos que haga nuevas nuestras palabras.

El fin de la revolución es el estado totalitario mundial. Y el fin de las palabras mágicas es sacar a los cristianos del cuerpo místico de Cristo e introducirlos en el Leviathan.

La confusión de las palabras no tiene remedio sin el retorno al Verbo. Como dice la Madre Teresa de Calcuta: "Las palabras que no

dan la luz de Cristo aumentan la oscuridad". Junto a Cristo volverán a tener sentido: Verdad, Camino, Vida, Salud o Salvación, Bien, Amor, Unión, Justicia, Paz, Belleza, hombre y Dios.

Pidamos que la estrella de Belén restaure en nosotros la Luz del Verbo.

Feliz Navidad

RAFAEL LUIS BREIDE OBEID

La Virgen que forjó una Patria

Manuel Vargas de la Torre *

Al dar comienzo a este trabajo acerca de la formación y conservación de la nacionalidad mexicana, creo pertinente determinar de antemano el sentido preciso sustentaré esta exposición.

Existe en el presente concierto mundial la nacionalidad mexicana; y como cualquiera otra nacionalidad bien definida, forma una agrupación moral de individuos, municipios y provincias; de pequeñas patrias yuxtapuestas y aun de razas diferentes, que ahora viven unidas con inquebrantables lazos de solidaridad para trabajar y desarrollarse juntas en el orden físico, intelectual y moral; con una misma legislación, con unas mismas instituciones para realizar unos mismos fines políticos y satisfacer a unas mismas necesidades económicas y sociales; y todo esto, dentro de un territorio circunscrito con límites fijos, juntándose sus varios elementos en un sólo cuerpo social, con una alma común, que le da unidad, a la vez que personalidad bien caracterizada.

Hubo un tiempo en que los diferentes elementos raciales que forman esta nacionalidad vivían disgregados; pero fueron sometidos en determinada época a la Corona de Castilla y gobernados durante tres centurias por los reyes españoles, convirtiéndose, en ese tiempo, en verdadera nacionalidad, que logró llevar a cabo su emancipación, viviendo ahora libre e independiente.

Ahora bien; aquí cabe preguntar: ¿cuál es el factor histórico principalísimo que, como principio de cohesión, ha unido entre sí a estos varios elementos raciales de México, hasta formar con todos ellos una nueva nacionalidad, la nacionalidad mexicana?

* Director del Centro de Estudios Guadalupanos, Universidad Autónoma de Guadalajara.

Algunos hacen hincapié en la unidad de lenguaje, vehículo de sentimientos y de ideas, que tanto influyen en el alma de una nación. Se ha dicho que la lengua es lo que caracteriza a un pueblo. Es un hecho, a no dudarlo, que la lengua refleja los caracteres más principales de una raza, y que es por lo mismo, el medio más sencillo a la vez que necesario para asimilarse elementos étnicos extraños. Los conquistadores que quieren perpetuar el fruto de sus victorias y echarles un sello indeleble, procuran ante todo imponer a los vencidos su lengua; y por el contrario, los pueblos conquistados defienden la suya como el baluarte más fuerte en que resisten al invasor y preparan la recuperación de su libertad. En Anáhuac la multiplicidad de los idiomas y de los dialectos ha defraudado a este elemento de su eficacia nacionalista y libertaria. Al tiempo de la Conquista se hablaban cincuenta y un idiomas clasificados, además de otros setenta y tres que hoy han desaparecido completamente. Ninguno logró imponerse como principal o como intermedio entre los demás. Se dio desde un principio esta prerrogativa al castellano que se fue infiltrando en todas direcciones, pero no con la preponderancia que obligue a considerarle como factor principalísimo que forjara nuestra nacionalidad.

Señálase también como una de las causas eficientes de las nuevas nacionalidades el conjunto de instituciones traídas y como injertadas por los conquistadores en los pueblos que iban sometiendo. El Anáhuac, ganado por los españoles, recibió de ellos religión, leyes, lengua y literatura. De esto resultó un nuevo fruto desconocido en la tierra: la idiosincrasia de la Nueva España, producto singular de la mezcla de las viejas condiciones raciales de Anáhuac y de los nuevos elementos de civilización de cuño netamente español, características esas, si se quiere, de la nueva nacionalidad, pero no su causa eficiente principal.

Se ha dicho, y con razón, que la religión es el más poderoso de los fundamentos nacionales, por ser el factor que da a los pueblos unidad de intereses, pensamientos y sentimientos y que consiguen pronto lo que con mucha lentitud pueden alcanzar otras acumulaciones hereditarias. Al sustituirse el cristianismo a las diversas religiones que dominaban en Anáhuac y formaban las diversas entidades políticas, hizo de éstas un todo en un tiempo relativamente corto, uniéndolas con el lazo de unidad y de invariabilidad de sus creencias y armonizándolas con su doctrina de amor, que declara a todos los hombres hermanos entre sí, por tener a un mismo Padre celestial. Procurada esta unión, no fue difícil que nacieran, al calor de esta fraternidad, las demás afinidades de intereses, pensamientos y sentimientos que se requieren en la formación

de las nacionalidades, y que sólo el tiempo y otras muchas circunstancias podrán producir a medias. Y así se formó la nación mexicana.

Quienquiera que desapasionadamente estudie el origen de las diversas colectividades nacionales que hoy se encuentran en el mundo, tropezará, de una manera o de otra, con la intervención evidente de la Divina Providencia. Dios es autor de la sociedad civil; y quiere que esta sociedad concrete su existencia en condiciones de viabilidad, siendo una de ellas y muy principalmente, la subdivisión de la misma en comunidades separadas o naciones, más o menos extensas, porque así se facilita para sus miembros la consecución del bien común, ley suprema de la Sociedad. Este bien común es necesario al hombre para que pueda desarrollar su actividad moral. Y consiste en un conjunto de recursos materiales, intelectuales y morales, que provienen, no de la suma de esfuerzos individuales y dispersos, sino de una autoridad competente que los prepara y mantiene, para dar lugar a los miembros de la comunidad a que tengan libre el juego de sus actividades. No es otra cosa que un estado de equilibrio social, en que cada ciudadano, sea cual fuera su condición social, pueda en verdad reivindicar y asegurarse el pleno ejercicio de sus deberes de hombre, obrar como ser racional y libre, trabajar, nutrirse, abrigarse, descansar y recrearse, desarrollar su espíritu, afianzar su voluntad, practicar la virtud, fundar un hogar y, dar a sus hijos una educación conforme a los verdaderos derechos del hombre. Es, pues, un medio adecuadamente preparado, de manera que cada quien encuentre facilidades para desarrollar en él sus esfuerzos y cumplir su destino terrenal y religioso. Ya se ve desde luego el papel insustituible que para esto desempeña el cristianismo católico, que no sólo presenta el bien común bajo su verdadero aspecto, sino que también proporciona los medios para realizarlo constante y perfectamente.

Pero esta intervención de Dios deja que se desenvuelvan libremente los factores ordinarios de lengua, intereses comunes, religiosos y otros que culminan, dentro de ciertos límites territoriales, en la formación del agregado nacional; a no ser que quiera dar un golpe maestro de su diestra omnipotente, eligiendo a un pueblo para la vida política, con vocación especial relacionada con la salvación de las almas. Entonces, según los designios que El mismo se ha trazado y que se echan de ver claramente y repetidas veces en la historia de la Iglesia, encomienda su conquista a la fe, a la Virgen María. Y la Madre del Redentor del mundo, según frase de la Escritura que la Iglesia le aplica, "fija su morada en la heredad de su Señor; habita en ella; la toma como su

herencia y se arraiga en medio de sus escogidos..., y en ella está el trono, suyo" (Eccli. XXIV, 5-16) .

Y así lo hizo el Señor con nuestro México.

Cuando el Señor amasaba con sus divinas manos las razas de América, para darles en heredad a su Hijo divino, Rey de reyes y Señor de las Naciones, distinguió a los pueblos de Anáhuac de los demás pueblos, señalando en él, un lugar para el trono de su Madre, para que éste fuera como el lazo moral de sus razas y el núcleo primero de su futura nacionalidad. Y en un tiempo determinado bajó la Virgen María al cerro del Tepeyac; y con un amor especial y sin precedente en la historia de las Naciones (*non fecit taliter omni nationi*), vino en persona a recibir su reino, dejándonos como recuerdo de su visita y de su toma de posesión, su celestial retrato, blasón incomparable de su amor de predilección y de preferencia. Y en el Tepeyac nació México a su vida nacional; a su sombra creció y se desarrolló, hasta llegar a la edad madura de su independencia: siendo este sagrado cerro la piedra inconmovible en que se asienta toda la fábrica de la nacionalidad mexicana.

¡Sí, la Virgen de Guadalupe es la Madre de nuestra nacionalidad y el sostén principalísimo de su independencia!

Vamos a dar la prueba de esta aserción, tan cierta como averiguada.

Al desembarcar Hernán Cortés, el Viernes Santo de 1519, en las playas de Anáhuac, once eran las entidades políticas de mayor importancia, que, a modo de reinos, se repartían la posesión de su vasto, territorio: el Imperio Mexicano, la Península Maya (Yucatán) , la república de Tlaxcala, los reinos de Cholula, Huejotcingo, Alcohuacán (Texcoco), Tlalcopán (Tacuba), los reinos de Michoacán, Mixteca y Zapoteca, el señorío de Meztitlán, además de otros muchos cacicazgos en Jalisco y Chiapas y otras varias tribus nómadas al Norte, conocidas con el nombre genérico de Chichimecas.

Estas entidades políticas, más bien que naciones formalmente constituidas, eran agrupaciones de pueblos sometidos por la fuerza de las armas, a alguna ciudad principal y guerrera, con la cual no tenían de ordinario, más liga que la de pagarles tributos, de forma variable y según la mayor o menos sujeción a que habían quedado reducidos.

Este y no otro, era el estado que guardaba el mal llamado Imperio Azteca, al iniciarse su conquista por los españoles. Lo formaba una

ciudad de cierta importancia, la Gran Tenochtitlán, con escaso territorio propio, pero con un dominio extensísimo sobre ancha faja de tierra, que se extendía del Golfo de México al Océano Pacífico, con una anchura que correspondía más o menos a las costas conocidas hoy con el nombre de Veracruz y Tabasco, en la parte oriental, y en su parte occidental, a las de Guerrero y Oaxaca.

Generalmente las demás naciones, incluidas en la zona azteca, o fuera de ella reconocían la supremacía mexicana.

Estaba situada su Capital en una isla del lago de Texcoco; y se comunicaba con la tierra firme por medio de cuatro calzadas principales. Varias de sus calles eran largas, anchas y rectas; y muchas convertidas en otros tantos canales que se veían surcados continuamente por multitud de canoas ocupadas en traficar, con puentes levadizos, que permitían cortar la comunicación entre los diferentes puntos de la dudado

Encerraba la ciudad una inmensa plaza, toda cercada de portales, donde diariamente se veían muchas personas vendiendo y comprando todas cuantas cosas se hallaban en el país.

En una parte de este mercado se levantaba el *teocalli,* templo principal dedicado más especialmente al dios de la guerra Huitzilopochtli. Merece ser recordado, por servir todo ello a nuestro propósito, el famoso sacrificio llevado a cabo en 1487, con motivo de la dedicación de este Templo Mayor de los Aztecas. Diego Durán dice que en cuatro días se sacrificaron 80,400 víctimas.

Se puede afirmar que toda su vida privada y nacional giraba alrededor de los altares de sus templos, en que se sacrificaban de continuo víctimas humanas" y a esto convergían todas las actividades de su vida política. La guerra era para ellos una ocupación permanente, con el fin casi exclusivo de proveerse de sangre humana para los sacrificios. Preguntado Moctezuma en cierta ocasión por qué consentía se conservara la independencia de la República de Tlaxcala, contestó ingenuamente que para proporcionarse víctimas para los altares de sus divinidades.

Su religión era de lo más incongruente. Al mismo tiempo que reconocían la existencia de un Ser Supremo, Creador y Señor de todas las cosas, a quien adoraban "como al Dios por quien vivimos", "que está presente en todo", "sin el cual el hombre es como nada", "un Dios infinitamente perfecto y puro", "bajo cuyas alas se encuentra reposo y segura defensa"; admitían también multitud de otras divinidades, que

gobernaban los elementos, el cambio de las estaciones y las diversas ,ocupaciones del hombre.

La más principal de ellas era el dios de la guerra, Huitzilopocht1i, que era también la divinidad tutelar de la nación. Tenía templos suntuosos en las principales poblaciones. En su templo mayor de la Capital contaron los Conquistadores 136.000 cráneos humanos.

Las otras divinidad es, aunque menos sedientas de sangre, tenían sin embargo sus altares que a menudo humeaban con sangre humana.

Notaremos de paso que los mexicas, a sus tiempos eran antropófagos, ya que, con motivo de sus fiestas tenían convites de carne humana.

La conquista de Anáhuac por Hernán Cortés es tan sorprendente y maravillosa, que de no haber, sido escrita por historiadores presenciales y dignos de todo crédito, y confirmada asimismo por cronistas indígenas, tendría todas las características y matices de una verdadera leyenda. Son tan extraordinarios sus acontecimientos que, de no ver en ellos una muy especial intervención divina, no tienen explicación satisfactoria. Sí; sólo la mano de un Dios misericordioso que se complace en hacer cosas grandes, valiéndose de instrumentos humanos, sean o no aptos para ello, y se aprovecha de todas las circunstancias en que se mueve la libertad del hombre para ir en derechura al fin que se ha propuesto conseguir, ha sido capaz de obrar el portento que en la historia se conoce con el nombre de conquista del Imperio azteca o mexicano.

La conquista del Imperio Mexicano por un puñado de españoles ofrece tal cúmulo de circunstancias extraordinarias, que es preciso buscar fuera de lo humano explicación que satisfaga. Para dar cumplida razón de ella, no basta decir que los españoles eran sobremanera valientes y que eran tenidos como seres superiores invencibles, porque valientes se mostraron sus contrarios y más de una vez tuvieron que retroceder al empuje de sus ataques –ni que causaran a los indios demasiada impresión los caballos y las armas de fuego de los castellanos, porque no tardaron en familiarizarse con ellos–; ni que debieron los españoles su triunfo final al denuedo de los tlaxcaltecas y otras tribus amigas, porque si bien es cierto que la ayuda que prestaron a Cortés fue uno de los factores decisivos de la Conquista, no lo es menos que las tropas indígenas, entregadas a sí mismas, nunca o muy difícilmente hubieran podido vencer a las huestes aztecas. Aquí no cabe más razón que la dada por Bernal Díaz del Castillo, con motivo de los hechos de

guerra llevados a cabo desde el principio de la campaña hasta la prisión de Moctezuma, pero que nosotros extendemos a todo el período de la conquista cortesiana: "Muchas veces ahora que estoy viejo, me paro a considerar las cosas heróycas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes; y digo que nuestros hechos, que no los hacíamos nosotros, sino que venían todos encaminados por Dios, porque, qué hombres ha habido en el mundo, que osasen entrar cuatrocientos y cincuenta soldados, y aun no llegábamos a ellos, en una tan fuerte ciudad como México, que es mayor que Venecia, estando tan apartados de nuestra Castilla sobre más de mil y quinientas leguas, y prender a un tan gran señor, y hacer justicia de sus capitanes delante dél? Porque hay mucho que ponderar en ello".

¡Sí, hay mucho que ponderar en ello!

Los historiadores que no gustan de ver la mano de la Divina Providencia en los acontecimientos humanos, al hablar de la Conquista de México por Cortés y su puñado de hombres, la explican con decir que para vencer tuvieron de su parte "la disciplina, una resolución desesperada y una ciega confianza en su jefe" y que contaban con "la influencia que ejercen la fortuna, la rara casualidad, la estrella en el buen éxito de las operaciones militares". Pero nosotros decimos que el azar no explica nada y que toda larga serie de hechos extraordinarios exige necesariamente una causa proporcionada.

Los sucesos subsiguientes nos dan la clave de las trazas de Dios con tal maravilla: se valió de instrumentos tales como los tenía a mano; y por medio de soldados recios, hijos de una nación católica, la católica España, que era entonces la nación misionera por excelencia, prevenía la reunión en una sola familia, en un solo pueblo, de todas las razas de Anáhuac, para librarlas definitivamente del culto más sangriento y cruel que se conoce y reducirlas al gremio de la Santa Madre la Iglesia Católica.

En su cuarta relación al Rey, Hernán Cortés insiste en su vieja petición de que envíe "personas religiosas de buena vida y ejemplo".

"Porque hasta agora han venido pocos, o cuasi ninguno, lo torno a traer a la memoria de vuestra alteza, y le suplico lo mande proveer con toda brevedad, porque dellos Dios Nuestro Señor será muy servido y se cumplirá el deseo de vuestra alteza en este caso, como católico, tiene".

Termina el Conquistador su relación declarando que "así como con las fuerzas corporales trabajo y trabajaré para que los reinos y

señoríos de V. M. por estas partes se ensanchen, y su real fama y gran poder entre estas gentes se publique, que así deseo y trabajaré con el ánima para que V. A. en ellas mande sembrar nuestra santa fe, porque por ello merezca la bienaventuranza de la vida perpetua".

Luego de recibir Carlos V la relación de Cortés envió a la Nueva España, en calidad de misioneros, tres franciscanos belgas, Juan de Tecto, Juan de Aora y Pedro de Gante. Iban enviados por Carlos V y con la venia de su Provincial

No tardó en llegar una segunda expedición, llamada de *los Doce,* que, con plenos poderes de la Santa Sede, arribó a las playas mexicanas el 13 de mayo de 1524. Con justa razón los misioneros que en ella vinieron se consideran como los padres de nuestra civilización mexicana. Eran Fray Martín de Valencia, superior de todos ellos, Francisco de Soto, Martín de Jesús, Juan Suárez, Antonio de Ciudad Rodrigo, Toribio de Benavente, García de Cisneros, Luis de Fuensalida, Juan de Rivas, Francisco de Jiménez y los legos Andrés de Córdoba y Juan de Palos, la mayor parte de ellos hijos de la Provincia Franciscana de Extremadura. Fueron recibidos por Cortés con grandes muestras de acatamiento y respeto, en presencia de todos los caciques más principales; y venían tan pobres y desarrapados, que los indios los llamaban *motolinia,* palabra mexicana que quiere decir pobre o pobreza, y nombre que tomó para sí Fr. Toribio de Benavente, y con el cual es conocido en la historia.

Toma Cortés la ciudad de Méjico el 13 de agosto de 1521. Diez años más tarde, cuando se inicia apenas la fusión de las dos razas y alborea penosamente la nacionalidad futura, en diciembre de 1531 la Virgen María muéstrase y le habla, por los senderos del Tepeyac, a un indiecito de los más humildes. Hay un designio de infinita dulzura –y de advertimiento delicado– en la elección. Ante la arrogancia de los fuertes, levántanse los débiles a una inefable dignidad.

Pero –contra lo universalmente reiterado– la Virgen no muestra aspecto ni color ni fisonomía de india. Tampoco de española. Es una suave combinación estilizada, un anticipo del mestizaje balbuciente, un preludio de la estirpe que ha de surgir.

Y así como en lo étnico, en lo espiritual. Ni es Virgen india, ni simplemente Virgen de los indios. Es la Virgen de Méjico, la Virgen de la nacionalidad que amanecía. Fraternizando en el prodigio, Zumárraga

y Juan Diego trenzan un símbolo anunciador de la doble muchedumbre que ha de venir a unimismarse en el Tepeyac.

Dos contemporáneos nunca olvidables del suceso: el indígena don Antonio Valeriano y Bernal Díaz el conquistador, hacen llegar hasta nosotros sus voces encendidas. Valeriano, docto y preclaro alumno y profesor de Tlalteloco, escribe en elegante idioma náhuatl el relato príncipe: es el evangelista de esta buena nueva, y la dulzura de su *Nican Mopohua* llena de música y fragancia el corazón y los destinos de Méjico. Bernal Díaz exclama, transportado, en su *Verdadera Historia:* "Y miren... la santa iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe que está en lo de Tepeaquilla, donde solía estar asentado el real de Gonzalo de Sandoval cuando ganamos a Méjico, y miren los santos milagros que ha hecho y hace de cada día, y démosle muchas gracias a Dios y a su bendita Madre Nuestra Señora y loores por ello" (Cap. 210).

Indios y españoles, humildes y encumbrados, pobres y ricos, acuden desde entonces a la ermita. No hay pugna allí ni exclusivismo, sino hermandad. Y así en 1556, en la célebre *1nformación* levantada por el arzobispo Montúfar, habla un testigo de "la gran devoción que toda esta ciudad ha tomado a esta bendita imagen, y los indios también, y cómo van descalzas señoras principales y muy regaladas, y a pie con sus bordones en las manos, a visitar y encomendar a Nuestra Señora, y desto los naturales han recibido grande ejemplo y siguen lo mismo".

Poco después, por 1589, refiriendo Juan Suárez de Peralta la entrada del Virrey don Martín Enríquez, apunta cómo "llegó a Nuestra Señora de Guadalupe, que es una imagen devotísima que está de Méjico como dos legüechuelas, la cual ha hecho muchos milagros". Y aunque no es su tema y va de prisa, añade: "Aparecióse entre unos riscos y a esta devoción acude toda la tierra" *(Tratado del descubrimiento de las Indias,* Capítulo 41).

"Aparecióse entre unos riscos": he aquí la alusión directa a la aparición. "Y a esta devoción acude toda la tierra"; he aquí el renovado testimonio del plebiscito nacional. No sólo los indios; no sólo los españoles: toda la tierra.

Ello es en el propio siglo dieciséis. ¿Y en el diecisiete?

La gran inundación de 1629 hace que desde su ermita del Tepeyac se traiga a Méjico el ayate, y que al devolverlo en 1634 se cante en las *Coplas a la partida,* cómo "son acá pintadas de humanas manos diversas" todas las otras imágenes, en tanto que en la tilma, "Vos, Virgen, sois dibujada del que hizo cielos y tierra".

Y surge, mediando el siglo, la progresiva floración de los historiadores guadalupanos: Miguel Sánchez, Lasso de la Vega, Becerra Tanco, el Padre Florencia. Y vienen las jurídicas Informaciones de 1666, en que indios longevos de Cuautitlán atestiguan lo que oyeron de sus inmediatos mayores, amigos de Juan Diego, y en que esclarecidos españoles dan fe de la antigua y universal tradición. No hay virrey que no acuda a rendir homenaje a la Señora. Llévala a sus remotas misiones del Noroeste el P. Kino, astrónomo y apóstol. Levántanse a decir sus alabanzas las voces más insignes de la centuria: Sandoval y Zapata, Sigüenza y Góngora, Sor Juana Inés.

Toca al siglo dieciocho proclamar el patronato. Es en 1737, mientras una gravísima epidemia consterna a la metrópoli, cuando ésta lleva su angustia al materno Tepeyac, y en un genuino plebiscito solemnizado por el Ayuntamiento y consumado con grandeza religiosa y civil, queda jurada nuestra Virgen por patrona de Méjico.

Todo lo más florido en las ciencias y en las letras, aunado con la masa popular en una concordia genuinamente democrática, celebra el fervoroso acatamiento, del que nos dan reseña coetáneos eximios como el Padre Francisco Javier Alegre o don Cayetano de Cabrera y Quintero.

Quiérese luego que la jura sea de toda la nación y vanse sumando plebiscitos y cumpliéndose rigurosas prescripciones canónicas y jurídicas, para rematar en 1746 con la solemnísima proclamación del patronato sobre la totalidad de la tierra mejicana.

Alborean, con el siglo diecinueve, las inquietudes de la insurrección. ¿Se esfumará, con la adhesión al virreinato, la adhesión a la Patrona? Al revés. Alma de la independencia es la Virgen de Guadalupe. Todos los campeones de aquella gesta que, sin exceptuar uno solo, ponen la religión como esencial cimiento de unidad y grandeza de la patria, toman por patrona a la Guadalupana, la yerguen como símbolo y la quieren con fuego.

Al amanecer el levantamiento, Hidalgo recoge y tremola en Atotonilco el estandarte de la Señora. Sus tropas se congregan y enardecen al grito de “¡Viva la Virgen de Guadalupe!” y en los sombreros portan la imagen venerada.

Guadalupano insigne fue don José María Morelos, “el hombre más extraordinario que ha producido la revolución de Nueva España”, como escribe Alamán y es unánime sentir.

Congrego aquí algunos datos precisos, entresacados de los dos volúmenes que en 1927 publicó la Secretaría de Educación Pública bajo el título de *Morelos. Documentos inéditos y poco conocidos.*

El caudillo atribuye todos sus triunfos a la "Emperadora Guadalupana". Dice a don Ignacio Rayón, en oficio fechado en el cuartel general de Oajaca el primero de diciembre de 1812: "El 25 del inmediato noviembre pensé entrar en Oajaca y entré con pérdida de doce hombres; la acción no se me debe a mí, sino a la Emperadora Guadalupana, como todas las demás" (tomo II, página 267).

Y en el manifiesto titulado *Desengaño de la América y traición descubierta de los europeos,* asienta Morelos en 1812: "Espera (la América), más que en sus propias fuerzas, en el poder de Dios e intercesión de su santísima Madre, que en su portentosa imagen de Guadalupe, aparecida en las montañas del Tepeyac para nuestro consuelo y defensa, visiblemente nos protege. Espera que esta soberana Reina del Empíreo, castigará vuestra insolencia y perfidia inaudita (habla a los "europeos impíos"), con que se está viendo ultrajada

En las tropas de Morelos se tuvo por santo y seña a la Virgen de Guadalupe.

Hubo numerosos estandartes de la Guadalupana en los ejércitos de Morelos.

Y Morelos personalmente llevaba consigo una medalla de la Guadalupana.

Llegamos a lo más sustancioso y sugeridor. El bando que sigue es un monumento del sentir de Morelos, en que se mira cómo identificaba a la Guadalupana y a la Patria:

> Don José María Morelos, capitán general de los ejércitos americanos y vocal de la Suprema Junta Nacional Gubernativa del Reino, etc., etc.
>
> Por los singulares, especiales e innumerables favores que debemos a María Santísima en su milagrosa imagen de Guadalupe, patrona, defensora y distinguida emperatriz de este reino, estamos obligados a tributarle todo culto y adoración, manifestando nuestro reconocimiento, nuestra devoción y confianza; y siendo su protección en la actual guerra tan visible que nadie puede disputarla a nuestra nación, debe ser visiblemente honrada y reconocida por todo americano.
>
> . Por tanto, mando que en todos los pueblos del reino, especialmente los del sud de esta América Septentrional, se continúe la devoción de

celebrar una misa el día doce de cada mes, en honra y gloria de la Santísima Virgen de Guadalupe.

En el mismo día doce de cada mes, deberán los vecinos de los pueblos exponer la santísima imagen de Guadalupe en las puertas o balcones de sus casas sobre un lienzo decente, y cuando no tengan imagen colgarán el lienzo mientras la solicitan de donde las hay, añadiendo arder las luces que según sus facultades y ardiente devoción les proporcione.

Y para que esta disposición obligatoria tenga su debido cumplimiento, mando a todos los jueces militares y políticos, ruego y encargo a todos los prelados eclesiásticos, cuiden y celen con todas sus fuerzas, a fin de que los súbditos logren tan santos fines, reservando declarar por indevoto y traidor a la nación al individuo que, reconvenido por tercera vez, no usare de la cucarda nacional o no diere culto a la Santísima Virgen, pudiendo.

Dado en el cuartel general de Ometepec, a los once días de marzo de 1813. -José María Morelos-. Por mandato de Su Excelencia, José Lucas Marín, Prosecretario" (tomo I, pág. 154).

Y en la hora suprema, culminó el fervor del gran caudillo. Llevábanlo en coche de la capital hacia el patíbulo de San Cristóbal Ecatepec. Y al pasar por la villa de Guadalupe, haciendo un hondo esfuerzo para sobreponerse a la pesadumbre de sus cadenas, púsose de rodillas para reverenciar a la Virgen.

¡Símbolo heroico de su pueblo!

Don Carlos María de Bustamante, compañero y fogoso colaborador de Morelos, muestra fervor extraordinario en su *Disertación guadalupana* y otros escritos de igual tema, y es él quien nos refiere que don Mariano Matamoros, cura de Jantetelco; enardecido por las irreverencias que contra la imagen de nuestra Virgen cometieron allí ciertas tropas españolas, voló a incorporarse en las filas insurgentes.

Iturbide, con aprobación del congreso, funda en 1822 la Orden de Guadalupe, cuyos caballeros juran defender las bases del Plan de Iguala, insignia y concreción de la triunfante independencia. En la cámara de diputados tiene desde entonces y por muchos años sitio de honor una imagen de la Guadalupana. Y, cuando abdica don Agustín, va a depositar su bastón de generalísimo en los altares de la Señora.

Luchador tenacísimo fue quien llevó su devoción al extremo de mudar su propio nombre por el de Guadalupe Victoria, en honor de la

Virgen con la cual vinculaba su esperanza en el triunfo. Y, siendo más tarde el primer Presidente de la República, púsose el nombre de "Tepeyac" a una corbeta que adquirió la nación en 1825.

Don Vicente Guerrero, que ocupaba la Presidencia en octubre de 1829, hace traer las banderas arrebatadas en Tampico a la vencida expedición española de Barradas, y va a depositarias solemnemente a los pies de la Virgen de Guadalupe, entre las aclamaciones del gentío que –refiere Zavala– inunda la calzada de Méjico a la Villa.

Vienen muy luego y se prolongan y ensañan las discordias fratricidas. ¿Alcanzarán al Tepeyac? No alcanzan. El propio Juárez, cuando en horas de pugna y de pasión formula un calendario "laico", mantiene el 12 de diciembre como fiesta oficial.

Asume extraordinaria significación y vale por muchas admoniciones, lo que, habiéndose puesto a estudiar seriamente la tradición guadalupana, dijo en tomo de ella don Ignacio Manuel Altamirano, descollante prohombre liberal.

En su libro *Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de Méjico,* publicado en 1884, figura el estudio titulado *La fiesta de Guadalupe,* que toma 280 páginas de las 486 que integran el volumen.

Vale la pena oír detenidamente y justipreciar.

"Si hay una tradición verdaderamente antigua, nacional, y universalmente aceptada en Méjico, es la que se refiere a la aparición de la Virgen de Guadalupe.

"Ella ha dado origen al culto más extendido, más popular y más arraigado que haya habido en Méjico desde el siglo dieciséis hasta hoy, y hecho del santuario del Tepeyac el primer santuario de nuestro país... Es tan nacional (la tradición), que no hay en la República ciudad grande o pequeña, aldea o villorrio que no la celebre con grandes fiestas, ni mejicano, por ignorante que sea, que no la conozca. No sería imposible encontrar en los lugares más apartados del centro del país o en las montañas en que viven retraídas y melancólicas algunas tribus dispersas, quien ignorase que nuestra nación es independiente, que tenemos un gobierno republicano, que hay una Constitución que nos rige, que el Presidente de la República se llama don Fulano de Tal o que el Gobernador del Estado, don Mengano; pero es seguro, segurísimo que no hay nadie, ni entre los indios más montaraces, ni entre los mestizos más incultos y abyectos, que ignore la aparición de la Virgen de Guadalupe.

”Y es tan universalmente aceptada la tradición y tan querida, que en ella están acordes no sólo todas las razas que habitan el suelo mejicano, sino, lo que es más sorprendente aún, todos los partidos que han ensangrentado el país por espacio de medio siglo, a causa de la diferencia de sus ideas políticas o religiosas. Ellos habrán podido lanzarse al campo de la guerra civil, para defender las excelencias del sistema central, monárquico o federal; ellos habrán podido destrozarse para sostener o atacar la inmunidad de los bienes eclesiásticos y las leyes de Reforma dadas por Juárez; ellos habrán agitado a la República para derrocar a un gobernante y elevar a otro; ellos, en fin, se habrán subdividido en fracciones personales llenas de odio, y en fracciones locales mezquinas y turbulentas; pero en tratándose de la Virgen de Guadalupe, todos esos partidos están acordes, y, en último extremo, en los casos desesperados, el culto a la Virgen mejicana es el único vínculo que los une.

La profunda desigualdad social que existe en México, “desaparece también, solamente, ante los altares de la Virgen de Guadalupe. Allí son iguales todos, mestizos e indios, aristócratas y plebeyos, pobres y ricos, conservadores y liberales”.

Aquilátese bien la prodigiosa característica de “único vínculo” nacional, por sobre todas las discordias, que Altamirano reconoce en la Guadalupana, y adviértase la potencialidad popular, democrática y dignificadora del indígena que el célebre liberal descubre y proclama, exclusivamente también, en el culto de nuestra Virgen.

Porque, prosigue Altamirano, el culto “no cesa un solo día, turnándose las mitras de todas las diócesis de la República, las corporaciones religiosas, los pueblos indígenas aun los más apartados, los peregrinos mestizos que vienen en masa”, de tal suerte que la Villa “hormiguea de gente todos los días, especialmente los 12 de cada mes, y allí podría más que en ninguna parte el observador, estudiar los tipos diversos del país...”

Y se pregunta don Ignacio:

“¿Cuál es el origen de esta tradición tan respetable, tan esencialmente nacional y tan simpática en Méjico?”

Entonces entra Altamirano –al estudio histórico del asunto reproduce la narración guadalupana de Becerra Tanco–, “porque la creemos –asienta con conocimiento de causa– más genuina, es decir, más indígena; conserva la sencillez de las locuciones populares y refleja mejor

la suavidad característica de la lengua náhuatl, en que indudablemente se conservó al principio la tradición".

Pinta don Ignacio la Villa en 12 de diciembre e insiste en poner de resalto la fuerza democrática, igualitaria, unitiva y patriótica de la fiesta de Guadalupe:

"Positivamente, el que quiera ver y estudiar un cuadro auténtico de la vida mejicana, el que quiera conocer una de las tradiciones más constantes de nuestro pueblo, no tiene más que tomar un coche del ferrocarril urbano que sale de la Plaza de Armas cada diez minutos, conduciendo a la Villa una catarata de gente que se desparrama de los veinte vagones que constituyen cada tren, al llegar a la Villa de Guadalupe. Es la ciudad de Méjico entera que se traslada al pie del santuario, desde la mañana hasta la tarde, formando una muchedumbre confusa, revuelta, abigarrada, pintoresca, pero difícil de describir.

"Allí están todas las razas de la antigua colonia, todas las clases de la nueva República, todas las castas que viven en nuestra democracia, todos los trajes de nuestra civilización, todas las opiniones de nuestra política.

"Y no existen allí las consideraciones sociales: los carruajes de los ricos se detienen a orillas del pueblo, lo mismo que los coches *simones,* lo mismo que los trenes del ferrocarril. Todo el mundo se apea y se confunde entre la multitud: el millonario va expuesto a ser pisoteado por el pordiosero y despojado de su reloj por el pillo. La señorona estruja sus vestidos de seda con los inmundos arambeles de la mendiga y con las calzoneras de cuero del peregrino de tierra adentro.

"Nadie se exceptúa y nadie se distingue: es la igualdad ante la Virgen: es la idolatría nacional".

Y prosigue Altamirano, dándonos la curiosa noticia de que "la devoción guadalupana entonces llegó a invadir hasta los templos masónicos".

Concluye Altamirano su recorrido histórico:

"Hemos llegado por fin a la época actual. El culto de la Virgen de Guadalupe, aunque sin el apoyo oficial, sigue tan ferviente y tan universal como antes...

"Los mejicanos adoran a la Virgen de consuno: los que profesan ideas católicas, por motivos de religión; los liberales, por recuerdo de

la bandera del año 10; los indios, porque es su única diosa; ** los extranjeros, por no herir el sentimiento nacional; y todos la consideran como un símbolo esencialmente mejicano.

”Nada recuerda tanto a la Patria en el extranjero, dicen todos los viajeros mejicanos, como la imagen de la Virgen de Guadalupe.

”Las fiestas cada vez se celebran con igual pompa; es difícil encontrar una familia mejicana en que no haya una persona del sexo femenino y aun del masculino que se llame Guadalupe, y no hay nadie que no evoque algún recuerdo al pronunciar este nombre”.

Y cierra Altamirano su estudio con estas graves palabras, perennemente dignas de memoria y meditación:

“El día en que no se adore a la Virgen del Tepeyac en esta tierra, es seguro que habrá desaparecido no sólo la nacionalidad mejicana, sino hasta el recuerdo de los moradores de la Méjico actual” .

Según el pensador heterodoxo trabajarían, pues, contra la nacionalidad mejicana, los que trabajasen contra la Virgen de Guadalupe.

Y un funcionario de la Revolución, el doctor don José Manuel Puig Casauranc –nada menos que ministro de Educación Pública en los crudos días de la persecución de Calles–, pone en su libro *Páginas viejas con ideas actuales,* publicado en 1925, estos conceptos que en boca suya cobran significación inusitada:

“Ejerce la Virgen morena una fascinación tal, que el rostro dulce y bello de la Patrona de Méjico no se quita de mis ojos al sentarme a escribir...

”Simboliza nuestra Virgen de Guadalupe para Méjico, como la de Covadonga para los españoles y como la Virgen de Lourdes para los franceses, se realiza en su culto la fusión conceptiva de Patria y de Divinidad que hallamos en todos los pueblos con sólo asomarnos a su

** Huelga puntualizar que cuando Altamirano habla de “adorar” y de “idolatría”, lo dice en el habitual sentido figurado en que decimos que un hijo adora o idolatra a su madre; aunque sí hay que tildar la hipérbole descaminada y disonante de llamar “única diosa” de los indios a la Guadalupana.

Propiamente hablando, para nadie, culto ni inculto, es “un ídolo” la Virgen. Sus imágenes –como todas las otras– son eso: imágenes, representaciones, trasuntos del original. Cuando besamos un retrato de nuestra madre, no entendemos besar al cartón, sino besar a nuestra madre.

historia, enlazados de tal modo los conceptos, que las más de las veces Dios ha significado la Patria. . .

”Y es que las nociones de Patria y de Divinidad, indestructibles e inseparables en el alma popular, son, con el idioma y el amor a la familia (la patria pequeña y los dioses del hogar), dos pilares maestros de los pueblos; y por esto es tan especialmente peligroso herir cualquiera de estos sentimientos, porque, unidos e inseparables como son, la muerte de uno solo de ellos en la conciencia nacional, acabaría con la vida misma de los pueblos”.

Apuntes de Viaje

SEVILLA

Un derroche de sol en cada plaza,
un reguero de sombra en cada alero,
San Fernando a caballo, con coraza,
y en los retablos oro verdadero.

El viento que se enreda en la Giralda,
la Maestranza y su círculo de albero,
en un balcón la enseña rojo y gualda
y un aroma de azahares, volandero.

Semana Santa, parpadear ardiente
de cirios ante tallas de María
que navegan en medio de la gente.

Y más tarde, en la Feria, una alegría
que refleja de modo diferente
el genio peculiar de Andalucía.

SAN SEBASTIÁN

Dos montes como erguidos centinelas
custodian el acceso a la bahía,
que divide en corrientes paralelas
un islote que tuvo artillería.

El regreso gradual de las pesqueras
entre luces del día que declina,
las regatas anuales de traineras
y el clásico hotel María Cristina.

Elegante ciudad de aire francés
y rasgos que el olvido desvanece
de un pasado romántico y cortés.

Salvo en cierto rincón donde parece
que las horas pasaran al revés
rumbo al tiempo del rey Alfonso Trece.

LAS LANDAS

Sin tener que cruzar los Pirineos
y bordeando balnearios melancólicos
desde España llegamos a Burdeos,
coronada con pámpanos simbólicos.

Y continuamos viaje por caminos
que corren entre rústicas barandas,
tras las cuales los robles y los pinos
repiten el paisaje de Las Landas.

Las Landas de Aquitania, vinos finos
con nombres de castillos. Y castillos
con nombres genealógicos de vinos.

Los patos suculentos, cervatillos,
los antiguos linajes campesinos
y el concierto palustre de los grillos.

JUAN LUIS GALLARDO

Octubre del 2008

John Henry Newman: verdad y humildad en su camino a la Iglesia

INÉS DE CASSAGNE *

Para hablar de Newman, personalidad tan grande y de tal repercusión, tengo tan poco tiempo que me encomiendo a él pidiéndole ayuda, ya que ha sido declarado "Venerable" y pronto ha de ser proclamado "Beato". En la oración que rezamos para ello, se subraya que buscó y se adhirió a la Verdad "*at any cost*". Justamente querría insistir hoy sobre este rasgo esencial de Newman: su amor a la Verdad a cualquier precio ; junto con ello, querría destacar su humildad, como virtud de base que posibilitó su encuentro con la verdad y su decisión a favor de la misma a lo largo de los años, en todas las instancias, aún las más costosas.

La humildad está involucrada en este ceder ante la verdad, dejando de lado la arrogancia intelectual y la voluntad propia cada vez que fue necesario. Observamos que, en efecto, esta opción incondicional por la Verdad implicó "conversión", y no una sino varias conversiones; con lo cual estamos diciendo, al mismo tiempo, que hubo un "desarrollo", un desarrollo mental, moral, espiritual, como corresponde a todo ser viviente, que no se estanca, ni se seca, ni se encierra, sino que se abre a la realidad, que atiende a sus manifestaciones y reclamos, y así va creciendo, floreciendo, dando frutos, y expandiendo su influjo.

"Conversión" y "desarrollo" constituyen nociones fundamentales para comprender el itinerario de Newman, tanto en lo personal e íntimo, como en la repercusión que tuvo en su época, entre sus colegas, alumnos y allegados, y más allá, hasta nuestros días. Así lo recalca el papa Benedicto XVI en uno de sus primeras alocuciones [1]:

* Discurso inaugural como Miembro de número en la Academia del Plata.

1 Benedicto XVI, *Newman belongs to the great teachers of the Church*, "*L'Osservatore Romano*", n.22, Junio 1, 2005, 9).

> En la idea de "desarrollo" Newman ha escrito su propia experiencia de una nunca concluida conversión y ha interpretado para nosotros, no sólo el camino de la doctrina cristiana, sino también el de la vida cristiana. La característica de todo gran doctor de la Iglesia, me parece, es que él enseña no sólo a través de su pensamiento y palabra, sino también por medio de su vida, pues en él pensamiento y vida están compenetrados y definidos. Según esto, Newman forma parte de los grandes maestros de la Iglesia, porque a la vez toca nuestros corazones y aclara nuestro pensamiento.

Pero ubiquemos ante todo al personaje en la historia y en la geografía. Su vida cubre casi todo el siglo XIX, pues nació en 1801 y murió en 1890, en Inglaterra, en la era victoriana. En tal isla, de por sí favorable al "aislamiento", se preservaban algunas tradiciones que contribuyeron a la formación de Newman en lo cultural, como la devoción a los clásicos latinos y griegos, sin olvidar el culto por la propia lengua. Por otra parte, en tal isla, se custodiaba un modo de cristianismo distinto al catolicismo y al protestantismo, el anglicanismo, en cuyo marco Newman se ubicó para deslindar bien la diferencia y con la intención de esta "via media" a su momento de plenitud. De este propósito de plenificación del cristianismo en lo que él, al estilo clásico, creía que era la "justa medida" (*tò métrion*), iba a surgir el Movimiento de Oxford, del que hablaremos en su momento.

Sobre el itinerario de Newman lo sabemos todo, día a día, por él mismo, porque era escritor: escritor nato y, además, pulido por la educación humanística que recibió. Se ejercitaba cotidianamente en inglés, latín y griego; en prosa y en verso. Es más, da la impresión de que espontáneamente su mente, su espíritu y su corazón funcionaban escribiendo. Uno diría que pensaba escribiendo, a más de escribir pensando; que sentía escribiendo, a más de escribir sintiendo; y también que oraba escribiendo, en y desde el flujo de su oración. Hay colecciones de *Oraciones* de su autoría, en todas las actitudes, de adoración, alabanza, petición y acción de gracias; para toda ocasión, para todos los tiempos litúrgicos, y para prácticas devotas como el *Rosario* y el *Via Crucis*. Por último, el escritor se comunicaba diariamente por carta, con muchos corresponsales, y así solamente con sus cartas se podría componer su biografía. A ello se agregan escritos autobiográficos: diarios y "memorias" de circunstancias a las que acordaba importancia, y en especial su Apología –que él tituló en latín *Apologia pro vita sua*, con el significado y la intención de "defensa" frente a calumnias que suscitara

su paso al catolicismo, También dan cuenta de su vida, sobre todo de sus estados de ánimo profundo, sus múltiples poesías –entre las cuales se destacan las de la *Lyra Apostolica*. Muchos de los poemas forman parte de su correspondencia epistolar: fueron pensados para sus allegados para ser enviados en lugar de o como complemento de una carta.

Insisto, pues me parece notable este "temple de escritor" de Newman. Necesitaba precisar sus ideas por escrito, probarlas hasta aprobarlas, como es el caso del *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina*: ciertamente un ensayo, en cuanto trataba de verificar sus intuiciones sobre la línea auténtica de la Tradición de la Iglesia, la que ligaba la enseñanza de los apóstoles a sus seguidores, y deslindarla de las vías erróneas que posteriormente en varias ocasiones se habían tomado. Escribiendo, iba siguiendo la historia, e iba viendo que estas últimas eran desvíos, vías muertas; o ramas que se secaban y marchitaban sin dar frutos de santidad. En cambio, llegó a constatar la continuidad, sanidad y capacidad de renovarse y dar fruto, en la línea de la Iglesia Católica Romana gracias al fundamento de Pedro. ¡Había allí una savia viva, que mantenía lo esencial y al mismo tiempo crecía y se renovaba, por lo cual podía hablarse de auténtico "desarrollo"! Y justamente, al pensar y verificar escribiendo, no necesitó terminar el libro con una conclusión: ¡sino la conclusión fue dar el paso a la Iglesia católica!

Otro caso de ensayo es la *Grammar of Assent*: va tanteando, va mostrando cómo piensa y cómo descubre, en diversas formas y momentos, las instancias que llevan a la fe, cómo ella se va afirmando a pesar de mil objeciones –"mil objeciones no hacen una duda", dice–, y cómo triunfa, detrás de todo ello, la gracia de Dios y su providencia.

Para comunicar la misma verdad –cómo se llega a la fe, cómo colabora el pensamiento, cómo ayudan las experiencias y forman un todo viviente ante los reclamos de Alguien que es el Viviente por excelencia, Newman utilizó un género típico de su época victoriana: la novela, y compuso dos: *Callista* y *Perder y ganar*. Las novelas le permitieron proyectarse a un público más extenso y variado –a más de ser un gusto para él escribirlas y renovar sus propias experiencias en sus personajes, revivirlas. El gran teólogo no desdeñaba este género popular. En ello hay "condescendencia", disposición a bajarse del pedestal y llegar a todos: otra manera de humildad.

En suma, hay en Newman un pensamiento vivo que se desarrolla, unido a esa calidad de escritor que le es propia, y ello es inseparable de la humildad: virtud que se manifiesta en la paciencia, la perseve-

rancia, la espera, la docilidad a la realidad. El famoso lema de Newman "*Ex umbris et imaginibus in veritatem*" (desde las sombras e imágenes hacia la verdad") puede entenderse en este sentido: con constancia y de a poco se aclara la realidad y se va revelando el Ser que la crea y recrea, Dios. También cabe ilustrar sus sentimientos humildes, y a la par firmes, en dirección a la Verdad, con otros dos proverbios que él hizo suyos tomándolos de un maestro (Thomas Scott): "El crecimiento es la única prueba de la vida" y "La santidad antes que la paz" (Ap., p.6). El primero habla de por sí, y el segundo lo explica precisando el género de vida al que está dispuesto para crecer: no una vida cómoda y pasiva, no instalarse y aburguesarse, sino seguir siempre adelante, *ad venturam*, aventurero y peregrino, con espíritu de sacrificio, en aras de una vida completamente tendida hacia Dios, que es la Verdad en persona.

Newman cumplió este designio hasta el heroísmo. Ya tendremos ocasión de señalar varios momentos en que se pusieron de manifiesto esas humildes "virtudes heroicas" con miras a la verdad, que la Iglesia ha reconocido. Para comprender las etapas del itinerario que tuvo que recorrer, cabe recordar el ambiente religioso que lo rodeaba.

Cabe recordar que la Iglesia anglicana en su origen –1535, siglo XVI– fue cismática y no protestante. Enrique VIII se ufanaba de haber recibido de Roma el título de "*defensor fidei*" –defensor de la fe y práctica católicas, contra Lutero–, si bien luego, por cuestiones personales, el mismo monarca que pretendía seguir siendo católico llegó a hacerse proclamar "cabeza de la Iglesia" de Inglaterra, que así quedaba desvinculada del Papa. Pero precisamente, separada de Pedro, la fe zozobra; y es pasible de embates heréticos. Esto es lo que sucedió más tarde: A partir del siglo XVII esa iglesia "antipapista" se vio repartida entre *"High Church"* (tradicional, episcopal, católico-monárquica) y *"Low Church"* (congregaciones protestantizadas de presbiterianos y puritanos). En el siglo XVIII, por influjo del deísmo, la religión languidecía y las dos tendencias casi se confundían, reducidas a una vaga filantropía, en un ambiente predominantemente racionalista. No obstante hubo una excepción: Wesley aportó una efusión de cristianismo "evangélico" convocando a un "encuentro directo con Jesús" y una "vida nueva". Si bien derivaba de la invasión sentimental de fines del s.XVIII, la corriente religiosa de Wesley se apoyaba en una vivencia "religiosa y sensible" de raíces muy anteriores al cisma: nada menos que a la tradicional "piedad afectiva" implicada en "la devoción medieval por la humanidad de Jesús". Por intermedio de los Moravios y el pietismo

alemán –como recalca Bouyer [2]– la religión de Wesley se emparenta con San Bernardo de Claraval (siglo XII) y San Francisco de Asís.

Esta influencia evangélica prendió en alma del jovencito Newman, ya modelada en su casa por "la religión de la Biblia", que se acostumbraba en Inglaterra y consitía en la lectura ordenada a lo largo del año, reiterada año a año, de la Biblia en su *Authorised Version*, la de James I, "monumento de la primera prosa inglesa moderna" –con el acompañamiento de las preces derivadas en el *Prayer Book*. Y a las pacientes solicitaciones de la Palabra de Dios, se agregó entonces un influjo personal, al cual respondió con docilidad, prontitud y agradecimiento:

> A mis quince años (en el otoño de 1816) –dice en la *Apología*–, un gran cambio tuvo lugar en mi pensamiento. Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi inteligencia impresiones de lo que es un dogma, que por la gracia de Dios, nunca se han borrado ni oscurecido [...] El instrumento humano de este comienzo de fe divina en mí fue el excelente varón [...] reverendo Walter Mayers, de Oxford (Ap.5).

"¿Qué vió en este maestro? –se pregunta Bouyer– *Humildad*, docilidad, una virtud diferente a la que quería aquel jovencito de 15 años, ya precoz estudiante en Trinity Collage, de Oxford, quien había discutido con Mayers, defendiendo el *Ensayo sobre el Hombre* de Pope, obra que declaraba: "la felicidad consiste sólo en la virtud" (*Letters* 1,1). El adolescente pretendía "instalarse en la independencia de una virtud que no se inclinaría ante nada ni ante nadie". (p.31) Y en cambio Mayers le mostraba con su ejemplo lo que es *depender de Dios por la fe y el amor.*

Despierta la *conciencia* –realidad interior que desde entonces será algo tan importante para Newman, quien la vive y entiende, al igual que su predecesor Tomas Moro, en un "sentido de dependencia con respecto a Dios". Gracias a la vivencia evangélica, la convicción cristiana se instaló en él produciendo algo así como una brecha en su interioridad, tal que muy vivazmente abrió su conciencia y "concentró –dice él mismo– mis pensamientos en dos seres absolutamente evidentes: yo mismo y mi Creador" (*Ap*. 5).

2 Louis Bouyer, *Newman. Sa vie. Sa spiritualité*, Paris, Les éditions du Cerf, 1952, p.24.

Observamos hasta qué punto confluyen el intelecto y el afecto en esta primera conversión. El jovencito acepta un dogma y al mismo tiempo cobra conciencia de la Presencia de una Persona, que al convocarlo, como un "yo" llama a un "tú", lo "personifica". Así se entabla el diálogo que ya nunca más cesará. Es lo que ratifica su lema principal, grabado en su emblema cardenalicio: "*Cor ad cor loquitur*".

Hoy el vocablo "diálogo" está muy banalizado. En el caso de Newman implica un trato con Dios reverencial, adorante, si bien confiado, y sobre todo, agradecido, perseverante. La humildad lo resguarda, como un ángel, y hará posibles los sucesivos "cambios" que afinarán su intelecto y fortalecerán su fe con relación al dogma, la tradición y la autoridad de la Iglesia.

La divisa "*Cor ad cor loquitur*" se aplica también a otros niveles: De corazón a corazón llega Newman al corazón de las personas y de las cosas. De corazón a corazón le llegan a él las noticias y mociones divinas, pasando por el corazón de otras personas. Ya hemos visto en el párrafo citado la mención explícita de un intermediario. Y si continuamos leyendo ese primer capítulo de la *Apología* nos llama la atención la cantidad de mediadores que va nombrando, siempre con devoción y agradecimiento. "Al reverendo tal le debo tal cosa…" –va diciendo; casi siempre agregando: "gracias a tal logré acrecentar tal conocimiento", o "acrecer mi fe", "o aumentar mi capacidad"–. Y valora, no sólo la enseñanza recibida, sino el ejemplo moral y el estímulo personal, así como los libros que le recomendaron, libros que leyó y consejos que tuvo muy en cuenta. ¿No hay en todo ello humildad?

Es la humildad requerida para aprender, la que está figurada en la entada de la Universidad de Cambridge (Inglaterra) por una puerta y un rito que ha de cumplir el estudiante que ingresa a ella. Es una puerta baja, por lo cual hay que agacharse. Y este gesto simboliza deponer el orgullo, enemigo de aprender. Reconocer "Sólo sé que no sé nada", prepara para la verdad. Por su parte, también el maestro se abaja, condesciende, pues lo mucho que sabe ha de achicarlo y adaptarlo a las condiciones del educando. Y ya vimos que Newman cumplió este requisito –dispensador de verdad– como maestro, predicador, consejero, en sus cartas, novelas, libros y sermones.

Entre los muchos citados a quienes Newman agradece, elijo dos por la importancia de las doctrinas y comunicaciones recibidas por ellos, y también porque en ambos casos la afinidad –que es tender a un mismo fin, en este caso la verdad– dio lugar a la amistad; y la amis-

tad así encendida por el amor a la verdad, fue en aumento y en provecho de la verdad. Hablo de Keble y de Froude, ambos sacerdotes anglicanos como el propio Newman.

Lo primero que destaca de John Keble es que "tocó una nota original y despertó en millares de corazones una música nueva". Se refiere a sus himnos del Año litúrgico (publicados en 1827) –*The Christian Year*– cuyo efecto fue "una enseñanza religiosa tan profunda, tan pura y tan bella" (*Ap*. 17). Quizá porque la música, por el sonido sensible, toca el alma, Newman se refiere de inmediato al

> *principio sacramental*, es decir, la doctrina de que los fenómenos materiales son, al par, figuras e instrumentos de realidades invisibles.

Puntualizando:

> doctrina que abarca en plenitud no sólo lo que los anglicanos y católicos creen sobre los sacramentos propiamente dichos, sino también el artículo de la "comunión de los santos" e igualmente los misterios de la fe (*Ap*. 17).

En cuanto a Hurrel Froude declara: "Lo conocí en 1826, y viví con él la más íntima y afectuosa amistad desde 1829 hasta su muerte, en 1836". ¡Tan corto tiempo y cuánto compartido! Comenta Newman:

> Sería difícil enumerar las adiciones concretas a mi credo teológico que saqué de un amigo a quien debo tanto. Él me enseñó a mirar con admiración a la Iglesia de Roma y a aborrecer en el mismo grado la reforma protestante. Él grabó profundamente en mí la idea de la devoción a *la Virgen* y me condujo, paso a paso, a creer en *la presencia real* [en la Eucaristía] (*Ap*. 22).

¡Y eso que la prematura muerte de Froude, a los 35 años, le impidió desarrollar sus puntos de vista hasta las últimas conclusiones! Esto le tocará a su amigo, quien no deja de mencionar otra deuda para con Froude: mostrarle el valor de la "Tradición" como "principal instrumento de enseñanza religiosa", y no la "Biblia sola", como dicen los protestantes (*Ap*. 22, 23).

En estos intercambios se verifica lo que observa Dawson: que en el Movimiento de Oxford tuvo mucha importancia "la amistad" [3].

Newman da testimonio de gratitud, de una manera muy especial, y con gran entusiasmo, a los Padres de la Iglesia. Es que estos grandes intelectuales de los siglos III, IV y V contribuirán a confirmarle los principios que él ya había dado por esenciales en un cristianismo auténtico. Son los principios inherentes a la realidad de la Iglesia: el principio dogmático, el principio sacramental y el principio de autoridad fundado en la viviente comunión católica. Justamente Newman cuenta que retomó la lectura de los Padres cuando, en su evolución,

> se me iba desprendiendo aquella sombra de liberalismo que se me había pegado en mi carrera (*Ap*. 23).

Por "liberalismo" quiere decir libre examen, al estilo protestante. "Siempre he luchado contra el liberalismo" quiere decir: contra la pretensión humana de autosuficiencia : dejar de lado a Dios, arreglárselas solo en todo, sea para comprender el universo, sea para ordenar su vida. Como dice Bouyer, "se opone a esa clase de razón orgullosa que rechaza toda dependencia" (p.31).

Ahora bien, el estudio cronológico y sistemático de los Padres, va a ampliarle el panorama histórico de la Iglesia. Remitiéndose pues a los primeros siglos, habrá de observar las semejanzas que entonces se dieron con respecto a la actualidad. Viendo lo sucedido con las opiniones que finalmente se convirtieron en herejías, y se desprendieron del tronco eclesial (especialmente los avatares del arrianismo en el siglo IV Y V), Newman calibrará tanto más el peligro del "libre examen" o como él dice, del "liberalismo". Éste acechaba en Oxford, entre sus colegas, a veces por resabios protestantes que se habían filtrado en el anglicanismo, recientemente por influjo del pensamiento iluminista o ilustrado del siglo anterior (XVIII), y finalmente por acomodarse a presiones del Estado. Hay que volver a recordar que la Iglesia Anglicana fue cismática desde el siglo XVI en que el Rey se proclamó "cabeza de la misma". Y ello produjo una identidad y confusión entre lo religioso y lo político. Por una parte, por ejemplo, los funcionarios y quienes as-

3 Cristopher Dawson: *El espíritu del Movimiento de Oxford*, traducción de José Morales, Madrid, Rialp, 2000, p.34.

piren a títulos universitarios habían de adherir a los 39 artículos del Credo de la Iglesia Establecida. Por otra parte, los sacerdotes y obispos serán muy respetados pero no dejan de ser funcionarios a sueldo del Estado el cual les asegura su carrera, lo que implica dependencia y hasta atadura. Esta fusión político-religiosa, llamada "erastianismo", comporta el peligro de "césaropapismo", es decir, de intrusión por parte del Estado en cuestiones, ya no sólo administrativas, sino también doctrinales o morales.

Hacia 1830, el Estado presionó a la Iglesia Establecida en lo administrativo exigiendo la supresión de sedes episcopales en Irlanda; desde otra perspectiva, aflojó la preponderancia de la Iglesia establecida en cuanto concedió a los católicos derechos cívicos y hasta volver a tener sus iglesias y obispos. Estas medidas "liberales" a primera vista no parecen graves, al contrario; pero los espíritus agudos como el de Newman y sus amigos avizoraban más peligrosas consecuencias detrás de estos cambios políticos revolucionarios, inspirados en la Revolución Francesa. Nuestro autor, sacerdote anglicano, cuenta que "cuando los wigs subieron al poder [...] algunos prelados fueron insultados y amenazados en las calles de Londres" –y, en lugar de pensar en cómo defenderse, agrega: "La cuestión vital era saber cómo evitar la liberalización de la Iglesia" (*Ap*. 27). Da que pensar esta conclusión. Es que precisamente muchos prelados conspicuos trataron de promover una acomodación diplomática para mejor convivencia, y otros la adhesión al partido conservador.

Newman, por el contrario, quería salvar a la Iglesia en sí, incitándola a ser lo que siempre fue y cumpliendo su propia misión. Y como en ese entonces estaba estudiando a los Padres de la Iglesia, contraponía aquellas tentaciones de "consenso" o partidismo, con la firmeza de la Iglesia primitiva. "Con la Iglesia establecida, dividida e ignorante de su verdadera fuerza, comparaba yo aquel poder lleno de juventud y vigor del que leía en los primeros siglos" (*Ap*. 28). También, por ver cómo habían pesado entonces las personas santas que resistieron al poder Imperial (como el Gran Atanasio de Alejandría, cinco veces echado de su sede), se daba cuenta de que la fidelidad y libertad de la Iglesia Anglicana debería promoverse, "no por corporaciones, sino por personas" (*Ap*. 30). Y por personas dispuestas a "santificarse". Al respecto le escribió a su Obispo:

> Me he resistido a sugestiones de examinar las diferencias entre nosotros y las Iglesias extranjeras con miras a arreglo (me refiero a proce-

dimientos de negociación, conferencias, agitación y otros por el estilo). Nuestro asunto nos atañe a cada uno: hacernos más santos, más abnegados, más primigenios, más dignos de nuestra alta misión [...] Las reconciliaciones políticas son sólo exteriores, superficiales y falaces. (*Ap*. 124)

¡Qué aplicables son estas lecciones siempre! Y la del tract 90 :

> Todo cambio en religión debe ir acompañado de profundo arrepentimiento; los cambios deben nutrirse de amor recíproco; no podemos ponernos de acuerdo sin ayuda sobrenatural; hemos de acudir juntos a Dios para que haga por nosotros lo que nosotros no podemos hacer (*Ap*. 124).

¡Qué equilibrio entre segura afirmación y humilde entrega, entre compromiso personal y acción conjunta, y todo bajo la guía de Dios! Así despuntó el "Movimiento de Oxford": casi sin plan, por obra de algunos que se daban cuenta, y acogiéndose a la Providencia. "Comencé a pensar que tenía una misión" (p.30), y "Tenemos que hacer una obra en Inglaterra": estas dos declaraciones van juntas, pues han de cooperar, según Newman la "personalidad" y la "solidaridad". En ambas nociones, están excluidas, para Newman, la superficialidad de la mera adhesión y aún el voto de mayorías. "Esta es obra de pocos", repetía. Es que tenía demasiado cerca las falacias de la Revolución Francesa y el derrumbe moral que involucraban las ideas democratistas que propalaba por Europa. En un plano profundo, lo que cimienta una reforma social y política es de orden personal, viviente, fundado en la verdad, en la moral, en la veneración religiosa de "las cosas que Dios ha creado y redimido", a las cuales, como dice el salmo "les ha dado una consistencia perpetua y una ley que no pasará". A esto hay que volverse: por ello *la auténtica "reforma" viene a ser una "restauración para mejor" y supone "conversión"*.

Newman, al igual que Froude y Keble, se lanzaron en esa dirección –la "reforma"– y cada uno a su modo, humildemente, se dejó *"convertir" y "guiar" por la Luz de Dios,* como expresa nuestro autor en el célebre poema de ese entonces [4]. Keble aceptó un modesto puesto de párroco; y sin embargo aprovechó cuando lo llamaron a dar un impor-

4 "*Lead, kindly light / lead thou me on…*"

tante sermón de apertura de sesiones de la Corte, para alertar en él públicamente sobre ¡la "*Apostasía nacional*"!

Esta homilía de 1832 resultó como un arranque del Movimiento: proporcionó un buen diagnóstico y un sacudón de conciencia, ya que "apostasía" significa apartarse del "status", es decir, en sentido estricto, de aquello sólido sobre lo cual nos asentamos en la Iglesia: la roca sólida del dogma. Rescatar el dogma era el primer objetivo pues la batalla que estaban librando era "contra el liberalismo", y Newman precisa al respecto: "por liberalismo entiendo el principio antidogmático y sus consecuencias".

La actualidad de este diagnóstico es admirable, puesto que las "consecuencias" fueron explicitándose cada vez más en los casi dos siglos sucesivos: críticas bíblicas por medio de todo tipo de hermenéuticas, modas de tolerancia, pretextos de "diálogo", hasta llegar al punto de encapricharse cada uno con su propia interpretación (lo cual es el significado de la plabra "hereje" [5]). Hoy más que nunca es ejemplar la firmeza de Newman en el "principio dogmático" –que es un principio de verdad, dependiente de la Revelación, al que llama "el principio capital" del movimiento:

> He cambiado en muchas cosas, pero ahí no. Desde los quince años, el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión [...] Religión como mero sentimiento es para mí un sueño o una burla. Sería como haber amor filial sin la realidad de un padre (*Ap*. 42).

La lección vale tanto más cuanto al afirmar esto en su *Apología* de 1863, está abarcando el período anglicano y el católico; y tanto más cuando tomamos en cuenta que su conversión al catolicismo reafirmó el principio dogmático sobre una doble base de intercambio entre "la autoridad" y el "juicio privado". Estos dos supuestos suelen darse por contradictorios porque tendenciosamente se absolutizan y desfiguran (el primero, por ejemplo, hablando de "fanatismo"), pero funcionan en realidad como complementarios. Oigamos la explicación:

> Es costumbre de los escritores protestantes considerar que, de los dos principios que actúan en la historia de la religión –autoridad y

5 Del gr. "heréo", preferir.

> juicio privado-, ellos poseen el juicio privado y a nosotros nos toca la herencia entera y la opresión aplastante de la autoridad. Pero no es así. El inmenso cuerpo católico, y sólo él, ofrece un palenque para los dos combatientes en este duelo, nunca acabado. Y es necesario para la vida misma de la religión, considerada en sus mismas operaciones y en su historia, que esta guerra se sostenga incesantemente

(Bien lo sabía Newman por su conocimiento de historia de la Iglesia, no en manuales, sino en vivo y en directo, habiendo leído y traducido las cartas de los campeones que sufrieron los avatares de la tormenta arriana: como se ve en sus *Bocetos históricos* [6]: los confesores de la ortodoxia fueron perseguidos por los herejes y por el Estado Romano, sacados de sus sedes episcopales, exiliados, librados a la intemperie, al hambre y a los salteadores "sin poder siquiera darme el alivio de un baño" –como dice San Juan Crisóstomo–, pero así su perseverancia y santidad hizo triunfar al fin la doctrina verdadera. Sin duda Newman ha de haber sido confortado por estas lecturas durante esta lucha del Movimiento de Oxford.) Y prosigue, valorando ahora los juicios privados que, derivando de la Revelación y tradición, van a ir a confluir, con dicha autoridad, hacia la verdad dogmática plena:

> Y es necesario para la vida misma de la religión considerada en sus mismas operaciones y en su historia, que esta guerra se sostenga incesantemente. Cada ejercicio de la infalibilidad se lleva a cabo por una intensa y variada operación de la razón, por parte de sus aliados y adversarios [...]; así, la cristiandad católica no es simplemente una exhibición de absolutismo religioso, sino que ofrece el cuadro constante de *autoridad y juicio privado*, que avanzan y retroceden alternativamente como el flujo de la marea; es un vasto conjunto de seres humanos, dotados de entendimiento y pasiones [...] refinados y remodelados, por un proceso continuo y ruidoso, de la materia prima de la naturaleza humana, tan excelente, tan peligrosa y tan capaz de los designios divinos (*Ap*. 199).

He aquí un resumen de su experiencia en la búsqueda de la verdad religiosa, en contacto con la realidad humana. En esta segunda parte del párrafo está confirmando que tal búsqueda de la verdad se hace de manera viviente, con audacia y con riesgo.

6 *Historical Sketches* que he traducido y publicado en la revista *Newmaniana*.

"Los movimientos no nacen de comisiones", había afirmado Newman (*Ap*. 34) en los comienzos del Movimiento. Tanto él como Froude –dice– "veían la fuerza de la influencia personal, como una condición esencial para lograr verdadero éxito en la resistencia al liberalismo". Y justamente cabe ahora diferenciar entre el "juicio privado", que es un bien, un deber y un derecho, ejercido en sus justos términos, y el exceso del liberalismo (el otro extremo del "fanatismo"). Recurriré a algunos unos ejemplos de este exceso liberal, dados por Newman, contra los cuales él está y ha luchado siempre. Ante todo, darle lugar solamente al juicio privado sin atenerse a la autoridad; derivados de esto: no tomar como objeto de fe uno o ningún artículo del Credo; decir que legítimamente alguien puede enseñar lo falso o malo en materias religiosas, sociales y morales, con tal de que, en su conciencia privada, le parezca verdadero y recto; pretender que la economía política puede echar por tierra las declaraciones de nuestro Señor sobre pobreza y riqueza; pretender que ninguna doctrina o precepto revelado puede razonablemente oponerse a las conclusiones científicas: jactarse de que "el cristianismo ha sido necesariamente modificado por el crecimiento de la civilización y las exigencias de los tiempos"... (*Ap*., nota A: "El liberalismo").

A diferencia de estas pseudo-tesis (hoy consignas propagandeadas, aceptadas pasivamente y por ello masificadoras), aquel Movimiento de Oxford fue llevado adelante por motores vivientes, a fuerza de trabajo y renuncias que denotan modestia y humildad, audacia y confianza, imaginación e inteligencia, iniciativa y voluntad. Es decir, muchas manifestaciones de "lo personal" al servicio de la Verdad, que de por sí tiene "autoridad" porque hace aumentar [7] o crecer al individuo que la va asimilando.

Cuando se entregó a la tarea que se le imponía, en 1833, Newman estaba en plena carrera en Oxford: era miembro del Oriel College y Vicario de St Mary's, la parroquia universitaria. Le costó que le quitaran las tutorías que le correspondían en Oriel College, pero justamente esta vacancia académica le dio tiempo para estudiar, pensar, escribir, publicar, predicar en St. Mary's, la parroquia universitaria, y al mismo tiempo lanzarse con los "*Tracts for the times*".

Tal es el nombre que él les dio a los folletos en los que volcaba sus ideas; y por ello empezaron a llamar "tractariano" a ese movimiento

7 Aumentar y Autoridad tiene la misma raíz.

de Oxford. Como él mismo comenta en la *Apologia*, esta iniciativa suya de publicar y difundir "trataditos" doctrinales, comporta atenerse al "principio de personalidad": primero, porque él era "su editor y en gran parte su autor", porque él mismo los repartía de a pie o a caballo; porque los criticaron personas que le merecían respeto, si bien fue apoyado por Keble y Froude; porque convocaba a escribir a cuantos quisieran opinar, con libertad, con tal de unirse a la causa, que era: "sostener" contra deformaciones "aquel cristianismo primitivo que había sido enseñado para todos los tiempos por los primeros doctores de la Iglesia, y estaba consignado en los formularios anglicanos, potenciados por los grandes teólogos carolinos del siglo XVII" [8]. E importaba defender el sistema episcopal derivado por "Sucesión Apostólica", nota fundamental según él, dentro de la "Iglesia visible, con sacramentos y ritos" que, también según él creía entonces, era una rama de la Iglesia Católica.

Destacamos la previsión de Newman. "El primer año de los *tracts* –relata– comenzó el asalto a la Universidad". ¿Cómo? Por ejemplo, poniendo en la categoría de "opinión" a la Santísima Trinidad; ¡Tal "fue el comienzo del asalto del liberalismo contra la ortodoxia de Oxford e Inglaterra"! –comenta– de no ser por este viento en contra que venía de donde menos se esperaba: de estudiantes y lectores de esas páginas difusoras. "Por obra de amigos, por lo general más jóvenes que yo, vinieron a difundirse mis principios (*Ap*. 50).

También atrajeron mucho sus Sermones en St Mary's: tanto los Sermones parroquiales sencillos (*Parochial and Plain Sermons*) como los Sermones universitarios. Los primeros, como el nombre indica, estaban dirigidos, durante el servicio dominical vespertino, a la simple feligresía, pero pronto a este auditorio se agregaron estudiantes y colegas. Y precisamente por ser dados con intención pastoral, a partir de textos de la Escritura, en un cuadro litúrgico, el predicador ponía en ellos toda su alma y una unción sacerdotal que contagiaba. *Cor ad cor loquitur*: de esta forma, más que en un contexto lógico, las verdades de la fe tocaban y apelaban a la conversión, que era al objetivo básico del movimiento de reforma. Como observa Bouyer, la meditación newmaniana "obliga a una decisión, y una decisión que compromete al sacrificio". Es un "motivo constante", que pide "santidad","una

8 Los "caroline divines", así llamados por ser teólogos que enseñaron en Oxford en la época del reinado de Carlos I Estuardo.

santidad hecha de disponibilidad perfecta a la gracia, de fidelidad integral a la luz", y tan "dispuesta" a despojarse de lo que fuere, en vistas de la verdad, que por ello mismo, y sin que el predicador ni su auditorio lo advirtiesen entonces, los iba llevando insensiblemente, no sólo del protestantismo a la Via Media en que Newman pensaba detenerse, sino de allí a la única Iglesia" (pp.233-4).

Colaboraban en el mismo sentido sus Sermones Universitarios. Ya sólo su tema, sobre la razón y la fe, era inquietante, pues empezaba deslindando entre la razón ejercida autónomamente, al modo de los ilustrados del siglo XVIII, y la razón humilde y disponible a las iluminaciones de Dios. Con este significado ya se había expresada su mutuo intercambio en el Medioevo en las conocidas fórmulas: *intellectus quaerens fidem* y *fides quaerens intellectum.* Y llevaría al expositor y a sus auditores mucho más lejos de lo que suponían.

De hecho la *Via Media* sólo pedía adecuarse al dogma y al sistema sacramental, dentro del marco tradicional anglicano, y esto último quedaba salvaguardado por su explícita oposición a Roma. ¿En que consistía esta oposición a Roma? En acusarla de fanatismo y supersticiones, deformaciones "post-tridentinas" [9] que, según se decía, llevaban a menoscabar el culto divino en pro de devociones a María y los santos. Sin embargo, "de todos lados se levantaba un clamor: los *tracts* y los escritos de los Padres nos llevarían a hacernos católicos antes de que nos diéramos cuenta de ello" (*Ap*. 54).

Pero la rectitud de intención y procedimientos difirió muchos años aquel "peligro". Newman aconsejaba no apurarse y proseguía sus investigaciones. Su estudio sobre "La función profética de la Iglesia" (*Prophetical Office*) le confirmaba la "Via media" como justo medio ideal "entre protestantismo y papismo". No obstante, el mismo Newman observaba que mientras estas dos eran "religiones reales", la Via media "sólo era religión sobre el papel" (58): había que concretarla haciéndola viva en las almas, y ése era su proyecto.

Como dijimos, lo alentó en sus homilías, lo sopesó en su "*Ensayo sobre la justificación*" (1837), y desde el principio al fin trató de verificarlo y validarlo con sus estudios de la *Iglesia de los Padres* (1838, sus bocetos patrísticos). "La Via Media –puntualiza Bouyer– pretendía ser una resurrección de la Iglesia de los Padres". Tenía razón en el in-

9 El Concilio de Trento, a mediados del siglo XVI, había sido objeto de arbitrarias críticas como las señaladas.

tento de confrontar lo actual con lo primigenio ya que como decía Tertuliano (*Sobre la prescripción de los herejes*, CCL 1): "Es norma general que toda cosa debe ser referida a su origen". Precisamente, los Padres de la Iglesia del siglo IV y V lo llevarían al origen de la plena verdad de la Iglesia actual.

Newman reivindicaba desde el principio para la *Via media* la nota de "catolicidad" en cuanto veía al Anglicanismo como una rama de la Iglesia "Una, santa, católica y apostólica". Y he aquí que se le presentaron dos indicaciones coincidentes que introdujeron dudas en tal convicción. Primero, en 1939, fue una frase de San Agustín leída en un artículo del cardenal Wiseman: "*Securus judicat orbis terrarum*". Newman percibió que aquí se afirma la infabilidad del pueblo católico en cuanto comunión católica viviente. ¿Qué quiere decir? Que esa frase "Seguro juzga el orbe de la tierra", se refiere al sentir universal de los cristianos sobre una verdad de fe. Newman veía esto demostrado en las disputas cristológicas del siglo IV y V. Varias veces sucedió entonces que un grupo mayoritario de obispos se apartaron del sentir universal, y sólo algunos pocos mantuvieron la fe. ¿Ejemplos? Basilio, Gregorio, San Juan Crisóstomo, y sobre todo el gran Atanasio, que por defender el Credo de Nicea soportó cinco veces ser echado de su sede de Alejandría, y cinco exilios.

"No se trata de votos" –explica Bouyer–: se trata de un "cuerpo vivo" (p.254), que ha quedado reducido, pero vivo, frente a una masa de miembros muertos, desgajados de su tronco, por equivocados, por aferrados a su capricho, por preferir eso y no la verdad. Hereje quiere decir esto: prefiero mi opinión. En cambio: "Seguro juzga el sentir universal" implica atenerse a la Verdad que vivifica al Cuerpo de la Iglesia, pues esa Verdad es Cristo, su cabeza. Así pues Newman, al retener este aserto lo ve aplicado al considerar el conflicto de mediados del siglo V, que se resolvió en el Concilio de Calcedonia con la célebre definición del papa San León Magno: Cristo es Persona divina que dispone de dos naturalezas, que están unidas, sin confusión sin separación. De un lado estaba Eutiques, opinando que la naturaleza divina del Verbo subsumía la naturaleza humana (entonces Jesús pasaba a ser una Persona divina en una naturaleza divina exclusivamente); de otro lado estaban los nestorianos atribuyendo dos personas cada una con su propia naturaleza: el Verbo con su naturaleza humana y Jesús simplemente persona humana.

Oigamos al propio Newman contando su sorpresa en la *Apología*:

Comencé a estudiar a fondo la historia de los monofisitas [...] Y fue durante ese curso de lectura cuando por primera vez me vino la duda de que el anglicanismo fuera sostenible [...] A fines de agosto estaba seriamente alarmado [...] Mi fuerte era la antigüedad, y ahora, a mediados del siglo V, me parecía ver reflejada la cristiandad de los siglos XVI y XIX. Vi mi cara en ese espejo: ¡Yo era un monofisita! La iglesia de la via media estaba en la misma situación que la comunión oriental, Roma estaba donde está hora, y los protestantes eran los eutiquianos.

Era difícil argüir cómo los eutiquianos y monofisitas no eran herejes si no lo eran también los protestantes y anglicanos; difícil también hallar argumentos contra los Padres de Trento que no fueran también contra los Padres de Calcedonia; difícil condenar a los papas del siglo XVI sin condenar a los del siglo V [...] La Iglesia pudo ser llamada entonces, como ahora, autoritaria y dura, resuelta, avasalladora e implacable; y los herejes eran astutos, cambiantes, circunspectos y engañosos, cortejando siempre al poder civil, incapaces de ponerse de acuerdo, a no ser con ayuda del mismo. ¿A qué continuar la controversia, o defender mi posición si, después de todo, estaba yo forjando argumentos a favor de Arrio o Eutiques y haciéndome abogado del diablo contra el perseverante Atanasio y el mayestático León? ¡Esté mi alma con los santos! (*Ap*. 95-96).

¡Qué lucidez, y qué entrega! Mutuamente se refuerzan ambas en esta búsqueda de Newman, pues la Verdad revelada, por él aceptada con humildad, le va iluminando el intelecto, ablandando el corazón, disponiendo la voluntad. ¡Y qué voluntad de seguir, por ver si acaso hay algún punto a favor de la "madre" (anglicana) a la que aún ama!

Así, en el tracto 90 (de febrero 1840) se esfuerza en justificar al menos la doctrina inicial del anglicanismo, expuesto en los "39 Artículos", aquel Credo redactado en el siglo XVI, poco después del Cisma. Según Newman, posteriormente "se había hecho todo lo posible para desfigurar y mutilar la antigua doctrina católica" del anglicanismo, pero "ésta seguía, a pesar de todo, en los 39 Artículos". A favor de esta tesis, que él consideraba la recta, es notable la objetividad de su argumento: "los Artículos deben interpretarse no según la intención de sus autores" (que según Bouyer fue conformar a la mayoría católica del país en aquel entonces) sino de acuerdo con el sentido de la Iglesia católica".

Pero el tracto no fue comprendido; por el contrario, produjo indignación y fue condenado por los obispos anglicanos. No obstante, estos mismos que lo acusaban de infiel, poco después demostraron que no

respetaban en absoluto ni la sucesión apostólica ni la doctrina, puesto que aceptaron nombrar un obispo en Jerusalén para ponerlo al frente de luteranos provenientes de Prusia. ¡No era más que un acuerdo político de conveniencia! Esto resultó definitorio y le abrió los ojos a Newman: él había idealizado al anglicanismo, y esa "Via media" era una ilusión. De allí su comentario sobre el asunto de Jerusalén: "fue para mí una de las mayores gracias, me llevó al principio del fin" (*Ap*. 119).

Newman averigua todavía si queda la nota de "santidad" en la Iglesia Anglicana, ya que tiene ejemplos cercanos, entre sus allegados, además de los canonizados anteriores al cisma de Enrique VIII. Se informa y publica *Vida de Santos de Inglaterra*. Resultado: ningún interés, más acusaciones. ¿Qué quedaba por hacer?

Si siempre había acompasado sus razonamientos con la oración, a ella se entregó más y más Newman en un lugar de retiro: Littlemore. Dejando su residencia de Oriel, y delegando su función de vicario en St Mary's, la parroquia universitaria de Oxford, se trasladó a aquel cercano poblado de gentes sencillas a quienes también le correspondía atender. Vivió cuatro años en una casa que preparó para hospedar también a los que lo siguieron, llamada hasta hoy el "*College*". Levantó además una iglesia para los oficios públicos. Allí, en septiembre de 1843, predicó su último sermón anglicano, llamado "la despedida de los amigos" (*The Parting of Friends*) ya que ellos lo rodeaban con inmenso afecto –Keble, Pusey y los demás del movimiento tractariano de Oxford– y todos comprendían con dolor que el camino recorrido juntos hasta entonces iba a llegar a un punto de bifurcación.

Por otra parte estaban quienes lo criticaban y calumniaban por su género de vida en el "College", al que llamaron "monasterio". Pero Newman lo aguantó todo en aras de la verdad, y con conciencia de que sin cruz no se llega a la verdad. Y no era él solo quien la buscaba. Estaba ayudando a muchos. Él mismo explica al respecto:

> No me gustaba ver almas atemorizadas o escandalizadas por frías deducciones lógicas [...] Y entonces sentí por entero la fuerza de la máxima de San Ambrosio [¡siempre algún Padre en su auxilio!] : "*Non in dialectica complacuit Deo salvum facere populum suum*". Sentía gran disgusto por la lógica de papel.
>
> En cuanto a mí, no fue la lógica la que me arrastró; tanto valdría decir que el mercurio del termómetro hace cambiar el tiempo. *Quien razona es el ser concreto* [...] *Se mueve el hombre entero;* la lógica de

> papel no hace sino registrar el movimiento. Toda la lógica del mundo no me hubiera hecho moverme hacia Roma más aprisa de lo que lo hice [...] *Los grandes actos requieren tiempo* (*Ap*. 136-7).

Y si, como recalca Dawson, un mérito de los tractarianos fue "reconocer, con una lucidez asombrosa en plena época romántica, que *no hay santidad cristiana si no reposa sobre la verdad*", cabría completar el aserto subrayando la santidad de Newman cuando hubo de dejar aquel movimiento que había liderado, en aras de la verdad, y quedó en el aire, en manos de Dios, a la espera, alerta a Sus signos. No había en ello un ápice de romanticismo. Entró en un período de sinsabores, malos entendidos, renuncias, despojos, y hasta de tentaciones. En sus diarios y cartas de aquella época se advierte su "desazón", aceptada heroicamente, mas no pasivamente, ya que aprovechaba las indicaciones que iban apareciendo. Gran obstáculo y verdadera "cruz", dice, había sido la devoción a la Virgen María, y he aquí que el irlandés doctor Russel lo visitó, le dio a conocer las obras de Alfonso María de Ligorio sobre la *Verdadera devoción a María*, y muchos "libritos de devoción" que utilizaban los fieles católicos. También le allegaron los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola. Así pudo despojarse de sus prejuicios, e hizo entonces una *pública retractación* de todas las críticas infundadas que anteriormente había hecho sobre la Iglesia Católica. Muestra patente de *humildad, en honor a la verdad.*

> ¿Cuál es mi situación ahora, al cabo de once años [le escribe a Keble en 1844]. Pues que, durante los últimos cinco años he tenido la idea muy seria, que a menudo se ha elevado a convicción habitual, latente al principio pero muy activa los dos últimos años y medio, y cada vez más urgente y cada vez más imperativa, de que la Comunión Romana es la única verdadera Iglesia [10].

"Se mueve el hombre entero [...] y ello "requiere tiempo". No bastaba la convicción... A más de rezar en comunidad las Horas litúrgicas con el *Breviario Romano* heredado de Froude, Newman redoblaba sus ayunos y oraciones, por lo que agrega en esa carta: "Estoy bastante seguro de que mi corazón y mi conducta han mejorado en estos cinco años".

10 Carta que figura en la *Autobiografía Epistolar* titulada "Suyo con afecto", realizada por Víctor García Ruiz, Ed Encuentro, Madrid, 2002, p.125.

En el balance hay mucho "ganado", pues. Pero también pesaba lo que iba a "perder": "Veo que todas las tentaciones están a favor de que me quede quieto y no dar el paso. Perder los amigos ¡qué gran mal es ése!, perder la posición, el buen nombre, la estima, el ridículo en que me pongo, la ocasión que les brindo a los otros [...] No es plato de buen gusto desdecirme de lo que he dicho, echar abajo lo que he intentado construir."

Nuestro autor ha reflejado este dilema en su novela *Loss and Gain*. Pero en la carta a Keble agrega un desgarramiento de índole más grave: la responsabilidad ante Dios de tantas personas a las que despertó y estaría dejando en el peligro de caer en el escepticismo. Y ya estaba buscando un remedio a ese mal que consideraba tan terrible. Desde principios de 1845 se dedicó a escribir el *Ensayo sobre el desarrollo del dogma*, en la línea indicada por San Vicente de Lérins (siglo V). ¡Tenía que ser uno de los Padres!; por eso dirá: "Los Padres me hicieron católico".

En efecto, como siempre, pensaba escribiendo, y escribiendo rastreaba en la historia, y así rastreando verificaba que, a lo largo de los siglos hasta el presente, solamente la Iglesia Católica Romana guardaba las características que denotan un auténtico desarrollo viviente, en especial: crecer guardando su identidad.

Como dijimos, no terminó este escrito, porque la conclusión se le imponía en forma de decisión imprescriptible: someterse humildemente a aquella Iglesia que se le manifestaba como Verdadera.

Y es de notar la humildad en la paradoja: la Iglesia Católica Romana cuya doctrina e historia él teóricamente conocía más que los creyentes y practicantes, le era en concreto desconocida.

Y dicha Iglesia se allegó encarnada al que la había buscado tanto. Fue el Padre Domenico Barberi, pasionista (hoy canonizado), misionero en la zona, quien al entrar al Oratorio del "*College*" de Littlemore, en la noche del 8 de octubre de 1845, se halló ante alguien arrodillado que le rogaba escuchara su confesión, y ser recibido "en el que creo ser –le dijo– el único rebaño de Cristo". Al día siguiente, 9 de octubre, volvió a arrodillarse, para entrar en plena comunión, aquel, entonces simple laico, que llegaría a ser el Cardenal John Henry Newman.

A los 44 años, estaba "en medio del camino de la vida". En su primera mitad había remozado a la Iglesia Anglicana. En su segunda mitad (hasta los 89) realizaría otras grandes obras en la Iglesia Católica,

entre ellas fundar la comunidad del Oratorio y poner las bases sustanciales de la Universidad de Dublin. En una época y en la otra dio impulso a movimientos intelectuales y literarios que llegan hasta hoy. Baste nombrar a algunos herederos suyos como ejemplo: Hugh Benson, Christopher Dawson, Hilaire Belloc, Chesterton, Lewis, Tolkien...

Ernst Przyvara ha dicho: "lo que fue San Agustín para el mundo antiguo, y Santo Tomás para la Edad Media, Newman merece serlo para los tiempos modernos" [11].

Cabe aprovechar pues un diagnóstico y una última lección –avalada por su vida– que también se aplican a nosotros:

> En estos últimos días, fuera de la Iglesia Católica, las cosas tienden, de una forma u otra, al ateísmo…¡Qué espectáculo, qué perspectiva presenta hoy día Europa, y no sólo Europa, sino todo gobierno y toda civilización por todo el mundo, que está bajo la influencia del espíritu europeo!
>
> [...] actualmente, las fisuras en lo establecido (como la educación) dan entrada al enemigo.
>
> [...] El hombre se ha rebelado contra su Hacedor. Ello fue causa de la intervención divina, y proclamarlo debe ser el primer acto del mensajero divinamente acreditado. La Iglesia debe denunciar la rebeldía como el mayor de los males posibles. No debe admitir componendas con ella.
>
> [...] La Iglesia no enseña que la naturaleza humana es incorregible, [...] tampoco que deba ser desechada [...], sí empero, que ha de ser liberada, purificada o restaurada. Y no simplemente por medidas exteriores de predicación y enseñanza, [...] sino por obra de un poder y gracia interior, directamente impartida desde arriba y cuyo canal es ella [la Iglesia]. Ella tiene por oficio sacar a la naturaleza humana de su miseria,…para lo cual se le ha puesto en su mano una gracia renovadora [...] "Tenéis que nacer de nuevo", tal es la forma sencilla y directa que proviene de su Divino Maestro; vuestra naturaleza entera necesita regenerarse: vuestras pasiones, vuestros afectos, vuestras aspiraciones, vuestra conciencia y vuestra voluntad deben bañarse en un nuevo elemento y volver a consagrase a vuestro Creador. Sí, todo lo dicho, y no menos vuestro entendimiento" (*Ap*. 191-195).

11 Citado por Bouyer, op.cit., p.224.

Cincuenta años sin Pío XII

RODOLFO VARGAS RUBIO *



Pacelli: *Pax coeli*, la paz del cielo. La que fue anunciada a Noé bajo la forma de ramita de olivo llevada en su pico por una paloma blanca. La que Dios dio al orbe significándola mediante el arco iris, puesto entre el cielo y la tierra. La que es obra de la justicia, producto de la santidad. La paz no del mundo, sino la de Cristo, levantado también entre el cielo y la tierra para reconciliar a la Humanidad con su Creador. La paz del alma, la paz interior, la que es presupuesto de toda otra clase de paz. Eugenio Pacelli nació para ser heraldo de esa paz. Y no pudo escoger mejor nombre que el de Pío, que evoca la devoción, la mansedumbre, la santidad, la mediación entre Dios y los hombres. Pío es, además, el epíteto de los grandes civilizadores, aquellos que levantaron ciudades sobre los cimientos de la religión: *Pius Aeneas*, *Pius Romulus*. Eneas, salvando los penates de Troya, y su descendiente Rómulo, reparando el sacrilegio de su hermano Remo, fundaron nuestra civilización sobre la concordia con Dios, presupuesto de toda verdadera paz. Romano de Roma, legítimo heredero de esta tradición, Pío XII fue el gran defensor de la civilización cristiana, de la ciudad católica, aquella que –como decía su predecesor San Pío X en la Carta *Notre charge apostolique* de 1910– "no está por inventar" ni "por edificarse en las nubes", sino que "ha existido y existe", no tratándose sino de "establecerla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos contra los ataques, siempre renovados, de la utopía malsana, de la rebeldía y de la impiedad: *Omnia instaurare in Christo*".

* De *Sodalitivm Internationale* y *Pastor Angelicvs*.

Un hijo de la Roma papalina

Eugenio Maria Giuseppe Giovanni Pacelli vino al mundo el 2 de marzo de 1876, tercero de los hijos (segundo varón) del abogado de la Sacra Rota y más tarde abogado consistorial Filippo Pacelli (1837-1916) y de Virginia Graziosi (1844-1920). Por ambos costados se hallaba vinculado a tradicionales servidores de la Santa Sede, pero fue su abuelo paterno Marcantonio Pacelli (1804-1900) el que hizo la fortuna de los suyos. Llegado a Roma con tan sólo 15 años desde su natal Onano (en provincia de Viterbo), bajo la protección de su tío monseñor Prospero Caterini, realizó brillantemente sus estudios en ambos Derechos, convirtiéndose en 1834 en abogado de la Sacra Rota y, entrando así en el poderoso círculo de los abogados laicos al servicio del Papado. Gregorio XVI lo tuvo como secretario de Finanzas. Bajo el pontificado del beato Pío IX apoyó decididamente el poder temporal de la Iglesia, puesto en cuestión por el *Risorgimento*. Acompañó al Papa Mastai en su exilio de Gaeta de 1849 (lo que le valdría más tarde los títulos de noble de Acquapendente y Sant'Angelo in Vado en premio a su lealtad). Al regreso recibió el nombramiento de ministro substituto del Interior, cargo desde el que tuvo que afrontar la escalada revolucionaria desde fuera y dentro del Estado Pontificio y en el que se mantuvo desde 1851 hasta la caída de Roma en 1870. Durante su gestión, intervino decisivamente en la fundación del diario oficioso de la Santa Sede *L'Osservatore Romano*, cuyo primer número vio la luz el 1° de julio de 1861. Marcantonio Pacelli era consciente de la importancia creciente del periodismo, por lo que había querido que, al lado del boletín oficial del gobierno papal –*Il Giornale di Roma*– se añadiera la publicación de un periódico de opinión, polémico y aguerrido como lo exigían las difíciles circunstancias de una época que todo lo ponía en cuestión.

Fue bautizado a los dos días de nacer, el 4 de marzo, por don Giuseppe Pacelli, tío paterno, en la iglesia parroquial de los Santos Celso y Juliano (hoy suprimida y cuya pila bautismal se conserva en la Basílica romana de San Pancracio). Criado en un entorno de piedad, fomentado por su madre, y en el respeto a las tradiciones de la Roma papal de su familia, fue confirmado a los cinco años por un amigo y paisano de los Pacelli, monseñor Costantini, obispo de Nepi y Sutri. Se cuenta que el niño Eugenio solía jugar a decir misa en un pequeño oratorio que se había instalado en un rincón de la casa paterna. Los Pacelli se habían mudado, a la sazón, del apartamento que ocupaban

en el tercer piso del Palazzo Pediconi, en el número 34 de la via degli Orsini, a otro en el número 19 de la via de la Vetrina, no lejos del Palazzo Taverna. El pequeño frecuentaba la bella Chiesa Nuova, sede del Oratorio de San Felipe Neri, en la que solía servir la misa como monaguillo.

No se crea, empero, que su educación fue lo que por aquellos tiempos se decía desdeñosamente "clerical". Después de hacer la escuela elemental con religiosas, su padre lo inscribió en el distinguido *liceo-ginnasio* Ennio Quirino Visconti, establecido en 1870 por el gobierno italiano como establecimiento educativo estatal en lo que antes fuera el Colegio Romano de los Jesuitas (a quienes fue arrebatado definitivamente en 1873). Allí recibió Eugenio una formación clásica y humanística aunque desde el punto de vista secularista. Pero sus convicciones eran lo suficientemente sólidas como para dejarse adoctrinar sin más. Una anécdota de este período refiere que desafió el laicismo predominante en el profesorado al escoger a San Agustín como el personaje más influyente de la Historia, ganándose, no obstante el respeto de docentes y condiscípulos por la brillantez y seguridad con la que defendió su elección. Fue siempre el primero de la clase, pero nunca se mostró pedante. Se interesó por la cuestión social, estudiando y comentando la *Rerum novarum* y leyendo a Marx, lo que le permitió tener una visión muy amplia de las cosas. Nunca temió conocer los argumentos de los adversarios. Se recibió de bachiller con todos los honores y con calificaciones excelentes en todas las materias, lo que lo hizo apto para inscribirse inmediatamente en la Universidad.

Por esta época no tenía aún claro si Dios le llamaba al sacerdocio. La certeza de la vocación le vendría como una inspiración cierto día que se hallaba meditando en la antigua basílica de Santa Inés Extramuros en la vía Nomentana (donde cada 21 de enero son bendecidos los dos corderos de los que se esquila la lana para los palios de los nuevos arzobispos metropolitanos). En 1894, Eugenio Pacelli ingresaba como alumno del *Almo Collegio Capranica*, institución destinada a proporcionar una cuidada formación a los aspirantes al sacerdocio. Contemporáneamente, se matriculó en Filosofía de la Pontificia Universidad Gregoriana y en Teología y Derecho en el Pontificio Ateneo Romano de *Sant'Apollinare* y frecuentó los cursos de Historia Antigua y Literatura greco-latina en la *Sapienza*. A pesar de gustarle el ejercicio físico (practicaba gimnasia y natación), su salud era un tanto delicada, razón por la que se le dispensó del régimen de internado.

El 2 de abril de 1899, Pascua de Resurrección, recibía la sagrada unción que lo convertía en sacerdote *in aeternum* de manos de monseñor Francesco di Paoli Cassetta, patriarca latino de Antioquía, que de ahí a pocas semanas sería creado cardenal por León XIII. La ceremonia tuvo lugar en el oratorio privado del prelado en su palacio sobre el Esquilino. Al día siguiente, el neo-presbítero Pacelli ofició su primera misa en el espléndido marco de la *Capella Paolina*, oratorio de la poderosa familia papal Borghese, situada en la nave derecha de la Basílica de Santa María la Mayor. El altar se halla dominado por la imagen de la *Madonna Salus Populi Romani* a la que el futuro papa profesaría siempre una gran devoción. Don Pacelli quiere obtener los doctorados en Teología y Derecho Canónico, para lo cual se vuelve a matricular en la Gregoriana. Entre cursos ejerce su sacerdocio en la Chiesa Nuova, el templo de su infancia, donde celebra regularmente la misa, confiesa y enseña el catecismo a los niños. Alterna esta actividad con la predicación de retiros en la casa de las Religiosas del Cenáculo (frecuentada por las señoritas de la buena sociedad romana) y en la de las Reparatrices de via Lucchesi (dedicadas al apostolado obrero). Por esta misma época es capellán del convento de Religiosas de la Asunción, donde siempre tendrá una casa dispuesta a acogerle.

La carrera eclesiástica

En 1901, por sugerencia de monseñor Pietro Gasparri, secretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, Don Pacelli ingresó en el servicio de la Santa Sede como *minutante* de dicho dicasterio. Aunque el sueldo era más bien magro, era compensado ampliamente por el prestigio de trabajar en la Curia Romana y la oportunidad de viajar. Ese mismo año ya fue portador de una carta de condolencias que enviaba León XIII al rey Eduardo VII de Gran Bretaña e Irlanda por la muerte de su madre la reina Victoria. Tendría la oportunidad, asimismo de conocer, en momentos distintos, a dos personajes que harían su fortuna (para hablar en términos humanos): monseñor Giacomo della Chiesa, substituto en la Secretaría de Estado, y monseñor Achille Ratti, desde 1912 pro-prefecto de la Biblioteca Apostólica Vaticana. En 1904 obtuvo, gracias a la intervención del cardenal Merry del Val (con quien había trabado una buena amistad), el título de camarero secreto del Papa con tratamiento de monseñor. Absolvió tan eficientemente todos los encargos que se le hicieron, que en el giro de tres años a partir de 1911 se convirtió sucesivamente en

subsecretario, prosecretario y secretario de la congregación. A finales del reinado de San Pío X tuvo la oportunidad de demostrar sus dotes de negociador consiguiendo que se firme en 1914 el concordato con Serbia. Desgraciadamente, la Gran Guerra lo volverá inoperante.



Monseñor Pacelli fue un estrecho colaborador del ahora cardenal Gasparri (creado por el Papa Sarto en 1907) en la paciente obra de codificación de toda la dispersa legislación de la Iglesia querida e impulsada por el Santo Padre, pero que sólo después de su muerte se llevaría a término. Fue Benedicto XV, el antiguo substituto, quien promulgó en 1917 el Código de Derecho Canónico, que reemplazaba al inmenso e intrincado *Corpus* formado por las sucesivas decretales que se habían ido superponiendo unas a otras, sin orden ni concierto. En esta obra puso Eugenio Pacelli lo mejor de sus conocimientos jurídicos, que no eran pocos. Fue ésta el gran acto del pontificado del Papa della Chiesa. Pero Benedicto XV se significó también por su espíritu humanitario. Habiendo fracasado en detener la conflagración europea por la obstinación de los hombres de Estado en no escucharle (por causa de los prejuicios anticatólicos y los recelos de las potencias), quiso al menos paliar en alguna medida las funestas consecuencias de la guerra y organizó la obra papal a favor de los Prisioneros, sobre la que décadas más se inspiraría la acción de Pío XII por las víctimas de la Segunda Guerra Mundial.

El Nuncio Pacelli

El 13 de mayo de 1917, hacia mediodía, se aparecía por primera vez la Santísima Virgen a tres pastorcillos en la Cova de Iría de Fátima, en Portugal. Se trataba del comienzo de una de las más decisivas intervenciones celestes de la Historia, clave del siglo XX y de alcances escatológicos insospechados. Esa misma mañana de domingo en Roma,

a más de 2.700 kilómetros de distancia, monseñor Eugenio Pacelli era consagrado obispo, personalmente por el papa Benedicto XV y en el espectacular marco de la Capilla Sixtina. Co-consagrantes fueron monseñor Giovanni Battista Nasalli Roca di Corneliano, arzobispo titular de Tebas, y monseñor Agostino Zampini, obispo titular de Porphyreon. Le fue asignada la sede arzobispal titular de Sardes en Lidia, una de las siete iglesias de Asia de las que habla San Juan en el Apocalipsis (sugestiva coincidencia esta circunstancia que hace directa alusión a los Últimos Tiempos, tema de Fátima).

La Gran Guerra se hallaba en lo más álgido y Benedicto XV necesitaba a gente como Pacelli en los principales puestos de su diplomacia. Por eso lo había nombrado Nuncio Apostólico en Baviera el 20 de abril precedente. Así pues, el flamante arzobispo partió para Münich, donde presentó sus credenciales al rey Luis III, de la antiquísima Casa de Wittelsbach. Aunque este reino católico era un importante enclave en la Alemania prusianizada por Bismarck, la verdadera misión del nuevo nuncio consistía en entrevistarse con el káiser Guillermo II para exponerle los planes de paz del Papa y conocer las condiciones bajo las que el Reich los aceptaría. A finales de junio, a sólo un mes de su llegada, partía ya para Berlín, donde fue recibido por el canciller Bethmann-Hollweg, que se mostró muy receptivo y bien dispuesto. Sin embargo, el coloquio con el Emperador en el cuartel general de Kreuznach (en el Palatinado renano) fue decepcionante. Guillermo II, convencido de una victoria final de los Imperios Centrales, se mostró intransigente, aunque supo apreciar la persona de su interlocutor, de quien dejó escrito que se trataba de “hombre distinguido, simpático, de alta inteligencia y una perfecta cortesía, perfecto modelo de prelado de la Iglesia Romana”. Vuelto a Münich, a su residencia de la Brennerstrasse, se dedicó a una intensa labor de beneficencia a favor de los damnificados por la guerra, repartiendo víveres, visitando campos de prisioneros, poner a éstos en contacto con sus familias, intentando localizar a desaparecidos y prodigando consuelo espiritual, valiosa experiencia de la que, como Papa, se iba a servir en los años de la Segunda Guerra Mundial.

Ama de llaves de la Nunciatura Apostólica era una religiosa destinada a desempeñar un importante papel en la vida de Eugenio Pacelli: la bávara Sor Pascalina Lehnert (1894-1983), a la que había conocido en la casa de reposo *Stella Maris* que la congregación de las Hermanas de la Santa Cruz de Menzingen –a la que pertenecía la monja– poseía en la localidad suiza de Rohrshach. Su enorme capacidad de trabajo,

su sentido germánico del orden y el toque entre maternal y femenino de su trato atrajeron al nuncio, que ya no supo prescindir de ella hasta su muerte, pues se la llevó consigo a Roma cuando acabó su misión diplomática en Alemania. Precisamente fue Sor Pascualina testigo de excepción de un hecho que marcaría a monseñor Pacelli y que tuvo lugar en 1919, durante el levantamiento espartaquista, que pretendía instaurar una república de corte soviético en Baviera (a semejanza de la Revolución Roja que había llevado a los bolcheviques al poder en octubre de 1917). Las turbas comunistas invadieron la residencia de la Nunciatura y amenazaron de muerte al representante del Papa. Monseñor Pacelli, con una pistola apuntándole al directamente al pecho, tuvo el aplomo y la presencia de ánimo como para imponerse a los invasores y hacerlos marcharse sin más consecuencias que la confiscación del coche oficial. Los que acusan a Pío XII de pusilánime por sus supuestos silencios durante la Segunda Guerra Mundial no tienen en cuenta este episodio, en el que se revela un temple a toda prueba.

De la nunciatura de Münich pasó en agosto de 1925 a la de Berlín (que le había sido asignada en 1920) después de haber sido el artífice del nuevo concordato con Baviera, que la nueva configuración política alemana había impuesto y que fue subscrito el 29 de marzo de 1924. Probablemente, a la sencilla residencia del Tiergarten (escogida por Sor Pascualina) se llevaría Pacelli un libro que acababa de publicarse y causaba sensación en Alemania: *Mein Kampf* de Adolf Hitler, un obscuro ex cabo del ejército imperial que había protagonizado un intento frustrado de golpe de estado tres años antes en la capital bávara. Como ya había hecho en su juventud con Marx, el nuncio quiso informarse de primera mano sobre las ideas que estaban ganando rápidamente adeptos en ese momento. Su dictamen, siempre según el directo testimonio de la fiel gobernanta del prelado, fue definitivamente negativo, lo que echa por tierra cualquier hipótesis de una presunta afinidad ideológica suya con el nazismo.

En los cuatro años que aún estuvo en suelo germánico, el nuncio Pacelli se dedicó a poner a punto el concordato con Prusia (firmado el 14 de junio de 1929) y preparar pacientemente el que se subscribiría en 1933 con Alemania. De su estancia berlinesa sacó un extraordinario conocimiento de la realidad política y social de la República de Weimar, uno de cuyos destacados protagonistas –como líder del Zentrum, el partido católico– era el sacerdote Ludwig Kaas, que le había sido recomendado por el arzobispo Bertram como consejero en Münich y como nexo útil con los obispos alemanes. Kaas trabó con el nuncio una

amistad profunda y duradera, como uniría a éste con otro de sus colaboradores: el jesuita P. Robert Leiber, que era su asesor en la Nunciatura de Berlín y más tarde se convertiría en su consejero de confianza en Roma, especialmente durante todo su pontificado. El P. Leiber había colaborado con Ludwig von Pastor en su monumental *Historia de los Papas*.

A principios de diciembre de 1929, Pío XI (que había sucedido a Benedicto XV siete años antes) llamó al nuncio Pacelli a Roma para concederle la púrpura. Después de despedirse del anciano mariscal Paul von Hindenburg, presidente de la República, partió para Roma, llevando consigo a Sor Pascualina y al P. Leiber, así como una importante biblioteca en alemán y una sincera admiración por la nación y la cultura alemanas que nada tiene que ver con una supuesta germanofilia si por ello se entiende ciega pasión. En el consistorio del 16 de diciembre fue creado cardenal presbítero, recibiendo tres días más tarde el rojo capelo y el título de los Santos Juan y Pablo. Poco después, el 9 de febrero de 1930, era nombrado Secretario de Estado por Pío XI, sucediendo a su antiguo patrocinador el cardenal Pietro Gasparri, que había pedido retirarse a la tranquilidad de la vida privada después de una fecunda trayectoria al servicio de la Iglesia. Para el cardenal Pacelli comenzaba la recta definitiva de su ascensión al lado de un hombre al que aprendió a amar como a un padre cuando todo el mundo lo temía (tal vez porque nadie llegaba a comprender del todo a un Papa seguro de sí mismo, que no quería asesores sino ejecutores). Y es que Achille Ratti tenía sus propios planes para su nuevo colaborador.

Entrenado para ser Papa

El Papado es una monarquía que ha conocido diversos modos de sucesión en el pasado. En 1059, sin embargo, se adoptó definitivamente el sistema electoral, restringido a un colegio formado por los cardenales de la Santa Iglesia Romana y que –bajo la forma de cónclave, establecida dos siglos más tarde– ha llegado hasta nuestros días. Un Romano Pontífice, pues, no puede designar a su sucesor antes de morir o por testamento. Sí puede, en cambio, sugerir su candidato a los futuros electores (aunque normalmente esto no sucede). Es lo que pasó, sin embargo, con Pío XI, que señaló claramente al cardenal Pacelli como a quien debía ocupar el solio a su muerte. De hecho, lo trató como a su delfín y lo preparó concienzudamente para ser papa. Su predilección



por su Secretario de Estado era notoria y cuando se acercaba hacia el final de sus días solía referirse a él ante sus interlocutores diciendo: *"Farà un bel Papa"* (Será un gran Papa).

En esta perspectiva debe comprenderse la frecuencia con la que Pío XI se desprendió de su hombre de confianza y más estrecho colaborador en los cinco últimos años de su vida. La primera vez que el cardenal Pacelli se separó del lado de su mentor fue en 1934 para acudir como legado *a latere* al XXXII Congreso Eucarístico Internacional, que se celebraba en Buenos Aires. Era la primera vez que todo un cardenal Secretario de Estado cruzaba el Atlántico, lo que da idea de lo relevante de la ocasión. La Iglesia Hispanoamericana había mantenido relaciones con Roma durante siglos a través de España. La Independencia de América había cortado ese vínculo y los problemas del Papado a causa de la Revolución –sobre todo durante la *Cuestión Romana*– no habían permitido a la Santa Sede mantener una fluida comunicación con las Iglesias de las nuevas naciones surgidas en el Nuevo Mundo. El Congreso Eucarístico bonaerense era una magnífica ocasión para la reafirmación de la catolicidad hispanoamericana y de su comunión con Pedro. A Buenos Aires acudieron obispos de todos los países de Hispanoamérica y la presencia del cardenal Pacelli –en una época en la que los Papas no viajaban y el número de purpurados era muy limitado– fue considerada como algo extraordinario y de suma importancia.

En abril de 1935 Pío XI enviaba a su Secretario de Estado a Francia para representarle en el Triduo Solemne que debía tener lugar en Lourdes. La Iglesia y su hija primogénita habían tenido relaciones difíciles –a causa del galicanismo, del jansenismo, de la Revolución, del laicismo y del anticlericalismo republicanos– y ahora, que habían amainado las ofensivas de la Tercera República, el Papa quería aprovechar para recordar al pueblo galo su irrenunciable vocación cristiana, especialmente cuando se avizoraban en el horizonte nuevos peligros (como la escalada comunista, favorecida por el más que probable pacto con socialistas y radicales que efectivamente se plasmaría en el llamado *Frente Popular*). A pesar de décadas de propaganda anticatólica y marxista, la visita del cardenal Pacelli fue apoteósica.

En 1936 fue el turno de los Estados Unidos, aunque este viaje tuvo carácter privado. No obstante, las cuatro semanas durante las que recorrió el inmenso territorio norteamericano fueron para Pacelli un fogueo importantísimo en un país en el que la Iglesia Católica se hallaba en plena expansión, convirtiéndose en una de sus fuerzas religiosas más importantes. Pío XI era consciente del gran potencial que el joven catolicismo estadounidense significaba para Roma y quiso que su Secretario de Estado emprendiera el viaje como un útil aprendizaje para el futuro. Al regreso de éste a Roma, el Papa le dedicó el simpático título de *"Cardinale Nostro transatlántico panamericano"*. De los Estados Unidos se llevó Pacelli interesantes y útiles amistades (y no la menor de ellas la del propio presidente Roosevelt).

A Francia volvió nuevamente como legado pontificio en julio de 1937 para la consagración de la nueva basílica de Lisieux, dedicada a Santa Teresita del Niño Jesús, a la que Pío XI había canonizado en 1925 y por la que profesaba una gran devoción. El Frente Popular ya estaba en el poder, pero el Papa quería demostrar a todo el mundo que la Iglesia no se amilanaba ante la amenaza totalitaria, tal como un año más tarde haría enviando a Pacelli a Budapest para el XXXIV Congreso Eucarístico, que tuvo lugar a finales de mayo. Hungría había tradicionalmente la barrera de la Cristiandad contra la amenaza turca; ahora se hallaba entre dos fuegos: el nazismo emergente (que ya se había tragado Austria y estaba por anexionarse los Sudetes) y el comunismo, que ambicionaba extender sus tentáculos por toda Europa (como lo demostraba la activa intervención de la Unión Soviética en la Guerra de España, no sólo mediante apoyo militar como Alemania e Italia a los nacionales, sino mediante la exportación de los siniestros métodos de represión y tortura bolcheviques a la zona roja). El país

danubiano volvía a ser, pues, un importante punto de referencia para la preservación de Occidente.

El cardenal Pacelli ya no volvió a ausentarse del lado de Pío XI, pero la experiencia acumulada durante sus viajes le iba a ser de invalorable ayuda. Por otra parte, el Secretario de Estado había llevado a cabo eficientemente la política concordataria querida por el Papa y lo había secundado sin ambages en su enfrentamiento con las ideologías anticristianas. A él se debió la puesta a punto definitiva de la encíclica condenatoria del nazismo *Mit brennender Sorge* de 14 de marzo de 1937, sobre texto preparado por su antiguo amigo de los tiempos de Münich, el cardenal Michael von Faulhaber (nuevo mentís a su supuesto filonazismo). Ningún otro príncipe de la Iglesia estaba tan bien preparado como Pacelli para desempeñarse como vicario de Cristo en el momento en el que el aguerrido Achille Ratti cerró los ojos para siempre y con el pesar de no haber podido celebrar el décimo aniversario de los Pactos Lateranenses de 1929 con la alocución que tenía previsto dirigir como un postrer latigazo al gobierno de Mussolini por su constante hostigamiento a la Iglesia. El 10 de febrero de 1939, expiraba Pío XI. Tres semanas después su Secretario de Estado (cosa insólita en la historia de los cónclaves) le sucedía en la cátedra de Pedro y ello pareció a todos la natural y lógica elección.

Los años de hierro

El 2 de marzo de 1939, día en el que cumplía 63 años, el cardenal Eugenio Pacelli resultaba elegido papa tras un cónclave brevísimo y después de que él mismo solicitara que se repitiera una votación que ya le había sido decisivamente favorable. Si no la unanimidad (el cardenal Tisserant lo negó), había reunido en torno a él un amplísimo consenso. Quiso en un principio llamarse Eugenio V, conservando así su nombre de pila, pero finalmente escogió el de Pío, que le era caro por varios conceptos: había nacido bajo Pío IX (a quien su abuelo había servido lealmente), bajo Pío X (a quien él beatificaría y canonizaría) había iniciado su *cursus honorum* en la Curia Romana y consideraba con toda razón que Pío XI había sido su gran benefactor, dispensándole un amor de padre (ampliamente correspondido). El flamante Pío XII fue coronado con la tiara de tres coronas en el balcón central de la basílica de San Pedro por el cardenal protodiácono Caccia-Dominioni, el 12 de marzo, diez días después de abierto el cónclave. Fue la primera

coronación filmada y difundida por la radio. Pasados los primeros fastos del nuevo pontificado, las difíciles circunstancias del momento se impusieron en su cruda realidad.

Corrían ya vientos de guerra: la política de apaciguamiento de la Conferencia de Münich el año anterior, lejos de frenar a Hitler, lo habían envalentonado aún más. Estaba claro que nada iba a frenarlo en un inminente ataque a Polonia, sobre la que había puesto los ojos para extender el *Lebensraum* (espacio vital) de Alemania. Sólo necesitaba neutralizar a la única potencia que en ese momento podía constituir una amenaza para su *Blitzkrieg* o guerra relámpago: la Unión Soviética. En agosto, pues, von Ribbentrop y Molotov subscribían en Moscú, bajo la complaciente mirada de Stalin, el pacto germano-soviético, consorcio aparentemente antinatural para quien no considerara la íntima homogeneidad de dos sistemas que tienen al totalitarismo como común denominador. Pío XII se temía lo peor, por eso no ahorró los llamados a la paz, una paz cada vez más amenazada. El más vibrante lo pronunció al día siguiente del nefando pacto que iba a permitir la invasión de la mártir Polonia: el 24 de agosto, en un radiomensaje difundido a todo el mundo, exclamó una: "¡Nada se pierde con la paz! ¡Todo puede perderse con la guerra!", frase que se volvería histórica. Desgraciadamente, los grandes de este mundo hicieron a Pío XII el mismo caso que a san Pío X cuando éste prevenía contra *il Guerrone* o a Benedicto XV cuando les instó a detener *l'inutile strage*. El 1° de septiembre de 1939, los alemanes invadieron Polonia (los soviéticos lo harían el 17). El Reino Unido y Francia declararon la guerra a Alemania el 3 de septiembre: acababa de comenzar la Segunda Guerra Mundial.

El desarrollo de este conflicto, en el que se colmaron todas las medidas del horror del que es capaz el ser humano, no es propiamente el asunto de este estudio. Lo que aquí interesa es la acción desarrollada durante él por Pío XII, asunto delicado y que ha sido –y sigue siendo– objeto de controversia en las últimas desde hace cuarenta y cinco años. Pronto quedó claro que una intervención pública y contundente del Papa no tendría efectos positivos y, en cambio, podía resultar incluso perjudicial a aquellos a quienes deseaba favorecer. En un momento se llegó a hablar de excomulgar a Hitler (nacido en la católica Austria, pero que había abandonado pronto la práctica religiosa) y el propio Pío XII lo pensó, pero ya no eran los tiempos de un san Gregorio VII que lograba doblegar a un Enrique IV y hacerlo ir penitente a Canosa. Pío VII había excomulgado a Napoleón en 1809 sin ningún resultado. Además, desde los dos bandos en contienda –el del Eje y el



de los Aliados– se quería instrumentalizar al Vicario de Cristo sin considerar que en todos los países en conflicto había católicos, a cuyo bien se debía el Padre común.

Aprovechando al máximo las ventajas de la neutralidad y de la supranacionalidad de la Iglesia Católica, el Papa Pacelli creó una extensa red de ayuda moral y material a las víctimas de la guerra a través del entramado de nunciaturas apostólicas, al mismo tiempo que centralizaba la acción a favor de los prisioneros de guerra y de sus familias en la llamada Pontifica Oficina de Informaciones, bajo su directa dependencia a través del substituto de la Secretaría de Estado monseñor Montini (futuro Pablo VI) y la madre Pascualina Lehnert, su gobernanta desde los tiempos de la nunciatura de Münich. Dio, además, su total apoyo a la Obra de San Rafael –fundada en 1871 por los religiosos palotinos a favor de los emigrantes– en sus actividades a favor de los judíos perseguidos. Es más, ordenó que todos los edificios bajo soberanía de la Santa Sede se abrieran a los refugiados sin distinción de raza, credo o condición social y llegó, incluso, a levantar la clausura papal a los monasterios y conventos femeninos para que pudieran dar asilo a los proscritos. Decenios más tarde, el cardenal Pietro Palazzini, reconocido como Justo entre las naciones debido a su ayuda a los judíos durante la *Shoah*, corroboró estas iniciativas del Papa, declarando que él mismo había actuado bajo sus órdenes. Pinchas Lapide, que fuera cónsul israelí en Milán (nada sospechoso, por tanto, de parcialidad a favor de Pío XII) declaró que unos 850.000 judíos fueron salvados directa o indirectamente gracias al hoy calumniado Pontífice.

Otro aspecto importante que cabe considerar es su decisión de permanecer en Roma, a pesar de los innumerables riesgos que ello comportaba, no siendo el menor el de una deportación por parte de Hitler, proyecto que efectivamente existió y que hicieron abortar el general de las SS Karl Wolff y el embajador alemán Ernst von Weizsäcker, acreditado ante la Santa Sede. Pío XII, que había instado a los obispos de los países beligerantes a permanecer al lado de la grey, quiso dar el ejemplo en su propia diócesis de Roma. Hizo todo lo posible porque la Urbe fuera declarada ciudad abierta para ponerla al abrigo de la destrucción bélica, pero cuando un terrible bombardeo golpeó el barrio popular de San Lorenzo en el Campo Verano no dudó un instante en acudir sobre la marcha para confortar a sus hijos. El pueblo romano pudo así ver a su obispo a su lado, conmocionado como él, con la sotana manchada con la sangre de las víctimas a las que había dado su auxilio sacerdotal. Fue una catequesis muda, más elocuente que mil discursos, coronada por la emotiva bendición que impartió en un escenario de muerte, dolor y ruina.

A Pío XII le hubiera sido muy fácil abonar su gloria personal huyendo a la seguridad ofrecida por Norteamérica y condenando al nazismo estentóreamente, pero entonces hubiera sido un irresponsable, dejando a los católicos de toda Europa a merced de las iras hitlerianas y a Roma como pasto de la barbarie. Hizo mucho más con su presencia, sufrida, contenida y prudente, pero nunca del todo silenciosa. Habló en los términos en los pudo en cada momento sin poner en peligro más vidas humanas de la sangrienta cuota que la conflagración se estaba cobrando. Lo que, refiriéndose a las tropelías de los alemanes en la Polonia ocupada, declaró al embajador italiano Dino Alfieri refleja a la perfección la regla que guió la actitud del Papa: “Nos tendríamos que decir palabras de fuego contra semejantes cosas, pero sólo nos impide hacerlo el saber que, si hablásemos, volveríamos la condición de aquellos infelices más dura todavía”. Juicio acertado como lo demuestra la petición del cardenal polaco Sapieha a Roma de no emitir condenas explícitas y los resultados contraproducentes y trágicos que obtuvo una declaración de los obispos holandeses contra la persecución de los judíos en los Países Bajos (y que costó el internamiento y posterior muerte, entre otros, a Edith Stein).

La reconstrucción de la Cristiandad

La guerra dejó muchas ruinas materiales y morales. También un mundo dividido en bloques irreconciliables. Eran los resultados de la supremacía de la política pura y dura, librada al desenfreno de su ciega autonomía de toda sujeción a Dios y a la ley natural. La razón de Estado había prevalecido sobre toda otra consideración. Millones de seres habían sido sacrificados a utopías delirantes y criminales. Millones seguirían todavía sucumbiendo al imperio de la tiranía que salió triunfante de la general conflagración con el increíble apoyo de las democracias occidentales, no obstante haber inicialmente allanado el camino al nazismo pactando con él. Ahora media Europa se hallaba bajo la bota bolchevique gracias a esa complicidad de Occidente, que hizo la vista gorda ante el avance del Ejército Rojo. La otra mitad estaba por reconstruir. Pío XII quiso preservarla y apoyó decididamente la idea de unión que empezaba a abrirse paso, refiriéndola a la tradición cristiana que había hecho en el pasado la gloria del Viejo Continente. Paralelamente, el Papa insistió repetidamente en que un nuevo orden internacional debía estar necesariamente fundamentado en la moral y el derecho, so pena de repetir la durísima experiencia por la que acababa de pasar la Humanidad y quizás de vivir otra peor.

El Romano Pontífice quiso movilizar a todos los católicos para que colaboraran activamente en la tarea de la reedificar la civilización y volver a cimentarla en sus raíces cristianas. El llamado que les hizo no podía ser más acuciante: "Ahora es tiempo, queridos hijos e hijas; es, en verdad tiempo de iniciar pasos decisivos. Es tiempo de sacudir el nefasto letargo. Es tiempo de que todos los buenos que sufren por el destino del mundo se aproximen entre sí y se unan estrechamente. Con el Apóstol repetimos: *Hora est iam de somno surgere!* Ha llegado la hora de despertar del sueño, pues cerca está nuestra salvación. Hay que transformar a todo un mundo desde sus cimientos, de un mundo salvaje en un mundo noblemente humano, de un mundo noblemente humano en un mundo divinizado, conforme a los designios de salvación de Dios. Millones de hombres anhelan una variación de rumbo. Dirigen para ello su mirada a la Iglesia de Cristo, la única guía y conductora experimentada que, por su respeto a la libertad humana, puede ponerse a la cabeza de tan poderosa empresa". Todo un programa de acción, ambicioso y entusiasta para el que el Papa quiso adiestrar a los fieles haciendo de la Iglesia Católica una autoridad moral más fuerte y sólida que nunca.

Sabía Pío XII que no se podía esperar una transformación del material del mundo sin una renovación espiritual profunda. A ella se dedicó con todas sus fuerzas. Le guió su indiscutible y generoso sentido pastoral. La guerra había producido circunstancias que exigían nuevas respuestas pastorales. Todas las que eran razonables las aprobó sin vacilar Pío XII: la relajación del ayuno eucarístico (recomendando, empero, la observancia de la antigua disciplina), las misas vespertinas, la admisión de nuevas formas de apostolado, etc. Por otra parte, estaba convencido de que todos los pueblos debían ser protagonistas del nuevo impulso dado a la Cristiandad y copartícipes en cierta medida en el gobierno de la Iglesia. Por eso dio importancia extraordinaria al fomento del clero indígena (ya impulsado por Pío XI) y a la formación de jerarquías autóctonas. También propició la internacionalización del Sacro Colegio Cardenalicio en las dos promociones de su pontificado: los consistorios de 1946 y de 1953. Creó en total 56 cardenales, la mayoría de ellos no italianos, lo que acabó con la absoluta hegemonía itálica tanto al interior del senado del Papa como en la Curia Romana. En su afán de sabia transformación, Pío XII pensó seriamente en la reanudación del Concilio Vaticano que había quedado suspendido en 1870 por la invasión garibaldina de Roma. A tal efecto, en 1948 llegó a crear una comisión de estudio, pero acabó abandonando la idea, quizás advertido por algún curial de los riesgos de una asamblea del género en tiempos en los que los medios de comunicación –el cuarto poder– comenzaban a revelarse como influyente grupo de presión.

También quiso animar a los católicos manifestando la proximidad del Padre común y sus hijos y fomentando la comunión visible de éstos con Roma. Para ello no escatimó ocasión para conceder toda clase de audiencias a personas y grupos de lo más heterogéneo (lo cual era un gran mérito teniendo en cuenta lo fatigosas que debían resultar para su salud delicada las largas horas recibiendo visitantes y peregrinos). Pero donde se vio claramente el éxito de los esfuerzos de Pío XII y su poder de convocatoria, así como el prestigio de una Iglesia viva y dinámica fue durante los dos jubileos que enmarcan los años áureos de su pontificado: el año santo de 1950 y el año mariano de 1954. Nunca antes se había visto tal afluencia de peregrinos como las que hubo respectivamente en ambas ocasiones. El anuncio hecho en el primero de aquellos años jubilares por el Papa de que se había identificado la tumba de San Pedro, el príncipe de los Apóstoles, sobre cuya fe se edificaba la Iglesia Romana, fue un momento de triunfal afirmación católica.

Los *Discursos y Radiomensajes* de Pío XII ocupan más de doce mil páginas, distribuidas en veinte volúmenes (uno por año de pontificado) publicados por la Librería Vaticana. Se trata de un caudal de doctrina riquísimo, en el que no se sabe si admirar más la riquísima variedad de los temas o la competencia con la que los trató el Papa Pacelli, que ha de ser reconocido y contado como uno de los hombres más cultos de todos los tiempos. Se documentaba según la ocasión con los últimos avances en la materia, de modo que más de una vez dejó boquiabiertos a especialistas (no fácilmente impresionables por cierto). Siempre había pilas de libros y revistas sobre su escritorio y en mesas auxiliares. Le gustaban especialmente los diccionarios, porque, consciente de la importancia del lenguaje verbal en la comunicación humana, era meticuloso hasta el detalle en el empleo de un vocablo, estudiando todas sus posibilidades y buscando en todo momento la exactitud en la expresión. Esta apertura al conocimiento universal y este interés filológico hacían de él un auténtico humanista, como los grandes prohombres del siglo XV.

Sin embargo, fue en sus documentos directamente docentes en los que se mostró como un maestro consumado de la Fe Católica. Abordó temas fundamentales con admirable autoridad, respondiendo con tino y sabiduría a los desafíos y peligros de los tiempos contemporáneos. La brevedad de estas páginas nos impide ocuparnos pormenorizadamente de sus enseñanzas a la Iglesia, pero no podemos eximirnos de reseñar las principales. Una sola vez hizo uso del privilegio de la infalibilidad pontificia: fue para proclamar el dogma de la Asunción de la Santísima Virgen María en cuerpo y alma a los cielos al final del curso natural de su vida terrestre. Lo hizo mediante la constitución apostólica *Munificentissimus Deus* de 1° de noviembre del año jubilar de 1950. Esta definición dogmática causó un júbilo indescriptible en el pueblo fiel (aunque provocara el malestar de ciertos círculos ecumenistas y neomodernistas que ya se movían con bastante desenvoltura por aquellos años) y basta ella sola para considerar a Pío XII doctor mariano.

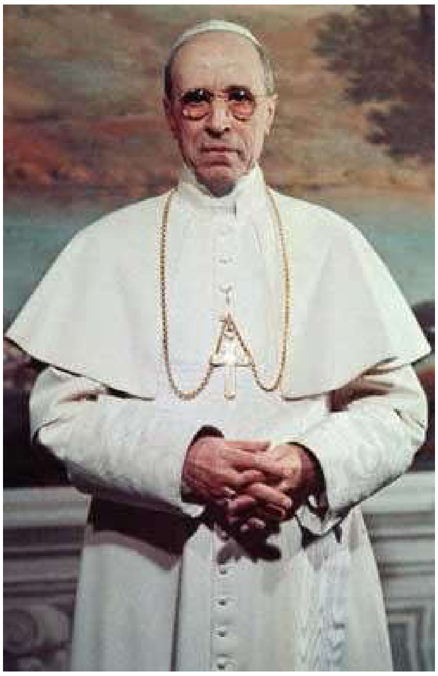
Entre sus numerosas encíclicas tres merecen considerarse como las más importantes, tanto por la trascendencia de sus temas como por la necesidad que había de clarificar la doctrina católica sobre ellos. La primera cronológicamente hablando es la *Mystici Corporis Christi* de 29 de junio de 1943, que constituye un hermoso tratado de eclesiología basada en la doctrina paulina del Cuerpo Místico. Directamente inspirada en esta concepción de la Iglesia, la encíclica *Mediator Dei* de 20 de

noviembre de 1947 define la Sagrada Liturgia como la acción del Cristo total (cabeza y miembros) por la que se rinde a Dios el culto digno que le es debido. Este documento importantísimo intentó atajar las desviaciones, que ya empezaban a advertirse, del movimiento litúrgico y que no consistían sino en la introducción de los criterios del modernismo y el falso ecumenismo en el culto, reeditándose de este modo la vieja herejía antilitúrgica. Complementaria de esta encíclica han de considerarse la Musicae Sacrae *disciplina* de 25 de diciembre de 1955 y el discurso al I Congreso Internacional de Liturgia Pastoral de Asís de 1956. La tercera encíclica es la *Humani generis* de 12 de agosto de 1950, en la que el Papa condenó la "nueva Teología", que no era sino una edición corregida y aumentada del modernismo desenmascarado por San Pío X. Lástima que, como hiciera el beato Pío IX (acompañando su encíclica *Quanta cura* del *Syllabus*) o el propio Papa Sarto (haciendo publicar junto con la *Pascendi* el decreto *Lamentabili*), Pío XII no diera efectividad práctica a la *Humani generis*.

Otras actas relevantes del magisterio pacelliano son (siempre por orden cronológico): la encíclica *Divino afflante Spiritu* de 30 de septiembre de 1943, que legitimó el uso de los métodos histórico-críticos en la investigación bíblica, ensanchando las posibilidades de la reflexión teológica; la constitución apostólica *Provida Mater Ecclesia* de 2 de febrero de 1947, por la que se crearon los institutos seculares como nueva forma de vocación apostólica; el decreto del Santo Oficio de 28 de junio de 1949 de condena del comunismo (y que no era sino la consecuencia lógica de la encíclica *Divini Redemptoris* de Pío XI); la encíclica *Ad coeli Reginam* de 11 de octubre de 1954 sobre la realeza de la Virgen María, en cuyo honor instituyó la fiesta litúrgica de María Reina; la magnífica encíclica *Haurietis aquas* de 15 de mayo de 1956 sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; la encíclica *Fidei donum* de 21 de abril de 1957, que es como la Carta Magna de las misiones católicas y les dio un decisivo impulso en el mundo entero; en fin, la encíclica *Miranda prorsus* del 8 de septiembre de 1957, en la que abordó la cuestión de los modernos medios de comunicación social (cine, radio y televisión), su moralidad y su utilidad en la difusión del mensaje cristiano.

Pastor Angelicus

La salud del Santo Padre había distado siempre de ser óptima, pero en 1952 había empezado a dar señales alarmantes de declive. Ya



era, de todos modos, extraordinario el que un hombre del físico más bien estilizado de Pío XII pudiera haber sobrepasado los 75 años después de la extenuante disciplina a la que lo sometía (con sólo cuatro horas de sueño diario, comidas frugales y una agenda que hubiera acabado al hombre más robusto y saludable). En 1954 tuvo una gravísima crisis, que lo tuvo a las puertas de la muerte. A ella, sin embargo, sobrevivió después de haber tenido una experiencia mística que reveló monseñor Domenico Tardini, substituto de la Secretaría de Estado. El Papa había tenido la visión intelectual de Cristo, que le confortaba mientras recitaba el *Anima Christi* de San Ignacio de Loyola, haciéndole entender que todavía no había llegado su hora. A la verdad, ya cuatro años antes, otro dignatario vaticano y amigo de Pío XII, había hablado en público de la reproducción del milagro del sol de Fátima en los jardines vaticanos ante los ojos del pontífice en los tres días anteriores a la proclamación del dogma de la Asunción. La fama de místico corrió profusamente por aquella época.

La verdad es que si alguien encarnaba el ideal del papa espiritual, del *Pastor Angelicus* anunciado por el célebre abad cisterciense Joaquín de Fiore y propugnado por los *fraticelli* (no siempre con recto celo), ése era sin duda Pío XII. Su figura etérea y su continente naturalmente

elegante hacían de él un personaje hierático, como el de un icono bizantino. Daba la impresión de una ligereza tal que parecía elevarse del suelo y su modo de bendecir era conmovedor e inconfundible: parecía querer abrazar el mundo entero y estrecharlo para ofrecérselo a Dios, con todas sus necesidades y esperanzas. Su rostro parecía volverse transparente y se transfiguraba. Sus manos, diáfanas y con dedos leonardescos, prodigaban generosamente las bendiciones del Cielo sobre los presentes. El efecto que producía el Papa en sus espectadores era poderoso: incluso personas ajenas a la Iglesia no podían substraerse a su fascinación y caían de hinojos ante él. Existe todo un anecdotario al respecto sacado de las audiencias. A pesar de su halo de majestad, no había nada de ausente o lejano en su actitud: su mirada era penetrante y directa, su sonrisa expresaba una gran bondad interior, su compasión se hacía patente en gestos de tristeza que llegaban al alma porque convencían de que el Papa sufría con uno.

Se le ha reprochado a Pío XII el haber dejado sin proveer muchos cargos importantes en la Curia Romana por su cada vez mayor alejamiento de los negocios cotidianos de la Iglesia. Empezando por el de Secretario de Estado, que no proveyó desde la muerte del cardenal Maglione en 1944, contentándose con la ayuda de dos substitutos: monseñor Domenico Tardini y monseñor Giovanni Battista Montini. Pero la fecha es muy temprana como para que tan importante vacante tenga esa explicación. Quizás hay que fijarse más bien en la noción monárquica que de su suprema investidura tenía Eugenio Pacelli y que había asimilado de Pío XI (como el futuro Pablo VI la asimiló de él). También es verdad que el tiempo se encargó de hacer desconfiado a Pío XII, que tuvo ante sus ojos más de un ejemplo de abuso de confianza o confianza traicionada. Sospechaba, no sin fundamento, que se estaba preparando un golpe contra la Iglesia desde su propio seno y así lo manifestó en cierta ocasión al obispo de Campos Dom Antonio de Castro Mayer. Después de todo, ya había ocurrido algo parecido en la Iglesia, cuando el modernismo se infiltró en los seminarios y conventos. Aunque atajado por San Pío X, era evidente que había rebrotado bajo nuevas y más perniciosas formas.

Hallaba su consuelo en la tranquilidad doméstica creada para él por la Madre Pascualina y sus dos hermanas de congregación, que se encargaban de las tareas diarias, lo que no es poco si se considera la cantidad de horas que pasaba ocupándose personalmente del gobierno de la Iglesia y recibiendo en audiencia a su público, hacia el que sentía el deber de mostrarse. Su círculo íntimo era muy restringido: a sus so-

brinos los príncipes Pacelli, al conde Enrico Galeazzi y el medio hermano de éste, el arquíatra pontificio Riccardo Galeazzi-Lisi, a su hermana Elisabetta Pacelli-Rossignani y al cardenal Francis Spellman. La fiel y diligente gobernanta mantenía a raya a todos los demás, que la llamaban maliciosamente la *Virgo potens*, por el ascendiente que le atribuían ante el pontífice. Muchas antipatías se granjeó Sor Pascualina, pero nadie pudo reprocharle nunca la mínima indiscreción o vanidad. Era la celosa guardiana del santuario privado de su amado y reverenciado papa, de quien estaba convencida que era un santo.

Muerte y memoria ultrajada

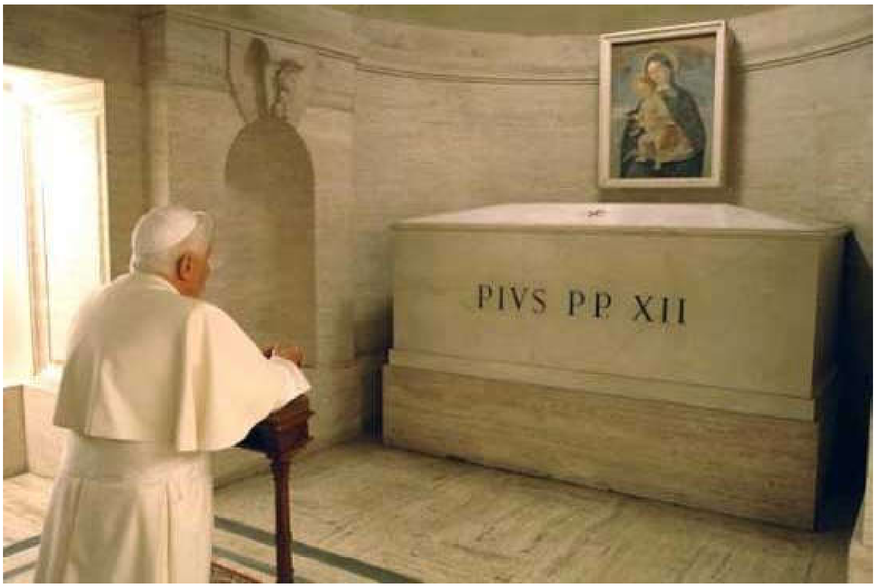
Se hallaba Pío XII en la residencia veraniega de Castelgandolfo –habiendo prolongado su estancia por consejo de los médicos– cuando a principios de octubre comenzó a sentirse mal de repente. El día 5 dio una última audiencia al Congreso de Notarios Latinos y ya no se le volvió a ver en público. A partir de ahí ya todo fue una carrera hacia la muerte, con breves intervalos de aparente pero ilusorio mejoramiento. La agonía del Papa mantuvo en vilo a todo el mundo y dio lugar a un indigno tráfico periodístico protagonizado por el propio Dr. Galeazzi-Lisi, que vendió al semanario *Paris-Match* unas fotografías tomadas furtivamente al moribundo y que lo mostraban en toda la crudeza de la agonía. El jueves 9 de octubre, a las 3.52 horas de la madrugada, entregaba a Dios su noble alma Pío XII. Horas más tarde, el formidable cardenal lorenés Eugène Tisserant, en su calidad de Decano del Sacro Colegio (a falta de Camarlengo), llamaba por su nombre de pila a Eugenio Pacelli sin obtener respuesta, certificando así la defunción y retirando de su dedo yerto el anillo del Pescador para destruirlo (impidiendo así que nadie pudiera falsificar un documento de la Santa Sede bajo el augusto nombre de Pío.

El cortejo que se formó para acompañar los despojos del difunto pontífice de Castelgandolfo a la Ciudad Eterna fue una apoteosis digna de los antiguos césares y un plebiscito a favor de Pío XII. Todo el mundo se unió al luto de los católicos. El presidente Eisenhower, de confesión metodista, afirmó que el mundo había perdido una luz que lo iluminaba. Golda Meir, ministro de Relaciones Exteriores de Israel definió al Papa como "un gran servidor de la paz". Los principales rabinos y la gran mayoría de asociaciones judías de todo el mundo expresaron su pesar por su muerte. Ante su catafalco erigido en la Basí-

lica Vaticana desfilaron millares de personas de toda condición, que lo lloraban sinceramente. Cuando por fin descendió la piedra sepulcral sobre su tumba –ubicada, según su voluntad lo más cerca posible de la de San Pedro– se difundió un general sentimiento de orfandad. Tras diecinueve años de pontificado, todo el mundo se había acostumbrado a Pío XII y no imaginaban quién podría ser capaz de sucederlo.

Sólo cinco años más tarde, en 1963, una pieza teatral titulada *El Vicario*, escrita por un joven autor alemán llamado Rolf Hochhuth, se presentaba en Berlín y causaba una gran polvareda al presentar a Pío XII como cómplice por omisión del holocausto judío durante la Segunda Guerra Mundial. Se le presentaba como un papa cobarde, oportunista y contemporizador con los alemanes por una real afinidad con el nazismo a la que le inclinaba su anticomunismo visceral y el ser germanófilo. No se ofrecía, por supuesto ninguna prueba; sólo se lanzaba el baldón en el convencimiento que de lo que se trata es de mentir y mentir, que al final algo queda. La obra de Hochhuth conoció una gran difusión y arruinó la buena fama del difunto papa: la literatura tiene ese poder de convencimiento acrítico ante un público en su mayor parte poco ilustrado, pero ávido de las sensaciones que una ficción es capaz de transmitir (un ejemplo reciente y clarísimo lo tenemos en el *Código Da Vinci*). Es difícil luchar contra una mentira bien contada por mucho que uno se esfuerce por aportar documentos reales que la refuten. Para apoyar *El Vicario* se publicaron algunas obras supuestamente científicas que pretendían demostrar la culpabilidad de Pío XII manipulando, omitiendo e incluso falseando documentos. Hasta el día de hoy han venido publicándose, siendo un ejemplo reciente el libro de John Cornwell bajo el tendencioso título de *El Papa de Hitler*, cuya misma portada original era ya una inepta maniobra de descrédito.

Del lado de los defensores de Pío XII, la reacción más importante fue la del cardenal-arzobispo Montini de Milán, que dirigió una carta de protesta a un periódico inglés justo antes de entrar en el cónclave del que saldría elegido papa como Pablo VI. En ella ofrece el valioso alegato personal de alguien que pasó más de veinte años al lado de un hombre extraordinario como fue Pío XII, de cuya sensibilidad hacia los perseguidos fue testigo directo. También se publicaron libros que buscaban refutar los infundios difundidos por los partidarios de las tesis de *El Vicario*, pero, aunque aportaban datos muy interesantes y argumentos más o menos correctos, no fue hasta la publicación –por orden del mismo Pablo VI– de los doce volúmenes de las *Actas y Documentos de la Santa Sede relativos a la Segunda Guerra Mundial*



cuando se dispuso de un arsenal realmente incontestable a favor del Papa Pacelli. La publicación corrió a cargo de los jesuitas Pierre Blet, Angelo Martini y Burkhart Schneider, de los cuales sólo vive el primero, que accede fácilmente a defender la memoria del augusto calumniado. Pablo VI quiso demostrar al mundo en varias ocasiones el aprecio que sentía hacia quien le había enseñado a ser Papa: en 1965 mandó incoar el proceso de beatificación; el 9 de octubre de 1967 ofició una solemne capilla papal en ocasión del décimo aniversario de su muerte; en fin, el 7 de marzo de 1976, durante la homilía de una misa papal en San Pedro recordó el primer centenario del nacimiento de Eugenio Pacelli y le dedicó la homilía, repasando piadosamente su biografía.

En tiempos más recientes se han desclasificado otras partes del archivo secreto vaticano (como se hizo para publicar lo concerniente a la Segunda Guerra Mundial), sin que hasta el momento haya surgido ni un solo documento que incrimine a Pío XII. El relator de su causa de beatificación, el jesuita austríaco Peter Gumpel, ha demostrado en varias ocasiones la mala fe y las prevenciones con las que actúan los adversarios de su memoria, los cuales no se toman la molestia de investigar en las fuentes porque pronto se cansan de no hallar nada que dé pábulo a sus opiniones preconcebidas. Entonces vuelven a la carga con argumentos ya gastados y desautorizados por la documentación. Una cosa que hay que precisar, siguiendo al mencionado Padre Gumpel,

es que no todos los judíos, sean rabinos, fieles o asociaciones, están de acuerdo con la infame campaña antipacelliana. Existe, incluso, literatura escrita por autores judíos, que son un valiente y desinteresado alegato a favor de Pío XII, de quien, por cierto debe recordarse que fue la causa ocasional de la conversión de Israel Zolli, rabino de Roma durante los años trágicos de la guerra, a quien el Papa ayudó cuando fue a pedirle auxilio para reunir el rescate en oro exigido por las autoridades nazis para salvar la vida de decenas de judíos a punto de ser deportados. En agradecimiento por su gesto de caridad, Zolli adoptó en el bautismo el nombre de pila de aquél –Eugenio– y lo propio hizo su esposa, que también se convirtió y se quiso llamar Eugenia.

Han pasado cincuenta años ya sin Pío XII, pero su figura es cada vez más un punto de referencia obligado para comprender el pasado inmediato, el presente y –¿por qué no?– el futuro de la Iglesia. Se ha dicho, y con verdad, que es al autor más citado por el Concilio Vaticano II después de la Sagrada Escritura. Sin embargo, no atribuyamos las desviaciones promovidas por la hermenéutica de la ruptura que presidió un cierto espíritu postconciliar al magisterio luminoso del *Pastor Angelicus*. Es en la recuperación de la otra hermenéutica, la de la continuidad, obrada abiertamente por Benedicto XVI, felizmente reinante, sobre los pasos prudentes pero firmes de Juan Pablo II en la que debemos reconocer la inconfundible impronta del Papa Pacelli. En el presente marco del cincuentenario de la muerte de Pío XII unámonos al sentir de todos aquellos que ven en él a un gran hombre de Dios y recemos por su pronta glorificación en nuestros altares. Mientras tanto, empapémonos de la sabiduría y de la riqueza de su vasto magisterio y recemos para que su sucesor actual en la cátedra de Pedro continúe ilustrando a la Iglesia durante muchos años más con el mismo celo por las almas y amor a la Verdad que animó a Eugenio Pacelli.

Como colofón de estas modestas páginas, he aquí las emocionadas palabras que le dedicó Pablo VI: “Recordad, oh romanos, a este vuestro insigne y elegido pontífice; recuérdelo la Iglesia, recuérdelo el mundo, recuérdelo la Historia. Muy digno es de nuestra piadosa, agradecida y admirada evocación”.

Barcelona, agosto de 2008, año pacelliano

Ceruti-Cendrier contra los mitólogos de los Evangelios

Tercera Parte

JUAN LARRONDO

> [...] *los teólogos e intelectuales que actualmente practican con tanto celo la desmitologización se parecen a un ejército de hormigas que ha entrado en una pingüe cocina: devoran y destruyen todos los manjares que encuentran, pero no acaban nunca de comentar entre sí qué exquisitos son.*
>
> Ernst Jünger, *I prossimi titani,* 1997

> *Es peligroso estudiar demasiado profundamente las artes del Enemigo, para bien o para mal.*
>
> J. R. R. Tolkien, *The Fellowship of the Ring,* 1954

1. Introducción

En los tramos anteriores [1] de este artículo se presentaron algunos argumentos esgrimidos por las escuelas «neocríticas», «desmitificadoras» de los Evangelios, según dichas explicaciones fueran catalogadas por Marie-Christine Ceruti-Cendrier, en su libro *Les Évangiles sont des reportages: n»en déplaise à certains* (1997, 2004) [2, 3] –en adelante indicado

1 Larrondo, Juan. "Ceruti-Cendrier, contra los mitólogos de los Evangelios". Iª Parte en *Gladius* 71, 2007, pp.63-103; IIª Parte en *Gladius* 72, 2008, pp.43-75.

2 Ceruti-Cendrier, Marie-Christine. *Les Évangiles sont des reportages: n'en déplaise à certains*. Paris: Pierre Tequi, Editeur, 1997, 362 pp. Las citas se refieren a esta edición, a pesar de existir una reimpresión: Pierre Téqui éditeur, 2004, 370 pp. (ISBN 2-7403-0463-3).

3 Otras noticias relativas a *Les Évangiles sont des reportages* pueden consultarse en un resumen hecho por la propia M.-Ch. Ceruti-Cendrier: "The Gospels -Direct

por las siglas CC–. Esta tercera parte continúa con la enumeración de los argumentos identificados por la autora, resumiéndolos, tal como ellos son presentados actualmente por algunos exegetas franceses y particularmente en las versiones de tales escuelas entre los biblistas católicos inficionados de criticismo.

2. Los Evangelistas, campeones del juego del lego

El teólogo alemán Karl Schmidt sugirió, en 1919, que los Evangelios no fueron relatos unitarios, frutos de una misma pluma, contando sucesos vistos por aquel que empuñó la pluma, o al menos dictado por el testigo, de acuerdo con la escuela de la *Historia de las formas* (Formgeschichte) que parte del supuesto de que los relatos de los Evangelios no son historias seguras. En realidad, como fieramente lo pone Ceruti-Cendrier, los Evangelios habrían sido, según estas escuelas, el fruto de jugar con los ladrillitos del «*lego*» –juego infantil que permite que los niños armen, encajando ladrillitos iguales, estándares, acoplables entre sí, distintas estructuras muy distintas entre sí, según el antojo del niño. Los Evangelios, similarmente, habrían sido compuestos a partir de pequeñas fracciones de historias, pequeñas unidades en sí mismas, recogidas por escrito u oralmente, y a las cuales se les dio unidad, según algún itinerario ordenado en apariencia, geográfica y cronológicamente, pero en verdad siempre sería un orden impuesto, artificial, sobre el material disponible.

La «Formgeschichte» parte del supuesto que "los relatos sobre Jesús existían aislados oralmente antes de ser fijados por escrito. Puestos por escrito, sirvieron para la edificación e instrucción de la primitiva comunidad cristiana; eran, por tanto, el producto de una tarea creadora de la comunidad, más que de un evangelista, en cuanto que éste, como redactor de hecho, no sólo refleja su propio pensamiento, sino también

———

Testimonies or Late Writings?", en *Homiletic & Pastoral Review*, Ignatius Press, January 2005, pp. 46-52, aparecido previamente con el título: "Les Evangiles -Témoignages directs ou écrits tardifs?", en *Les Dossiers d'Archeologie*, No. 249 (Diciembre 1999-Número especial sobre Jesús), 82-91. Cf. Ilaria Ramelli, "La questione della storicità dei vangeli: Riflessioni in margine ad un recente volume Marie-Christine Ceruti-Cendrier", en *ARCHAEUS. Studies in History of Religions*, published by the Centre for the History of Religions, University of Bucarest, Issue: VIII/2004, pp. 177-190.

el del grupo en cuyo seno se halla. La inserción en el evangelio de estos relatos sueltos fue el último paso en la evolución de este proceso. Los evangelios, por tanto, no son obras unitarias, sino colecciones de pequeñas unidades literarias soldadas unas a otras en forma de colecciones. La plasmación por escrito de todo este material respondió a las necesidades de las comunidades. Cada una de las formas era utilizada según requería la ocasión. Los evangelistas reunieron esas pequeñas unidades y, con una ligazón laxa, las transmitieron por escrito en un género literario original: el evangelio. La tarea de la exégesis consiste en clasificar esas formas, buscar el *Sitz im Leben* (el contexto vital) en el que se originaron, para llegar de este modo no al Jesús de la historia, sino al contexto de la comunidad en que se originaron. Los evangelios no son, por tanto, biografías, sino testimonios de la comunidad cristiana primitiva, pues la fe pascual de las comunidades ejerció un gran influjo en los relatos sobre la vida de Jesús". [4] Tal composición artificiosa supone que los ladrillos de la historia, los «dichos» de Jesús, se hubiesen conservado fuera de contexto, que hubiesen existido colecciones de los mismos, que hubiese transcurrido tiempo entre los momentos en que ocurrieron los «dichos» a los que se referían dichas colecciones y la redacción de los Evangelios y que el deseo de catequizar acorde a las necesidades –los ataques recibidos, la creación de la liturgia–, haya primado sobre el relato de los hechos (CC, 140).

Veamos ahora como llega la teoría de las pequeñas unidades propuesta por la *Formgeschichte* a las escuelas bíblicas católicas. El Jesuita P. Xavier Léon-Dufour, biblista del *Centre Sèvres* [5] de Paris y editor del célebre *Vocabulaire de théologie biblique* (1970) subscribe la teoría del «lego» en su libro *Les Evangiles et l»Histoire de Jesús*. Estas son sus palabras: "Así la curación del leproso parece ser, en Mt 8,1-4, continuación del Discurso sobre la Montaña y situarse en el momento en el que Jesús desciende, seguido de una gran muchedumbre. Pero la unión parece artificial, si se observa la situación, históricamente poco probable, del leproso delante de una muchedumbre, tanto como

4 Jesús Peláez, "Un largo viaje hacia el Jesús de la historia", en J.J. Tamayo Acosta (ed.), *Diez palabras sobre Jesús* (Estella, Navarra: Ed. Verbo Divino, 1999), pp. 57-124. Reproducido en http://www.elalmendro.org/epsilon/articulos/docum 1014.htm; acceso el 12 de octubre de 2006.

5 El *Centre Sèvres* es un instituto de enseñanza e investigación de la Compañía de Jesús en París, nacido de la reunión en 1974 de la *Faculté de théologie de Lyon-Fourvière* y de la *Faculté de Philosophie* de Chantilly, y está abierto a los no-especialistas interesados en formarse en las ciencias religiosas.

la recomendación de Jesús al hombre, de no hablar a persona alguna de su curación. El cuento probablemente existió pues, independientemente del marco donde se presenta. Esta probabilidad se vuelve certeza cuando se considera el relato en Mc 1, 40-45. En el versículo (1, 39) precedente, «la jornada de Cafarnaun» ha sido coronado por un sumario sobre Jesús predicando y expulsando a los demonios. Precipitadamente el relato continúa: «Vino a Él un leproso...». Por otra parte, el principio del versículo siguiente (2, 1) no está mejor trabado a este relato que éste lo era al precedente. Nuestro pasaje flota pues sin atadura en un gran contexto narrativo. Así se va, desde las pequeñas unidades múltiples, perfectamente aislables del marco evangélico”. [6]

Nuestra autora discute aquello del leproso delante de la muchedumbre, argumentando que los «*y*», sobre todo seguidos de «*he aquí*», como en el pasaje argüido, “*y he aquí que un leproso...*” (Mt 8, 2), usados en el Evangelio, significan en el estilo seco, sin «fiorituras» de los Evangelistas, que el relato simplemente pasa de una a otra cosa (CC, 141-142). Que los relatos del mismo hecho estén entre medio de otros relatos, diferentes de Evangelista a Evangelista, bien puede significar que no todos recordaron todo, como uno espera cuando diferentes testigos, cada uno con su personalidad –por lo tanto el relato es subjetivo, aunque asistido por el Espíritu Santo–, narran el mismo suceso, eligen entre sus recuerdos, porque hay que elegir. Lo dice San Juan claramente: “Jesús hizo también muchas otras cosas: si se quisiera ponerlas por escrito, una por una, creo que el mundo no bastaría para contener los libros que se podrían escribir” (Jn 21, 25). De paso, en San Marcos no se pasa, como lo afirma Léon-Dufour, súbitamente a otra historia, al contrario: “Entró de nuevo en Cafarnaún al cabo de cierto tiempo” (Mc 2, 1).

Pero el ensartado de las unidades para formar un relato no es, según la *Formgeschichte*, independiente de la dirección que le quiere dar quien hace el ensartado final o tramado de las pequeñas unidades. Como lo pone Louis Monloubou, de la *Faculté de théologie* del *Institut*

6 Léon-Dufour, Xavier, *Les Evangiles et l'Histoire de Jésus*. Ed. du Seuil, coll. *Parole de Dieu 1*, Paris, 1963, 10ème édition, 1986;, p. 237, citado por Ceruti-Cendrier, pp. 140-141.

7 La *Université Catholique de Paris* (*Catho*) fue fundada en 1875, aprovechando la promulgación de leyes del mismo año sobre la libertad de enseñanza superior. El título de Universidad debió cambiarse por el de *Institut Catholique de Paris*, por aplicación de una ley de 1880. Comenzó con las facultades de *Lettres et Sciences*, *l'École*

Catholique de Toulouse, [7] en su libro *Jésus le Galiléen*: [8] "los predicadores evangélicos daban progresivamente a estos párrafos antiguos una forma nueva. El relato primitivo no fue traicionado; ¡eran cuidadosos en transmitir en su verdad el misterio de Jesús! Él fue, sin embargo, transformado, interpretado, orientado" (Monloubou, *Jesús*... p. 32, cit. por CC, 145). Tal enhebrado de las «perlas» supuesto por la *Formgeschichte* es resumido por Ceruti-Cendrier, con las siguientes palabras: "Jesús pronunció la frase «X», que significaba «Y» en el contexto donde ha sido dicha, pero este significado se perdió. Queda la frase «desnuda» que se transmite por mucho tiempo. Un buen día, un evangelista la ciñe en otro contexto y él le da el significado «T» (catequesis, liturgia, etc.). La misma cosa para un relato. Se cuenta un «milagro» de Jesús que, [si fuera tomado] independientemente de su contexto, no tiene más mucho sentido" (CC, 143). La autora cuenta haber escuchado en un curso de formación bíblica lo siguiente: "Tomemos la multiplicación de los panes, totalmente aislada. La realidad subyacente pudo haber sido que al recomendar Jesús la caridad, cada uno puso en común los panes que tenía egoístamente escondidos en su alforja y si finalmente, alguna vez hubo una «multiplicación de los panes», sólo sobrevivió el relato del milagro" (CC, 143).

Volviendo sobre otro de los supuestos de la *Formgeschichte* respecto de que los pequeños relatos fueron sacados de su contexto geográfico e histórico: "Las unidades evangélicas fueron reunidas «sin orden», o por lo menos independientemente de estas exigencias geográficas, cronológicas, también psicológicas, sin las cuales no creemos que sea posible componer un testimonio histórico válido" (Monloubou, *Jesús*... p. 32, cit. por CC, 149), no aclaran que si bien muchas cosas fueron dichas por Jesús sin referirse al lugar donde las dijo, otras fueron claramente contextuadas. Contra el argumento de Monloubou están las propias descripciones que sí aclaran dónde ocurrieron los hechos o fueron dichas las palabras, como en los siguientes versículos elegidos por Ceruti-Cendrier: "Después de esto, llegó una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén" (Jn 5, 1); "Siguiendo su camino hacia Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea" (Lc 17, 11) y "Entró de nuevo en Cafarnaún al cabo de cierto tiempo, y oyeron las gentes que estaba en

---

de Théologie, *Droit canonique* y *Philosophie* en 1895 y fue un ámbito habitual de enseñanza de los intelectuales católicos de Francia.

8 Monloubou, Louis. *Jésus le Galiléen : la bible dans l'histoire*. Paris : Mame, 1968.

casa" (Mc 2, 1). Y si aparece el mismo hecho relatado por los Evangelistas, en distintos lugares, estas divergencias son propias de los testimonios históricos. Incluso, si Jesús hubiese curado un ciego al entrar a Jerusalén, según un Evangelio, o a la salida, según otro, ¿por qué no hubiesen podido ser dos los ciegos curados? ¿Y cada Evangelista haber recordado sólo uno?

Y respecto de la tesis que supone un tiempo significativo transcurrido entre los hechos y su puesta por escrito, apunta el P. Pierre Courouble [9] que en el texto en griego de los Evangelios las palabras de Pilatos estaban escritas en un mal griego, lo cual era comprensible en un latino-parlante. Pero necesariamente Pilatos, funcionario para Palestina, debía usarlo de todos modos, bien o mal, al dirigirse a los judíos y gentiles bajo su jurisdicción. Su pobre griego aparece en aquellas expresiones "¿Qué acusación traéis contra este hombre?" (Jn 18, 29), o la otra, "Lo que escribí, escribí" (Jn 19, 22). El P. Courouble llega a la conclusión que Pilatos cometía los errores típicos de alguien que al hablar, va traduciendo mentalmente desde su lengua materna, en su caso el Latín. ¿Quién sino alguien que escuchó a Pilatos, sabría ese detalle? Y en ese caso, el Evangelista seguramente sabría que sus lectores entenderían la razón del mal griego: todos los contemporáneos a Pilatos, al menos aquellos de Jerusalén con rango suficiente como para haber tenido trato con él, lo sabían. Por ello, el Evangelista habría recogido el detalle, al extremo de reproducir la mala sintaxis de tales dichos de Pilatos. Puestos en la hipótesis de la existencia de los presuntos redactores tardíos, ellos, que conocían lo suficiente el lenguaje griego, ¿no hubiesen corregido en aquellas historias que les llegaban, las famosas pequeñas unidades de la *Formgeschichte*, lo que evidentemente eran errores?

3. Los pasajes incómodos del Evangelio, como la Resurrección y las apariciones, fueron «añadidos tardíamente»

Cuando un texto particular del Evangelio le molesta a un biblista, cuando una profecía o un milagro es explicado con demasiados detalles, cuando a algún texto no le corresponde otro del Viejo Testamento o de los textos judíos midrásicos o agádicos contemporáneos de los pri-

9 Courouble, Pierre. "Le grec de Pilate", dans *La Lettre des Amis de l'Abbe Carmignac* n 15 (mars 1993) et *Bulletin de l'Association Fidelite et Ouverture* n 127 (sept. 1993), cit. por Ceruti-Cendrier, p. 150.

meros cristianos, entonces es porque ellos fueron «añadidos tardíamente», expediente cómodo al que la escuela de los desmitificadores recurre frecuentemente para descalificar cualquier texto incómodo. Los textos rechazados más populares son naturalmente los referidos a la resurrección de Jesús y sus posteriores «apariciones», que se encuentran especialmente en los textos finales de los Evangelios de San Juan y de San Marcos (CC, 153).

Veamos una instancia de estas supuestas adiciones. El Jesuita Léon-Dufour, a quien ya hemos encontrado, inmediatamente arriba, enrolado en la *Formgeschichte*, en otro de sus libros, la *Résurrection de Jésus et message pascal*, [10] concentra su atención sobre dos textos realmente claves, ya que se refieren a una prueba física de la resurrección de Cristo durante una aparición de Jesús a sus apóstoles: cuando en San Lucas se lee: "Y diciendo esto, les mostró sus manos y sus pies" (Lc 24,40), en San Juan aparece el costado, en lugar de los pies: "Diciendo esto, les mostró sus manos y su costado" (Jn 20, 20). Léon-Dufour admite que no se lo puede atribuir a un invento de las primeras comunidades, al reconocer que se encuentra en todos los antiguos manuscritos, de modo que ensaya otras explicaciones. Una alternativa es decir que como el Evangelio de San Lucas es anterior al de San Juan, éste podría haberlo tomado de San Lucas. Pero a la escuela de los desmitificadores le convendría poder demostrar que en realidad el texto original es de San Juan, ya que, al ser éste el Evangelio más tardío, según el consenso dentro de dicha escuela, es entonces el más dudoso.

¿Cómo se las arregla Léon-Dufour para salvar la dificultad arriba señalada y asignar la originalidad del pasaje sobre la resurrección en cuestión a San Juan? ¡En un razonamiento en dos pasos! En primer lugar Léon-Dufour afirma que, salvo la «*y*», los dos textos son idénticos: ¡comparten dos palabras!: «Diciendo esto». Y en segundo lugar, estas dos palabras comunes, «Diciendo esto», son típicamente del Evangelio de San Juan, según Léon-Dufour, porque aparecen en seis versículos del mismo. Ceruti-Cendrier fue a los ejemplos indicados y, según la versión griega, en ninguno de los seis ejemplos ello es así, salvo uno: "Dicho esto, sopló sobre ellos" (Juan 22, 22), en donde únicamente aparecían esas dos palabras. La prueba no existe, pero ella es igualmente aducida (CC, 155).

10 Léon-Dufour, Xavier. 1985. *Résurrection de Jésus et Message pascal*, Ed. du Seuil, coll. "Parole de Dieu 7", Paris, 1971, 390 p., 4ème éd., cit. por Ceruti-Cendrier, pp. 154-155.

¿Cómo explicar otro versículo incómodo, el de San Lucas, referido al cuerpo resucitado del Señor?: "Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne ni huesos" (Lc 24, 39). Aquí el argumento de los neocríticos es simple y expeditivo: ¡un copista que conocía a San Juan lo añadió al Evangelio de Lucas! En palabras de Léon-Dufour, "Los copistas han introducido dos veces, en el pasaje de Lc, palabras que son propiamente Joánicas" (cit. por CC, 157). Léon-Dufour, volviendo a San Lucas, del versículo siguiente: "Y diciendo esto, les mostró sus manos y sus pies" (Lc 24, 40), afirma que "excelentemente atestiguado... este versículo no obstante es típicamente joánico: *«touto eipôn»* (Jn 18, l-38; 20,14; 20,22; 21,19), *«deiknynai»*. Como el conjunto del pasaje es específicamente lucaniano, ello nos lleva a pensar en que hay una adición que proviene de un copista que leía de corrido el evangelio de Juan; además, este versículo responde sólo incompletamente a la orden terminante de Jesús [Palpadme...]" (Léon-Dufour, *Résurrection de Jésus,* p. 131, cit. por CC, 157). Y finalmente, respecto de ambos pasajes en San Lucas y San Juan, Léon-Dufour adhiere a los lugares comunes de la escuela: la redacción tardía de los Evangelios y la dependencia de fuentes comunes: "Lo que sugieren los diversos testigos de la tradición manuscrita, los dichos verbales del texto lo hacen evidente: los relatos de Lc y de Jn no dependen uno del otro, sino de las tradiciones que son comunes a ellos" (Léon-Dufour, ídem, cit. por CC, 157).

Otro candidato a ser señalado como un añadido es el texto de San Marcos que profetizaba la Resurrección: "Comenzó entonces a enseñarles que era necesario que el Hijo del hombre sufriese mucho; que fuese reprobado por los ancianos, por los sumos sacerdotes y por los escribas; que le fuese quitada la vida, y que, tres días después, resucitase" (Mc 9, 31). El final del versículo: "que le fuese quitada la vida, y que, tres días después, resucitase" es un añadido, según Marcel Bastin en su libro *Jesús devant sa passion*. [11] Que lo es porque la conjunción «*y*», repetida en la versión francesa: "*et ils le tueront, et une fois tué*" era propia del libro de los Hechos, ello es señalado por Ceruti-Cendrier como una característica del hebreo, más que del griego. Lo cual no es un detalle menor, puesto que Cristo no les hablaba en griego a sus discípulos. Que el estilo de la frase es incorrecto por repetir dos veces el verbo francés «*tuer*», es infantil: el Evangelio no es un manual de estilo (CC, 158-159).

11 Bastin, Marcel, *Jésus devant sa Passion*. 1 vol. in-8 br., coll. Lectio Divina, n° 92, Cerf, Paris, 1976, 188 pp.

Marcel Bastin continúa con el versículo de San Marcos (9, 31). Ceruti-Cendrier, glosa a Bastin, encomillado adentro de la cita: "«La profecía de Cristo sobre su Pasión y su Resurrección se reduce a esto: El Hijo del hombre está a punto de ser entregado a manos de los hombres. El resto ha sido agregado»: es decir, una adición. Y una relectura, «caracterizada por la impresión del vocabulario tradicional propio del contexto de la pasión del testigo» [...] Alusión a la «demostración» del hecho que la pasión y la muerte de Cristo no serían otra cosa que una copia de la profecía de Isaías relativa a este tópico. «Y por la antítesis 'muerte-resurrección', propia del kerigma. La confluencia del vocabulario del *'passio martyris'* [la pasión del mártir-testigo] y de dicho kerigma, confluencia única en la historia del vocabulario cristiano»: evidentemente ya que muy pocos textos y extremadamente cortos son considerados como formando parte del kérygma. [...] «caracterizan la secundariedad del relato» [...] o mejor dicho de la escritura de este pasaje del Evangelio" (Bastien, idem, p. 132; cit. por CC, 160-161).

Tornando a los versículos de San Mateo que involucraban a los soldados romanos en la custodia del Sepulcro del Señor, se lee: "[51] Y he aquí que el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo, tembló la tierra, se agrietaron las rocas, [52] se abrieron los sepulcros y los cuerpos de muchos santos difuntos resucitaron. [53] Y saliendo del sepulcro después de la resurrección de Él, entraron en la Ciudad Santa, y se aparecieron a muchos. [54] Entretanto, el Centurión y sus compañeros que guardaban a Jesús, viendo el terremoto y lo que había acontecido, se llenaron de espanto y dijeron: «Verdaderamente, Hijo de Dios era éste»" (Mt 27, 51-54). Unas fichas catequéticas francesas se referían al versículo 53 como a una imagen del día de la resurrección general. [12] Que es lo mismo que decir que en realidad no ocurrió lo allí descripto, especialmente que "se abrieron los sepulcros". También Étienne Charpentier, editor de la Colección *Cahiers Évangile*, en su libro *Christ est ressuscité!*, [13] no cree que el relato entero donde estos versículos aparecen sea genuino y, para sostener su posición, da tres razones. La pri-

12 *Matin d'évangile*, En su reedición del año 2002, *Matin d'évangile* consta de 25 fichas pedagógicas para la iniciación cristiana de los adultos, editados por el *Service National de la Catéchèse et du Catéchuménat*, cit. por Ceruti-Cendrier, p. 120.

13 Charpentier, Étienne. *Christ est ressuscité !* 1973 [1984, ..., 1997]. Collection "Cahiers Évangile" Ed. du Cerf, N° 3, 74 pages. Étienne Charpentier estudió en el Instituto Biblico de Roma y en la *École biblique et archéologique* de Jerusalén. El Episcopado francés le encomendó la creación del *Service biblique Évangile et Vie*.

mera: "¿Cómo podrían los enemigos de Jesús temer que Jesús resucite si sus discípulos no lo creían?" (Charpentier, *Christ...* p. 52, cit. en CC, 161). ¿De dónde saca Charpentier que los discípulos no creían en la resurrección?, De la lectura del Evangelio (cf. CC,162), queda claro que los enemigos de Jesús, los sumos sacerdotes y los fariseos, temían que los discípulos se llevasen el cuerpo de Jesús para ir a contar luego que había resucitado, según le recordaban a Pilatos, solicitándole por ello la custodia del Sepulcro, con el argumento de que: "no sea que sus discípulos vengan a robarlo y digan al pueblo «Ha resucitado de entre los muertos», y la última impostura sea peor que la primera" (Mt 27,64). Segundo argumento de Charpentier: "¿Cómo estos judíos, escrupulosos observantes de la ley, pueden marchar, el día del Sábado, a la casa de Pilatos?" (Charpentier, *Christ...* p. 52, cit. en CC, 161). Pero eso dice exactamente el Evangelio: "Al otro día, el siguiente de la Preparación [Parasceve, en griego; así se le llamaba al viernes, el día anterior al Sábado judío], los sumos sacerdotes y los fariseos, se reunieron y fueron a Pilatos" (Mt 27,62). A la hora de añadir algo al relato de la resurrección de Jesús, ¿los primeros cristianos inventarían una sucesión de hechos que violan las fortísimas prohibiciones que rigen el sábado judío, y que bien conocían ellos, por ser también judíos? Si es por inventar, más creíble hubiese sido apuntar que el día que los sumos sacerdotes marcharon hacia la casa de Pilatos fue el viernes, cuando nada lo impedía, o, alternativamente, simplemente no aclarar el día, puesto que no era creíble ¿No será precisamente por ello, porque no les importó que fuera Sábado, que a San Mateo le impresiona el hecho, y por ello lo registra? (CC, 162).

Respecto del tercer argumento de Charpentier: "¿Y por qué «el día siguiente» solamente? (en Mateo): si hubieran querido robar el cuerpo, los discípulos lo habrían hecho por la noche [anterior]" (Charpentier, *Christ...* , p. 52, cit. en CC, 161). ¿Acaso los sumos sacerdotes y los fariseos creían que Jesús fuese realmente a resucitar? Y entonces, ¿por qué no pensar que a ellos les llevó tiempo enterarse que Jesús no fue enterrado en la fosa común, como era costumbre con los condenados a muerte? ¿No habrá sido acaso que, al correr las novedades, y habiendo sabido que José de Arimatea pidió su cadáver para enterrarlo privadamente, se preocuparon por prevenir el fraude de una tumba vacía o lo que fuese? Después de dar estas razones, Ceruti-Cendrier también recoge el guante respecto de la referencia a lo de Mateo entre paréntesis y afirma que Charpentier quiere indicar con ello que este relato no aparece en los otros Evangelios, salvo en el Evangelio apócrifo

de Pedro, donde este relato aparece como ocurrido la tarde del viernes. ¡De lo que resulta que Charpentier desautoriza al Evangelio canónico, apelando a la autoridad del apócrifo! (CC, 162-163). ¿Qué hubiese dicho San Jerónimo, que tenía su genio? Él, que desde Siria le escribió al Papa Dámaso para darle sus razones del rechazo a un libro apócrifo: "Ese libro, no lo he leído jamás. ¿Qué necesidad tenemos de recurrir a aquello que la Iglesia no reconoce?" (San Jerónimo, *Adv. Vigil*. 6, cit. por Benedicto XV, en *Spiritus Paraclitus*, §33). Pero luego de dar tales argumentos, Charpentier, sin quedarse a mitad de camino, duda del pasaje entero, y no se arriesga a creer en el sentido literal de las palabras: "Solamente podemos decir que a una época relativamente tardía (en los años 80), para responder a la apologética judía que acusaba a los discípulos de haber secuestrado su cadáver, los cristianos les pagaron con la misma moneda, en el mismo tono. Mateo registró los argumentos de esta discusión. Luego, el episodio fue todavía mas adornado: el evangelio de Pedro le añade detalles" (Charpentier, *Christ*..., p. 52, cit. en CC, 161).

Especiales candidatos al descarte son el doble final del Evangelio de San Juan y el de San Marcos. Con respecto al capítulo 21 de San Juan, se vuelve a encontrar al P. Léon-Dufour, ahora descartándolo por entero: "Como el de Lucas, el evangelio según Juan parece a primera vista de un solo autor; sin embargo es difícil llegar a determinar la unidad literaria. Así el capítulo 21 ha sido añadido a un texto ya completo, como lo prueba la conclusión que se encuentra en Jn 20, 30-31: «Otros muchos milagros obró Jesús, a la vista de sus discípulos, que no se encuentran escritos en este libro. [31]Pero éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y, creyendo, tengáis vida en su nombre» (Jn 20, 30-31). Es por eso que no tenemos en cuenta el capítulo 21" (Léon-Dufour, *Résurrection*..., p. 221, cit. por CC, 164). Sin embargo, lo que el P. Léon-Dufour osadamente descartó, fue tomado por bueno por dos glorias de la Iglesia, San Agustín y Santo Tomás, quienes lo comentaron, así como también lo hizo el Concilio Vaticano I, al declarar el misterio Petrino, citando a dicho capítulo. [14] Y con respecto al final que no fue, el versículo (Jn

14 Sto. Tomás de Aquino pone en correspondencia la comida de Jn 9, 21, con la del Cenáculo en Lc 24, 41-43, y con la cena con los discípulos en Emaús (Lc 24, 30), según la nota a dicho versículo en la *Biblia* de Mons. Juan Straubinger –fundador de la *Revista Bíblica* de Argentina en 1939– (cf. en *La Santa Biblia*, Fundación Sta. Ana, La Plata, 2001, p. 151). El Concilio Vaticano I invoca el pasaje de San Juan (21, 15 ss.), al proclamar el primado universal de Pedro (Denz. 1822, cit. por Straubinger en

20, 30-31), o a San Juan se le ocurrió agregar otras cosas, después de haber escrito tal versículo, o una comunidad cristiana inventó el capítulo entero, pero no cambió el famoso falso fin. Lo primero es más creíble, ya que en el supuesto del añadido, fácilmente sus fabricantes hubiesen podido disimular la unión de los textos. Que no lo hayan hecho es más bien una prueba a favor de la autenticidad (CC, 166).

Con respecto al final de San Marcos, el P. Léon-Dufour comienza con la sospecha de que se trata de un relato mutilado en Mc 16, 8 y, sin sustentarlo, afirma lo siguiente: "La mayoría de los manuscritos añade, después del versículo 8, relatos breves de tres apariciones y de la Ascensión, pero estos doce versículos casi no tienen que ver ni con el estilo de Marcos ni con lo que se esperaría, a saber, el cuento detallado de una aparición del Resucitado" (Léon-Dufour, *Résurrection...*, pp. 176-177, cit. por CC, 166). Y pasa inmediatamente a mostrar la contradicción entre el versículo 7, referido al mandato del ángel: "Pero id a decir a los discípulos de él y a Pedro: «va delante de vosotros a la Galilea: allí lo veréis, como os dijo»" (Mc 16, 7) y el versículo 8, donde cuenta que ellas desobedecen la orden: "Ellas salieron huyendo del sepulcro... y no dijeron nada a nadie a causa del miedo" (Mc 16, 8): "¿Cómo es que la apoteosis del evangelio ofrece quince veces menos versículos que el relato de la Pasión? ¿Es posible que el anuncio de la Buena Nueva acabe con la extraña desobediencia de las mujeres, a quienes el mensajero celeste les confió una misión para los discípulos?" (Léon-Dufour, *Résurrection...*, p. 177, cit. por CC, 167).

Sumariamente, Ceruti-Cendrier, afirma que la mayoría de las veces, cuando se descarta un pasaje, se lo hace apelando a un consenso vago. O simplemente afirmándolo, sin demostrarlo. El siguiente texto del P. Léon-Dufour es un buen ejemplo de ambos abusos: "De acuerdo con el conjunto de los críticos, consideramos que el mensaje confiado a los discípulos de encontrarse en Galilea es [un añadido] posterior, Además él falta en EP [Evangelio apócrifo de Pedro] y Lc lo transformó completamente" (Léon-Dufour, *Résurrection de Jesús...*, p. 151, cit. por CC, 169). Y de tal conjunto de críticos, no cita ni siquiera uno. Y continúa el texto anterior, ahora afirmando que el final del Evangelio

nota a dicho pasaje, p. 151). Y San Agustín se refiere a la predilección de Jesús por este discípulo (cf. nota de Straubinger al versículo Jn 21, 22). Straubinger sí admite que el último par de versículos "*son el testimonio de los discípulos del evangelista, o tal vez de los fieles de Éfeso, donde él vivía*" (cf. Straubinger en nota a Jn 21, 24-25, p. 151).

de San Marcos retoma una profecía previamente dicha por el mismo de San Marcos, "Más después que Yo haya resucitado, os precederé en Galilea" (Mc 14, 28), y de paso aclara que cuando la profecía apareció en el capítulo 14, era un añadido al texto, sin justificar ni lo uno ni lo otro: "él falta en EP y Lc lo transformó completamente. En Mt y Mc, él recupera la profecía de Mc 14, 28, la cual fue sobreañadida al texto. El episodio así comunicado se sostiene; pero, para determinar el sentido, hay que descubrir las conexiones" (Léon-Dufour, *Résurrection de Jesús...*, p. 151, cit. por CC, 171). En otras palabras, es así porque Léon-Dufour lo dice (CC, 171).

4. Para demoler el mito de la Resurrección conviene distinguir dos momentos

Un momento es cuando se encuentra a la tumba de Jesús vacía. El otro momento se refiere a las «apariciones» de Cristo resucitado a sus discípulos, a las mujeres que los seguían (CC, 174). Distinguidos estos dos momentos, la estratagema consiste en negar que ocurrieron ambos. Que haya ocurrido uno sin el otro no les preocupa. Que la tumba haya sido encontrada vacía, ello pudo ocurrir por varias causas, mientras no hubiesen existido las «apariciones». Éstas, en la medida que la tumba no hubiese estado vacía, tampoco complican a los desmitificadores, ya que también ellas pueden ser explicadas como alucinaciones o fabulaciones de quienes dijeron verlo (CC, 181). Pero si la tumba de Jesús estuvo efectiva, históricamente vacía y además a Jesús lo «vieron» múltiples testigos en diversas circunstancias, ya no es tan fácil negar la Resurrección: "separar estas dos series de pruebas para refutarlas independientemente es una triquiñuela [...] ciertamente no verosímil ni tampoco admisible" (CC, 181). Es demasiada coincidencia. [15]

15 Y para hacer su punto de una manera clara, Ceruti-Cendrier pone un ejemplo mundano. Si de alguien afirman que es infiel a su esposa porque no estuvo en su oficina a una hora en la que debía haber estado, ello es temerario, porque las razones de la ausencia pudieron ser muchas e inocentes. Si lo dijesen porque distintas personas lo vieron en compañía galante en distintos lugares también sería precipitado, porque de nuevo, ello podría ocurrir por diversas razones: de trabajo, etc. Pero si ambas cosas son ciertas, es posible sostener el cargo de infidelidad. Es demasiada coincidencia. Aunque prosaico, se entiende en el ejemplo, Quien no estuvo donde debió estar; a Quien vieron diversos testigos, en diversas circunstancias (cf. CC, 181).

Esta táctica de distinguir los dos momentos, astutamente, no niega la Resurrección, pero mueve a que no se la considere como un hecho histórico, sino como algo en que sólo creen los que creen. En palabras del P. François Varillon (1905-1978): "Este testimonio [el de los apóstoles sobre la Resurrección], que es histórico, implica algo que no es histórico y no puede serlo: la Resurrección, como acto de pasar de la muerte a la vida eterna; puede ser una realidad sólo para la fe. Los apóstoles no han sido testigos de este acto y no podían serlo (incluso habiéndose quedado en la tumba de Jesús hasta la mañana de Pascua)". [16] Para proceder a desmontar la creencia en una tumba vacía, la estrategia consiste en repetir a porfía que aceptarlo no ha inducido a nadie a creer, desconociendo el testimonio histórico de al menos uno que creyó, ya por la tumba vacía, ya porque vio el Santo Sudario vacío, ya sea por la forma peculiar en que éste estaba dispuesto, ya que aparecía «desinflado», como si hubiera cubierto algo, en fin: "[6] [...] contempla los lienzos por el suelo, [7]y el sudario, que había estado sobre su cabeza, no por el suelo como los lienzos, sino plegado en lugar aparte" (Jn 20, 6-7) –o por todas esas razones, no lo sabemos, son hipótesis– (cf. CC, 175); pero sí se puede afirmar que, por cualquiera de las razones que haya sido, San Juan, al entrar a la tumba vacía, creyó. El testimonio escrito, histórico, existe: "Entonces, entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro, y vio, y creyó" (Jn 20, 8).

Una manera de negar el hecho de la tumba vacía es escamotearlo; la otra, tras decir que se trata de una manera de hablar, es sostener que la tumba pudo estar vacía por muchas razones, aparte de la Resurrección: al cadáver se lo llevó el jardinero, o los judíos o los romanos –para evitar que lo hagan los discípulos– o también se lo pudieron llevar los discípulos para hacer precisamente lo que los otros temían, o que Jesús no murió o se equivocaron de tumba, y por último, también dicen que el hecho de que la tumba esté vacía no prueba nada (cf. CC, 177-178). Donde los desmitificadores descargan especialmente sus armas es sobre las «apariciones», empezando por la «aparición» a los dos discípulos de Emaús: fueron sueños, ya que no lo reconocían, Jesús aparecía y desaparecía (cf. CC, 178). Y cuando no pueden decir

16 Varillon, F. *Joie de croire, joie de vivre*, conférences sur les points majeurs de la foi chrétienne, 1967-1978, recueillies par Bernard Housset, Préface de René Rémond, Centurion, Paris, 299 pp. Varias ediciones; en la p. 81, de la edición citada por Ceruti-Cendrier, en p. 173.

de las demás «apariciones» que fueron sueños, recurren a diferentes argumentos: a) fueron añadidos tardíos, como el final del Evangelio de San Juan; b) se trata de un lenguaje simbólico, al cual no hay que tomarlo al pie de la letra, afirmando que «Santo Tomás no puso realmente su dedo en las llagas de Jesús» –¿y si no los puso qué? ¡Ya bastante vergüenza estaba pasando para necesitar ponerlos!–; c) no son testigos confiables: ¿por qué confiaríamos en ellas? ¡Son mujeres! (cf. CC, 179).

5. ¿Cómo negar las profecías de Jesús?

Ceruti-Cendrier resume el problema de los desmitificadores en breves palabras: "Todas las concepciones de Dios tienen derecho de ciudadanía en el reino de los desmitificadores, pero ya que no son las seguras, cualquiera que sea la opción escogida [por ellos], es evidente que tanto las profecías como los milagros [les] planteen problemas" (CC, 184). El dios de los panteístas no puede hablar. El dios-superhombre, constreñido por la razón, tampoco puede adivinar el futuro, y menos tenerlo en sus manos. En fin, un dios «todo-otro» es uno silencioso. Y no termina allí el problema: hay profecías profusamente vertidas por todo el Antiguo y Nuevo Testamento. Algunas se refieren a sucesos contemporáneos al profeta, otras referidas a tiempos futuros, y finalmente las hay referidas al fin de los tiempos. Y los profetas profetizaron sobre asuntos religiosos: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel" (Isaías 7, 14), o "Pero tú, Belén de Éfrata pequeña [para figurar] entre los millares de Judá, de ti saldrá el que ha de ser dominador de Israel, cuyos orígenes son desde los tiempos antiguos, desde los días de la eternidad" (Miqueas 5, 2). Pero también anunciaron acontecimientos que ya ocurrieron y nadie los discute históricamente: "Jeremías, Isaías y Daniel no profetizaron solamente a Cristo, sino muchos otros acontecimientos como el exilio, la vuelta a Jerusalén, la caída de los imperios" (CC, 184). Por cierto que se puede discutir si Jesús nació en Belén, como profetizó Miqueas, o si su Madre era virgen, como lo anunció Isaías. Pero no se puede atribuir tales profecías a los cristianos: fueron dichas por otros, algunos siglos antes. Aquí la mejor táctica de los desmitificadores es el silencio (CC, 186).

Pero el caso de las profecías de Jesús relatadas en los Sinópticos no es simple. Hay profecías que se cumplieron inmediatamente, otras a

más largo plazo. De las profecías que se cumplieron prestamente, los desmitificadores dirán que son fábulas, habladurías despreciables: la moneda en la boca del pescado (Mt 17, 27), el asno que encontrarán a la entrada de un pueblito cerca de Jerusalén (Mt 21, 2; Lc 19, 30), el encuentro con el hombre que les indicará a dos de los discípulos la casa dónde celebrar la pascua (Mc 14, 13), la traición de Judas (Mt 26, 34). Otras recibirán el tratamiento que merecen las profecías que se refieren al fin de los tiempos, al día del Juicio (CC, 187). Louis Monloubou, en su libro *Jésus et son mystère*, [17] se ocupa de las dificultades de estas últimas profecías de largo plazo, atribuyendo las dificultades a la mentalidad oriental del tiempo de Jesús, o porque fueron interpretadas por las comunidades en un sentido distinto al originario, o porque su exigente formación moderna en las ciencias históricas, con falsa modestia, le impide entenderlas: “estos discursos han sido compuestos o transcritos por hombres, Jesús el primero, de una mentalidad oriental y antigua por añadidura, muy diferente de la del occidental moderno. Y luego, porque han sido hechos de fragmentos proclamados realmente por Jesús, pero interpretados por la comunidad que los leyó, y los utilizó situándolos en perspectivas que no eran exactamente las de Jesús; así se explica la diferencia desconcertante que opone la letra misma de estas proclamaciones oratorias con el contexto nuevo en el cual ellas son insertadas. Finalmente, la dificultad viene sobre todo de que estos textos son una suerte de reflexión profética sobre el futuro de Israel, de la Iglesia, del mundo; entonces [nosotros] metódicamente formados en las exigencias de la historia moderna, comprendemos sólo con mucho trabajo estas visiones proféticas, y no podemos aprehender su significado real y su auténtico alcance” (Monloubou, *Jesús...*, p. 167, cit. en CC, 188). En oportunidad de la cita de Monloubou, donde todo es problemático, Ceruti-Cendrier, socarronamente le recomienda a su autor no creerse más inteligente que Jesús, y ya verá él como todo se vuelve más fácil de entender.

Pero las más difíciles de objetar son aquellas profecías de Jesús que se cumplieron, no inmediatamente, pero al poco tiempo, como la de su Resurrección. Un camino ensayado, para las profecías que se refieren al «Hijo del Hombre», es poner en duda el significado de la expresión que Jesús se aplica a sí mismo cuando decía a quien quisiera seguirle, que “el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza” (Lc 9, 57),

17 Monloubou, L. *Jésus et son mystère*, Paris: Mame. 1969, 269 pp.; es co-autor, con F.M. du Buit, del *Dictionnaire Biblique Universel*. Paris, Desclée, 1984.

expresión del Profeta Daniel: "[13] Seguía yo mirando en la visión nocturna, y he aquí que vino sobre las nubes del cielo Uno parecido a un hijo de hombre, el cual llegó al anciano de días, y le presentaron delante de Él. [14]Y le fue dado el señorío, la gloria y el reino, y todos los pueblos y lenguas le sirvieron. Su señorío es un señorío eterno que jamás acabará, y su reino no será destruido" (Daniel, 7, 13-14). Ya hemos visto cómo Bastin, también en su propia opinión un historiador riguroso, como Monloubou lo afirmaba de sí mismo, considera que de la profecía de Jesús acerca de su resurrección sólo es auténtico que "El hijo del hombre está a punto de ser entregado a las manos de los hombres" (Mc 9, 31). Y luego, sigue Bastin, "La expresión «Hijo del Hombre» puede entenderse como una categoría o como un título mesiánico. Si la fórmula es comprendida en sentido genérico, el anuncio recobra perturbaciones escatológicas, durante las cuales «algunos» serán entregados a las masas [de gente]" (Bastin, *Jésus devant*..., p. 138, cit. en CC, 189). Si se lo entendiese así, en algunos pasajes la expresión se vuelve absurda o cómica (CC, 189). Por ejemplo en el siguiente: "[57] Mientras iban caminando, uno le dijo: "Te seguiré adondequiera que vayas." [58] Jesús le dijo: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza" (Lc, 9, 57-58). En la primera hipótesis, si se tratara de una denominación común a "algunos", es evidentemente que Jesús está fuera del sujeto en dicha respuesta, le opone Ceruti-Cendrier a Bastin (cf. CC, 189). Más claro resulta en otro ejemplo: ¿qué quiso decir Jesús cuando le pregunta al ciego de nacimiento y éste contesta?: "¿Crees tú en el Hijo del Hombre?... ¿Quién es, Señor, para que crea? Lo estás viendo, es quien te habla... ¡Creo Señor!" (Jn 9, 35). En este diálogo, ¿por qué la expresión "Hijo del hombre es una denominación común a algunos? ¿No está acaso claramente hablando de Sí mismo? (CC, 190).

El segundo sentido propuesto por Bastin para la expresión "Hijo de hombre", es el de «un título mesiánico», como cuando es usado en el texto de Daniel, al que remite: "[13] Yo seguía contemplando en las visiones de la noche: Y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. [14] A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás" (Daniel 7, 13-14). No se trata de una profecía, sino que para Bastien los primeros cristianos se la aplicaron a posteriori a Jesús, (cf. CC, 191). Dice Bastien: "Si se trata de un título, el "logion" se une a la tradición daniélica del Hijo

del hombre entregado por otros". Como se puede ver, el "Hijo del hombre" en Daniel no es entregado por nadie, a diferencia del siguiente texto de Isaías, con el cual Bastien se confunde: "[3]Es un hombre despreciado, el desecho de los hombres, varón de dolores [...] [4] El ha tomado sobre sí nuestras dolencias, ha cargado con nuestros dolores [...] Fue traspasado por nuestros pecados" (Isaías, 53, 3-4. En su libro «*...Selon les Écritures*» [18] el teólogo Pierre-Marie Beaude, en el mismo sentido que Bastien, duda: "con la ayuda de la crítica bíblica, nos preguntamos si puede ser que los acontecimientos de la vida de Jesús fueron «predichos» por los profetas. ¿O los evangelistas adaptaron, después, estos acontecimientos a las profecías?", para inmediatamente, y consistente con su duda, afirmar que "por todos estos motivos, nos acostumbramos a atravesar el dominio de las profecías sin pararnos allí; conocemos el país y lo sabemos sin interés. De hecho, permanecemos en él totalmente extranjeros" (Beaude, *Selon les...»*, p. 6, cit. por CC, 191).

Pero Jesús profetizó su resurrección muchas veces, alrededor de una decena de veces. No se las puede soslayar. Entonces, ensayan otra vía: explicar las predicciones de Jesús de la Pasión y Resurrección, apelando al lenguaje de los profetas del Antiguo Testamento, considerándolos como añadidos tardíos: "Hay que preguntarse cuál parte de la profecía remite a Jesús y cual parte remite a la comunidad; porque es evidente que ésta se esforzó por precisar los anuncios del Maestro, todavía vagos en su tiempo, a la luz de los acontecimientos, cuyo desarrollo ella había seguido. Esta intervención de la comunidad debe estar admitida en principio, pero sigue siendo difícil precisar las expresiones que no provendrían ciertamente de Jesús" (Monloubou, *Jesús et son...*, p. 74, cit. en CC, 195). Se pregunta Monlobou, respecto de la Resurrección: "¿Este triunfo, Jesús lo anunció hablando de resurrección? Es difícil estar seguro de eso, a causa de la incomprensión en la cual tal lenguaje habría sumergido a los discípulos" (Monloubou, *Jesús et son...*, p. 76, cit. en CC, 193). Pero Ceruti-Cendrier observa que, en la mayoría de las citas, los objetores de las predicciones de Jesús no están atentos al contexto. Por ejemplo, en el versículo 32, del siguiente pasaje: "[31]Comenzó entonces a enseñarles que era necesario

18 Beaude, P.M. "...Selon les Écritures". Cerf, Collection *Cahiers Évangile*, no 12, Mai 1975 [1994], 58 pages. Doctor en Teología, Baude estudió en la Gregoriana y en el Instituto Bíblico de Roma. Profesor de la Universidad de Metz y director de su *Centre de recherche de la pensée chrétienne et langage de la foi*.

que el Hijo del Hombre sufriese mucho; que fuese reprobado por los ancianos, por los sumos sacerdotes y los escribas; que le fuese quitada la vida, y que, tres días después, resucitase. [32] Y les hablaba abiertamente" (Mc, 8, 31-32), tal acotación final del evangelista indica que, por el contrario a lo que supone Monloubou, Jesús les hablaba francamente. Ciertamente para el Evangelista las palabras de Jesús no sonaban confusas (CC, 194).

Empeñados en presumir que las profecías de Jesús respecto de su Pasión son añadidos a los Evangelios, ¿por qué no suponer que las profecías de su muerte fueron incorporadas tardíamente todas enteras?, se pregunta Ceruti-Cendrier. No, hay que dar aún un paso más: Jesús al comienzo no sabía que tenía que morir. Mas, con el tiempo Jesús vio que no había más remedio que hacer de la necesidad virtud, justificando su fracaso con las Escrituras: "En el curso de su experiencia humana, él [Jesús] debió vivir en dos tiempos: al comienzo, en la perspectiva escatológica, sin el fracaso; luego, bajo la presión de los acontecimientos, la muerte ineluctable. Pero la idea de la exaltación no fue por eso abandonada; se realizaba a través del sufrimiento [...] Jesús quiso señalar a su manera, [...] que el fracaso en el sufrimiento era la vía, la condición, la misma garantía de su Exaltación, mediante la transformación de su ser" (Bastin, *Jésus devant*..., p. 141-142, cit. en CC, 196). Y uno y otros repiten la misma idea, con distintas palabras: Monloubou y Du Buit, en el *Dictionnaire biblique universel*, [19] en la voz «Sacrificio», dicen: "Es posible por otra parte que Jesús, sabiendo que, desde el Servidor isaiano (53, 10), el sacrificio aparecía como la imagen del servicio, llevado al extremo, de un héroe de la fe de Dios y de la docilidad a su intención, haya visto en este tema una de las mejores definiciones del gesto que lo conduciría a la muerte para el servicio de los hombres (Mc 10, 45; cf. Ef 5, 2)" (Monloubou y Du Buit, cit. por CC, 196). Según una anónima ficha del *Service Biblique Évangile et Vie*, dependiente del Episcopado francés: "Jesús debió pensar que realizaría su misión predicando; viendo que las muchedumbres lo seguían, creyó que el conjunto del pueblo judío aceptaría su mensaje. Luego, poco a poco, debió ver mejor las cosas como son. Negándose a entrar en las visiones nacionalistas del pueblo que quiere hacerle rey, negando los compromisos con los jefes religiosos del momento, decepcionando a

19 Louis Monloubou y Francois Michel Du Buit, *Dictionnaire Biblique Universel* (Paris: Desclée De Brouwer, 1984); (Desclée-Mame, 1995), 2e en Ed. Ceruti-Cendrier, pp. 62-63.

todo el mundo por fidelidad a lo que pensaba ser la voluntad del Dios, se dio cuenta que si persistía en esta línea, corría peligro que ello lo condujese a una muerte violenta [...] Pero esta perspectiva nueva de una muerte violenta posible le planteaba un nuevo problema a Jesús: ¿cómo era esto compatible con la misión que Dios le había confiado? Es entonces cuando vuelve a escudriñar las Escrituras para descubrir allí un sentido a esta muerte. Y es entonces, sin duda, a la luz del Servidor sufriente de Isaías que él descubre que la muerte puede tener un sentido, ser un medio de salvación para todos". [20] Todo ocurre, para los exegetas nombrados, como si Jesús, llegado cierto punto de su vida, se diera cuenta que tenía que morir –y no tenía más remedio– para conformar a las profecías. Pero estas explicaciones equivalen a admitir la locura en Jesús; les reprocha Ceruti-Cendrier: "una actitud de este género es típica de los enfermos mentales. Considerarse investido de una misión (celeste, para colmo); ir al encuentro de las persecuciones, buscar su propia muerte: el cuadro clínico está completo" (CC, 197).

Por otra parte la profecía de Jesús sobre la caída de Jerusalén es especialmente difícil para sus objetores, porque se cumplió en vida de la misma generación del profeta: "[6] Vendrán días en los cuales, de esto que veis, no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida [...] [20] Mas cuando veáis a Jerusalén cercada por ejércitos, sabed que su desolación está próxima [...] [23] Porque habrá gran apretura sobre la tierra, y gran cólera contra este pueblo, [24] Y caerán a filo de espada y serán deportados a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada hasta que el tiempo de los gentiles se haya cumplido" (Lc 21, 6, 20 y 23-24; cf. Mc 13, 1 ss., Mt 14, 2). ¿Por qué no adujeron que se basaba en Daniel?: "y sobre el Santuario vendrá una abominación desoladora" (Daniel 9, 27). Después de todo, el mismo Jesús lo indicaba: "la abominación de la desolación, predicha por el Profeta Daniel" (Mt 24, 15). Pero Daniel es un profeta acreditado: se cumplen sus profecías. No conviene (CC, 199-200). Entonces lo que hay que negar es que la profecía fue dicha por Jesús. Y de nuevo, afirmar que se trata de una profecía añadida después que ocurrieron los hechos. Es el turno de Pierre Grelot, en *Les Évangiles: Origine, date, historicité*, [21] para imputar

20 Service Biblique Évangile et Vie : "Une Initiation à la Bible", NT VII, 11 (Huit fiches pour étudier le Nouveau Testament), 6 avenue Vavin, Paris, cit. por Ceruti-Cendrier, pp. 196-197.

21 Grelot, P. *Les Évangiles: Origine, date, historicité*. Éd. du Cerf 1985. 1e Ed. 1983; diversas ediciones [1986,..., 1999], cit. por Ceruti-Cendrier, p. 59.

a Lucas de pillo, eso sí, siempre en forma de pregunta, por las dudas: "¿Es tan seguro, por otra parte, que Lucas no sacó provecho de ciertas ocasiones para deslizar en su obra alusiones a la ruina de Jerusalén, de la que podía tomar nota si escribía después de 70 o en los años 80?" (Grelot, *Les Évangiles...*, p. 35, cit. por CC, 200).

La tesis de las adiciones posteriores al Evangelio sufrió un ataque inesperado desde sus propias filas. Como se dijo antes, un militante de la escuela, el Profesor John A.T. Robinson (1919-1983) de Cambridge, [22] a pesar de no estar animado de predisposición alguna a confortar a los «temerosos fundamentalistas», pero dada la escasa investigación en crítica exegética entre 1900 y mitad de los años 70, se le ocurrió ver hasta dónde podía llegar aceptando la hipótesis que todo el Nuevo Testamento fue escrito antes del año 70. Robinson no encontró en el Nuevo Testamento ninguna evidencia textual de la destrucción del Templo como un hecho históricamente ya ocurrido, luego concluye que fue escrito antes del año 64. En su libro *Redating the New Testament* [23] Robinson sostuvo que las dataciones posteriores están basadas en una "tiranía de supuestos no examinados", y una "ceguedad casi voluntariosa" (cf. CC, 201). Robinson no tiene ningún problema con afirmaciones audaces: para él, la Ascensión del Señor es un símbolo y las «apariciones» del Señor "pertenecen al dominio de la psicología paranormal o de la percepción extra-sensorial", afirmaciones que aparecen en el mismo libro (*Redating...*) donde toma partido por la datación temprana de los Evangelios (cf. CC, 201). Las declaraciones de Robinson perturbaron a sus cofrades, y entre ellos al mismo P. Grelot, autodenominado exegeta serio, quien admite su impacto sobre una fracción de los católicos anti-bultmannianos, a la cual él, obviamente, no pertenece: "Esto explica la acogida, a veces ruidosa, que pudo recibir un pequeño libro de J.A.T. Robinson, recientemente traducido al francés; *Peut-on se fier au Nouveau Testament?* [...] En cuanto al pequeño libro, es sólo la vulgarización de una abultada tesis que el autor quiso echar «como

22 El Dr John Arturo Thomas Robinson (1919-1983) fue Obispo anglicano de Woolwich, Inglaterra. De una intensa vida académica, fue Profesor y luego Decano del *Trinity College*, en la Universidad de Cambridge. También fue protagonista del movimiento *Death of God*, que reinterpreta al cristianismo para acercar a Dios al mundo moderno, reconociendo la influencia de los teólogos protestantes alemanes Paul Tillich y Dietrich Bonhoeffer.

23 Robinson, J.A.T. *Redating the New Testament*. Philadelphia: The Westminster Press, 1976. Ver también: Robinson, J.A.T. *Peut-on se fier au Nouveau Testament?* Paris, Bible et Vie Chrétienne. Nouvelle série. 1980, 157 p., traducción al francés del original inglés: *Fundamentalism of the fearful*.

una piedra en el lago» [...] ¿Hay que dejarse impresionar por algunas olas?" (Grelot, *Les Evangiles*..., p. 7, cit. por CC, 202).

Pero Jesús no sólo profetizó sobre la caída de Jerusalén, sino que dio detalles sobre como esto ocurriría: "[41] Y cuando estuvo cerca, viendo la ciudad, lloró sobre ella. [42] Y dijo: «¡Ah si en este día conocieras también tu lo que sería para la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. [43] Porque vendrán días sobre ti, y tus enemigos te circunvalarán con un vallado, y te cercarán en derredor, y te estrecharán de todas partes; [44] derribarán por tierra a ti, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo en que has sido visitada»" (Lc 19, 41-44), o aun: "[24] Y caerán a filo de espada y serán deportados a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada hasta que el tiempo de los gentiles se haya cumplido" (Lc 21, 24). Los judíos ya habían sido en su historia tomados cautivos. Pero por una sola nación: los babilonios, en 587 a.C.; ahora lo que les ocurrió a los judíos fue bien distinto: "Frontón (el hombre de confianza de Tito a quien le había dado el cuidado de los presos al fin de la toma de Jerusalén) hizo morir a los ladrones y a los sediciosos que se culpaban unos a otros, reservó para el triunfo a los más jóvenes, más robustos y los mejores hechos, envió encadenados a Egipto a los que eran mayores de diecisiete años, para trabajar en las obras públicas y Tito distribuyó un gran número por las provincias para servir en los espectáculos de gladiadores y combatir contra animales. En cuanto a los que eran menores de diecisiete años, fueron vendidos" (Flavio-Josefo, *Guerra de los Judíos*, cap. 6, cit. por CC, 206). Los judíos fueron deportados a varias naciones. La palabra de Jesús se cumplió, sin copiar al Antiguo Testamento.

Otro argumento a favor de las profecías de Jesús referidas a Jerusalén es proveído por el profesor de Filosofía Medieval de la *Sorbonne*, Claude Tresmontant (1920-1997). Él observa en su libro *Christ hébreu* (1983) [24] que la profecía de la caída de Jerusalén, narrada por San Lucas, "Vendrán días en los cuales, de esto que veis, no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida" (Lc 21, 6 ss.) y la profecía del fin de los tiempos, que le sigue inmediatamente: "[25] Y habrá señales en el sol, la luna y las estrellas y, sobre la tierra, ansiedad de las naciones [...] [27] Entonces es cuando verán al Hijo del Hombre, viniendo en una nube con gran poder y grande gloria" (Lc 21, 25 y 27), pueden no ser

24 Tresmontant, C. *Le Christ hébreu*. Éditions Albin Michel, 1983.

simultáneas. Razonablemente considera que a partir de la sucesión de las profecías no se sigue, con certidumbre, que fueron escritas simultáneamente. Pudieron ser apuntes de dichos de Jesús en distintos momentos que el autor del Evangelio ligó, uno seguido del otro, porque ambos hablaban de males que acaecerían sobre ellos. Pero un testigo de la caída de Jerusalén habría entendido perfectamente que Jesús hablaba de cosas distintas y no hubiese fusionado en un mismo texto la dos profecías, mezclándolas una con otra (cf. Tresmontant, *Christ...*, 132-133, cit. por CC, 213).

6. Contradicciones en los relatos de la infancia de Jesús, su Resurrección, su Ascensión y Pentecostés

Queda aún otro camino para los desmitificadores: ¡ir en busca de contradicciones! Y entonces se buscan discordancias entre los Evangelios, o en el interior de cada uno, o con datos históricos o geográficos. Si quienes las buscan pretenden mantener una imagen de creyentes, no dirán abiertamente que de tales contradicciones se desprende su falsedad. Suave, siempre suavemente, explican que tales contradicciones son superadas al leer los Evangelios desde niveles de interpretación más altos o más profundos: lo importarte es tener fe, dirán. De lo que no dirán nada es, por cierto, de los catálogos de concordancias en los Evangelios y el Antiguo Testamento, verdaderos tesoros compilados y mantenidos por siglos dentro de la Iglesia; de las discusiones entre los Padres, en los primeros Concilios de la Iglesia, mientras se iban fijando las nociones ortodoxas en la Teología, la canonicidad de los Evangelios, ni noticias. Tampoco mencionarán al profesor de la Universidad de Bari, P. Giuseppe Ricciotti, quien se ocupa de mostrar, en su libro *Vita di Gesù* (1941), [25] versículo por versículo, la historicidad de los Evangelios, así como refutar todas las contradicciones, según el juicio de Ceruti-Cendrier.

Todos los pasajes son buenos para la búsqueda de objeciones, pero la infancia y resurrección de Jesús han sido los fragmentos de los Evangelios más populares, entre los desmitificadores, para el descarte

25 Ricciotti, Giuseppe, *Vita di Gesù con una introduzione critica*, Milano, Rizzoli, 1941 (e successive ristampe e riedizioni a cura di diverse case editrici). El P. Giuseppe Ricciotti, arqueólogo e historiador de la Cristiandad, y Medalla de Oro al Valor del ejército italiano, en la Primera Guerra Mundial, fue profesor de las universidades de Génova y Bari.

(CC, 221-222). Respecto de la infancia de Jesús el criterio metodológico es claro: "no podemos situar ciertamente en el mismo nivel histórico los elementos duros de la tradición sinóptica y el terreno movedizo de los relatos de la infancia" (Perrot, *Les Récits*…, p. 10, cit. por CC, 225). Un grupo de problemas se plantea con las discordancias entre el Evangelio de San Mateo y el de San Lucas. En palabras de Charles Perrot, [26] son "relatos que no se ponen de acuerdo entre ellos. La mayor dificultad que queda es ésta: hay una diferencia radical entre ambas narraciones. Imposible armonizarlos, salvo creando en cierto modo un «súper-cuento» de la infancia" (Perrot, *Les Récits*…, p. 9, cit. por CC, 224). Y para demostrarlo, hace notar en primer lugar que, mientras "en Lucas, José, viviendo en Nazareth, es obligado, a causa del censo, a descender a Belén" (Lc 2, 4-5) (Perrot, *Les Récits*…, p. 9, cit. por CC, 225), el Evangelio de San Mateo omite decir que José vivía en Nazareth. Ceruti-Cendrier observa que simplemente San Mateo no dice donde vivía José: omitir no es negar (CC, 225).

Perrot sigue con otra contradicción, glosando a San Lucas: "luego, después del nacimiento de Jesús, y los 40 días que preceden la purificación de María en Jerusalén, los tres vuelven a su ciudad de Nazareth (Lc 2, 22 y 39)" (Perrot, *Les Récits*…, p. 9, cit. por CC, 225). Mientras, sigue Perrot con su argumento, José sin pasar por Nazareth después del nacimiento de Jesús, tiene que huir: "en Mateo, al contrario, José de Belén es obligado a huir a Egipto con el niño, para luego ir, contra su parecer, a Nazareth" (Perrot, *Les Récits*…, p. 9, cit. por CC, 225). ¿Qué dice realmente el Evangelio de San Mateo? Tras comenzar con una genealogía de Jesús por el lado de su padre adoptivo San José, tras el embarazo de la Virgen, un ángel del Señor le anuncia en sueños a José que la concepción es por obra del Espíritu Santo, para que no la abandone. Luego de mencionar el nacimiento de Jesús, de la Virgen María, en Belén y la adoración de los magos, San Mateo también narra que José recibe en sueños el consejo de huir a Egipto, para evitar a Herodes, que busca al niño para matarlo, y luego de narrar la degollina de los inocentes, agrega: "[19] muerto Herodes, un ángel del Señor se apareció a José en Egipto y le dijo: [20] levántate y toma contigo al niño y a su madre y vuelve a la tierra de Israel... [21] Pero oyendo que Arquelao reinaba en Judea en el lugar de su padre Herodes, temió ir allí; y advertido en sueños, fuése a la región de Galilea. [22] Y lle-

26 Perrot, Ch. *Les Récits de l'enfance de Jésus: Matthieu 1-2 – Luc 1-2*. Collection *Cahiers Évangile*, N° 18, Novembre 1976 [1989..., 2004], 70 pages.

gado allí se estableció en una ciudad llamada Nazareth" (Mt 2, 19-22). Son relatos diferentes, lo cual bien podía ocurrir. Ni San Lucas ni San Mateo fueron testigos oculares de la niñez de Jesús. Tuvieron que preguntar. San Lucas le habrá preguntado a la Virgen, San Mateo a la numerosa familia de Jesús en Galilea. Pero de cualquier modo, en lo esencial, ambos Evangelios están de acuerdo: el niño nació de una virgen, en Belén, y pasó su juventud en Nazareth. Que José, viniendo del sur, desde Egipto, haya dado un rodeo para evitar Jerusalén, para terminar en la Galilea, al norte de Jerusalén, más precisamente en Nazareth, es natural. Es lo que haría cualquiera que es avisado del peligro en Judea, entre Egipto y la Galilea: ¡basta mirar el mapa para darse cuenta que la única manera para ir desde el sur, desde Egipto, hacia el norte, hasta Galilea, evitando Jerusalén, es rodeando a Jerusalén! (CC, 227).

Otro tema de conflicto es la fecha del nacimiento de Jesús. Fillion, [27] en su libro *Vie de Notre Seigneur Jésus-Christ*, toma como cierto que Jesús nació en los días de Herodes, y que el destierro a Egipto de la Sagrada Familia terminó con la muerte de éste: "[19] muerto Herodes, un ángel del Señor se apareció a José en Egipto y le dijo: [20] levántate y toma contigo al niño y a su madre y vuelve a la tierra de Israel" (Mt 2, 19-20), en el año 4 de la Era vulgar, fecha que considera segura. Jesús no nació después de ella, con certeza, sino antes, "y se puede optar entre [...] los años 7, 6 y 5, antes de la Era Cristiana" (Fillion, T. I, p. 165). El Evangelio de San Lucas se refiere al acontecimiento en el siguiente pasaje: "[1] En aquel tiempo, apareció un edicto del César Augusto, para que se hiciera el censo de toda la tierra. [2] Este primer censo tuvo lugar cuando Quirino era gobernador de Siria. [3] Y todos iban a hacerse empadronar, cada uno a su ciudad. [4] Subió también José de Galilea, de la ciudad de Nazareth, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén" (Lc 2, 1-4). Pero el P. Perrot tiene dificultades para aceptarlo: "Según Lc 2, 1, el primer censo se efectuó en la época en la que Quirino era gobernador de Siria. Ahora, según el historiador judío Flavio-Josefo, el censo de Quirino ocurrió únicamente en el año 6 de nuestra era. ¿Cómo conciliar este dato con un nacimiento de Jesús bajo Herodes, muerto en el año 4 antes de nuestra era?".

27 Louis-Claude Fillion (1843-1927), sacerdote de la *Compagnie de Saint-Sulpice*, fue profesor de Sagrada Escritura y de Hebreo en los seminarios de Reims y Lyon. Luego enseñó Exégesis y Sagrada Escritura en el *Institut Catholique de Paris* y en 1903 fue nombrado miembro de la Comisión Bíblica Pontificia.

Para responder a la dificultad planteada por el P. Perrot, Ceruti-Cendrier apela al Profesor de Historia Romana, Giulio Firpo, [28] quien, en un exhaustivo estudio, *Il problema cronologico della nascita di Gesù* (1983), [29] informa de algunas soluciones para la contradicción señalada por Perrot, apelando a todas las fuentes posibles. En primer lugar, Firpo informa que Herwart von Hohenburg, en *Chronologia nova, vera et ad calculum astronomicum revocata* (Munich, 1612), entiende que, como «el primer» o «un primer» tiene en griego un sentido comparativo, el versículo 2 admite la siguiente traducción: "Este censo fue anterior a aquel que fue hecho mientras Quirino era gobernador de Siria" (cit. en CC, 230).

En segundo lugar, Firpo recurre a una obra del teólogo y exegeta alemán Heinrich Paulus, *Lecciones de Schelling sobre la Revelación* (Darmstadt 1843), a quien habíamos encontrado militando en la escuela alemana de la *Búsqueda del Jesús histórico* y particularmente interesado en las explicaciones naturales para los milagros narrados en los Evangelios. No obstante, a la hora de datar el nacimiento de Jesús, Paulus trabaja concienzudamente y afirma que el cambiar los acentos sobre la palabra griega correspondiente a «el primer», en el versículo (Lc 2,2), muestra que San Lucas "habría querido distinguir el censo de la época de Herodes, del verdadero censo, aquel que todo el mundo conocía bien y que fuese organizado por Quirino en el 6 d.C." (Firpo, cit. por CC, 230).

Una tercera interpretación, recogida por Firpo, vuelve a Tácito, quien en los *Anales* (3, 48) dio el dato que Quirino, luego de haber sido cónsul en el 12 a.C., condujo una campaña militar en Cilicia, región que contiene el pueblo de Tarso, donde vivió San Pablo, tocando la Siria. Cuando San Lucas (2,2) habla de *egemonia*, o «poder supremo», podría haberse referido a un comando superior que pudo habérsele dado a Quirino, por encima del poder local ejercido por Saturnino, en esa época, para su campaña militar en Siria. No fue el único caso (cf. CC, 231).

Finalmente, otra explicación ofrecida por Firpo es que podría ser que Quirino hubiese tenido una *egemonia* específica sobre la Siria,

28 Giulio Firpo es Profesor de *Storia Romana* en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad "G. D'Annunzio" de Chieti-Pescara. Es Presidente de la *Accademia Petrarca di Lettere Arti e Scienze di Arezzo*. Y Miembro de *Deputazione di Storia Patria per gli Abruzzi*, de la *Società Ligure di Storia Patria*.

29 Firpo, G. *Il problema cronologico della nascita di Gesù*, Brescia, Ed. Paideia, 1983.

antes de la muerte de Herodes, de carácter temporal, por haber estado Saturnino ocupado en una guerra en la Armenia (cf. CC, p. 231). Estas cuatro explicaciones son fortalecidas por la siguiente frase de Tertuliano: "Pero consta que bajo Augusto ahora [variante: entonces], los censos en la Judea fueron llevados a cabo por Sentio Saturnino, en los cuales [ellos] pudieran indagar su familia [la de Jesús]" (*Contra Marcion*, 4, 19, cit. por CC, 232). No sería posible que Tertuliano, un cristiano que vivió entre 155 y 222, no conociese el pasaje de San Lucas referido a Quirino, y entonces, o lo entendía como «antes de Quirino», o conocía aquellas situaciones particulares referidas arriba. En cualquier caso, el conocimiento histórico respecto del período (10 a.C.-10 d.C) es bastante precario y lleno de lagunas. Finalmente, por éstas y muchísimas otras razones no detalladas por Ceruti-Cendrier, pero de las cuales da fe que aparecen en la obra de Firpo, una obra que le inspira el raro comentario de que "en su vida jamás había visto un libro tan bien documentado" (CC, 230), Firpo concluye que: "En consideración de tales coincidencias, es justamente alrededor de esta época (7 o 7/6 a.C.) que yo considero posible datar el suceso de la Encarnación" (Firpo, *Il problema...*, p. 266, cit. por CC, 233).

La segunda serie de contradicciones se refiere a las «apariciones» de Jesús. Él mismo, según San Mateo, o el ángel, según San Marcos, les dice a las santas mujeres que lo verán en Galilea, mientras que San Lucas y San Juan indican que se les aparecerá en Jerusalén. ¡Es contradictorio! La primera línea de argumentación en defensa de la versión literal de los Evangelios es propuesta por el P. Carmignac, [30] y reposa sobre el calendario establecido en base a manuscritos de Qumrân, que permitiría sostener la hipótesis de que Jesús podría haberles indicado a los discípulos ir a la Galilea, una zona en esos momentos pacífica, distante unos 150 km. de Jerusalén –tres días de marcha a muy buen ritmo–, en lugar de encerrarse por miedo en el Cenáculo. Pero los apóstoles, no creyendo en las «apariciones», se quedaron en Jerusalén, desobedeciendo a Jesús. Siendo así las cosas, Jesús se habría adaptado a las nuevas circunstancias y se les apareció a todos, excepto a Tomás, la tarde del domingo siguiente, en el Cenáculo.

Otra línea de ataque a las «apariciones» consiste en refundir diferentes «apariciones» en una, para luego denunciar las diferencias inevitables que aparecen en los distintos relatos de tal o cual «aparición». Annie

30 Publicada bajo la pluma de Antonio Socci en la revista francesa *30 Jours* del 6 de Junio de 1992, p. 57, cit. por Ceruti-Cendrier, p. 239.

Jaubert, investigadora del *CNRS* francés, en su libro *Lecture de l»Évangile selon saint Jean*, [31] afirma primero que: "Él sube hacia su Padre y les comunicará el Espíritu a sus discípulos la tarde del mismo día como lo indica la escena siguiente. Este esquema temporal provocó discusiones, porque lo que llamamos, según el relato de los Hechos de los Apóstoles, Ascensión y Pentecostés, tendría lugar, según Juan, el mismo día domingo" (Jaubert, *Lecture de...*, cit. por CC, 241). Y por supuesto, Jaubert luego encuentra contradicciones: "Más aún, en Los Hechos, la Ascensión es presentada como la última «aparición» a los discípulos, mientras que en Juan, ella es anterior a la «aparición» a los once" (Jaubert, loc. cit.). Mme. Jouvert, cuando se pregunta por las razones de estas contradicciones, las atribuye, sin más, a la indiferencia de los autores evangélicos respecto de cualquier esquema cronológico: "Los motivos litúrgicos y doctrinarios han jugado un gran rol en la puesta en escena de tradiciones que por hipótesis (porque se trataría de «apariciones») escaparían a la lógica de una cadena temporal normal" (Jaubert, loc. cit.). Y, cuando no, Xavier Léon-Dufour, en su *Vocabulaire de Théologie Biblique*, [32] se une al coro: "Los relatores tampoco quisieron redactar una crónica biográfica de las apariciones del Resucitado. Es imposible coordinar los relatos en el tiempo o en el espacio" (Léon-Dufour, *Vocabulaire*..., cit. por CC, 244).

A esta altura conviene que Ceruti-Cendrier nos recuerde que la Tradición de la Iglesia nunca confundió la institución de la Confirmación, cuando la Venida del Espíritu Santo en Pentecostés, con la «aparición en el Cenáculo», cuando Cristo les confiere a sus discípulos el poder de perdonar los pecados. Según el Catecismo del Concilio de Trento, la institución del sacramento de la Confirmación ocurrió el día de Pentecostés, según lo relata San Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*: "[1] Al cumplirse el día de Pentecostés, se hallaban todos juntos en el mismo lugar, [2] cuando de repente sobrevino del cielo un ruido como de viento que soplaba con ímpetu... [4] Todos fueron entonces llenos del Espíritu Santo" (Hechos, 2, 1 y 4; cf. cap. 17 del *Catecismo de Trento*). Y Jesús que había conferido a los apóstoles el sacramento del Orden Sagrado en la última Cena, en aquella «aparición» relatada

31 Jaubert, Annie. *Lecture de l'Évangile selon saint Jean*, Cahiers Évangile N° 17, Service biblique "Évangile et Vie", Éditions du Cerf, Paris, N° 17, Septembre 1976 (1999, 2005), 70 pages. Annie Jaubert es 'maître de recherches' del *Centre national de la recherche scientifique* (C.N.R.S.).

32 Léon-Doufour, Xavier. *Vocabulaire de Théologie Biblique*, publié sous la direction de Xavier Léon-Dufour SJ, Paris, Editions du Cerf, 1970.

en los Evangelios de San Juan y San Mateo, les confiere además el poder de absolver los pecados: Jesús "sopló sobre ellos, y les dijo «Recibid el Espíritu Santo: a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados»" (Jn 20, 21-22). [33]

Finalmente, otros ataques más ramplones a las «apariciones» señalan que ellos no concuerdan respecto de los sitios donde sucedieron, ni de los testigos, o del estado de ánimo de éstos. Ceruti-Cendrier presenta el siguiente texto tomado de un catecismo *Parlez-nous de Jésus*, [34] destinado a niños y adolescentes: "Aquellos que han visto al Señor no cuentan las cosas de la misma manera. Pablo ha visto una gran luz y escuchó una voz; los otros vieron una persona que les ha hablado. Pablo ha creído inmediatamente: «Es verdaderamente Jesús»; a los otros les llevó tiempo creer que era verdaderamente Jesús. Juan dijo que los discípulos habían estado llenos de alegría al ver al Señor; Lucas dijo que de entrada ellos estaban espantados. Lucas y Juan dicen que los discípulos han visto al Señor en Jerusalén; Mateo dice que es en Galilea, sobre una montaña. Juan dice que los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo el día que Jesús sopló sobre ellos; Lucas dice que es el día de Pentecostés. Ciertamente eso no ha pasado de la misma manera para todos, pero todos han tenido la misma convicción, la misma fe" (*Parlez-nous...*, cit. por CC, 247). No está dicho de una manera expresa. De acuerdo, pero es como si se quisiera dar a entender que "es sorprendente pero es así, Jesús no se apareció más que una vez, como si no hubiese podido hacerlo en diversos sitios, repetidas veces y delante de diferentes personas" (CC, 246). Una sola aparición. ¡Y ni aún eso! En cualquier caso, lo que vieron o creyeron ver, ¡lo vieron, firmes en la fe!

Volvemos así a ver en algunos autores lo que al comienzo de esta reseña indicaba el exegeta P. Augustin George, quien afirmaba que creer en "la resurrección de Cristo sólo puede hacerlo el creyente por la fe: entra por esta afirmación en el orden de la fe donde se alcanza realidades que trascienden el orden histórico" [35] (George, cit. por CC,

33 Cf. Mt 18, 16 ss; cf. *Catecismo de Trento* (Catecismo de San Pío V), Parte IV: De los Sacramentos, cap. 8: del Orden Sagrado, §819.

34 Collectif. La Diffusion Catéchistique-Lyon: *Parlez-nous de Jésus*, Ed. Tardy, 1983, 144 pages.

35 George, Augustin, cit. por Varillon, F. *Joie de croire, joie de vivre*, conférences sur les points majeurs de la foi chrétienne, 1967-1978, recueillies par Bernard Housset, Préface de René Rémond, Centurion, Paris, 299 pp. Varias ediciones; en Ceruti-Cendrier, p. 127.

127). ¡Porque creían, veían! Entonces, ¿no significan nada las clarísimas palabras de Jesús, donde el orden causal es el inverso?: “Porque me has visto, has creído” (Jn 20, 29). ¿No es más simple admitir, como surge de la lectura llana de los Evangelios, que si las «apariciones» fueron varias, en diferentes ocasiones, en diferentes lugares, frente a diversos testigos pudo ocurrir que no todos los testigos estuvieron en cada «aparición», como el caso de Santo Tomás? ¿O que Jesús «apareció» a las Santas Mujeres, unas veces a unas, otras veces a otras, quizás siempre a la Madre? ¿No es natural, entonces, que cada testigo haya recordado algo distinto, los detalles que más le impresionaron? Y entonces, la presencia de diferencias en los relatos de las «apariciones», ¿no son acaso, indicios que las narraciones no fueron retocadas y no fueron, por tanto, sujetas a añadidos tardíos? (CC, 250).

Semblanza del Doctor Gustavo Martínez Zuviría (1883-1962)

ALFREDO ÁNGEL CARRERE

Fue, podríamos afirmar, un soñador de la Cruz de Cristo, un Quijote literario que embistió contra los molinos de viento del agnosticismo, la masonería, el laicismo, los proxenetas de la novela, los pornógrafos de los medios de comunicación y de usinas de la mentira y la calumnia.

Como político fue protagonista de famosos debates, defendiendo sus convicciones religiosas.

Como Ministro de Justicia e Instrucción Pública, tuvo la valentía de reimplantar la enseñanza religiosa en las escuelas del Estado, como materia ordinaria, no obligatoria para aquellos que no profesaban la religión católica.

En las polémicas nunca utilizó el agravio, fundando y sosteniendo sus principios; jamás esgrimió sus vastos conocimientos para denostar a sus contrincantes, la petulancia estuvo ausente en él; no obstante la firmeza con que defendía sus alegatos, siempre lo hizo con la prudencia y la humildad propia de los sabios. La nobleza de conducta fue su inmejorable blasón filosófico.

La galanura de su prosa se constituyó en una constante lección de gramática y pureza semántica. Como apóstol difusor entre sus contertulios de las normas evangélicas, fue un destacado sacerdote laico y en esa tesitura bregó con muchos para explicarles con suma paciencia y bondad la fe en Dios, en algunos con éxito y en otros, no obstante su empeño persuasivo, no lo logró, como en el caso del gran repúblico y eminente político, Dr. Lisandro de la Torre, ex compañero de bancada en la Cámara de Diputados de la Nación, con quien entabló un histórico y aleccionador intercambio epistolar. Juntos militaban en el Partido Demócrata Progresista.

Tuvo una pléyade de hijos ejemplares en la vida pública y en diversas especialidades, cumpliéndose el pasaje evangélico que afirma que "del árbol bueno, brotan frutos óptimos". Igualmente sus novelas y escritos son sus vástagos, frutos de una mente pura.

Una página elocuente de su catolicismo la redacta en la contratapa de su libro *Navega hacia alta mar* en donde aclara perfectamente la autarquía espiritual y dogmática de ser católico.

Aunque críticos literarios y exegetas con muchísima más autoridad que yo, lo categorizan como al escritor más eminente y destacable de Hispanoamérica, creo oportuno hacer un comentario de alguna de sus obras, no obstante que en todas se destaca la mano maestra del escritor, del católico militante y del educador. En todas sus obras se respira el aire puro y vivificador de lo excelso, animoso y entretenido.

Mi admiración por el Dr. Gustavo Martínez Zuviría y, ahora veneración, no provienen ni de mi amistad, pues no tuve el privilegio de conocerlo personalmente, ni por vinculación familiar, sino después de haber leído y releído todos sus escritos, novelas, opúsculos, notas y relatos que me llenaron de admiración y enriquecieron mi religiosidad, mi catolicismo, mi hombría, mi condición de ciudadano, esposo y padre.

Fue agigantándose su figura como apóstol de la pluma y escritor de una pulcritud tan esmerada en los conceptos que, de los mismos, emergen enseñanzas filosóficas, éticas, históricas y del saber ser, además de los innumerables testimonios de personas creíbles por su conducta y su sabiduría dignas de tener en cuenta para confrontarlas con mis conclusiones.

Como decía más arriba fue un escritor de una pulcritud tan esmerada con una estética tan brillante, pero poniendo énfasis siempre en los valores éticos que transmitía coincidiendo con Jacques Maritain en que la estética debe respetar los valores morales del cristianismo; consideraba que ello es aplicable a todas las creaciones artísticas. Por ej. un cuadro atrayente, con gran perfección artística, impactante, pero inmoral o sacrílego, no se compatibilizaría en absoluto con una verdadera conclusión ética. Por eso se complacía en manifestar que nunca escribió una palabra que pudiera escandalizar a un lector y menos a sus hijos.

Gran conocedor de todos los versículos bíblicos, intérprete y comentarista de ellos, los aplicó en muchas de sus novelas, escritos y comentarios.

Gran pensador sobre el destino del hombre, siempre insistió en tres amores infalibles, los tres amores blancos:

1) A la Eucaristía.

2) A la Santísima Virgen María.

3) Al Papa.

Fue un hombre llano, sin empaque, tolerante, cordial, pero vigoroso defensor de la verdad, la Santa Religión y los valores espirituales en diálogos entretenidos y conferencias donde desgranaba conceptos y relatos que mantenían el interés y la admiración de los oyentes. En sus escritos fue siempre un predicador incansable de los sentimientos nobles y sabios, con comentarios salpicados de anécdotas entretenidas y de sano humor, enderezados en un esfuerzo literario incansable para la salvación de las almas y en una constante preocupación por extender el Reino de Dios.

Veamos segmentos de sus novelas y escritos que revelan su pasión por difundir el relato atractivo con premisas llenas de noble orientación espiritual.

Por ejemplo *Alegre*, su primera novela del año 1905, reelaborada en 1929. Ya en la primera edición revela con maestría literaria su vocación de escritor. Su espíritu cristaliza en un relato donde se exalta el heroísmo y la nobleza de sentimientos; la catolicidad esmalta todas sus novelas con la limpidez de una acuarela. Comienza, desarrolla y concluye con un mensaje enternecedor del negrito protagonista principal. El novel escritor tenía recién 20 años llenos de sanas y protagónicas ilusiones.

Mi experiencia personal quedó enriquecida en cada lectura de las obras del eminente escritor, pero para mí, la obra paradigmática es *Flor de Durazno*, terminada en 1911, cuando apenas tenía 27 años. En ella manifiesta ya su talento para describir todas las expresiones del espíritu humano, con sus pasiones, malas y buenas, y las reacciones emotivas que como resortes sobrenaturales "encapsulados" en nuestras almas, habiéndonos creado Dios a su imagen y semejanza, se transforman en emociones llenas de sublimes sentimientos como el perdón, el amor y el olvido de los agravios.

Evoquemos a los personajes de *Flor de Durazno*, especialmente a Don Germán y Doña Encarnación, la actitud evangélica y pastoral del cura Don Filemón, y la bondad, candor y blancura de alma de Rina, el

personaje central y la pureza e inocencia de su hijita, la verdadera joya de un collar riquísimo que anudó las almas hasta ese momento desunidas, en un jardín de flores embellecidas por los mejores sentimientos.

En esta obra señera Hugo Wast ya demuestra su vigor moral, su alma transparente y sus cualidades literarias revalidadas en una labor de más de medio siglo; *Flor de Durazno*, famosa en casi todo el mundo, demostró tempranamente la riqueza de un intelecto esclarecido por las más nobles virtudes espirituales y literarias.

Sin perjuicio de destacar que cada novela, cada escrito del Dr. Gustavo Martínez Zuviría abre una primavera vital de donde surgen los más valiosos proyectos del alma dirigidos hacia Dios, podríamos citar una sucesión de ideas brillantes en toda su novelística, pero sería llenar páginas con lo que ya está escrito, por eso no quiero obviar una frase bíblica que como corolario ofrece en varias novelas dramáticas como *La que no perdonó*, *La Casa de los Cuervos* o *Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre*, cuando por falta de comprensión y mucho amor propio, provoca el suicidio de la hija. El novelista estampa la frase como rotunda moraleja para aleccionar nuestros caprichos: "Dios pide misericordia y no sacrificios" y en *Fuente Sellada* redacta un diálogo admonitorio para todos los católicos cuando Evangelina desesperada relata su drama al sacerdote jesuíta Padre Palau; transcribo la parte substancial:

> Porque el amor es así, como un resorte que nos levanta cuando el desaliento nos abate; como una luz que nos guía, cuando vivimos desorientados en la niebla del mundo. Usted ha dicho bien; yo conozco su alma y quizás la conozco más que usted misma, que se juzga mal. En su resolución hubo despecho, pero hubo más abnegación por causas ajenas. A pesar del tiempo que hace que no la veo, yo veía venir estas cosas; ¿por qué no me habló antes?...Ya el reproche es inoportuno, pero no el consuelo… Si Dios ha permitido que su vida se derrame por un cauce donde sólo corren fangosas miserias, Él sabe por qué ha sido, y Él velará por usted, y le dará las fuerzas en la medida necesaria. "Bástele a cada día su propio trabajo", dice la Escritura. Refúgiese en la oración y la confianza, y reanime su fuerza en la humildad. "Yo soy –ha dicho el Señor- el que levanta con entera salud a los llorosos; y traigo a mí a los que conocen su enfermedad".
>
> –¿Y a él? –interrogó Evangelina que escuchaba ansiosa aquellas santas palabras–; a él ¿debo dejarle conocer lo que pasa en mí?
>
> –¿Qué teme usted? ¿Qué sucedería si él lo supiera?

–Yo no sé; quizás sufriría mucho –dijo ella ruborizándose.

–Eso no es nada. El dolor es también un don de Dios; pues lo que más diferencia al hombre de los animales es el saber sufrir. "¡Ay, de los que pierden los sufrimientos"–. Evangelina bajó la cabeza.

–Yo –dijo–, yo sabría sufrir; pero él…

–Si él comprendiera, si no hubiera peligro de que interpretara mal su sentimiento y si él tuviera la voluntad templada como usted, no vería tampoco ningún mal en dejarle saber la verdad. Pero ¿la comprenderá él?

–No sé –contestole Evangelina con tristeza, recordando que Juan Manuel no había adivinado el delicioso misterio de su corazón de niña.

–Entonces eso lo verá usted.

Cortoles la palabra la imperiosa voz de una campana.

–Han terminado las clases; van a salir los niños –dijo el padre Palau. El jesuita se levantó para cerrar la puerta, oyendo en el claustro el rumor de los alumnos que llegaban; Evangelina creyó que con aquel ademán quería dar por terminada la conferencia y se puso de pie.

–Bueno, hija –díjole él–, vaya tranquila; Dios conduce por el camino derecho a los que con humildad se lo piden. Hágase ciega en manos de Dios y déjese llevar.

Sin perjuicio de consignar que en todas las obras de Hugo Wast surgen a raudales ideas señeras que enriquecen la conducta humana, en la novela corta *La Copa Intacta* impresionan 1) la articulación de un extremo heroísmo conjugando verdaderos amores con sentimientos llenos de ternura; 2) la inspiración del Espíritu Santo; 3) un gran sentido de la responsabilidad ante Dios, como hombre, y ante esa mujer –cuyo esposo se estaba muriendo– y sus hijitos.

En la novela hay un párrafo elocuente que conviene transcribir:

Alejandro le refirió entonces lo que Julia no le había contado de aquel encuentro para que el obsequio resultara una sorpresa… Pero la voz de su conciencia le habló con más verdad que la grosera experiencia de sus camaradas y esa voz le dijo que había más dulzura en el borde de la copa intacta que en la embriaguez de una aventura…

–¿Crees ahora lo que te dije: que a esa mujer la defienden su hijito y su lealtad al marido?

–¡Sí, mamá!

–¿Estás contento de creer que una mujer puede ser buena y un hombre ser fuerte?

–Sí, mamá! Y ella que había adivinado la lucha de él, lo estrechó en sus brazos y lo besó.

La Copa Intacta patentiza la agudeza literaria para describir situaciones límites y críticas del corazón humano y las reservas morales del alma que surgen para fortalecer la conducta del ser.

Como ya lo he expresado reiteradamente, el insigne escritor brinda al lector pensamientos enaltecedores de una excelsitud casi sobrenatural que lleva al lector inexorablemente al camino de la Gracia y a reflexionar sobre nuestro destino inmortal.

Por muchos años fue Director de la Biblioteca Nacional, organizándola, dotándola de ejemplares de distintas procedencias y de autores importantes en el mundo cultural, como así también de material histórico y científico muy consultado; de esos años data su acceso, frecuentación e investigación de documentación histórica muy importante señalando el rol protagónico del Ejército en el primer gobierno patrio plasmado en su trabajo *Año X* con una prosa muy pulcra.

Sus obras se están reeditando en la Argentina, España y México. Es el escritor católico más destacado y eminente de toda América y España y el más conocido en todo el mundo.

Toda su fervorosa ascética cristiana volcada en la enorme producción literaria y apostólica, la resume en su libro *Navega hacia Alta Mar* que además de su valor literario es una guía excelente para el buscador de Dios. El sentido apostólico de su obra culmina en la elección del epitafio elegido para su tránsito a la eternidad: “Yo te defendí, Señor, dame ahora la paz”.

A propósito de "Cuatro pensadores contrarrevolucionarios"

GERARDO PALACIOS HARDY *

Un libro y dos lecciones

He aquí la tercera parte (o con mayor propiedad el tercer tomo) del estudio del P. Sáenz sobre la Revolución Francesa, si bien encarada como otra de las grandes tempestades que se abatieron sobre la Iglesia (en este caso la décima, conforme la cronología establecida por el autor). Lo cual pone en evidencia el verdadero talante de lo que ha de tenerse como la Revolución por excelencia, ya que, como ha escrito Vladimir Volkoff a propósito de la otra gran revolución, la de Rusia, fue "una revuelta hecha no contra el orden político sino, más bien, contra Cristo" [1].

Los dos tomos precedentes estuvieron dedicados a la preparación cultural de la Revolución el primero, y a la Revolución victoriosa el segundo. El que se presenta hoy está íntegramente dedicado a la reacción de carácter intelectual que la Revolución Francesa generó de inmediato, expresada a través de cuatro pensadores emblemáticos y contemporáneos de ese terrible cataclismo: el inglés (o irlandés) Edmund Burke, el saboyardo Joseph de Maistre y los franceses Antoine de Rivarol y Louis de Bonald, que el P. Sáenz no vacila en catalogar como contrarrevolucionarios e incluso reaccionarios. Cuatro capítulos, pues, situados entre una breve introducción y un apéndice, el cual bien podría bautizarse como epílogo para argentinos.

* Presentación del libro del P. Alfredo Sáenz, *La Nave y las Tempestades. La Revolución Francesa IIIª parte. Cuatro pensadores contrarrevolucionarios* (Gladius, Buenos Aires 2008, 440 pgs.) realizada el 5 de diciembre de 2008.

1 Vladimir Volkoff, *El invitado del Papa*, Ciudadela, Madrid, 2006, p.248.

No vaya a creerse que se trata en este libro de una fría y distante exposición de las ideas de estos eminentes pensadores contrarrevolucionarios. El P. Sáenz se ha ocupado de incluir sus datos biográficos, sus peripecias personales y familiares, sus alegrías y desventuras, lo que hace muy amena su lectura y confirma lo que dijera el inolvidable Octavio Sequeiros al presentar un tomo anterior de la misma serie (el dedicado a las invasiones de los bárbaros, o la Cuarta Tempestad): el P. Saénz no hace arqueología, "sino que difunde hechos claves de la historia de la Iglesia y del cristianismo; sus relatos, en conclusión, tienen vigencia, actualidad y compromiso" [2]. Lo que equivale a decir que nos compele a sacar lecciones.

¿Cuáles pueden ser estas enseñanzas? ¿Qué lección nos deja este libro, concluida su lectura? ¿Qué impresión, qué impronta queda en el ánimo al cabo de haber vuelto a estos viejos textos de Burke y Bonald, de Rivarol y De Maistre?

Ya dirán ustedes después de haberlo leído. En mi caso, que ya lo hice y además tuve el privilegio de haber podido asistir a la mayor parte del anticipo que el P. Sáenz dio de su obra durante el año en la Corporación de Abogados Católicos, quiero referirme esta noche a dos, entre varias posibles.

Primera lección: la Revolución Francesa como parte de la Revolución

La primera lección es nada más que la confirmación de una creencia en la que me encuentro hace añares, y que con toda probabilidad compartirán ustedes, de modo que no creo vaya a causar sorpresa alguna. Me refiero a que la Revolución Francesa como tal es un hecho histórico, cuya eclosión podemos situar en 1789. Pero desde una perspectiva más abarcadora –ontológica si se me permite la expresión–, es en rigor un capítulo (todo lo importante que se quiera, pero apenas un capítulo) de un proceso revolucionario iniciado bastante antes de 1789, incluso más atrás de la Revolución Inglesa, donde de Maistre –como bien recuerda el P. Sáenz– situó los orígenes de la Revolución Francesa [3].

2 Presentación de Octavio A. Sequeiros, en *La nave y las tempestades. Las invasiones de los bárbaros* (aut. Alfredo Sáenz), Gladius, Buenos Aires, 2003, p. 11.

3 Alfredo Sáenz, *La nave y las tempestades-La Revolución Francesa|Tercera*

Bien dice Gómez Dávila: “La explicación de un hecho histórico es un hecho más vasto que lo engloba. El historiador explica un hecho relatando otro donde el primero se sitúa” [4].

Hay que agregar que ese proceso revolucionario no solamente no ha terminado, sino que continúa arrasando, triunfante, con cuanta virtud noble todavía subsiste. “La Revolución Francesa no es algo que haya muerto”, ha escrito Nesta Webster. “Cuando vemos las crónicas de esos días tremendos nos parece que tocamos algo que aún vive. Hay voces que nos llaman desde las páginas amarillentas, voces que todavía vibran con las pasiones que las agitaron hace más de cien años: el desesperado grito de libertad y justicia, el clamor «Rey y patria» suena como una trompeta; de repente aparece la historia contada con lágrimas del que enfrentó la muerte con gloria o un grito enloquecido de rabia contra el prójimo” [5].

Un tiempo remoto

En tanto que proceso no concluido que se da en la historia, la Revolución puede situarse no sólo temporalmente, sino también geográfica y culturalmente. En tal sentido, la Revolución es un fenómeno típicamente occidental.

“Hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados” [6]. Estas palabras de León XIII, cargadas de nostalgia, podrían tener su traducción poética en la *Canción de Occidente* de Georg Trakl:

> Oh edades de calma y de otoños dorados,
> cuando nosotros, monjes pacíficos, prensábamos la uva purpúrea,
> y resplandecían a nuestro alrededor la colina y el bosque.

Parte|Cuatro pensadores contrarrevolucionarios, Gladius, Buenos Aires, 2008, p. 129 y ss. Lo que no quita que el mismo De Maistre haya sido tal vez el más clarividente acerca de la verdadera naturaleza de la Revolución (v. Alfredo Sáenz, *op.cit.*, ed.cit., p. 132).

4 Nicolás Gómez Dávila, *Escolios para un texto implícito*, Villegas Editores, Bogotá, 2005, T° I, p. 242.

5 Nesta Webster, *French Revolution*, en una traducción que debo a la generosidad de Horacio Boló.

6 León XIII, *Immortale Dei*, 9.

Oh cacerías y castillos; la paz del anochecer.
Cuando el hombre meditaba en su aposento sobre lo que es justo,
y en muda oración luchaba
por alcanzar el semblante de Dios.

Lo que para los hombres de aquel tiempo estaba claro, era que la vida tenía verdaderamente un sentido, es decir, tenía un destino. Como también que ese destino no era algo a lo que se llegaba, sino, con mayor precisión, algo a lo que el hombre estaba llamado, es decir un principio de ordenación, que hacía que la vida fuera buena.

El sentido de la vida, el destino para aquel hombre occidental de esos años luminosos, era desde luego Dios, como fin último, y esto era común a todos los hombres, sin distinciones de grados o jerarquías. Pero no se agotaba en El, sino que por debajo, en orden jerárquico, un plexo de fines intermedios, aunque necesarios para alcanzar el destino final, informaban la vida de cada hombre en particular.

El hombre, pues, articulaba o arraigaba su vida en dos direcciones. Una vertical, en la que la base eran la familia, la patria, la tradición, la cultura, y el vértice estaba en Dios; y otra horizontal, representada por las relaciones con los demás hombres, jerárquicamente estructurados.

Tal vez la vida no fuera entonces más fácil, pero su sentido estaba claro, y esa claridad tenía suficiente luz como para iluminar el obrar humano. La verdad, el bien, la belleza, eran categorías permanentes, que no dependían del consentimiento humano y, por ende, aunque el error o el mal podían estar presentes, al menos no se concebía que éstos pudieran tener los mismos derechos que sus contrarios o, todavía peor, que las leyes consagraran al mal como a un bien y que el obrar bueno o el decir verdadero llegasen a estar mal vistos o directamente perseguidos.

Los comienzos de la modernidad

"Sin embargo –dirá también León XIII– el pernicioso y deplorable afán de novedades promovido en el siglo XVI, después de turbar primeramente la religión cristiana, vino a trastornar como consecuencia obligada la filosofía, y de ésta pasó a alterar todos los órdenes de la sociedad civil" [7].

7 León XIII, *Immortale Dei*, nº 10.

La referencia histórica es precisa. El siglo XVI es la era del Renacimiento, de Lutero y Melanchton, de Maquiavelo, de la Paz de Augsburgo. Es el inicio del Modernismo, el cual habrá de llevar hasta sus últimas consecuencias el nominalismo iniciado un par de siglos antes. Éste, en efecto, en su versión más extrema, negaba que el mundo tuviera un orden necesario, valioso en sí mismo, dotado de necesidad intrínseca. Por el contrario, cada cosa debía concebirse como encerrada en su individualidad esencial. Llevado a su extremo, el nominalismo terminará negando, pues, la existencia de un orden natural y de normas universales aplicadas a los mismos seres (es el caso tanto del liberalismo cuanto del marxismo).

Claro que entonces la metafísica, cualquier metafísica, en tanto que ciencia del ser en cuanto ser, es decir, independientemente de las cosas que lo poseen, se revelaba imposible y falsa, como también la Teología. De ahí el divorcio que se produjo entre la razón (o ciencia) y la fe, lo que acarrearía un reclamo de absoluta libertad en el terreno del pensamiento, y la posibilidad de que la ciencia y la filosofía se desentendieran del orden sobrenatural, abandonándolo a la fe. En otras palabras, ciencia y filosofía se secularizaron, mientras que la religión –sobre todo por la prédica de Lutero, que colocará al "yo" en el centro de la escena–, quedó confinada al interior del hombre.

El nominalismo trajo consecuencias impresionantes y a la vez trágicas para la fe en la civilización occidental. Enseñando que los hombres constituían individuos aislados y que la humanidad, en cambio, no tenía fundamento real, proclamaba que tampoco lo tenía un supuesto orden humano u orden natural. En el orden humano, pues, no hay para el nominalismo verdad alguna permanente, todo es opinable y, por lógica consecuencia, sólo cuenta el voto mayoritario. Ningún orden social o político puede fundarse sobre un orden moral preexistente.

Es que el nominalismo negaba la existencia en Dios de arquetipos o ideas ejemplares, entendiendo que éstas constituirían una limitación inaceptable a la omnipotencia de Dios y a su absoluta libertad divina. Como obvia consecuencia, el mundo no tenía un orden intrínsecamente necesario, valioso en sí mismo. Por el contrario, cada cosa, cada individuo, cada hombre, debía concebirse como encerrado en su individualismo esencial, volcado sobre sí mismo y recluido en su subjetividad.

Visión pesimista, claro, y por eso mismo exitosa. Ella reflejaba el espíritu reinante a partir del siglo XIV, ya que la destrucción de las elaboraciones metafísicas armonizaba perfectamente con el empobrecimiento general, las guerras y la muerte que devastaban el Occidente cristiano.

El protestantismo fue la culminación de este proceso de secularización, que se había propuesto expulsar a Dios de la escena pública, donde había reinado durante la Cristiandad, para recluirlo, en el mejor de los casos, en la intimidad del sujeto individual.

El centro de la escena fue ocupado, entonces, por el yo individual, en una simetría impresionante con las enseñanzas del nominalismo, impartidas a Lutero en la Universidad de Wittenberg por los discípulos de Ockham, que habían negado obediencia al Papa de Avignon [8]. Maritain lo expresó de modo admirable, al subtitular su magnífico ensayo sobre Lutero como "El advenimiento del yo" [9]. Belloc, por su parte, dirá: "El gran efecto de la Reforma fue el aislamiento del alma" [10].

Sin embargo, ese hombre cerrado a la trascendencia y vuelto sobre sí mismo del protestantismo, empieza por descubrirse miserable y pecador. ¿Qué hacer, salvo abandonarse a la desesperación? No importa, dirá Lutero, nada puede hacer el hombre que tenga mérito a los ojos de Dios; basta la fe, lo demás no tiene remedio. "Las consecuencias de esta reclusión de lo religioso en la intimidad de lo subjetivo –escribe Gambra– fueron inmensas: la vida de la cultura y de la política quedaban desligadas de lo religioso por ser hechos exteriores a lo subjetivo: la libertad de pensamiento y la secularización del Estado quedarían así cimentadas por el protestantismo. La religión dejaría de ser un vínculo o unión superior de hombres y pueblos, para convertirse en asunto puramente individual que no podrá erigirse ni imponerse ya como principio directivo de la cultura o de la vida en común de los hombres" [11].

Lo que de ese modo se fue imponiendo en el campo del pensamiento, se extendió rápidamente al terreno político. El reconocimiento legal que la Paz de Augsburgo hizo del luteranismo, selló la pérdida de la unidad de Occidente, basada en la concepción cristiana del mundo. El derecho a ser autónomos que Carlos V reconoció a los príncipes alemanes, se reconocerá un siglo más tarde, con la Paz de Westfalia, a los estados europeos. La visión racionalista se impuso sobre la teocéntrica,

8 Luis Suárez, *Raíces cristianas de Europa*, Palabra, Madrid, 1986, p. 138; Llorca-García Villoslada-Montalbán, *Historia de la Iglesia Católica*, T° III (Edad Nueva), BAC, Madrid, 1967, p. 663.

9 Jacques Maritain, *Tres reformadores*, Difusión, Buenos Aires, 1968, p. 8.

10 Hillaire Belloc, *Europa y la fe*, Sudamericana, Buenos Aires, 1967, p. 258.

11 Rafael Gambra, *Historia Sencilla de la Filosofía*, RIALP, Madrid, 1976, p. 174.

y el concepto de Cristiandad fue sustituido por la moderna concepción de Europa.

Perdida la hegemonía del catolicismo en Europa, establecida la supremacía del poder civil con el advenimiento del absolutismo y secularizada la vida pública, el proceso no podía ya detenerse. La consigna que parece haberlo animado es aquella terrible, estremecedora, que se lee en el Evangelio de Lucas: "No queremos que éste reine sobre nosotros" [12]. De hecho, creo que bien puede afirmarse que la inmensa mayoría de los problemas que afligen al hombre moderno y que parecen no tener solución, tienen su causa en la invitación que ese hombre ha hecho a Dios para que se salga de la filosofía, de la historia, de la política, de la moral.

Y así ha sido, en efecto. La Revolución, que comenzó como un humanismo, como el intento de emancipar la conciencia humana de la conciencia religiosa, culminará desde el siglo XVIII, a partir del naturalismo de la Ilustración francesa, en franco ateísmo, que es el signo del tiempo actual.

El fruto de la Revolución: el hombre moderno

En último análisis, pues, la Revolución hizo del hombre moderno un individuo básicamente ateo. Su ateísmo se resuelve, por otra parte, en una suerte de apriorismo, algo así como un postulado, según el cual este hombre no se plantea la inexistencia de Dios como un problema, sino como un hecho que ni siquiera vale la pena discutir y a partir del cual elabora todas las explicaciones del hombre y el mundo. Se da pues en un contexto de inmanencia, es decir un humanismo cerrado a toda trascendencia, para el cual el hombre es el principio y fin de todo.

En definitiva, ese deslizarse gradual y constante, ese viaje emprendido en nombre de la libertad y dignidad personales que se creían amenazadas por la admisión de un Creador Absoluto, ese sentido de autosuficiencia que hizo germinar el dominio de la técnica, ha generado, como es lógico, una clase de hombre, un tipo humano descreído, rebelde, relativista, impregnado de un espíritu que lo ha inficionado todo, que habita en nosotros al modo de una enfermedad, que ha corrompido nuestras inteligencias y modificado nuestros hábitos de comportamiento, que actúa haciendo que aceptemos ideas inaceptables y

12 *Lc.*, 19-14.

que toleremos conductas intolerables, que ha anestesiado nuestra capacidad de reacción. El P. Faber lo llamó "espíritu del mundo", diciendo de él: "No es precisamente el pecado; es una peste, una influencia, una atmósfera, una materia colorante, una pompa exterior, una nada, un sistema que no se puede asir, y sin embargo, muy fácil de reconocer; ninguno de esos nombres le conviene solo, sino todos juntos; la Escritura le llama mundo [...] Vivimos en medio de él, le respiramos, obramos bajo su influencia, somos engañados por sus apariencias, y sin apercibirnos de ello adoptamos sus principios" [13].

Para un hombre así, liberado de toda tutela exterior, es fácil llegar a la conclusión de que Dios, la religión, constituyen un impedimento para su felicidad y realización plena. Aunque no se proclame marxista –porque, ignorante como es, cree que ser marxista obliga a ser comunista–, el hombre moderno no tendría mayores dificultades en suscribir aquella célebre sentencia de Marx: "La historia tiene la misión, una vez desaparecida la verdad en la vida futura, de establecer la verdad de la vida presente. Y la primera tarea de la filosofía, consiste, una vez desenmascarada la imagen santa que representaba la renuncia del hombre a sí mismo, en desenmascarar esta renuncia en sus formas profanas. La crítica del cielo se transforma así en crítica de la tierra: la crítica de la religión, en crítica del derecho, y la crítica de la teología, en crítica de la política. La crítica de la religión conduce a la doctrina de que el hombre es para el hombre el ser supremo" [14].

Así pues, el sentido que tenía la vida para aquel hombre gobernado por la filosofía del Evangelio, debió ser sustituido. Porque como escribió Dostoiewski, "el hombre no puede vivir sin arrodillarse [...] Si rechaza a Dios, se arrodilla ante un ídolo de madera, de oro o simplemente imaginario. Todos estos son idólatras, no ateos; idólatras es el nombre que les cuadra".

Encuentro lógico entonces que, compelido a darle un sentido a su vida, el hombre moderno lo haya puesto en los valores físicos, mecánicos y materiales, haciendo de ellos un fin en sí mismos. Es que eliminado Dios como Creador porque no existe, y explicada toda la realidad con el conocimiento concreto, científico, basado en la observación de los hechos y en la deducción matemática (como lo quería Comte y a partir de él todo el positivismo), es forzoso concluir que no hay más

13 G. Faber, cit. por P. Alfredo Sáenz en *El Espíritu del Mundo*, Rev. Gladius, Nº 1, Buenos Aires, 1984.

14 Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, Unidad Socialista, Madrid, 1934, p.119.

certeza posible que la que se puede ver o tocar, no hay más realidad que la que se puede explicar por el método experimental, y todo conocimiento se reduce al conocimiento sensible.

De este modo, toda la realidad política queda ahogada en lo económico, la norma moral –como lo quería Nietzche– se ve como opresora del sentimiento y de la vida, y el hombre queda así abandonado a sus inclinaciones, a sus pasiones, a ser una mera existencia despojada de esencia. Sólo adorará lo que sea fruto de su creación, e incluso allí donde la naturaleza le oponga límites inmodificables, su rebeldía lo llevará a venerar las máquinas y a destruir el medio ambiente que pretende limitar su autonomía.

El hombre moderno es un hombre enojado, que pone entonces su fin en el mundo exterior, el mundo de las cosas finitas, sensibles, donde intentará, sin conseguirlo jamás, calmar su sed de absoluto. Es que, como dice Thibon, "La sed de lo esencial, de lo absoluto, [...] es la necesidad de un bien absoluto, incondicional, que no sea medido por el tiempo, por el espacio, por las vicisitudes de esta vida" [15]. De ahí la insatisfacción que genera este proceso, que sin embargo no lleva a rectificación alguna. Por el contrario, una vez que se ha sacrificado el valor espiritual, el vacío que se ha creado se intenta llenar acrecentando las necesidades materiales. El hombre ve como éstas aumentan incesante, artificialmente, y así se convierte en esclavo del dinero, a un ritmo frenético que es imposible detener, porque incluso se le dice que si cesara de consumir, todo el mundo entraría en crisis.

Triste paradoja ésta, la de un camino iniciado en nombre de la libertad y seguido al compás alegre de *La Marsellesa*, que termina en una prisión. Es que, como ha escrito Castellani: "La verdadera libertad es un estado de obediencia. El hombre se liberta de la corrupción de la carne obedeciendo a la razón, se liberta de la materia sujetándose al perfil diamantino de una forma, se liberta de lo efímero atándose a un estilo, de lo caprichoso adaptándose a los usos; se liberta de su infecundidad solitaria obedeciendo a la vida, y de su misma vida caduca y mortal se liberta, a veces, perdiéndola en obediencia a Aquel que dijo: «Yo soy la Vida»" [16]. O, más rotundamente y en frase de Thibon: "No se sale de la obediencia más que para caer en la servidumbre" [17].

15 Gustave Thibon, *Entre el Amor y la Muerte*, RIALP, Madrid, 1977, p. 21.

16 Leonardo Castellani, *Las canciones de Militis (Liberalismo)*, Dictio, Buenos Aires, 1973, p. 189.

17 Gustave Thibon, *El Equilibrio y la Armonía*, RIALP, Madrid, 1981, p. 87.

Pero el hombre moderno no lo ve así. Aunque los recursos naturales se agoten, el dinero se derroche, se viva agobiado por las deudas, se trabaje hasta el infarto temprano, se dé primacía a la acción, al consumo, a la agitación caótica, aunque aumente la tasa de suicidios, la drogadicción, el número de sicoanalizados, de alcohólicos, la violencia, la inseguridad; aún cuando –en palabras de Arturo Uslar Pietri– "Nunca antes había vivido el mundo una época tan profundamente obscena, tan contraria a todos los principios que han permitido la creación de las civilizaciones" [18], pese a todo ello, el hombre moderno no está dispuesto a cambiar, a vivir de nuevo sometido a la filosofía del Evangelio.

La corrupción del orden social

Cuando la sociedad deja de regirse por los principios que provee la naturaleza de los seres y adopta otros fundados nada más que en las ocurrencias y caprichos de un pensamiento sin quicio alguno, el orden social se corrompe y finalmente deja de existir. Así nos ha ocurrido desde que triunfó en Occidente la revolución moderna y anticristiana. El hecho de que en una sociedad continúe habiendo gobiernos, funcionen los servicios públicos o se paguen los impuestos, no significa que exista orden social. Eso es una caricatura del orden social verdadero. Lo que tenemos hoy es lo que advirtieron de Maistre y Bonald, esto es la exhibición o manifestación impúdica de los principios inherentes al régimen que instaló la revolución moderna y que Occidente adoptó en sustitución del orden social cristiano. Y que no es simplemente un régimen político, sino una concepción del hombre y de la sociedad tan equivocada como perversa, que hoy, en medio de una crisis mundial pavorosa (que ya no logra disimular la opulencia de unos pocos países ricos), exhibe escandalosamente sus terribles consecuencias.

El hombre moderno no lo sabe (y tal vez ni siquiera quiera saberlo), pero la causa profunda de su aflicción es simplemente el rostro desagradable de un cuerpo social enfermo, que fue inoculado siglos atrás con los gérmenes de un pensamiento envenenado. Como bien ha dicho Juan Pablo II, aludiendo a las situaciones de injusticia presentes en el mundo, "la experiencia y la historia de cada uno [enseñan que] no es difícil encontrar al origen de estas situaciones, causas propiamente «culturales», relacionadas con una determinada visión del hombre, de

18 Arturo Uslar Pietri, *Un Mundo Obsceno*, en La Nación, 27/7/95.

la sociedad y del mundo. En realidad, en el centro de la *cuestión cultural* está el *sentido moral*, que a su vez se fundamenta y se realiza en el *sentido religioso*" [19].

En efecto, la negación del hombre como criatura y la exaltación del yo individual, la expulsión de Dios del escenario humano, la proclamación de la libertad más absoluta en el orden del pensamiento, la liberación del hombre de toda sujeción exterior, han traído como lógica consecuencia, en lo social, el divorcio entre la política y la moral. Del mismo modo, la negación del orden natural ha hecho que la sociedad se entienda como fruto del contrato y la ley como mera expresión de la voluntad del legislador.

Las creaciones de un hombre así desorbitado, que no reconoce más límites que los de su imaginación, último autor de la norma y único juez de su propia conducta, tenderán a ser igualmente ilimitadas. Ejercido entonces fuera del plan de Dios, el poder desorbitado provoca degradación en los diversos órdenes de la vida. La naturaleza se ve devastada con el ataque al medio ambiente, al buscarse sin medida la satisfacción irrestricta de deseos incontrolables. La vida, en el afán del hombre por eliminar complicaciones, pierde su carácter sagrado, en una danza macabra compuesta por la eutanasia, el aborto y las manipulaciones genéticas. La economía deja de crear armonía entre las necesidades y la escasez, con el afán de lucro convertido en su único motor y el dinero como símbolo casi exclusivo de riqueza. Y hasta la religión se ve atropellada y escarnecida, sin que se escuche tan siquiera la indignada protesta de los que tienen el deber de cuidar de ella.

Al situar pues en perspectiva los análisis profundos de Burke, los augurios de de Maistre, las diatribas de Rivarol y las advertencias de Rivarol, el P. Saénz me ha obligado, como dije, a recordar que esto que vivimos es la Revolución, esto es lo que nos ha hecho, y esto todavía no ha terminado. Entonces se llega hasta el hueso de la anécdota que relata Donoso Cortés, aquella de la antigua Roma, cuando el capitán Fabricio oyó al filósofo Cineas mofarse de la divinidad en presencia de Pirro. Fabricio sólo dijo lo siguiente: "Plegue a los dioses que nuestros enemigos sigan esta doctrina cuando estén en guerra contra la República".

Y así ha ocurrido en efecto. Occidente ha seguido la doctrina de la Revolución y la Revolución ha destruido a Occidente.

19 Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*, nº 98.

Segunda lección: nosotros, los vencidos

La segunda impronta que me ha grabado la lectura de este libro es tal vez más inquietante aún y resulta de la constatación del siguiente hecho: el pensamiento contrarrevolucionario, el de los cuatro hombres traídos por el P. Sáenz y el de tantos otros de su misma época y posteriores a ellos, incluidos varios de nuestros contemporáneos, tiene una manifiesta superioridad. Sin embargo, la victoria ha sido para la Revolución en toda la línea, mientras que la contrarrevolución ha experimentado un fracaso después de otro.

Aunque Gómez Dávila haya dicho que "sólo de causas perdidas se puede ser partidario irrestricto" [20], a esta derrota hay que encontrarle una explicación. No digo que no se haya intentado. Mi amigo Luis María Bandieri me hizo ver que entre nosotros, Ramón Doll se había arrimado al asunto en un breve artículo sobre Maurras, cuyo título podría ser la respuesta (por lo menos para Doll): "gran pensador y pequeño político" [21]. Molnar también se hizo este planteo y abordó la cuestión con su habitual solvencia: "Mi preocupación mayor" –escribe– "ha sido la de sacar a la luz las verdaderas razones por las que los escritores contrarrevolucionarios han sufrido la conspiración del silencio, así como la de analizar las causas de su repetido fracaso al querer influir de manera positiva en los acontecimientos políticos, sociales y culturales de nuestra época" [22]. Y Castellani hasta escribió un poema sobre este fiero sino, al que tituló resignadamente: *Nosotros, los vencidos*.

Pero tengo la impresión de que el tema no ha sido analizado todavía con la extensión, profundidad, variedad y cuidado que se merece, no obstante su enorme importancia. Y yo no me propongo hacerlo esta noche, porque ello excede no solamente mi capacidad, sino las circunstancias mismas de esta reunión. Voy a limitarme pues a mencionar unas pocas señales de identificación del problema, que tal vez puedan ser una contribución a la necesidad que creo tenemos de pensar un poco más en términos no solamente estratégicos sino también tácticos.

20 Nicolás Gómez Dávila, *op.cit.*, T° cit., p. 31.

21 En la compilación de cinco de sus libros publicada por la colección Biblioteca del Pensamiento Nacionalista Argentino, con el título *Ramón Doll*, Dictio, Buenos Aires, 1975, p. 87.

22 Thomas Molnar, *La Contrarrevolución*, Unión Editorial, Madrid, 1975.

Un primer modo de acercarse al asunto es investigando las causas del éxito de ideas tan extravagantes como son las de la Revolución. Éxito verificado no sólo en el plano de la razón o la inteligencia, sino también en la práctica.

Por cierto que un sistema de ideas que venía a anunciarle al hombre que era absolutamente libre y que nadie tenía derecho a imperar sobre él ni que tenía por qué sujetarse a norma alguna viniera de donde viniese, tenía que resultar muy atractivo, tan fascinante como lo había sido el fruto prohibido del Paraíso. La posibilidad de establecer uno mismo la frontera entre lo bueno y lo malo, la verdad y el error, lo justo y lo injusto, es ser como Dios, tentación que ha permanecido viva a través de la historia y que subyace en las doctrinas que hemos visto, cabalgando en la ilusión o el delirio de la libertad absoluta.

Esto confirió a la Revolución una ventaja estratégica, porque los contrarrevolucionarios no podían competir con ella en ese terreno. Pero de todos modos no le habría alcanzado para obtener una victoria tan contundente si no hubiera sido por el aprovechamiento inteligente y sistemático que la Revolución hizo de los medios masivos de comunicación social. En efecto, el tremendo poder del medio de comunicación en general, su condición de arma o instrumento potente, fue descubierto por la ideología de la Revolución antes que por cualquier otro.

Empleados como arietes para penetrar el espíritu de las masas con una ideología, los medios de comunicación abandonaron su finalidad propia, cual es la de informar o entretener –según los casos– a la opinión pública. Por el contrario, se han convertido en agentes de propaganda y manipulación. Hay que aceptar como un hecho, entonces, que en nuestros días la opinión pública puede ser (y de hecho es) manipulada, hasta un punto tal en el que resulta imposible reconocer si ella es el fruto de una auténtica independencia de juicio o, por el contrario, el reflejo dócil de ideas, de gustos o de opiniones que otros concibieron por ella. Pero esto último realizado con tal habilidad que, *para la inmensa mayoría, lo que le viene impuesto desde afuera, lo tiene por criterio propio, por criterio libre e independiente*.

La estrategia en orden a esta finalidad puede ser analizada. Si tener una estrategia es tener objetivos, bien podemos afirmar que a través de los medios se apunta a instalar en las masas dos ideas-fuerza, que vienen a ser algo así como la marca en el orillo de la ideología de la

Revolución. Estas dos ideas-fuerza han probado tener extraordinaria eficacia y están íntimamente vinculadas, a punto tal que una y otra son como las caras de una misma moneda. Molnar las define así:

• En primer lugar, la exaltación del cambio como un valor en sí mismo.

• En segundo lugar, la pérdida de legitimidad del sistema de valores tradicional [23].

La imposición en las masas del cambio como un valor o bien en sí mismo, se ha logrado por la vitalidad con que los medios de comunicación saben presentar las ideas disgregadoras. Se transmite la impresión de que todo está por hacerse y de que la historia acompaña a los revolucionarios. Hay que estar en la cresta de la ola, en lo último, en lo más nuevo. Viene al caso recordar acá las palabras que Goethe, en el *Fausto*, pone en boca nada menos que del diablo: "Señora mía, veo que no entendeis los tiempos presentes: lo hecho, hecho está, y procuradnos novedades, porque sólo lo nuevo llama ya nuestra atención".

Como lo explica Gambra –que me ha recordado la cita de Goethe–, "la novedad innecesaria –aún la razonablemente defendible– no sustituye una estructura por otra, sino el orden por el cambio, la forma por lo informe" [24]. Es el cambio por el cambio en sí mismo, no el reemplazo de un sistema por otro al que se juzga superior, sino la mudanza permanente, porque el bien está en el puro hecho de cambiar.

También lo novedoso ejerce gran atracción sobre el hombre, lo diferente, lo que sin prometer nada parece prometerlo todo, lo que abomina de lo antiguo, clásico o tradicional (y que nada más por eso merecer ser destruido), mientras asegura que el mundo está por hacerse. Entre otras cosas, como enseña Fernández de la Mora, porque una prédica semejante exime de humildes aprendizajes. En efecto, si lo que es anterior a nosotros carece de valor, ¿para qué estudiar?, ¿para qué la historia, para qué la filosofía, para qué el conocimiento del pensamiento clásico, para qué leer al P. Sáenz? La carga pesada del aprendizaje desaparece como por encanto, y por eso no debe extrañar, se-

23 Para esto y cuanto sigue, v. Thomas Molnar, *op.cit.*, ed.cit., esp. Caps. III y IV.
24 Rafael Gambra, *El silencio de Dios*, Huemul, Buenos Aires, 1981, p. 76.

gún ese mismo autor, que la juventud sea propensa al revolucionarismo como a ciertos estados emocionales [25].

De este modo se consigue crear una apariencia de legitimidad en favor de las ideas nuevas por el sólo hecho de serlas, y esto lleva como de la mano a la segunda de las ideas-fuerza mencionadas. En efecto, la imposición en las masas del cambio como un valor en sí mismo, hace que se vacíe de contenido el sistema de valores tradicional, que se pierde, en palabras de Molnar, desde el momento en que el legítimo dirigente deja de tener confianza en sus actos y se autoconvence de que sus acciones deben ser juzgadas en relación a nuevos principios que no son ya los suyos propios. En otras palabras, se ha logrado persuadir a un número considerable de personas de que el sistema de valores clásico, en el cual siempre han creído, se encuentra perimido, y que se vive en una era de cambio o sustitución.

El pensamiento dominante

En esto cumple un papel fundamental lo que Thomas Molnar llama el *núcleo de pensamiento dominante* o, también, *la república de las letras.* Molnar califica de ese modo al grupo integrado por artistas, periodistas, escritores y profesionales, que tiene como elemento común una ideología difusa, predominantemente frívola en lo cultural y tan benevolente con las expresiones de la izquierda, cuanto sumamente hostil respecto a cualquier pensamiento atribuido a una borrosa derecha, que suele denostar con el mote de *fascista* [26]. Sus miembros suelen menospreciar la moral tradicional; rara vez –hasta ahora– atacan frontalmente la religión católica, pero guardan hacia ella y la Jerarquía

25 Gonzalo Fernández de la Mora, estudio preliminar al libro con la compilación de artículos de Ramiro de Maeztu publicado con el título *Frente a la República*, Rialp, Madrid, 1956, p. 108.

26 "[...] el adversario capitalista-burgués es sustituido por el adversario <fascista>. Se crea, pues, el mito del fascismo, en el que es situado un adversario mortal que no tiene nada que ver con el fascismo histórico. A través de la transfiguración mítica, el concepto de fascismo se ha ampliado lo más posible, de forma que cualquiera puede ser acusado de fascista; y el partido comunista deberá quedar como juez, en última instancia, para decidir qué personas y cosas tienen que ser consideradas fascistas. Mediante la identificación del fascismo con el mal radical –que por tanto no puede tolerarse– y mediante la mitificación antedicha, se ven restringidos límites a que queda reducido el pluralismo cultural y político" (Augusto Del Noce, *Italia y el eurocomunismo-Una estrategia para Occidente*, Magisterio Español S.A., Madrid, 1977, p. 48.

una actitud de trabajosa conmiseración. Cualquier manifestación de contracultura, por escandalosa que fuere, será para ellos una muestra de libertad o, en el mejor de los casos, nada más que un riesgo de la libertad. Son defensores y cultores de todo aquello que tenga apariencia de nuevo, por el solo hecho de serlo. Sus juicios conllevan casi siempre una gran carga sentimental, de modo tal que los criterios de verdad, bondad o justicia, dependerán de lo que se sienta como tal, no de lo que la razón indique [27]. Sus ideas e incluso sus conductas individuales y sociales, se presentan desbordantes de vitalismo, transmitiendo la impresión de que ellos están siempre un paso adelante de los demás. Parecen tener la clave del futuro y por eso, en todo momento, son modelos a imitar. Hay que leer sus libros, ver sus películas, asistir a sus espectáculos, emplear su lenguaje y hasta seguir sus dietas. El que no lo hace es poco menos que un marciano.

La presencia de los integrantes de este núcleo de pensamiento dominante en los medios de comunicación es constante. Éstos se ocupan permanentemente de ellos: están en las tapas de las revistas de actualidad, los llaman desde los programas radiales, asisten a cuanto programa televisivo los convoque. Y siempre son convocados; todos los productores de programas tienen en sus agendas los nombres de estas personas, sus teléfonos, cómo y dónde encontrarlos a diferentes horarios, siempre listos para opinar sobre los temas más variados. *Y nunca, nunca, son molestados o controvertidos por sus opiniones.* Desfilan así, semana tras semana, por los diferentes medios, hasta que la gente se acostumbra a ellos, los llama por su nombre, aprende a quererlos, a identificarse, a pensar y sentir como piensan y sienten ellos. Sus consejos se vuelven consignas, sus recomendaciones se hacen obligatorias y uno adopta sus modos de ser y de pensar, su lenguaje, para no sentirse al margen de la "irresistible" corriente histórica que ellos encarnan.

En definitiva, el núcleo de pensamiento dominante, combinado con la presencia martillante de sus socios e integrantes en los medios, determina que éstos vengan a quedar consagrados como los dueños de la cultura. *La cultura es lo que esta gente expresa y representa*. El

27 Se rebaja la inteligencia mediante la exaltación de lo sensible. Cualquier cosa se justifica apelando al sentimiento. El hombre que piensa, el hombre que con la razón instruye a su voluntad para que ésta domine sus pasiones y sensaciones, ha sido reemplazado por el hombre que siente. Hubo un tiempo en el que los criterios de validez o legitimidad de las acciones, estaban suministrados por la razón: hoy se cree que una acción es legítima –o, por lo menos, justificable–, en tanto sea "sentida".

gran público tenderá a aceptar sus opiniones como si fueran proposiciones universales válidas, llegándose a la situación de que nada tendrá valor si no tiene la aprobación de ese núcleo.

Las causas que explican la existencia de ese núcleo de pensamiento dominante y su fácil y continuo acceso a los medios de comunicación social, son múltiples. En primer lugar hay que reiterar lo dicho antes sobre acción del espíritu revolucionario que, más allá de sus diversos matices, ha inficionado gravemente al hombre moderno. Pero es preciso agregar a mi entender la miopía y grave descuido de los sectores resistentes o contrarrevolucionarios, que no supieron darse cuenta a tiempo del poder latente en los medios y no acertaron con un lenguaje apto para expresarse a través de ellos. Dejaron así ese fenomenal instrumento en manos del enemigo, sin ocultar a veces hasta su soberbio desprecio por ese modo de expresión. Incluso peor, porque se ha podido ver en diversos lugares del mundo como gobiernos y grupos de poder cuanto menos orientados hacia el pensamiento contrarrevolucionario, se mostraban impotentes o resignados, cuando no cómplices, del dominio de la cultura por los sectores revolucionarios.

Líderes, héroes

Pues estos son dos de los varios temas para la reflexión que me ha suscitado este libro del P. Sáenz, de lectura indispensable. El mejor regalo de Navidad que pueden hacer. Les hará ver que grandes problemas requieren grandes liderazgos. Y que a éstos es urgente generarlos. Tal vez héroes. Preguntado Paul Johnson cómo distinguiría a un héroe hoy, contestó así: "Primero, lo reconozco por una independencia de pensamiento absoluto, que trata las verdades establecidas y el consenso con escepticismo. Segundo, por su capacidad de actuar de manera consecuente con su pensamiento. Tercero, por rechazar todo aquello con lo que los medios de comunicación nos bombardean si piensa que está haciendo lo correcto. Cuarto, por actuar con coraje, siempre sin tomar en cuenta el precio personal a pagar. No existe sustituto para esto. El coraje es la mejor y más noble de las cualidades, la única que es indispensable en el heroísmo en cualquiera de sus manifestaciones [...]" [28].

28 Paul Johnson en el reportaje hecho por Juana Libedinsky en Londres, para *adnCULTURA*, *La Nación*, 9 de febrero de 2008.

Puede hacerse, podemos los argentinos darnos héroes como dirigentes y dirigentes que tengan virtudes heroicas. Y si no fuera suficiente, podemos pedirlos. A esa Oración por la Patria que nos hacen rezar los Domingos después de la Misa, y que a mí no me convence, se le podría agregar lo siguiente: *Señor, no obstante que no los merecemos, muéstrate una vez más misericordioso, y envíanos dirigentes buenos*.

Me parece que queda mejor.

EL TESTIGO DEL TIEMPO

Bitácora

Andariego Boff

El 28 de julio último, el presidente paraguayo Lugo asistió a una charla del ex sacerdote Leonardo Boff en la universidad Nacional de Asunción, en San Lorenzo, adonde llegó el polémico teólogo brasileño dedicado a escribir libros de ecología y cocina, para participar del seminario de Diálogos sobre Educación Socio-ambiental en la Cuenca del Plata. Boff dijo que el ex obispo y Presidente electo de Paraguay "está plenamente identificado con la teología de la liberación y que en esta línea aplicará en su gobierno la opción preferencial por los pobres".

Por su parte, según el diario paraguayo *La Nación*, monseñor Rogelio Livieres, obispo de Ciudad del Este, precisó que "la Teología de la Liberación no es que opte por los pobres, como si la Iglesia Católica no optara por los pobres; es una forma que tienen ellos de optar por los pobres, excluyente. Por eso Juan Pablo II declaró que la opción por los pobres no era exclusiva ni excluyente". El prelado agregó que Leonardo Boff "es libre de venir a donde quiera; no coincido con sus opiniones teológicas que fueron condenadas por la Santa Sede en 1985, y él se fue de la Iglesia en 1992. Le pido que no vaya a la Universidad Católica porque ahí se enseña la doctrina de la Iglesia Católica y la doctrina de Boff no es de la Iglesia Católica".

Refiriéndose a la relación entre Lugo y Boff y la eventual aplicación de la teología de la liberación, de cuño marxista, en Paraguay, el obispo comentó que "esa relación es habitual, hace muchos años que están conectados. La teología de la liberación es un problema interno de la Iglesia, es uno modo de entender equivocado del sacerdocio y de toda la teología. Lugo ha caído hace muchos años en el mismo error, pero no es un error político, sino un error doctrinal". Descartó asimismo la posibilidad de que existan fricciones entre la Iglesia y el futuro gobierno, siempre y cuando haya un mutuo respeto.

AICA on line, 14 Agosto 2008

\# # #

Aborto y comunión

El arzobispo Raymond L. Burke, Prefecto del Supremo Tribunal de la Signatura de la Santa Sede, se refirió a diversas cuestiones sobre la recepción de Eucaristía, en declaraciones formuladas al ser entrevistado por la revista *Radici Cristiane* (Raíces Cristianas).

Comentando que entre los fieles suele verse actitudes de irreverencia al recibir la comunión, el Arzobispo destacó que "recibir indignamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo es un sacrilegio. Si se lo hace deliberadamente en pecado mortal es un sacrilegio". "Si tenemos un pecado mortal en la conciencia, debemos primero confesarnos de ese pecado y recibir la absolución, y sólo después acercarnos al sacramento eucarístico", resaltó. Como ejemplo de este sacrilegio expuso el caso de cualquier "funcionario público que con conocimiento y consentimiento sostiene acciones que están contra la ley moral divina y eterna. Por ejemplo, si apoya públicamente el aborto procurado, que comporta la supresión de vidas humanas inocentes e indefensas. Una persona que comete pecado de esta manera debe ser amonestada públicamente de modo que no reciba la comunión hasta que no haya reformado la propia vida".

"Si una persona que ha sido amonestada persiste en un pecado mortal público y se acerca a recibir la comunión, el ministro de la Eucaristía tiene la obligación de negársela. ¿Por qué? Sobre todo por la salvación de la persona misma, impidiéndole realizar un sacrilegio", agregó.

El prelado vaticano indicó luego que negar la comunión en estos casos impide que se genere un escándalo; "en primer lugar, un escándalo referente a nuestra disposición para recibir la Santa Comunión". "Debe evitarse que la gente sea inducida a pensar que se puede estar en estado de pecado mortal y acercarse a la Eucaristía. En segundo lugar, podría existir otra forma de escándalo, consistente en llevar a la gente a pensar que el acto público que esa persona está consumando, que hasta ahora todos creían que era un pecado serio, no lo es tanto si la Iglesia le permite recibir la comunión".

El Prefecto de la Signatura Apostólica dijo también que cuando un obispo o autoridad eclesiástica impide que un abortista reciba la comunión "no tiene ninguna intención de interferir en la vida pública sino en el estado espiritual del político o del funcionario público que, si es católico, debe seguir la ley divina también en la esfera

pública. Por tanto, es simplemente ridículo y equivocado tratar de silenciar a un pastor acusándolo de interferir en política para que no pueda hacer el bien al alma de un miembro de su grey".

Tras afirmar que es "sencillamente erróneo" pensar que la fe debe reducirse a lo privado abandonando el ámbito público, el Arzobispo alentó a "dar testimonio de nuestra fe no sólo en lo privado de nuestros hogares, sino también en nuestra vida pública con los demás para dar un fuerte testimonio de Cristo".

AICA on line, 20 Agosto 2008

# # #

El presbítero Ariel Álvarez Valdés no podrá enseñar Teología

Mediante un comunicado del Obispado de Santiago del Estero se dio a conocimiento público un decreto del mismo en el que se hace saber que a partir del 5 de agosto de 2008, el presbítero Ariel Álvarez Valdés carece de licencia para hacer nuevas publicaciones o disponer la reedición de publicaciones anteriores. Igualmente, dicho presbítero carece de misión canónica para la enseñanza de disciplinas teológicas en cualquier nivel de docencia, incluyendo cursos cortos, conferencias y toda otra actividad análoga. Por la misma disposición se comunica que el nombrado Ariel Álvarez Valdés no tiene licencias para participar en la organización y uso de medios de comunicación social, incluyendo Internet, ya sea a través de escritos, grabaciones, filmaciones y cualquier otro tipo de soporte.

En los considerandos de la disposición se alude a "que algunas de sus afirmaciones causan perplejidad y llevan a pastores y fieles a preguntarse si dichas afirmaciones son compatibles con la enseñanza del Magisterio auténtico de la Iglesia".

Álvarez Valdés manifestó disposición para hacer públicas las retractaciones correspondientes a las cuestiones teológicas que, en sus intervenciones, presentan ambigüedades o errores, pero a condición de incluir una "mención expresa de que se efectúan por pedido explícito de la autoridad eclesiástica". De ser incluida en el texto, dicha cláusula "limitaría severamente la consistencia y la autenticidad de las retractaciones", señalan los considerandos del comunicado.

En el año 2001 la Congregación para la Doctrina de la Fe, que presidía el cardenal Joseph Ratzinger, pidió a AICA que difundiera la

retractación del presbítero Ariel Álvarez Valdés, quien había publicado artículos de divulgación bíblica afirmando que "no es posible seguir creyendo en la existencia de los demonios". La retractación se publicó en AICA Nº 2335 del 19 de septiembre de 2001.

AICA on line, 22 Agosto 2008

# # #

Editorial católica cuestionada

Es motivo de preocupación de la Conferencia Episcopal Española y de la Congregación para la Doctrina de la Fe la publicación de obras conteniendo desvíos doctrinarios por parte del Grupo Editorial SM, propiedad de los marianistas. "La gravedad de lo que está sucediendo en el Grupo Editorial SM es de tal magnitud que no se resuelve con la censura de alguna obra aislada. La solución pasa por una reorientación de la línea editorial", se expresa en un documento de la CEE. Ésta considera que muchos de sus libros chocan con el Magisterio eclesial, y lamenta el "disenso consciente y activo" que promueven numerosos títulos de la editorial.

Por su parte, el cardenal William Levada, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, solicitó a la CEE "un informe sobre el juicio que merece la publicación por parte de la editorial SM de los manuales para la enseñanza del islam en la escuela" que presentó SM en octubre 2006. "Que una editorial católica haya publicado un manual destinado a la formación de los musulmanes constituye un hecho insólito en la historia de la Iglesia", dijo la CEE en su respuesta. Pero no es el único caso. "En los últimos años han llegado a la Comisión para la Doctrina de la Fe de la CEE consultas sobre algunas publicaciones del grupo editorial. En todos los casos se han originado por el desconcierto causado en padres de familia o profesores", continúa el texto. Se destaca que varios libros escolares de SM "ofrecen una explicación de los métodos anticonceptivos merced a los cuales cada pareja puede realizar su propia planificación familiar", afirmándose que "no tiene nada de malo ser homosexual o bisexual".

El documento de la CEE también cuestiona a la conocida revista *Vida Nueva*, del mismo grupo editorial, señalando que la colección "*Cátedra Chaminade*" dá cabida a los autores del disenso teológico.

La CEE propone pedir la colaboración de la Congregación vaticana para "una revisión a fondo de las publicaciones de SM. En caso de

que el Grupo Editorial SM no aceptara la 'auditoría', la CEE se vería obligada a declarar que la editorial en cuanto tal no puede ser considerada católica y que, en consecuencia, sus publicaciones no ofrecen garantías de cara a la transmisión de la fe", concluye el texto.

Panorama Católico, 7 Septiembre 2008

# # #

Sancionan al promotor de Medjurgorje

El obispo de la diócesis de Mostar-Duvno y Trebnje Mrkan, monseñor Ratko Peric, informó a la comunidad diocesana acerca del estado canónico del P. Tomislav Vlasic, fundador de la asociación "Reina de la Paz, todos tuyos - A Jesús por María" quien, en enero de 2008 fue pasible de severas medidas cautelares y disciplinarias, adoptadas por la Congregación para la Doctrina de la Fe.

El P. Vlasic se encuentra "bajo la censura de interdicción *latae sententiae* reservada a este Dicasterio", señala la Congregación para la Doctrina de la Fe, habiendo recaído sobre su persona las siguientes sanciones:

1) Residencia obligatoria en una de las casas de la Orden (de san Francisco) en la región de Lombardía, Italia.

2) Prohibición de mantener contactos con la comunidad "Reina de la Paz" y sus miembros.

3) Prohibición de todo acto relacionado con contratos jurídicos y organizaciones administrativas, sean canónicas o civiles, efectuados sin permiso escrito del ministerio General de la Orden.

4) Realización de un curso obligatorio de formación teológica-espiritual, con evaluación final de la Congregación, y una solemne *professio fidei*.

5) También se le prohíben: actividades relacionadas con la 'cura de almas', la predicación, a la vez que le son revocadas momentáneamente las facultades de oír confesión.

"El P. Vlasic es advertido de que en caso de obstinación se comenzará un proceso jurídico penal con el objeto de establecer sanciones más severas, que no excluyen la expulsión, teniendo en mente la sospecha de herejía y cisma, lo mismo que de actos escandalosos contra el sexto mandamiento, agravados por motivaciones místicas", dice también la comunicación de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Panorama Católico, 7 Septiembre 2008

# # #

Los financistas del aborto

La Conferencia Episcopal Brasileña (CNBB) emitió un documento particularmente claro y explícito, denunciando las organizaciones que promueven y financian la legalización del aborto y la cultura de la muerte en América Latina.

Haciendo un recuento histórico de la imposición del control de la natalidad y del aborto en América Latina, se describe a *Population Council*, a las fundaciones Rockefeller, Ford y Bill Gates y al Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo, entre otros organismos internacionales de crédito, como las grandes fuentes financieras e ideológicas del aborto y del control natal internacional. Se menciona también a diversos órganos y agencias de las Naciones Unidas (Fondo de Naciones Unidas para Actividades en Población 'UNFPA', UNICEF, Organización Mundial de la Salud 'OMS', entre las principales) como promotores de la legalización del aborto en varios países de América Latina.

En la lista no podía faltar IPPF (Federación Internacional de Paternidad Planificada) beneficiario económico directo de una pretendida legalización del aborto. También denunciaron a sus filiales locales y sus organismos satélites, como el Grupo Parlamentario Interamericano de Población y Desarrollo (GPI). Mención aparte mereció IPAS, principal proveedor de máquinas de succión para abortos precoces que actualmente ofrece cursos de capacitación en prácticas de abortos para médicos con excusas como la del 'aborto terapéutico' o el 'aborto incompleto'.

Todo este conglomerado constituye una 'red internacional' que reclutó a diversas organizaciones no gubernamentales (ONGs) locales que también promueven el feminismo, la educación sexual liberal y el homosexualismo.

La Organización de las Naciones Unidas (ONU), desde la década de 1980, está comprometida con las políticas de control poblacional, que constituyen actualmente uno de los grandes polos de su accionar. *A través de monitoreo, la ONU tiene el propósito de desarrollar una jurisprudencia en el campo del derecho internacional por la cual se pretende preparar el reconocimiento del aborto como un derecho humano*. A través de sus órganos y de sus agencias, la ONU es uno de los principales organismos internacionales promotores de la legalización del aborto en los países de América Latina.

AICA nº 2697, p.364

# # #

Ideología de una asignatura

"No juzgo la intención subjetiva de los autores y de los funcionarios encargados de aplicarla. En mi opinión, la presentación que se hace oficialmente de la asignatura 'Construcción de ciudadanía' revela con toda claridad la filosofía de la educación que inspira la reforma, esta neo-reforma que está entrando en vigencia. Más adecuadamente, habría que decir la ideología de la transformación educativa".

Así se expresó el arzobispo de La Plata, monseñor Héctor Aguer en un encuentro en el que se desarrollaron presupuestos antropológicos y culturales, uso del Compendio de Doctrina Social de la Iglesia como instrumento, y desarrollo de temas propios de la materia cuestionada. Además denunció la carga ideológica, basada en un neo-marxismo, que contiene la nueva asignatura incluida en los programas de estudios del primer año de la enseñanza secundaria en la provincia de Buenos Aires.

Monseñor Aguer recordó que esta asignatura es la misma que el gobierno socialista introdujo en los programas de las escuelas de España, donde los obispos se oponen abiertamente a su dictado obligatorio en los colegios católicos.

AICA nº 2672, p.253

Nueva configuración geopolítica

A partir de 2001 se constituyó una "nueva acción geopolítica" poco conocida: "La organización de cooperación de Shangai" (OCS) nacida como respuesta a la voluntad de poder estadounidense para dominar el mundo. Está integrada por seis estados miembros: Rusia, China, Kazajstan, Kirguizistan, Uzbekistan y Tadjikistan, y de cuatro estados observadores: India, Irán, Mongolia y Pakistán.

La organización se ha asignado oficialmente como fines:

1) La cooperación creciente entre esos estados en los dominios políticos, económicos, comerciales, científicos y técnicos, como así también en el de la energía, transportes, turismo y medio ambiente.

2) La salvaguardia de la paz, de la seguridad y de la estabilidad regionales.

3) La creación de un nuevo orden político y económico internacional.

La noticia apareció en un artículo publicado en la revista *Le Sourire de Marie* (BP 6, 53150 Montsûrs, Francia) en su nº 353 de marzo de 2008.

"En su libro editado en 2005, *L'Iran dans la Troisième Guerre mondiale*, Laurent Artur du Plessis

presenta como inevitable un bombardeo de Irán por las fuerzas armadas estadounidenses que tendrá por efecto suscitar una alianza de Rusia y China con el Islam contra el occidente judeo-estadounidense, lo que sería la inversión del cerco islámico-estadounidense de la ex Unión soviética.

"Du Plessis también señala que, del 18 al 25 de agosto de 2005, Rusia y China 'han efectuado su primer ejercicio militar conjunto, en el Mar Amarillo, con la designación de Misión de paz 2005'. Además de 10.000 hombres, esas grandes maniobras movilizaron una armada de navíos de guerra, submarinos y aviones de combate. Meta oficial: testear la capacidad antiterrorista de ambos protagonistas. El fin oculto era de adiestrarse para un conflicto de gran envergadura. Así 'el eje Moscú-Pekín se refuerza, pese a la debilidad demográfica de Rusia, que la vuelve incapaz de poblar sus inmensos territorios extremo-orientales de rico subsuelo, codiciados por una China de mil millones trescientos mil habitantes. China es el primer importador de armas del mundo, y el primer importador de armas rusas. La adquisición de esas armas rusas testimonia la voluntad china de desafiar el poderío naval de los Estados Unidos en el estrecho de Taiwán y en el Asia Sudeste.

"La lucha contra el terrorismo se parece cada vez más a un frente contra un Estado juzgado *granuja:* los Estados Unidos. Cuando en 1985, la hermana Lucía anunciaba que Rusia, no convertida, un día se adueñaría del mundo entero, no parecía muy creíble. Veinte años más tarde, en el marco de la OCS, esta amenaza es real. Si los Estados Unidos prolongan sus manejos militares en Irak e Irán, arrastrando a los países de la OTAN en la aventura, la reacción de los países de la OCS no se hará esperar: la triple alianza islámica-china-soviética sumergirá a los países occidentales, acabando con la ruina de la cristiandad".

Lectures Françaises nº 614, p.25

# # #

Sarkozy y la religión

En un libro recientemente aparecido, titulado *Nicolas Sarkozy, La république, les religions*, Martín Peltier presenta una imagen real del presidente francés, en lo que concierne a la cuestión religiosa, que hasta ahora se difundía con la ambigüedad confusa, complaciente e hipócrita propia de los medios.

Munido de paciencia, el autor leyó, escuchó, consultó y por último elaboró una síntesis de la acti-

tud y los sentimientos de Sarkozy acerca de las religiones. El trabajo acopia declaraciones, apreciaciones y reflexiones de todas las tendencias que permiten medir el verdadero retrato del presidente respecto a cierto número de importantes temas contemporáneos: laicismo, islamismo, episcopado, masonería, espiritualidad, aborto, eutanasia, anticlericalismo, separación de la Iglesia y el Estado, mundialización, tolerancia, pluralismo.

El balance y la conclusión no son ciertamente el que suele presentar la prensa, siempre proclive a la desinformación: la preocupación primordial de Sarkozy es el Islam al cual quiere integrar modificando la legislación vigente desde 1905. El Estado pagará las mezquitas y la formación de imanes, y entonces los suburbios se pacificarán... piensa él.

Fundamentalmente indiferente a toda revelación, el presidente desea que las "Tres religiones del libro" se reúnan para irrigar con sus valores comunes una mundialización humanista. Su Dios es la modernidad, la república.

"El presidente de la república es un ilusionista que seguramente habría cumplido una brillante carrera en la prestidigitación, tan vasta es su habilidad para arrojar el polvo a los ojos".

La edición estuvo a cargo de Editions Renaissance Catholique.

Lectures Françaises nº 614, p.55

# # #

Acción política cristiana

Con ese título, Christian Lagrave ha publicado un trabajo (60 pgs.) cuyo contenido merece amplia difusión para abrir los ojos de nuestros contemporáneos que con frecuencia se dejan cautivar por las sirenas de la seducción 'electoralista'.

Esta síntesis es notable porque dá una explicación luminosa de la situación política contemporánea y, sobre todo, está destinada a hacer comprender a los cristianos cómo pueden actuar y sobre todo prevenirlos de lo que no deben hacer.

Lagrave recuerda que el problema no es novedoso, ya que san Agustín, en su tiempo, había advertido que desde el advenimiento del cristianismo los defensores de la Ciudad de Dios se enfrentan a los de la ciudad terrestre. Ahora bien, en estos comienzos del siglo XXIº, estos últimos son cada vez más numerosos porque, poco a poco, han logrado demoler a la Iglesia católica y a la civilización cristiana fundada sobre el decálogo.

"Este innumerable ejército de combatientes hostiles a Jesucristo, dice el autor, ataca directamente las tres virtudes teologales que son los pilares del cristianismo: la fe, la esperanza y la caridad".

A partir de aquí, desarrolla su idea en tres puntos:

- Los enemigos de la Fe (la gnosis, la franc-masonería, la revolución, el panteísmo de la Nueva Era).
- Los enemigos de la Esperanza (el mesianismo judío, el mesianismo anglosajón, el mesianismo islámico).
- Los enemigos de la Caridad (la alta finanza internacional, el capitalismo liberal, la democracia totalitaria, el imperialismo anglosajón, el comunismo).

Bien conocido el adversario, la conducta a seguir es clara: el combate político actual que llevamos debe tener siempre a Dios como principio y como fin y no la vanidad, el orgullo o la voluntad de poder.

El segundo principio a respetar es temporal: el combate no debe emprenderse sino en el terreno que se ha elegido y no sobre aquel al que nos quiere llevar el enemigo.

Lectures Françaises nº 614, pp.55-56

# # #

Prosigue el conflicto sobre los bienes eclesiásticos

Benedicto XVI recibió en noviembre último, por primera vez, al presidente israelita Moshe Katzav, pudiéndose afirmar que en general son buenas las relaciones entre la Santa Sede e Israel. No obstante subsiste la cuestión del estatuto jurídico de las instituciones eclesiásticas con sede en Israel. Roma y la administración norteamericana lo han gestionado con insistencia sin lograr ser tenidos en cuenta por el gobierno israelita. Como demostrando la mala voluntad de los israelitas, tanto el acuerdo de 1993 entre la Santa Sede y el Estado judío, como el del 2000, que reconocía a la Iglesia una "personalidad jurídica", todavía no fueron aprobados por la Knesset.

Eso impide, con evidencia, todo amago de aplicación concreta. En caso de litigios relativos a las propiedades eclesiásticas (escuelas, hospitales, conventos, etc...) siempre la administración sustituye a los tribunales. Uno de los principales puntos en litigio es fiscal: desde la época otomana, los bienes de las Iglesias cristianas se beneficiaron con exenciones fiscales, privilegios confirmados bajo el mandato británico, pero... nunca han sido reconocidos por el Estado hebreo, ni inscriptos en el derecho israelita.

A consecuencia de lo cual las tasas que se reclaman están totalmente fuera del alcance de la capacidad de pago de las congregaciones.

Otra manzana de discordia es la reticencia o rechazo del Estado israelita en acordar visas para cristianos de países árabes que desean residir o estudiar en Israel. Lo mismo, el trato descortés y de una puntillosidad exasperante que los controles del ejercito israelita practican con los peregrinos cristianos que continúan visitando Tierra Santa.

Si durante su visita, el presidente Katzav no podía hacer más que prometer un esfuerzo en asuntos jurídicos y fiscales, en cambio, nada dijo sobre la antigua petición tan cara a los cristianos, de que la propiedad del Cenáculo sea restituida por fin a las Iglesias.

Los israelitas no han ocultado más que una razón de su mala voluntad actual provenía de la vigorosa personalidad del patriarca latino de Jerusalén, monseñor Michel Sabbath, que defiende con ardor a los cristianos de Tierra Santa. El Papa acaba de nombrar un obispo coadjutor (con derecho de sucesión) cerca del patriarca, monseñor Fouad Twal, de origen jordano y considerado como más diplomático. ¿Obtendrá alguna ventaja del gobierno israelita?

Lectures Françaises nº 585,
Enero 2006, p.45

Riesgos ecuménicos a la vista

Las insuficiencias del ecumenismo dieron lugar a la implementación del diálogo inter-religioso islámico-cristiano y católico-budista. "También se vieron en Asís a jefes Pieles Rojas emplumados como «en un film *western* de John Ford»". Con alguna regularidad se mantienen grandes reuniones llamadas de *diálogo inter-religioso monástico* entre monjes y monjas católicas y monjes budistas japoneses.

Para saber en qué consisten estos diálogos puede consultarse la publicación regular *Bulletin de l'A.I.M., Alliance Inter-Monastères* (7 rue d'Issy, 92 170 Vanves, Francia). Por ejemplo en su nº 88 un extenso artículo de S.Long, monja de la abadía benedictina de Santa María de Maumont, relata, con alguna ingenuidad, uno de esos encuentros ocurrido en Kyoto (Japón). "[Caminando] es preciso siempre conservar la izquierda recordando a los samurais: a la izquierda se está protegido por el muro, a la derecha se desenvaina la espada para atravesar de una estocada al provocador que os apostrofa"... Llegadas a Kioto, las monjas son alojadas en una casa de albergue. "Hay muchos pequeños objetos como la linterna fijada en la alcoba junto a la lámpara de ca-

becera que se enciende automáticamente desde que se la desprende de la pared. Sobre el escritorio hay un ejemplar del libro *Buda y su enseñanza*... Cada habitación tiene su baño, con la ducha al exterior de la bañera para que el agua de baño quede perfectamente limpia".

Al día siguiente las hermanas son trasportadas al monasterio budista de Eihi-Ji, fundado en 1244 por Zen-Soto en la región montañosa próxima a la costa Oeste del Japón. "La observancia de Soto se caracteriza por la meditación que realizan sentados, tomando sobre todo conciencia de la respiración, la extremada lentitud del itinerario meditativo y la complejidad del ceremonial". El monasterio es grandísimo, cuenta con 273 novicios. Un sacerdote budista hace de guía hablando en inglés. Por él se informan que el sacerdote es casado y padre de familia, que pasa hasta diez días al mes con su mujer e hijos y el resto como monje. A este *Templo de la paz eterna* (nombre del monasterio), el ejército japonés enviaba sus soldados para formarse en la disciplina, antes de Pear-Harbor. El maestro de novicios cita a los candidatos al noviciado en la puerta del monasterio, en la nieve, y sale a buscarlos con varias horas de retraso, a fin de probar su vocación.

Otro momento importante en la vida monástica es el almuerzo. ¡Increíble! Las hermanas son instruidas para que procedan con el bol de cualquier manera pero ritualmente. La comida dura una hora y es preciso comer el pan de arroz a toda marcha porque el ceremonial es muy pesado y complicado e impide toda degustación. "Es una experiencia intercultural interesante que no dura más que algunos días". ¿Y las prácticas Zen? "En perspectiva, me parece que su fin es elevar las funciones más elementales de la existencia humana, como la respiración, el caminar y la comida, a un nivel más alto. En la misma línea, hay toda una espiritualidad de la purificación que acompaña el baño y el uso de los pequeños retretes".

Segunda lección: cómo sentarse durante la meditación. De entrada, aprender a elegir el cojín. Es importante su altura ya que el gran problema son los eventuales dolores de piernas. La meditación tiene lugar frente a una pared. Muy corteses, los simpáticos budistas japoneses han previsto un horario para la misa cotidiana de la delegación religiosa francesa. Por urbanidad, algunos budistas japoneses asisten a la misa y el celebrante se dirige a ellos en inglés. Como esos japoneses nunca oyeron ni leyeron una sola página de

los evangelios, el celebrante, en la homilía, se esfuerza por explicarlo en pocas palabras. Nadie indica a los budistas que no deben comulgar. Un sacerdote con apremio "les dice que es por respeto a sus creencias budistas que no se les propone la comunión: 'vuestra aspiración es convertiros en Buda, en cambio nosotros creemos que recibimos al Cristo'" (sic).

El aspecto intelectual de estos encuentros, a falta de otras informaciones, puede rastrearse en las conferencias, seguidas de debates que tuvieron lugar en el Simposio de la universidad de Kyoto, donde abundaron las superficialidades barnizadas de cortesía. El profesor Nishimura dijo: "La religión es un medio de conocerse en la verdad más profunda. En una comunidad, hay todo un trabajo de purificación de la persona, y ese trabajo está ligado a la cultura. También hay una interdependencia entre cultura y religión. El diálogo inter-religioso nunca pierde de vista la cuestión de esta búsqueda de la persona en su verdad más profunda. Puede decirse que la experiencia religiosa es universal, pero que hay diferentes aproximaciones. Este género de intercambios puede ayudar a cada uno a profundizar su propio camino; el diálogo se convierte así en una experiencia muy enriquecedora para todos los participantes". Tras los agradecimientos, el P. De Béthune respondió (con inspiración *shakesperiana*): "El diálogo es esencial para el futuro de la humanidad. Este género de intercambio es uno de los mejores medios de purificar nuestra motivación de ser monjes o monjas. Porque, ¿somos actualmente monjes o monjas?". Una monja benedictina señaló los parecidos entre los monjes budistas y su monasterio benedictino: "Estamos asombradas por la hospitalidad generosa que hemos recibido... Hemos descubierto personas jóvenes y ancianas, muy humanas y plenas de compasión. Estamos muy sorprendidas de ver hasta qué punto nos sentimos como en nuestra casa".

Las benedictinas no salían de su asombro al presenciar que las sacerdotisas budistas oficiaban "como celebrante principal en una ceremonia importante, asistida por sacerdotes varones monjes, de nivel más elevado, más el hecho de ver mujeres a cargo de los templos, lo que nos ha inspirado e impresionado profundamente como mujeres católicas romanas". No obstante observaban, con buen sentido, que "(entre los budistas) el lado intelectual parece tener poca importancia. (Preguntando a un budista) –¿Qué quiere decir ese *sutra*?, este responde: –No sé. –¿Quién es ese *Bodhisattva* delante del cual nos inclina-

mos? –No sé. Lo importante es cantar y hacer inclinaciones, porque el canto estimula el centro energético a nivel del ombligo; cuando nos unimos a las palabras de los sutras (textos u oraciones sagrados) nos conectamos a la última realidad sin tener necesidad de una meditación conceptual".

Estas mediocres elucubraciones se casan bien lógicamente con las afligentes banalidades neo-modernistas. Un dominico comentaba así las palabras de los budistas japoneses: "la armonía del grupo y la ancianidad parecen ser los factores más importantes que obran sobre el comportamiento de los monjes... Sin decirlo, nosotros pensamos: la armonía y la ancianidad no son nuestros valores últimos. Como cristianos (o como dominicos) los valores más altos para nosotros son la justicia, la solidaridad y su compasión". Al parecer nuestra religión no es la del dominico ya que, evidentemente, para nosotros el valor más alto es Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Finalizando la estadía y ya en el bus de retorno, ante tanta condescendencia francesa, un budista tuvo la audacia de denunciar la tentación del sincretismo: "el bus tiene un micrófono... Él recuerda los peligros del sincretismo: 'No es necesario, dijo, decir que Cristo y el Buda son los mismos o parecidos; al contrario, hace falta respetar las fronteras. Seguimos dos caminos diferentes y eso es completamente normal y admisible".

En el mismo boletín de la *Alliance inter-monastères*, se comentan parecidas barbaridades en la recensión del libro *De Babel à la Pentecôte, Essais de théologie inter-religieuse*. Para el comentarista "el diálogo inter-religioso no disminuye en nada la urgencia de la misión de la Iglesia, aunque seguramente modifica su estilo... (ese diálogo) no conduce al relativismo, sino a una mejor inteligencia de la singularidad cristiana".

Al iniciar la consideración de estas actividades seudo ecuménicas, Jean-Saint Paul, autor de las mismas, se pregunta: "Qué es el sincretismo", y responde atinadamente: "Es una actitud intelectual aparecida entre el II y IV siglo después de JC, que se propone reunir las religiones en una sola, o por lo menos intentar especies de síntesis doctrinales, mostrando sus elementos comunes. San Agustín y los otros Padres de la Iglesia conocieron bien este fenómeno, que no puede acabar sino a precio de diversas concesiones, al precio de una gran superficialidad y mediocridad. Así se unificó a la antigua religión romana con los cultos de Isis, de Mitra, de Cibeles, de Baal;

el maniqueísmo llegó de Persia, etc. En filosofía se dio una actitud análoga: el eclecticismo (emparentar doctrinas diferentes; el eclecticismo termina a menudo en el irenismo (todas las doctrinas valen). Hubo también filósofos que exaltaron el sincretismo religioso y gnóstico, hasta la misma magia: los sucesores neo-platónicos de Plotino, por ejemplo. Se menciona al ciudadano romano que había emplazado una estatua entendiendo representar a Jesús, junto a un busto de Sócrates y de otras estatuas de dioses y diosas del panteón romano y del panteón oriental y sirio". ¿Cuál será el futuro doctrinario del monaquismo ecuménico?

Lecture et Tradition, nº 369/370, pp.37-43

# # #

Voltaire desconocido

Figura prominente del Olimpo *culturalmente correcto*, Voltaire ha sido consagrado para la posteridad como patriarca y teórico de la tolerancia, sobre la cual escribió un difundido tratado. Aunque no es la única virtud que se le adjudicó antojadiza y gratuitamente. Su nombre es insoslayable en toda referencia al Siglo de las Luces, considerándoselo un precursor de la revolución francesa a la que nutrió de sus ideas. También pasa como adalid del librepensamiento y de otras variadas supuestas bondades. Pero como suele ocurrir con la humana criatura, cuando el espejo de la historia no distorsiona la realidad, aparecen sorpresas que derrumban las aureolas míticas pacientemente construidas y conservadas por los devotos propagadores de su figura e ideas.

Y he aquí que el historiador Xavier Martín nos ha presentado la imagen real del personaje: "Ni panfleto, ni proceso, este *Voltaire inconnu* (Voltaire desconocido) es el trabajo de un historiador en el más riguroso sentido del término". Profundo conocedor de toda la obra de Voltaire y, de una manera general, de toda la literatura del siglo de las Luces, su estudio llega a conclusiones asombrosas.

"Xavier Martín explica muy bien que la estructura mental de Voltaire está organizada alrededor de un doble sentimiento que domina su ser: el desprecio y el odio". Este odio y desprecio fueron el axioma de su comportamiento como principio de su comprensión del mundo: "No hay –escribía– sino un pequeño número de la especie humana que disfruta realmente de la razón o que posea las disposiciones y la experiencia que la constituyen". Proclamaba que "La so-

ciedad de los filósofos está por encima del pueblo", afirmando sin pestañear que "la verdad no está sino en una pequeña minoría de seres y no es para los tontos". Despreciaba a los seres humanos pero "cedía a cada instante a un sentimiento de benevolencia e indulgencia para con los diminutos insectos".

El desprecio de Voltaire abarcaba a todas las comunidades humanas: protestantes, judíos, árabes, musulmanes, extranjeros, franceses y, por supuesto, los católicos; sus mismos amigos, colegas y benefactores quedaron englobados en su aversión. Calificó a los protestantes de "fanáticos de Cevenas", "protestantes imbéciles", "aprendices de hugonotes". Se conocen casos de su odio exacerbado, encarnizado y demencial contra algunas personas de ese credo, como La Baumelle. Despreciaba a la "secta falsa y bárbara" de los musulmanes, reivindicando "el honor de odiar la Media Luna". Empero los consideró como un aliado objetivo contra la religión de Cristo ya que competían duramente con el cristianismo en Oriente. Trató a los judíos como "raza impura", "horda miserable... a exterminar", y "la más detestable nación que haya contaminado la tierra". Hoy día sus vociferaciones caerían fácilmente bajo la lupa inquisitorial de la ley Gayssot.

De sus pullas no se salvaron sus connacionales franceses a quienes apostrofó como "welches", "bestias hediondas", "raza de simios", "excremento del género humano". "Odio las iglesias, los sacerdotes y las misas", decía respecto a la cristiandad. Y odiaba hasta por los poros la religión cristiana "la más absurda, el más abominable sistema que haya afligido a la naturaleza humana", "la más sanguinaria que haya infectado al mundo" por lo que recomendaba su "aplastamiento" a Federico de Prusia a quien pidió que "prestara un servicio eterno al género humano destruyendo esa infame superstición, no entre la canalla, que no es digna de ser esclarecida y a la cual todos los yugos le son propios..., digo entre las gentes honradas". Por ello, Federico le adjudicó el título de "patriarca de los destructores".

Voltaire es el fruto de su época "un siglo odioso y envenenado de carácter", deploraba Rousseau, una de sus víctimas y lo corroboraron numerosos y destacados pensadores y literatos europeos como Burke, Châteaubriand, Victor Hugo y otros.

X. Martín demuestra claramente que el odio volteriano, y de una manera general el odio que respira el siglo de las Luces, prefigura el sistema represivo revolucionario

que no hace más que desarrollar los gérmenes llevados y propagados por la secta. Como apologista del genocidio aplaudió el padecido en La Vendée ya que se trata de "animales" de "víboras a (las que hay que) asfixiar", una "raza de bandoleros a la cual no puede haber nada de extraordinario en ahogar y exterminar".

El racismo que transpira la literatura volteriana encuentra sus prolongaciones naturales en un eugenismo que no tiene nada que envidiar a las teorías que han desarrollado y aplicado las grandes tiranías modernas.

Aludiendo a las últimas palabras de Luis XVI, ajusticiado en 1793, dice Jean-Baptiste Geffroy, comentarista del libro, que "podrán sin duda inspirar un saludable sentimiento de rechazo a todos aquellos que, tentados de invocar las venenosas delicias del estilo y la seducción del lenguaje de una obra que, comparada con las exigencias del evangelio de Jesucristo, será siempre la antecámara del infierno".

Lecture et Tradition nº 371/372, pp.6-13

# # #

Raíces griegas de la Europa cristiana

Con relación a los orígenes europeos, la versión impuesta a las masas escolares y al gran público francés, actualmente, considera al Islam como vivero de todas las sabidurías antiguas que habría transmitido al Occidente cristiano medieval mediante sus traducciones. Para verificarlo, basta con hojear los manuales de colegios y liceos o los más recientes y usuales en las universidades. En ellos se advierte fuertemente acentuada la oposición entre los reinados encabezados por autoridades islámicas y los de la cristiandad occidental. Los primeros son calificados de tolerantes y sobre todo saludados como focos de cultura que aceptan la *coexistencia* entre los *tres monoteísmos*. Los segundos parecen salir a duras penas del neolítico. Unos habrían conocido un islam forzosamente santo, poético, civilizador. Los otros serían intolerantes, brutales, ingenuos, ignorantes y rústicos.

Pero hete aquí que un docente de la Escuela normal superior de Lyon, estudioso de asuntos medievales, termina de publicar un libro sobre las raíces griegas de la Europa cristiana, y ardió Troya en el mundillo de historiadores *correctos*, a la usanza cosmopolita. Sylvain Gou-

guenheim, así se llama este profesor de historia medieval, contrariamente a las afirmaciones repetidas por algunos universitarios contemporáneos, probó y afirmó que los pensadores, teólogos, gramáticos, filósofos del Occidente medieval conocían buen número de textos producidos por las sabios griegos de la antigüedad; y que los conocían antes del siglo XIII, es decir, con antelación al comienzo de las traducciones realizadas en Córdoba (entonces bajo el yugo musulmán).

La investigación, seria y minuciosa, y sus conclusiones, avalada por trabajos de competentes medievalistas, operó como un cimbronazo inesperado en el aparato cultural de moda que, impedido de atacar las rectificaciones científicas, lingüísticas o filosóficas aportadas sobre esas cuestiones por el autor, manifestó su irritación por un canal y tono político no precisamente maduro ni académico.

Gouguenheim fue blanco de todo tipo de diatribas y cuestionamientos, sin ningún asidero intelectual pero con mucha prensa y hasta una inusitada agresión vía Internet. El alud fue tal que la histeria llegó a la misma Escuela normal superior en la que se desempeña como profesor y "el director habló de crear un 'comité de expertos' a fin de estudiar el *dossier*. Proyectaría auditar al historiador 'culpable'. Dicho comité elevará enseguida su opinión al consejo de administración de la escuela que 'evaluará los pasos a seguir'".

Como se ha visto, lo más evidente es que, en pocos días, se manifestó la eficacia del terrorismo intelectual. Por supuesto en nombre de la "apertura" y el diálogo de las civilizaciones. Es un ejemplo típico de maestría en sacar un tema o problema de su contexto asfixiando al causante.

Uno de los comentaristas de este *affaire*, el historiador Henri Servien, expresa que "El libro, más que una obra literaria, es una demostración metódica elaborada con mano maestra, pero sin ninguna pedantería. Es inteligente y arriba a comprobaciones sin partidismo".

Lecture et Tradition nº 371/372, pp.16-24

IMPRESIONANTE DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL URUGUGAY

Reproducimos a continuación el texto íntegro del discurso del Presidente de Uruguay, Dr. Tabaré Vázquez, a la Asamblea General del país para explicar el veto presidencial a la ley abortista.

TEXTO DEL VETO DEL PRESIDENTE DE URUGUAY, TABARÉ VÁZQUEZ, A LA LEY DE DESPENALIZACIÓN DEL ABORTO

Montevideo, 14 de noviembre de 2008

Señor Presidente de la Asamblea General

El Poder Ejecutivo se dirige a ese Cuerpo en ejercicio de las facultades que le confiere el artículo 137 y siguientes de la Constitución de la República a los efectos de observar los Capítulos II, III y IV, artículos 7 a 20, del proyecto de ley por el que se establecen normas relacionadas con la salud sexual y reproductiva sancionado por el Poder Legislativo.

Se observan en forma total por razones de constitucionalidad y conveniencia las citadas disposiciones por los fundamentos que se exponen a continuación.

Hay consenso en que el aborto es un mal social que hay que evitar. Sin embargo, en los países en que se ha liberalizado el aborto, éstos han aumentado. En los Estados Unidos, en los primeros diez años, se triplicó, y la cifra se mantiene: la costumbre se instaló. Lo mismo sucedió en España.

La legislación no puede desconocer la realidad de la existencia de vida humana en su etapa de gestación, tal como de manera evidente lo revela la ciencia. La biología ha evolucionado mucho. Descubrimientos revolucionarios, como la fecundación in vitro y el ADN con la secuenciación del genoma humano, dejan en evidencia que desde el momento de la concepción hay allí una vida humana nueva, un nuevo ser. Tanto es así que en los modernos sistemas jurídicos –incluido el nuestro– el ADN se ha transformado en la "prueba reina" para determinar la identidad de las personas, independientemente de su edad, incluso en hipótesis de devastación, o sea cuando prácticamente ya no queda nada del ser humano, aun luego de mucho tiempo.

El verdadero grado de civilización de una nación se mide por cómo se protege a los más necesitados. Por eso se debe proteger más a los más débiles.

Porque el criterio no es ya el valor del sujeto en función de los afectos que suscita en los demás, o de la utilidad que presta, sino el valor que resulta de su mera existencia.

Esta ley afecta el orden constitucional (artículos 7°, 8°, 36°, 40°, 41°, 42°, 44°, 72° y 332°) y compromisos asumidos por nuestro país en tratados internacionales, entre otros el Pacto de San José de Costa Rica, aprobado por la Ley N° 15.737 del 8 de marzo de 1985 y la Convención Sobre los Derechos del Niño aprobada por la Ley N° 16.137 del 28 de septiembre de 1990.

En efecto, disposiciones como el artículo 42 de nuestra Carta, que obliga expresamente a proteger a la maternidad, y el Pacto de San José de Costa Rica –convertido además en ley interna como manera de reafirmar su adhesión a la protección y vigencia de los derechos humanos– contiene disposiciones expresas, como su artículo 2° y su artículo 4°, que obligan a nuestro país a proteger la vida del ser humano desde su concepción. Además, le otorgan el estatus de persona.

Si bien una ley puede ser derogada por otra ley, no sucede lo mismo con los tratados internacionales, que no pueden ser derogados por una ley interna posterior. Si Uruguay quiere seguir una línea jurídico-política diferente a la que establece la Convención Americana de Derechos Humanos, debería denunciar la mencionada Convención (Art. 78 de la referida Convención).

Por otra parte, al regular la objeción de conciencia de manera deficiente, el proyecto aprobado genera una fuente de discriminación injusta hacia aquellos médicos que entienden que su conciencia les impide realizar abortos, y tampoco permite ejercer la libertad de conciencia de quien cambia de opinión y decide no realizarlos más.

Nuestra Constitución sólo reconoce desigualdades ante la ley cuando se fundan en los talentos y virtudes de las personas. Aquí, además, no se respeta la libertad de pensamiento de un ámbito por demás profundo e íntimo.

Este texto también afecta la libertad de empresa y de asociación, cuando impone a instituciones médicas con estatutos aprobados según nuestra legislación, y que vienen funcionando desde hace más de cien años en algún caso, a realizar abortos, contrariando expresamente sus principios fundacionales.

El proyecto, además, califica erróneamente y de manera forzada, contra el sentido común, el aborto como acto médico, desconociendo declaraciones internacionales como las de Helsinki y Tokio, que han sido asumidas en el ámbito del Mercosur, que vienen siendo objeto de internalización expresa en nuestro país desde 1996 y que son reflejo de los principios de la medicina hipocrática que caracterizan al médico por actuar a favor de la vida y de la integridad física.

De acuerdo a la idiosincrasia de nuestro pueblo, es más adecuado buscar una solución basada en la solidaridad que permita promocionar a la mujer y a

su criatura, otorgándole la libertad de poder optar por otras vías y, de esta forma, salvar a los dos.

Es menester atacar las verdaderas causas del aborto en nuestro país y que surgen de nuestra realidad socio-económica. Existe un gran número de mujeres, particularmente de los sectores más carenciados, que soportan la carga del hogar solas. Para ello, hay que rodear a la mujer desamparada de la indispensable protección solidaria, en vez de facilitarle el aborto.

El Poder Ejecutivo saluda a ese Cuerpo con su mayor consideración.

Dr. Tabaré Vázquez
Presidente de la República

LIBROS RECIBIDOS

Bohdziewicz, Jorge C., *Bernardo A. Houssay y los Institutos del CONICET*, Inst. Bibliográfico Antonio Zinny, Buenos Aires 2004, 89 pgs.

Bojorge, Horacio, *El liberalismo es la iniquidad*, Del Alcázar, Buenos Aires 2008, 49 pgs.

Bazan Lazcano, Marcelo, *La Oración y la Caridad en las cartas pastorales de Monseñor Doctor Abel Bazán y Bustos (1910-1926)*, Dunken, Buenos Aires 2008, 76 pgs.

REVISTAS RECIBIDAS

AHORA, Información, Bimensual, Aptdo. Correos 31.001 (08080) Barcelona, España:
Nº 93, *1808-2008. En guerra contra la Revolución*, Jul-Ago 2008

CRISTIANDAD, Duran y Bas, 9 2º- 08002 Barcelona, España:
Año LXV, Nº 925-26, *San Pablo Apóstol y Profeta,* Ago-Sept 2008.
Año LXV, Nº 927, *San Antonio María Claret, Apóstol y Misionero,* Oct 2008.

CRISTIANITA, via S. Franca 29, I-29100 Piacenza, Italia:
Nº 346, anno XXXVI, *Gli anni del desiderio e del piombo,* Marzo-Aprile 2008

CUESTIONES TEOLOGICAS Y FILOSOFICAS, Apartado Aéreo 56006, Medellín, Colombia:
Vol. 35, Nº 83, *Lo humano: lenguaje de Dios*, 2008

DIDASCALIA, Revista de Catequesis, Pte. Roca 150 (2000) Rosario:
Año LXII, Nº 616, *Mes Misional*, Octubre 2008
Año LXII, Nº 617, *¡No tengan miedo!*, Noviembre 2008

ECCLESIA, Revista de Cultura Católica, Via degli Aldobrandeschi 190, 00163 ROMA, Italia.:
Vol. XXII, Nº 2, Abr-Jun 2008, *Benedicto en América: pregón de la esperanza*

EPIMELEIA, Revista de estudios sobre la tradición, Bme. Mitre 1411 (1037) Buenos Aires:
Año XV, Nº 229-30, *El Platonismo en Paul Bernays*, 2006

ESPIRITU, Cuadernos del Inst. Filosófico de Balmesiana, Duran y Bas, 9, Apartado 1382 Barcelona, España:
Año LVI, Nº 136, *Mínima Kierkegaardiana*, Jul-Dic 2007

FILOSOFIA OGGI, per l'unità delle scienze:
Anno XXXI, Nº 122-123, *Miti e Idoli d'Oggi,* Aprile-Settembre 2008

FUERZA NUEVA, Dios, Patria, Justicia, Núñez de Balboa 31, 28001 Madrid:
Nº 1356, *18 de julio. Pese a quien pese y en la calle*, Jul-Ago 2008
Nº 1357, *De la memoria histórica a la burla judicial*, Sept 2008
Nº 1359, *El barco del aborto pirata*, Oct-Nov 2008

GLOSAS SILENSES, Rev. de la Abadía de Sto. Domingo de Silos, Burgos Esp.:
Año XIX, Nº 2, *La religión en la plaza pública*, Mayo-Agosto 2008

HUMANITAS, Rev. Antropología y Cultura Cristiana, Av. Libertador B. O'Higgins 390, Santiago, Chile:
Nº 52, Año XIII, *Universidad y Familia*

INSTAURARE omnia in Christo, Periodico cattolico, culturale, religioso, civile, via Vittorio Cadel, 12, 33100 Udine, Italia:
Anno XXXVIII, Nº 2. *L'uomo amministratore*, Maggio-Agosto 2008

LECTURE ET TRADITION, B.P.1, 86190 Chiré-en-Montreuil (France):
Nº 371-372, *Les racines grecques de l'Europe chrétienne*, Janvier-Fevrier 2008

LECTURES FRANÇAISES, B.P.1, 86190 Chiré-en-Montreuil (France)
Nº 617, *Sarkozy et l'armée,* Septembre 2008
Nº 618, *Où va l'Europe aprés le Non irlandais,* Octobre 2008

NUEVA LECTURA, La Revista Libro, Mensual, Ayacucho 236 P.B. «A» (1025) Bs. As.:
Año 15, Tomo XV, Nº 171, *¿Es solo una cèluila?*, Mayo 2008

PROYECCION, Teología y mundo actual, Facultad de Teología. Apartado 2002. E-18080 Granada (Esp):
Nº 230, *La congregación General 35: Una experiencia de eclesialidad y universalidad*, Jul-Sept 2008

RAZÓN ESPAÑOLA, Paseo Santa María de la Cabeza 59 (28045) Madrid, España:
Nº 151, *Correspondencia con Vicente Mortes Alfonso y Juan Castañon de Mena*, Sept-Oct 2008

SALMANTICENSIS, Universidad Pontificia de Salamanca, Compañía, 5, 37002, Salamanca (España):
Vol. LV, Fasc. 1, *José Ignacio Tellechea Idígoras (In Memoriam)*, Enero-Abril 2008

SIEMPRE P'ALANTE, Quincenal Navarro Católico, Doctor Huarte, 6 1º izq., 31003, Pamplona (España):
Año XXVII, Nº 591, *Honor de nuestro pueblo*, 1 Septiembre 2008
Año XXVII, Nº 592, *Adoración Nocturna española*, 16 Septiembre 2008

Año XXVII, Nº 593, *Agua para la Vida Eterna*, 1 Octubre 2008
Año XXVII, Nº 595, *Memoria Histórica de nuestros mártires*, 1 Noviembre 2008
Año XXVII, Nº 596, *Reino de Verdad y Vida*, 16 Noviembre 2008

VERBO SPEIRO, José Abascal, 38, 28003, Madrid, España:
Nº 467-468, *El año paulino*, ago-sep-oct 2008

BIBLIOGRAFÍA

Martini, Cardenal Carlo M., *Coloquios nocturnos en Jerusalén (Coloquio con el Padre Jesuita Georg Sporschill)* San Pablo, Buenos Aires 2008, 193 pgs.

Esquilmados y abatidos como ovejas sin pastor

Introducción

Esta mañana, 6 de diciembre de 2008, sábado de la primera semana de Adviento y primer sábado del mes, tenía decidido escribir este breve artículo cuyo título me lo ha inspirado el Evangelio de hoy que todos escuchamos en la Santa Misa: Jesús recorría ciudades y aldeas anunciando el Evangelio y al ver a las gentes "se le enternecieron las entrañas para con ellas, porque andaban deshechas y extraviadas como ovejas sin pastor" (Mt 9, 36). Otros traducen "extenuadas y abandonadas"; otros "esquilmadas y abatidas" o "echadas" por los suelos.

Ayer terminé de leer el libro del Cardenal Carlo M. Martini, *Coloquios nocturnos en Jerusalen*, y esta mañana pensé: este libro que exhorta a la Iglesia a "tener el coraje" de "reformarse" es un arma eficaz para dejar a las ovejas (a nosotros) deshechas, abandonadas, abatidas y esquilmadas. Al comentar San Agustín la parábola del buen pastor, observa que "no habría dicho buen si no hubiera pastores malos" a los que llama "ladrones", "salteadores", "mercenarios"; el Buen Pastor es la *puerta* y es el *portero* y en cierto modo también *oveja,* "como oveja fue llevado al sacrificio" [1]. Los otros Cristos que son los Obispos, "son miembros del pastor" que cumplen su misión de guardar, cuidar, enseñar y guiar a las ovejas transmitiendo el fondo revelado (*uno*, *único*, *invariable*) a través del tiempo del peregrinaje; habrá en el tiempo histórico innumerables circunstancias, siempre presentes, pero el buen pastor transmitirá *lo mismo* (el magisterio vivo) bajo la potestad de Pedro, la Roca de la Iglesia.

Sólo el anti-pastor (y bien sabemos Quién es) puede inducir a no ser fiel a su misión contribuyendo eficazmente al abatimiento, a la extenuación, al abandono y confusión de las ovejas. Como antiguo docente católico (aunque pobre oveja frecuentemente "trasquilada") la lectura del libro (expuesto en las vidrieras de librerías católicas) me ha producido un gran dolor y diré lo que creo que hay que decir; puedo decirlo con la libertad de que gozan quienes participan del sacerdocio común de los fieles; será, por eso, sólo una opinión particular sin autoridad alguna, pero que exige el cumplimiento de su derecho a ser rectamente enseñado y guiado.

Los temas esenciales

El libro del Cardenal Martini (quizá por su estilo dialogal) me ha causado una primera sorpresa: no es una obra rigurosa y muchas afirmaciones no están cuidadosamente fundadas. Quizá se deba a su modalidad, que al ser de fácil lectura sobre temas hoy muy difundidos, gana en número de lectores. Se vende más. Por eso no haré una exposición sistemática sino que seguiré sólo sus grandes temas.

1 In Ioannis Ev., tract. 46, 1-5.

Desde el prefacio se habla de “una Iglesia abierta” (pp. 7,168), de “la apertura de la Iglesia al mundo” (p.73). Como lector me pregunto qué deberíamos entender por Iglesia “cerrada” y si es propio hablar de “Iglesia cerrada” o “abierta”. Queda pendiente qué entenderá el autor por “abierta al mundo” ya que “mundo”, si no nos referimos al de las creaturas creadas (el universo) es una cosa muy otra si nos referimos al mundo como ámbito del pecado (el espíritu del mundo).

Esta Iglesia “abierta” conduciría (según el P. Sporschill) a “una Iglesia audaz y creíble” (p. 11). Me quedo insatisfecho porque no sé qué se quiere decir con los términos “audaz” y “creíble”. Es equivoco: algo o alguien es “creíble” si es digno de fe; pero según el contexto, me da la impresión de que se espera ser “creíble” por el *mundo*.

Paso por alto (aunque con trabajo) algunas páginas y me detengo en una especie de enumeración: no está claro decir que “el infierno es una advertencia, una amenaza, una realidad. Pero yo sigo sosteniendo la fe en que, al final, el amor de Dios es más fuerte”. Me hace recordar a un querido profesor mío que no deseaba que existiera el infierno… y sostenía que “está vacío” (p. 10-11).

La base de la educación debe ser la Biblia (de acuerdo) pero el equívoco vuelve a presentarse pues al sostener que nada debe absolutizarse (también de acuerdo) lo hace extensivo a la Iglesia (p. 33). Aquí dudo: si se trata de la totalidad del Cuerpo Místico, la Iglesia *es* “absoluta” en el sentido de eterna y santa… El Cardenal cree que si Jesús viviera hoy, como hizo con sus “colegas los fariseos”, “lucharía con los actuales responsables de la Iglesia” (p. 42).

Aunque ofrece algunas lindas páginas sobre la oración, sorprende la increíble afirmación del P. Sporchill: “No tener relaciones sexuales no es natural”; y pregunta: “Cómo es que los sacerdotes no se casan”(p. 52). En lugar de responder que el acto sexual *es libre* aunque una fuerte pasión lo impulse (no es como la visión, la digestión o la respiración) el Cardenal se limita, por ahora, a recordar que la obligación del celibato data del siglo XI. Parece que para el P. Sporchill *ningún* sacerdote es abstinente-casto. Él sabrá por qué lo dice.

Más adelante, el Cardenal opina: una de las cuestiones que tendría que resolver el nuevo Papa (se refiere a los pasos previos a la elección de Benedicto XVI) tendrá que ser “la relación con la sexualidad y la comunión para los divorciados” que han vuelto a contraer matrimonio (p. 68). Su apelación al “coraje” que hace falta no sirve para nada (Benedicto XVI ha sido muy claro); además este “volver a contraer matrimonio” no es tal: debió decir “contraer” (?) *concubinato* y que es pecado mortal; recibir la Comunión en pecado es un pecado aún mayor. Parece que el Cardenal llama “coraje” al simple permisivismo…. y su propio concepto de *pecado* es erróneo: “la Biblia designa ante todo con ese término no nuestros pecados personales sino las grandes injusticias y penurias del mundo” (p. 71).

Es necesario ese aire fresco de la “búsqueda de lo nuevo” (p. 72) que condujo al Vaticano II (p. 73). Martini, como Schillebeeckx, Rahner, Comblin, Küng, Metz, Boff y tantos otros *inventa un Concilio Vaticano II que jamás existió*. Este inmenso fraude se cura fácilmente: querido lector, *estudie* las Actas. Con eso basta.

Cuando el P. Sporschill le pregunta: “¿qué sueños tiene usted sobre la Iglesia?” (p. 97), aparece el auténtico Martini: “Siempre he sido un entusiasta de Teilhard de Chardin, que ve encaminarse el mundo hacia una gran meta donde Dios es todo en todo” (p. 98). No parece tratarse de la bellísima enseñanza de San Pablo, sino del *pancristismo* del evolucionismo teilhardiano.

Entre las páginas 72 y 138 pueden leerse muchos textos sobre los jóvenes y sobre la Compañía de Jesús y San Ignacio. Después de leerlas me he quedado pensando en ese libro terrible del ex jesuita Malachi Martin [2], y en el de mi colega fallecido, también

2 *Los jesuitas. La Compañía de Jesús y la traición a la Iglesia Católica Apostólica romana*, 507 pp., trad. de M. Alvarez Franco, Lasser Press Mexicana, México, 1988.

ex jesuita Vincent Miceli, sobre "los dioses del ateísmo" [3]. Hace veinticinco años compartimos el dictado de un curso con Thomas Molnar en San Pablo: me dijo que para conservar la integralidad de su ortodoxia doctrinal y el ideal de San Ignacio, se había secularizado.

Volvamos ahora a lo peor del libro de Martini; y digo lo peor porque *es* lo peor: Una tal Andrea le declara "ya hace dos años que convivo con mi novio"; "¿En qué podré notar que sí es el hombre de mi vida?" (p. 139). Inmediatamente le sigue no una pregunta sino una afirmación de Sporschill: dice que la Iglesia sigue teniendo fama de ser hostil al cuerpo, lo que se expresa en la encíclica *Humanae vitae* y la prohibición de la píldora y la anticoncepción; "la Iglesia ha erigido con ella una barrera hacia la juventud"; el Cardenal comienza diciendo que "lo más triste es que la encíclica es en parte culpable de que muchos ya no tomen más en serio a la Iglesia como interlocutora o como maestra" (p. 141): "muchas personas se han alejado de la Iglesia, y la Iglesia se ha alejado de los hombres"; esta encíclica, que "es obra de la pluma del papa Pablo VI" (p. 142) no siguió los consejos de la Comisión de especialistas; para colmo Juan Pablo II "siguió el camino de la estricta aplicación" y hasta pensó (¡oh escándalo!) en una declaración con carácter de infalibilidad pontificia (p. 144). Para Martini la Iglesia debe mostrar "un camino mejor" (p. 145); quizá pedir perdón por la encíclica (sic) y decir "algo positivo" (p. 146) o escribir una nueva (sic).

Lo mismo se debe decir del uso del preservativo (mal menor contra el sida); para colmo el Cardenal parece entender una gran verdad: que el amor es *entrega*. El lector, por eso, queda perplejo ante la afirmación (a propósito de las relaciones prematrimoniales) de que "tenemos que cambiar la mentalidad si es que queremos proteger la familia y promover la fidelidad conyugal" (¡sic!, p. 149-150).

No podemos dictar a los jóvenes "desde escritorios y púlpitos", "todo lo que sería ideal" (p. 151); sin detenerme en las explicaciones bíblicas del "gran biblista", lo mismo debe decirse de la homosexualidad: "en mi círculo de conocidos hay parejas homosexuales, personas muy respetadas y muy sociales. Nunca se me preguntó ni tampoco se me habría ocurrido condenarlas" (p. 152). El biblista reduce los textos bíblicos contrarios a su opinión a un hecho histórico y cultural frente al cual "la Biblia quiere proteger a la familia" (p. 152). De todos modos, algo más adelante no duda en esperar, como cuestión abierta, la ordenación de mujeres y la aceptación de la homosexualidad (p. 177).

Dejemos la "Iglesia misógina", volvamos al concilio, miremos para adelante… como el Concilio que "entró en diálogo con el mundo moderno tal como es, sin cerrarse por temor" (p. 160); si la Iglesia quiere ser misionera es lo que tiene que hacer: abrirse, dejar el dominio masculino, abandonar "la relación entre mujer y pecado" (p. 164); tengamos paciencia: ya nos iremos encontrando con las "otras iglesias", veremos qué pasa con la "ordenación de mujeres" (p. 167-168).

La Iglesia necesita "reformas internas", que vengan "desde dentro". Para Martini, "Martín Lucero fue un gran reformador. Lo más importante es por cierto su amor por la Sagrada Escritura de la que extrajo buenas ideas"; cree que "la Iglesia Católica se dejó inspirar por las reformas de Lutero en el Concilio Vaticano II y ha suscitado un movimiento de renovación desde dentro (pp.170-171). Consecuencia de todo esto es el movimiento ecuménico que en Martini es un mero sincretismo (pp.174-180); para colmo, afirma que "la Buena Nueva es el camino alternativo al discurso moralizante" (p.174).

Como es lógico, no podía faltar el elogio a los teólogos de la liberación que "se encuentran forzosamente con resistencia, puesto que viven a partir de la convicción de que el encuentro con los poderes y la lucha contra la pobreza es el lugar privilegiado para el encuentro con Dios en nuestro mundo" (p. 186).

3 *The Gods of atheism, 485 pp.,* Arington House, N. York, 1971; también tengo al alcance de la mano su *The Antichrist*, 297 pp., the Christoipher Publishing House West Hannover, Massachussets, 1981.

Síntesis conclusiva y crítica

Me limitaré a hacer una enumeración de los contenidos principales de este libro verdaderamente escandaloso, que me ha hecho recordar lo que aprendí de niño: un Cardenal, me enseñaban, es uno de los prelados que componen el Sacro Colegio, consejero del Papa en asuntos graves de la Iglesia e integrante del Cónclave para la elección del Sumo Pontífice.

Aquella enseñanza elemental suponía la fidelidad total al fondo revelado, la ortodoxia suma en la doctrina trans-mitida, la adhesión filial a Pedro, siempre.

De estos coloquios verdaderamente "nocturnos" en Jerusalen, se pueden enumerar las siguientes proposiciones:

1. Queremos una Iglesia "abierta" para que sea "creíble" para el mundo como mundo (repetición de las tesis de Bonhoffer y muchos modernistas).

2. El infierno como "amenaza", afirmación que suscita dudas sobre la eternidad de las penas.

3. La actividad sexual es una "exigencia natural"; el lector deduzca por sí mismo el valor que tiene la abstinencia (imposible) en el célibe y la fidelidad en el matrimonio, p.e. cuando uno de los cónyuges tiene que estar ausente.

4. Deja abierta –bien abierta– la posibilidad de dar la Comunión (Cristo Eucaristía por si lo ha olvidado) a los "vueltos a casar" o, como debe decirse, a quienes pecan mortalmente viviendo en concubinato.

5. Un vago concepto de pecado señalado como esas "grandes injusticias y penurias del mundo".

6. El Concilio Vaticano II ha sido el Concilio de la "apertura" al mundo.

7. La Encíclica *Humane Vitae* debe ser cambiada por otra. Por lo tanto, no existe el Magisterio ordinario ni la primacía de Pedro.

8. Dadas ciertas circunstancias son lícitas la píldora anticonceptiva y el preservativo.

9. "Abrir" bien las puertas a los homosexuales y volver a considerar la posibilidad del Orden Sagrado para las mujeres.

10. Lutero es el "gran reformador" por quien el autor parece tener grande aprecio en el tema de la reforma "desde dentro".

11. Pensar si conviene o no incorporar el nombre de Dios en la Constitución de la Unión Europea (p. 193).

Al Señor no se "le enternecieron las entrañas" por todo esto, sino porque vio a los suyos "esquilmados y abatidos" o "deshechos y echados por los suelos" como "ovejas que no tienen Pastor". Cuando terminé de leer el libro me sentí abatido, esquilmado, atropellado. Pero me recuperé porque sí tengo Pastor… que no es el autor de este libro sino Otro, el Pastor Único que es la Puerta y el Portero. Y en su Nombre, su Vicario, la Roca.

Córdoba, 8-XII-08
En el día de la Inmaculada Concepción de María

Apéndice

(Notas para un artículo que han permanecido inéditas desde mayo de 2006)

El modernismo teológico, el preservativo y la doctrina del "mal menor" según el Cardenal Martini

a) Ambigüedades de la doctrina del "mal menor"

Es aparentemente fácil poner en claro la llamada "doctrina del mal menor". Pero no bien lo intentemos se verá que no lo es por el constante peligro de caer en ambigüedades y hasta en contradicciones; precisamente en la casuística se ha acudido a esta "doctrina" sobre todo cuando es inevitable la tolerancia de un "mal menor" para que no sobrevenga un mal mucho más grave ("mayor"). El acto humano libre sólo es moralmente bueno cuando escoge el medio adecuado (según el orden natural) para el fin, que es lo bueno; por eso, la libertad *no es* opción entre el bien y el mal sino el escogimiento del bien según la razón recta. Toda falta moral es violencia contra el orden moral natural.

Se comprende fácilmente que esta doctrina (que no "principio") puede ser utilizada ambiguamente con el fin de justificar muchas situaciones pecaminosas. Por eso hay que "aplicarla" con extrema cautela.

Vayamos ahora al caso no sorprendente del Cardenal Martini, buen representante del "progresismo teológico" que aplica "el principio del mal menor" y sostiene: "Hay que hacer de todo para contrastar el sida, y ciertamente el uso del profiláctico puede constituir en ciertas situaciones un mal menor" [4].

Se plantea la siguiente hipótesis: Es el caso de una "pareja": uno de los dos está infectado de sida. El Cardenal aprueba el uso del preservativo para evitar el contagio aplicando "el principio" del mal menor.

b) *El uso del preservativo es siempre pecado grave contra el orden natural*

Es pecado grave el uso del preservativo (mal menor) para evitar contraer el sida (mal mayor). Sin embargo el uso del profiláctico (pecado grave) y la infección del sida *no están en el mismo género.* El sida, en sí mismo, es una enfermedad, no necesariamente pecado; puede ser adquirida por vía sexual contra-natura o simplemente por contagio involuntario no pecaminoso; por tanto, la opción es falsa. Además, es siempre ilícito aceptar o legitimar el pecado porque el uso del preservativo es intrínsecamente inmoral, contrario al orden natural.

Debemos pensar, en cambio, que si bien los cónyuges están obligados al débito, el cónyuge sano queda liberado de esa obligación y debe negarse a realizar el acto sexual para evitar el contagio. Digo esto sin indagar *por qué* el otro tiene la infección del sida. También es absolutamente falso sostener que el uso del preservativo "evita violar el quinto mandamiento" (no matar). No existe, por tanto, ningún caso en el cual sea legítimo o simplemente permisivo el uso del preservativo, ni significa optar por un mal menor. Puede darse el caso que entre dos males no quede más remedio que *tolerar* el pecado menor que no pueda impedir; pero jamás será legítimo el uso del preservativo como "mal menor", ni es lícito "hacer de todo" (cualquier cosa) con tal de impedir el sida.

El cardenal Martini sabe mucho mejor que el autor de esta nota que su tesis se opone en materia grave a la doctrina del magisterio y del Santo Padre, aunque le

4 Utilizo el articulo de Elisabetta Piqué en *La Nación,* 1ª sec., 22 de abril, p. 14, col. 1-3, 2006, quien transcribe declaraciones del ex Arzobispo de Milán a *L'Espresso* del 21-4-2006.

acompañaran en su "tesis" otros cardenales y miembros de diversas conferencias episcopales. Siempre será pecado grave el uso del preservativo y también es pecado grave legitimar su uso.

Y como si esto fuera poco, admitir la posibilidad de que mujeres solteras puedan adoptar embriones congelados para evitar su destrucción, equivale a admitir de hecho previas violaciones reiteradas del orden natural creado por Dios.

Confieso padecer en el fondo del alma la sensación de *tropiezo* que eso significa para la fe, fundamento de la salvación. Tropiezo, es decir *escándalo* que sólo se cura con la oración y la fidelidad a la cátedra de Pedro y a la recta doctrina de la Iglesia.

23-04-06, Segundo Domingo de Pascua

c) Una espera transitoria

Hoy, lunes, me enteré por los diarios (*La Nación*, 1ª sec., 24.4.06. p. 11, col. 2-4); *Clarín*, 24.04.06, p. 22, col. 1-3) que el Papa Benedicto XVI habría pedido un estudio sobre el tema y se anuncia un documento.

Cuando estaba a punto de dar a publicidad a mi artículo, suspendí su redacción; espero el documento.

24-04-06, 13.55 hs.

d) La doctrina recta

Acabo de enterarme que no existe ni existirá tal documento. Es un alivio porque un par de Prelados ha desestimado esa posibilidad. Uno de ellos, el Cardenal López Trujillo, ha desautorizado totalmente al Cardenal Martini [5].

Por otro lado, el Presidente de la Pontificia Academia Pro Vita, Mons. Elio Sgreccia, ha manifestado dos cosas sobre las declaraciones de Martini: que no vale la pena polemizar con el ex Arzobispo de Milán pues no lo merece" (sic); que es *necesario recordar* (no olvidemos que el Presidente de esa Academia es médico además de Obispo) que el preservativo "científicamente no garantiza una protección completa" contra el sida.

Con todo respeto, creo que esa afirmación es irrelevante. No nos dejemos contagiar por el lenguaje del relativismo moral: si existiera un preservativo que diera una *protección* perfecta "igualmente su uso sería siempre inmoral".

No discutimos aquí "eficacia" o "no eficacia". Repito: *será siempre pecado mortal* (*contrario al orden natural y a la esencia del amor conyugal*) *el uso del preservativo*.

22-05-06

ALBERTO CATURELLI

5 Cf. Boletín de AICA, nº 2578, 17.V.06, p. 271, Bs.As., 2006.

Sáenz, Alfredo
El Fin de los tiempos y siete autores modernos
4ª ed., Gladius, Buenos Aires 2008, 392 pgs.

Conferencia pronunciada con ocasión de la presentación del libro del P. Sáenz en la XX Exposición del Libro Católico, el 8 de septiembre de 2008, en la Casa de La Educación, Buenos Aires, Capital Federal

Introducción

Tenemos hoy el agrado de presentar esta obra del P. Sáenz. Gracias a Dios, aún hoy, en un mundo en el cual la computación ha invadido todo, siguen apareciendo buenos libros. El libro sigue siendo eficaz para la propagación de las ideas. Baste como ejemplo aquellos libros que, esparciendo mentiras, son capaces de "crear conciencia", "conciencia errónea" o conciencia invenciblemente errónea, para utilizar un término de la moral.

Hoy presentamos un libro. Un libro para esparcir buenas ideas, para desparramar la buena semilla de la verdad, para crear conciencias que se adecuen a la verdad. Presentamos un libro católico deseosos de que este libro sembrado produzca abundantes frutos en el campo del mundo. Esta es la semilla que, en nuestra humilde opinión, el P. Sáenz ha querido sembrar.

En esta presentación del libro *El fin de los tiempos y siete autores modernos*, escrito por el P. Alfredo Sáenz trataremos de introducir en la lectura de este apasionante tema que tan bien ha sido estudiado por el autor. Cabe señalar que en esta cuarta edición se agrega un autor más para el estudio, lo que obligó a realizar el cambio del título. En esta edición se agrega a nuestro querido Hugo Wast.

El P. Sáenz, a través de su libro hace las veces de profeta que interpreta los signos de los tiempos a la luz de la revelación divina para confortar a todos los católicos que tienen la tentación del desánimo ante la fuerza devastadora que parece acrecentarse contra la Iglesia.

Debo confesar que, cuando leí el libro que hoy presento no pude detenerme en su lectura. Me encontré como absorbido por la profundidad y agudeza que brotaba en cada página. He aquí una de las muchas virtudes del P. Sáenz como escritor: la capacidad para saber captar inmediatamente el interés del lector, para despertar en quien lee la famosa "admiración" ante las cuestiones que más debieran interesar al hombre: su vocación de trascendencia, el misterio del mal, de la libertad y el destino de la historia.

El P. Sáenz sabe ir bien a la esencia de cada tema, y descubrir en hechos diversos de la historia de la Iglesia y del mundo el hilo conductor, la trama oculta e inspiradora de cada acontecimiento y darnos luego, en brillante síntesis, una interpretación clara y coherente.

En esta obra el autor nos hace recorrer el pensamiento de siete autores de distintas nacionalidades para descubrir en cada uno de ellos su pensamiento sobre uno de los temas más apasionantes de la revelación cristiana: el fin de los tiempos. Este tema ha sido especialmente revelado en el libro del Apocalipsis. El P. Sáenz como un verdadero pedagogo nos hace entrar en el pensamiento de cada uno de estos autores.

Está por demás destacar la capacidad que el autor tiene para conducir las inteligencias al descubrimiento de la Verdad.

El P. Sáenz es profesor en el colegio Máximo, licenciado en filosofía y doctor en Teología por la Universidad de San Anselmo en Roma. Embebido en la teología de los Padres de la Iglesia nos hace entrar en este fascinante tema sobre el cual podemos hoy encontrar todo tipo de literatura folletinesca y sensacionalista que poco tiene que ver con lo que la doctrina católica ha enseñado sobre el tema.

Antes de abocarme a la presentación del libro en sí mismo quisiera resaltar un aspecto de la personalidad del P. Sáenz que me ha impresionado: su pasión por escribir. El padre es un verdadero apóstol de la pluma. Este amor por la escritura trasunta en cada uno de sus libros.

También quisiera resaltar la gran cultura y conocimientos que el autor tiene sobre los más variados temas. En cada

libro escrito por él podemos apreciar esta cualidad. Esto, sin embargo, no agota al lector con interminables datos superfluos, al contrario, todo este bagaje cultural está al servicio de la inteligencia del tema que el autor se propone abordar en cada libro. Todo es "pertinente" en el desarrollo del tema, permitiendo, así, comprender mejor aquello que se desea ilustrar.

Es justo decir que las ediciones anteriores se han agotado rápidamente, lo que muestra a las claras el interés que suscita el tema del libro y la atracción que genera su autor. Cabe señalar, también, que este libro mereció el elogio de –ni más ni menos– el Papa Benedicto XVI cuando era Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el Cardenal Joseph Ratzinger que, en la carta que le envía al P. Sáenz, le escribe que desea "que estas páginas muevan a sus lectores a comprometerse en la historia presente con aquella fortaleza que otorga la esperanza en la instauración definitiva de todas las cosas en Cristo" (p.11).

El tema y su planteo

Pocos temas más fascinantes, difíciles, necesarios y siempre actuales que el fin de los tiempos, tema que el P. Saénz aborda en la presente obra con su habitual pericia y profundidad.

Sólo un cristiano puede plantearse el tema de una ultimidad de la historia humana. En efecto, en el paganismo precristiano se podía pensar todavía que el curso histórico era como el del Cosmos: un desenvolverse en ciclos que se repiten constantemente. También en el neopaganismo que sigue a la apostasía de la civilización cristiana, la visión de un curso cíclico de la historia con su idea del "eterno retorno" puede volver a plantearse; y de hecho así ocurre en Nietzche, por ejemplo.

Pero como lo señala el autor: "Después de Cristo ya no puede pensarse así. Ya no podemos dejar de lado ni el concepto de comienzo, de creación de la nada, ni el concepto de fin, de escatología terminal. Son dos datos insoslayables que han entrado en el mundo del hombre a raíz de la revelación y sobre todo de la Encarnación del Verbo. La historia es, pues, un acontecer orientado, un proceso, por complicado que sea, que tiene un comienzo y un estadio final" (pp.255-256).

Sin embargo, esta idea cristiana de una ultimidad histórica ha sufrido un proceso de secularización y, así, han hecho su aparición ciertas ideologías que conciben un fin de la historia pero intrahistórico e intramundano; y ese fin se da, ya sea en un registro optimista (el progreso indefinido de los positivistas del siglo XIX, la plenitud de la democracia capitalista de Fukuyama en las postrimerías del siglo XX, etc.), o ya con las notas de un pesimismo radical al modo de los variados tópicos del nihilismo contemporáneo.

De todos modos, un pensador cristiano no puede evadir una reflexión sobre el fin de los tiempos si lo que intenta es una adecuada interpretación de la historia o, para decirlo con mayor precisión, indagar acerca del sentido del acontecer histórico. Pues de esto se trata, en definitiva.

La historia humana, en todo su extenso despliegue, aparece como entretejida entre la libertad del hombre y la Providencia de Dios. La primera va trazando el curso histórico en sus idas y venidas, sus luces y sus sombras, sus apogeos y sus decadencias, en una suerte de fluir del tiempo que, librado a la sola inmanencia de su movimiento, se nos aparece como desprovisto de cualquier sentido trascendente al mismo fluir del tiempo. Pero el cristiano sabe que este suceder del tiempo humano se halla inscripto en un Orden Providencial según el cual cada acontecimiento responde a un Designio de Dios y es parte de un Gran Drama cuyo nudo es la salvación o la condenación del mundo.

Esta mutua imbricación de lo humano y lo divino en la historia es lo que le permite al cristiano discernir el sentido del curso histórico pero, además, es lo que le permite leer adecuadamente los "signos de los tiempos", expresión esta de la que cierta falsa teología ha abusado tergiversándola, pero que, tomada en su cabal sentido, significa saber leer el designio de Dios en cada época de la historia, en el "acontecimiento del día", y su inserción en el contexto del Gran Drama al que antes se aludió. Porque si "los signos de los tiempos" no son leídos e interpretados en este magno y dramático, contexto sólo

pueden conducirnos al callejón sin salida de tantos "aggiornamenti" estériles y vanos.

Pues sólo a la luz de la Parusía es posible entender el tiempo que nos toca vivir. Decía León Bloy: "cuando quiero saber qué es lo que pasa no leo el diario del día; leo el Apocalipsis". La expresión en su hipérbole apunta certeramente y da en el blanco: no hay una adecuada lectura del acontecer histórico, para un cristiano, si no se tiene en cuenta la Parusía.

Ahora bien, esta lectura nos lleva a saber *qué* es lo que pasa pero, sobre todo, a saber *por qué y para qué* pasa lo que pasa. Es de fundamental importancia tener en cuenta este por qué y para qué. En efecto, a menudo la lectura del Apocalipsis y de los textos escatológicos nos ponen en la tentación de querer "adivinar" el futuro o predecirlo, o de ponerle día y hora a los sucesos postreros. Pero este es un intento vano porque, como ha dicho el Señor, en cuanto al día y a la hora ni los ángeles del cielo lo saben. Esta tentación, por tanto ha de ser apartada.

De lo que se trata es de otra cosa: comprender *toda* la historia y la de hoy a la luz de la metahistoria. Lo cual a la par que ilumina nuestra mente, confirma nuestra fe y, particularmente en épocas sombrías como la que nos toca vivir, enciende nuestra esperanza. Así, la iluminación del tiempo presente y el fundamento de la esperanza futura constituyen los ejes cardinales de toda indagación sobre el fin de los tiempos.

El tema de la Parusía ha sido abordado por infinidad de autores a lo largo de todos los tiempos. Como bien reconoce el Padre Sáenz, la inmensa bibliografía existente, junto con los estudios serios y de indubitable ortodoxia, recoge una multitud de escritos en los que campean las fantasías más curiosas y aún las mayores extravagancias sin contar las interpretaciones francamente caprichosas y aun opuestas a la Fe y al Magisterio.

Este hecho ha sido uno de los motivos que han impulsado al autor a emprender la tarea de este libro. Pero hay otro motivo y éste de mucha mayor consistencia. Este segundo y principal motivo es, como declara el P.Sáenz en la *Introducción* de la obra, "la sensación de que nos estamos acercando a tiempos terminales" (p.29). Y aquí encontramos, a nuestro juicio, la clave central que nos permite comprender el sentido del libro que intentamos presentar.

¿Qué es esta "sensación" de que se acercan "tiempos terminales"? ¿Qué significa esta expresión "tiempos terminales"?

Como dijimos antes, no se trata de sostener que ha llegado ya o está por llegar, con mayor o menor inminencia, el tiempo final. Quedarse en una "terminalidad" cronológica implica una lectura superficial de estas páginas. No es esa la intención del autor, por otra parte. Se trata de una "terminalidad" teológica entendida y meditada por el autor, primero, y expuesta y transmitida al lector, después, en clave de *profecía.*

Por eso conviene recordar qué es una profecía. La profecía, en realidad, no nos otorga el conocimiento futuro de los hechos históricos ni tampoco la fecha de su realización. Toda profecía es una revelación de Dios a través del profeta. Pero el profeta "ve" los hechos que anuncia de acuerdo con las modalidades y los medios propios de su tiempo, los que no serán, necesariamente, las mismas del tiempo de su realización. El modo de realización de la profecía no es anticipable, como bien recuerda Mihura Seeber en el Prólogo de la obra. Más bien, toda profecía se va develando en el tiempo en la medida que la palabra profética va como iluminando los acontecimientos (p.18). Es también Mihura Seeber el que trae a colación las palabras de Bossuet: "Lo porvenir toma siempre senda muy distinta de la que pensamos, y hasta las cosas que Dios ha revelado suceden de un modo que nunca habríamos previsto" (p.19).

Lo importante es que la profecía nos permite, ante el acontecimiento actual, poder decir, más allá de los modos, apuntando al corazón de los sucesos: "estaba anunciado"; y este carácter de "haber sido anunciado" ilumina nuestra óptica y, como dijimos antes, nos confirma en la esperanza.

El desarrollo del libro

El autor no desarrolla el tema como una exposición sistemática de distintos

puntos doctrinales articulados entre sí. Otro es el método elegido. El P. Sáenz, en efecto, "convoca", por así decirlo, a una serie de testigos privilegiados de nuestro tiempo, siete en total en esta última edición que es la que ahora se presenta.

Estos siete autores o testigos elegidos son hombres muy distintos, muy diferentes en cuanto a personalidad, estilo, procedencia cultural, nacional y lingüística, etc. Encontramos, así, a dos grandes escritores rusos, Dostoievski y Soloviev; un sacerdote inglés, convertido del anglicanismo al catolicismo, el Padre Benson; un ilustre católico francés, Gustave Thibon, un filósofo tomista de la talla del alemán Pieper; dos compatriotas nuestros, muy entrañables, el Padre Castellani y el novelista Hugo Wast. No puede pedirse una variedad mayor.

Sin embargo, el lector irá apreciando, a medida que avanza en la lectura, que a despecho de tanta variedad y diferencia, hay en estos autores una serie de caracteres comunes que los unifican. Por empezar, todos ellos son hombres de *nuestro tiempo* (finales del siglo XIX y el siglo XX). Todos son, fundamentalmente, *cristianos* dotados de una exquisita conciencia cristiana de la historia. Y todos ellos, cada uno a su modo, *profetizan* acerca de la ultimidad de los tiempos.

Por ser hombres de nuestro tiempo, por ser cristianos y por ser profetas resultan, pues, testigos perfectos y lúcidos. Con ellos, con su segura guía, el autor irá desenvolviendo el complejo y tenso drama de la Esjatología.

Cada uno de los siete autores aporta su visión particular. Pero al reunirlas el Padre Sáenz va elaborando una visión unitaria, engarzando la perspectiva personal de cada uno de los autores en un conjunto armónico. Así, puede decirse que cada autor estudiado es como una nota de una sola y magnífica sinfonía.

El primero que aborda es Fiodor Dostoievski, escritor ruso nacido en el año 1821 en Moscú. Sabemos que el P. Sáenz se ha interiorizado en el mundo ruso y ha sabido captar el alma y la cultura de esa nación eminentemente apocalíptica. Bueno es recordar aquél libro que escribiera en otro momento, *El icono, esplendor de lo sagrado* y *De la Rus' de Vladímir al "hombre nuevo soviético"*. Allí se aprecia el conocimiento que el autor tiene de la cultura rusa.

En este primer capítulo el autor va resaltando algunos aspectos esenciales de la vida de Dostoievski, que anticipó genialmente las consecuencias catastróficas de la revolución rusa y cómo ésta es la consecuencia natural de la ideología liberal.

De manera admirable el P. Sáenz nos lleva por los distintos personajes de las novelas de este escritor y nos muestra la simbología oculta en cada uno de ellos, que son como íconos que hay que contemplar para descubrir en ellos la idea subyacente.

Las novelas que principalmente aborda son *Crimen y Castigo*, en donde se nos ilustra sobre las grandes cuestiones del mal y de la libertad, una especie de buceo en las profundidades del alma humana que desea endiosarse y que, finalmente, reconoce que no es Dios, y *Demonios*, en donde se describe esta tragedia del alejamiento de Dios pero a nivel social. El P. Sáenz nos dice: en *Crimen y castigo*, Dostoievski refuta a Nietzche; en *Demonios*, a Marx. No conoció los escritos de uno ni otro; pero los vislumbró a ambos como posibilidades espirituales, como "typos" intelectuales, y vio –y ello es lo más sorprendente- la relación estrecha que los unía" (p.68).

Estas novelas de Dostoievski son apocalípticas porque intentan descubrir hacia dónde se dirige la historia: del liberalismo pasa al socialismo, de éste al comunismo para luego eclosionar en "el último hombre" de la historia. Este escritor veía en el liberalismo y en el socialismo dos expresiones de la herejía terminal, anunciadoras de la catástrofe apocalíptica de la historia. Estaba convencido de la cercanía del Anticristo, del que se nos habla en el libro del Apocalipsis y sobre el que se inspira para escribir su novela *Demonios*.

Con respecto al segundo autor, Vladimir Soloviev, analiza principalmente el opúsculo *Breve relato sobre el Anticristo*. Luego de mostrar la influencia de Dostoievski en Soloviev se aborda este librito en el cual encontramos una notable descripción de los últimos tiempos.

Quisiera resaltar cuatro presupuestos sustentados por Soloviev y que el P. Sáenz nos señala tan acertadamente:

1) El mal tiene un poder efectivo, real, en el acontecer histórico, contra el bien, contra Dios y contra Cristo.

2) Al fin de los tiempos las fuerzas históricas del mal se concentrarán, logrando un poder cada vez más relevante.

3) Que la historia no es cíclica sino lineal. Por lo tanto, no se suceden los hechos una y otra vez como en un eterno retorno

4) La historia no conoce un progreso indefinido, sino que tiene un término, se encamina hacia una meta (p.138)

En este relato veremos a un hombre dotado de gran inteligencia que es posesionado por Satanás. Promueve una gran paz universal, anulando todas las contradicciones, sin mostrar ninguna animosidad contra Cristo, pero sí suplantándolo y reemplazando la Paz que él vino a instaurar por una paz humanitarista.

El P. Sáenz resalta los aspectos esenciales de este relato que, si bien es una novela inspirada en el Apocalipsis, tiene intuiciones muy agudas que nos ayudan a entender el sentido de la historia, el misterio del mal y el destino de los judíos.

El tercer autor es Robert Hugh Benson. El padre, como buen historiador comienza siempre ubicándonos en la historia del personaje, sus fuentes y sus relaciones humanas. Analiza su obra más conocida *The Lord of the World* escrita en 1907. Esta obra fue traducida por el P. Castellani que sostiene acerca de esta obra que Benson "inventa una manera como la cosa pudo pasar, sabiendo que puede haber otras maneras, lo importante es que la "cosa" va a pasar, de esa manera u otra" (pp.164-165).

En este capítulo el P. Sáenz nos narra sintéticamente este novela resaltando los pasajes más importantes. Aparece, entonces, nuevamente, la exaltación del humanismo, el hombre endiosado, la concentración de todo el poder en una persona de apariencia serena y pacificadora, la masonería, la creación de un nuevo culto, el vaciamiento de la religión católica de todo su contenido dogmático por un credo humanista aunque se conserven formas externas ligadas al catolicismo, etc.

Hay que reconocer las notables semejanzas que tiene esta novela con la situación actual que atraviesa el mundo y la Iglesia. Hay ideas, formas de pensar, que son alarmantemente similares. Cualquiera que lea el libro se dará cuenta de ello.

Este capítulo termina con una cita de Del Noce sobre la masonería y su influencia en la incorporación del catolicismo que ya no es perseguido, sino diluido. Este ecumenismo de tinte masónico, humanitarista fue siempre condenado por la Iglesia aunque hoy día casi ni se hable de ello.

El cuarto autor abordado es Gustave Thibon. En este capítulo el P. Sáenz aborda una hermosa obra de teatro de este autor llamada *Vous serez comme des dieux* en donde se representa el drama que existe entre aquellos que han dominado el mundo por la técnica, creando una especie de "Paraíso terrenal" en donde incluso la muerte había sido vencida otorgándose así la posibilidad de "durar" indefinidamente. Esta obra derrocha intuiciones exquisitas sobre el hombre, sobre Dios, sobre la muerte y la eternidad.

Las intervenciones de Amanda, su personaje principal no tienen desperdicio. Es necesario detenerse en cada frase, contemplarla y saborearla. En un mundo en el que el hombre ha ocupado el lugar de Dios, una persona quiere volver a ser simplemente hombre; experimentar el amor, la muerte, la finitud para llegar así al verdadero destino del hombre que no consiste en "durar" aquí, sino en trascender para siempre en la eternidad.

El P. Sáenz aquí selecciona los pasajes más ilustrativos de la obra, a la vez que nos va descubriendo, como buen maestro, cuáles son las intenciones de Thibon, cuál es su proyecto, y cuáles son las críticas –algunas veladas, otras manifiestas- contra

el pensamiento de Marx, que pensaba que el mundo no ha sido hecho parar ser contemplado, sino para ser transformado, y contra el anhelo de Nietzche, quien sostenía que se debía dejar de ser hombres que rezan para convertirnos en hombres que bendicen, en clara alusión a la pretensión de endiosamiento.

El quinto autor: Josef Pieper. El P. Sáenz al abordar este magistral filósofo se aboca al gran tema de la escatología desde el punto de vista del sentido de la historia. ¿Hacia dónde se dirige el devenir histórico? El pensador alemán sostiene que sin ninguna información profética metaempírica no es posible discutir, y ni siquiera plantearse el tema.

Comienza desenmascarando las falsas escatologías y las visiones optimistas del sentido de la historia, aquellas que sostienen que el mundo corre hacia una época de oro y que la evolución traerá felicidad y bienestar para toda la humanidad, para luego analizar la visión de Pieper sobre el Apocalipsis, el sentido de la historia, el Anticristo y la esperanza cristiana.

Es interesante destacar cómo para Pieper los "cielos nuevos y tierra nueva" vendrán por una transposición del "ser temporal a un estado de participación inmediata en la intemporalidad del Creador" (pp.258-259). Esta transposición sólo puede ser hecha desde fuera, desde Dios. Sin embargo, esta transposición, aunque es irrealizable por fuerzas intrahistóricas, no carece de relación con el curso de la historia. El proceso histórico tiende a su fin, se agudizarán los enfrentamientos pero la "transposición final" viene de afuera. Pieper así nos hace pasar a una visión que no es pesimista, sino que nos abre a un estado de esperanza. En el aparente fracaso de la historia se yergue la venida de un nuevo comienzo, de una plenitud, como lo fue la Cruz de Cristo para todos los que creyeron en él.

Con respecto a la figura del Anticristo, Pieper destaca la necesidad de recurrir a las verdades de nuestra fe. Hay que aceptar de antemano que existe el demonio y que tiene un poder histórico y no un poder cualquiera, sino un poder principesco. Cristo lo llamó el "príncipe de este mundo" (Jn. 12, 31) (p.263). También es necesario aceptar por la fe la existencia de un pecado cometido en los orígenes, para entender el desorden de la historia. En caso contrario no se entendería la figura del Anticristo, que es justamente la concentración de todos los desórdenes introducidos por el primer pecado (p.263).

Aparece también el tema tan interesante del "remedo de Cristo". El Anticristo no siempre ostentará su inquina a Cristo. Esto tan propio de Satanás, una imitación superficial, engañadora de un ser de aparente bondad y de espíritu pacifista.

Respecto a la segunda bestia del Apocalipsis, el profeta del Anticristo, dice Pieper que "está subordinado como la propaganda lo está al ejercicio del Poder" (cit. p.266). Pieper parece suponer que esta segunda bestia tiene que ver con la apostasía de unos cuántos miembros de la jerarquía episcopal que se pondrán al servicio del Anticristo, logrando una unión militar, política y económica que culminará en una unidad religiosa, en un ecumenismo hecho a base de componendas, entonces su poder llegará al cenit (cit. p.267).

Pieper insiste en que el Anticristo pertenece al ámbito de la política, basándose en Santo Tomás, según el cual el instrumento propio del Anticristo será el poder del mundo: *"Potentia saecularis"*, dice el doctor Angélico (cf. p.268). Tendrá un poder inmenso, luego vendrá la gran apostasía. Para Pieper todo este recorrido por las vicisitudes de la historia termina en el triunfo final que no será reductible al optimismo kantiano, teilhardiano o marxista, sino la instauración definitiva del Reino de Cristo, identificado con el triunfo sobre el mal y la derrota de la muerte. Por lo tanto, un cristiano no debe ser ni optimista ni pesimista, debe tener esperanza, esta virtud teologal por la que se aguarda la salvación pero no a partir de algo que pertenezca a este mundo. El P.Sáenz termina exponiendo algunos rasgos de esta virtud de la Esperanza en el pensamiento de Pieper sobre todo en sus obras *Esperanza e Historia* y *Sobre la esperanza*.

El sexto autor analizado es el Padre Leonardo Castellani que aborda el tema de las ultimidades como novelista y teólogo. Lo que en algunas de sus obras nos lo dice de manera novelada, lo reitera en otras de modo más sistemático.

Estudia, primero, la relación del Apocalipsis con el "sentido teológico de la historia". Cabe aquí rescatar una gran intuición de Castellani: luego de dar algunas precisiones sobre cómo se deben interpretar las profecías, sostiene que el "universo no es un proceso natural, como piensan los evolucionistas o naturalistas, sino que es un poema gigantesco, un poema dramático del cual Dios se ha reservado la iniciación, el nudo y el desenlace que se llaman teológicamente Creación, Redención y Parusía. El dogma de la segunda venida de Cristo, o Parusía, es tan importante como el de su primera venida o encarnación" (cit. p.305).

Sáenz va siguiendo el estudio del P. Castellani sobre el Apocalipsis analizando detenidamente cada uno de los personajes que aparecen en este libro sagrado.

Respecto al Anticristo "éste llevará a cabo una síntesis mundial de todos los adversarios del cristianismo". Según Castellani, en su libro sobre el Apocalipsis, éste logrará realizar una especie de contubernio entre el capitalismo y el comunismo. Ambos buscan lo mismo, el mismo paraíso terrenal por medio de la "técnica" en orden a la deificación del hombre. La ideología que los une es común: la de la inmanencia, el paraíso en la tierra y el hedonismo sin límite. "La sombría doctrina del "bolchevismo" –escribe– no será la última herejía, sino su etapa preparatoria y eufórica, "mesiánica". El bolchevismo se incorporará, será integrado en ella. "Esta amalgama del capitalismo y el comunismo en una unidad englobante será justamente la hazaña del Anticristo. «Se arrodillarán ante él todos los habitantes de la tierra» (Ap. 13, 8)" (cit. p.313).

Agudo es el análisis que hace de la figura del Anticristo tejiendo algunas hipótesis sobre sus orígenes y características. Lo más importante es que "el misterio de iniquidad, manifestado en un cuerpo político dotado de inmensos poderes, se encarnará en aquél Hombre de satánica grandeza, plebeyo genial y perverso, de maldad refinada, a quién Satanás comunicará su poder y su acumulada furia" (p.314).

Este Anticristo se abocará a una obra "benéfica" ante los ojos del mundo logrando esa paz sacrílega y embustera, esa paz que Cristo estigmatizó. La Iglesia será perseguida y sus profetas aniquilados, porque serán los aguafiestas de la felicidad colectiva, los profetas de desgracias.

Luego el P. Sáenz analiza el fin de los tiempos desde el Castellani novelista. Sobre todo en los libros *Su majestad Dulcinea* y *Los papeles de Benjamín Benavides*. Notable es el análisis de *Su majestad Dulcinea*, donde retoma la trama de Benson, principalmente con esta intuición: la corrupción en el interior de la Iglesia. Profética es la visión novelada de la conciliación entre la Iglesia y el Estado por obra de la Razón y la Vida. Esta religión adulterada suplió públicamente a la de Cristo. "Como la Iglesia decía *«Extra Ecclesiam nulla salus»* –escribe Castellani–, esta contra-Iglesia o pseudo-Iglesia predica: Fuera de la «democracia» no hay salvación" (cit. p.320). Es como dice el P. Sáenz, una "herejía" o "nueva religión". ¿Quién puede negar la actualidad de este pensamiento?

Castellani también preveé los tormentos de los católicos fieles. Tormentos interiores que son peores que los exteriores. Profetiza noches oscuras interminables, luchas "con sangre en el alma durante años y años, sin resultado aparente, contra tentaciones supremas, sufriendo el bofetón de Satanás" (2 Cor. 12, 7) (cit. p.327).

Finalmente, el P. Sáenz analiza el tema de la conversión de los judíos y el famoso tema del "Milenio" que aparece en el Apocalipsis (Ap. 20, 1-3) en donde se relata el prendimiento del Dragón, el diablo, por parte de un ángel y su encadenamiento por mil años.

El P. Sáenz presenta el tema del "Milenismo", como prefiere llamarlo Castellani, basándose en los Santo Padres, distinguiendo sus diferentes tipos y explicando la postura de Castellani sobre este tema a la luz del Typo y Antitypo de las profecías.

Según Castellani la Iglesia nunca condenó, ni puede condenar el milenismo espiritual ya que sería condenar a la mayoría de los Santos Padres de los cinco primeros siglos, entre ellos los más grandes. Lo que el Santo Oficio prohibió en dos decretos es la enseñanza del milenarismo mitigado, es decir "los que enseñan

que antes del juicio final, con previa o sin previa resurrección de justos, Cristo volvería a la tierra a reinar visiblemente" (cit. p.342). Castellani se inclina a pensar que la Parusía y el juicio final no coinciden, basándose en los Padres más antiguos. Cristo vendrá a vencer antes al Anticristo para luego reinar por un tiempo en la tierra. Castellani acepta que esto es al menos una hipótesis científica que le satisface más. Es una interpretación posible, no condenada.

El P. Sáenz termina, nuevamente, abriendo nuestro espíritu a la esperanza. Una esperanza que no es intramundana, sino sobrenatural, basada en el fin triunfal extrahistórico. El Apocalipsis no es un libro pesimista sino un libro que abre el horizonte de la intervención divina y nos ayuda a entender mejor nuestra historia de persecución.

Por último, en esta nueva edición del libro, se cierra la "lista de testigos" con un autor muy caro a los católicos argentinos: el gran novelista Hugo Wast. En dos de sus novelas *666* y *Juana Tabor*, y en otra obra, *El sexto sello*, Hugo Wast aborda el tema de la Parusía. En los relatos de ficción se describe un escenario escatológico donde se destacan Plácido (imagen de la Iglesia fiel), Juana Tabor (alegoría de la seducción del mundo) y el temible Ciro Dan, el Anticristo, que se hace coronar en la misma sede de Pedro, en Roma. Con estos personajes, Hugo Wast teje un relato en el que el drama del fin de los tiempos adquiere cierto color local, muy argentino, que nos permite reflexionar acerca del destino de nuestra Patria. En este sentido no deja de causar cierto asombro uno de los personajes de *666*: Hilda Kohen, judía, presidenta de la Argentina.

Valoración crítica y conclusión

Uno de los aportes destacables de esta obra es, sin lugar a dudas, su actualidad. Del análisis de estos autores podemos descubrir un hilo conductor que los une: la historia marcha hacia su término. Todos nos dan la sensación de estar acercándonos a los últimos tiempos. Ninguno de ellos habla del fin de los tiempos como algo lejano, sino como algo que se acerca. Están dadas las condiciones para que esa gran apostasía se realice.

Aún más, leyendo estas obras es posible detectar situaciones que ya se están concretando, como la sutileza que utiliza hoy el demonio, la apostasía humanitarista y la búsqueda de una paz sin Cristo. Por eso decimos que este libro es profético, porque nos va haciendo descubrir en la realidad hechos que ya estaban preanunciados.

El P. Sáenz no se limita a contar sus escritos sino que los interpreta, extrae de cada uno de ellos su núcleo y nos da una interpretación coherente, organizada, sobre el fin del mundo. Tal es uno de los méritos que tiene este libro.

Por otro lado, el tema del Apocalipsis es abordado desde la interpretación tradicional. ¡Cuántas veces hemos escuchado y leído que el Apocalipsis sólo narra hechos pasados y que su única finalidad era la de dar fortaleza a los cristianos perseguidos en la época de Nerón. Como si el Apocalipsis ya no conservara su valor profético y escatológico. Asistimos hoy día a una visión reductiva del Apocalipsis. Por eso, el presente estudio nos permite redescubrir este libro sagrado desde su interpretación más católica, esa que han sabido realizar los Santos Padres y que siempre ha sostenido la Iglesia.

Por último, este libro aporta una gran cuota de esperanza a los cristianos de hoy, porque nos ayuda a ubicarnos en la historia vista desde Dios y, por lo tanto, abierta hacia la trascendencia.

Si el cristiano sufre hoy persecución, calumnias, todo tipo de desprecios debemos saber que esto ya estaba preanunciado y que –por ende– está en el plan de Dios. Así nuestros sufrimientos sirven para que ese plan de Dios se realice. Esta obra nos alienta con su visión sobre el sentido de la historia.

El Papa Benedicto XVI nos ha hablado en su encíclica *Spe Salvi* sobre este tema de la esperanza, lo que marca la comunión de pensamiento de esta obra con el Magisterio del Sumo Pontífice. En esa Encíclica el Papa analiza las falsas esperanzas intra-históricas de los grandes movimientos ideológicos, desde la revolución francesa, el pensamiento de Engels

(1845), el pensamiento de Karl Marx y su concreción histórica en el comunismo.

También el tema de la libertad está presente en esta encíclica. Tema que aparece en la obra del P. Sáenz cuando aborda el tema del "Paraíso terrenal" y el de una "felicidad sin libertad". El Papa nos dice que el error de "Marx es que ha olvidado que el hombre es siempre hombre. Ha olvidado al hombre y ha olvidado su libertad. Ha olvidado que la libertad es siempre libertad, incluso para el mal. Creyó que, una vez solucionada la economía, todo quedaría solucionado. Su verdadero error es el materialismo. En efecto, el hombre no es sólo el producto de condiciones económicas y no es posible curarlo sólo desde fuera, creando condiciones económicas favorables" (*Spe Salvi*, 21).

Basta leer el libro del P. Sáenz para darse cuenta cómo este tema de la visión del hombre y de su libertad aparecen tan bien tratados, sobre todo cuando se analiza a Dostoievski y Thibon.

La libertad es inherente al hombre para amar a Dios. No basta tener cubiertas todas las necesidades materiales para realizar al hombre, es necesario abrir su alma a la trascendencia divina, a Dios. Esta trascendencia no se limita sólo individualmente en cada hombre en su interioridad sino que impregna toda la sociedad, las naciones y la historia. Esta última está expectante, abierta hacia esa plenitud que le será dada desde lo alto.

Como conclusión, podemos decir que esta obra es una obra de imprescindible y enriquecedora lectura para todo cristiano. Porque, como dijimos antes, es propio del cristiano pensar en el Fin de la Historia y es necesario saber dónde se está parado para saber hacia dónde hay que caminar, es necesario saber a Quién hay que esperar para no esperar en vano. El Padre Sáenz nos conducirá entonces, a través de estos autores, por las vicisitudes históricas vistas desde Dios para esperar "contra toda esperanza" en Aquel que ha sido puesto sobre todo Principado, Potestad y Dominación: Jesucristo, nuestro Rey y Señor.

Gracias, P. Sáenz, por su servicio a la Iglesia. Gracias por su trabajo incesante y lúcido que tanto bien nos hace a todos. Leer sus libros es un estímulo para seguir a Cristo y para renovar el amor a la Iglesia.

Esperamos siempre con avidez sus obras y le agradecemos a Dios por su apostolado e imploramos que el Señor lo siga iluminando y ejerza por mucho tiempo más, para bien de toda su Iglesia, este fructífero ministerio.

P. Santiago J. Ramos

Héctor Aguer
En torno a Tomás de Aquino
Serviam, Villa Ballester
2008, 118 pgs

Reúne el presente volumen once escritos del autor de diversa extensión y contenido, redactados para distintas ocasiones, a los que otorga unidad la magna figura del Doctor Angélico. En el comienzo de la obra, Monseñor Aguer, "al modo de una confesión", nos habla de su antigua familiaridad con el Aquinate, desde su adolescencia en la que el padre Julio Meinvielle puso en sus manos, por vez primera, la *Suma de Teología*, hasta su madurez intelectual pasando por las diversas etapas de su formación académica en las que las lecturas de las páginas tomistas ocuparon sus horas en compañía de las de San Agustín, las de "los máximos discípulos y comentaristas del Aquinate, antiguos y modernos, de Cayetano y Juan de Santo Tomás", sin omitir a Santiago Ramírez y a Cornelio Fabro (p.5). Más tarde, siempre en tren de confesión, tuvo ocasión de ensayar la aplicación a los textos tomasianos de "los métodos actuales de lectura, tanto en la perspectiva histórico-crítica como estructural", todo lo que le ha permitido lograr, al cabo del tiempo, un acopio intelectual y espiritual que es fuente de inspiración y guía tanto de su acción pastoral cuanto de su propia vida interior (p.5).

Pues bien, las páginas que comentamos atestiguan la profundidad y la calidad de ese acopio logrado a través de largos años de lectura atenta, meditada y crítica de la obra del santo Doctor. Cada uno de

estos once textos ponen al lector ante un Tomás vivo, actual, modelo de estudiante y de maestro, hombre de estudio y de oración, unión admirable de razón y fe, equilibrada conjunción de actividad contemplativa, de enseñanza y predicación.

Pero es sobre todo en las clases u homilías inaugurales dictadas o predicadas por el autor en el comienzo de los ciclos lectivos del Seminario Mayor "San José", de la ciudad de La Plata –en la que gracias a su iniciativa de Pastor se ha recuperado la venerable tradición de iniciar los cursos en la antigua festividad del Santo, el 7 de marzo– donde Santo Tomás es magistralmente expuesto y propuesto a la consideración de los jóvenes seminaristas como fuente inagotable de segura doctrina e insuperable modelo de doctor y santo. Es, justamente, en estas homilías o lecciones inaugurales (que recuerdan la costumbre medieval de los *Brevia Principia* con los que los *magistri* solían inaugurar sus cursos universitarios), en ese contacto directo del Obispo con los candidatos al sacerdocio, donde con seguros trazos de gran concisión y hondura, el autor va como cincelando la figura del Aquinate haciéndola aparecer en todo el esplendor de su grandeza pero tornándola, a la vez, cercana, próxima, cotidiana.

Monseñor Aguer recuerda que la ignorancia del clero es "el peor enemigo de la religión según León XIII; una de las cinco llagas de la Iglesia, que descubrió a la vez con valentía y piedad Antonio Rosmini" (página 67). De allí su celo constante de Pastor por poner remedio a tan gran mal. Por eso insta, una y otra vez, a sus seminaristas a abrazar el estudio procurando unificar la vida intelectual y la vida espiritual recordándoles con San Agustín que la *via eruditionis* y la *via vitae* confluyen en la *sapientia*; sabiduría por la que el estudio se transfiere al amor y lo fecunda y el amor incita a más estudio; así el gusto de la sabiduría permite, a quien se prepara para el sacerdocio, apreciar el valor auténticamente pastoral de la formación intelectual. Se trata, pues, de llevar al discípulo a "adentrarse en la dichosa espesura de la sabiduría" mediante el ejercicio de la virtud de la *studiositas*, superando la concupiscencia de los ojos y la inquietud errante del espíritu hasta llegar "al reposo placentero de la sabiduría, a través del caminar iluminado por las vías de la *eruditio*" (p.68). Y todo, guiados por la mano firme y segura de fray Tomás. Nunca más oportunas estas reflexiones en tiempos en que una praxis pastoral mal entendida y peor realizada está haciendo verdaderos estragos en la vida de nuestras comunidades católicas.

Fuera de las lecciones u homilías inaugurales, se ha de destacar el estudio titulado "Según la condición de su naturaleza" sobre la espiritualidad de Tomás de Aquino. A nuestro juicio se trata del texto de mayor vuelo especulativo de cuantos componen el volumen. Nos recuerda el autor que la espiritualidad tomista es un aspecto de la *Sacra Doctrina*, es decir, la Sagrada Teología; y más propiamente, ella está incardinada en la consideración moral del Aquinate. Ocurre que la moral tomista reposa sobre una visión del hombre que, en tanto creatura racional, imagen y semejanza de Dios, desarrolla toda su existencia en una suerte de movimiento de retorno a Dios, el divino modelo; retorno que se realiza por medio de los principios intrínsecos del obrar humano conforme a la propia naturaleza humana pero con la asistencia de la gracia en Cristo –que es participación de la misma vida divina– y las mociones del Espíritu Santo. Así, la creatura humana recorre su camino de regreso a Dios *secundum modum naturae* por lo que la vida divina, participada por la gracia, adquiere en ella una dimensión propiamente humana; y esta nueva vida divina "es poseída habitualmente como ser divino participado y es fuente de un dinamismo sobrenatural que se pliega, connaturalizándose, al carácter temporal y progresivo que corresponde a la condición humana" (p.31). La espiritualidad tomista se centra, pues, en esta conjunción, en esta "armoniosa coyunda que establece entre lo divino y lo humano" por la que quedan rechazadas tanto una reducción de la espiritualidad a un ascetismo naturalista fundado en la primacía de la voluntad cuanto las formas degradadas de una espiritualidad gnóstico-carismática que diluye la experiencia de la vida espiritual a la endeblez de los estados anímicos y a la inmediatez de las emociones sensibles (p.32).

A fin de ilustrar esta orientación fundamental de la espiritualidad tomista acude el autor al análisis particularizado de cuatro pasajes de la Segunda Parte de la *Suma de Teología*: el célebre artículo 1 de la cuestión 65 de la *Prima Secundae*, en el que el Aquinate desarrolla, apoyándose en ciertas fuentes neoplatónicas –específicamente la clasificación plotiniana de las virtudes– el dinamismo ascendente y progresivo, en la línea de una auténtica *catarsis*, ahora cristiana, de las virtudes cardinales; el artículo 9 de la cuestión 24 de la *Secunda Secundae*, donde el Santo Doctor desarrolla su doctrina de los grados de la caridad (*incipiens*, *proficiens y perfecta*); los artículos 1 a 3 de la cuestión 68 de la *Prima Secundae*, donde viene expuesta la doctrina tomista de los dones del Espíritu Santo, pieza clave de la espiritualidad del Aquinate; finalmente, el artículo 2 de la cuestión 184 de la *Secunda Secundae*, donde se aborda el tema de la perfección posible. Se trata, pues, de una exposición sintética, profunda pero no exhaustiva, de un tema importante y, tal vez, poco conocido por lo que abrigamos la esperanza de que el autor nos provea en el futuro, de un desarrollo más amplio.

Merecen ser mencionados, por último, otros tres escritos, a saber, "La importancia del Padre Fabro en la búsqueda de un tomismo esencial" en el que se examina la propuesta fabriana de un "tomismo esencial"; y dos *Introducciones*, una a la edición bilingüe de *De ente et essentia* y, otra, a la versión española del *Comentario del Evangelio de San Juan*.

Deseo cerrar esta recensión con un recuerdo personal. Hace muchos años, una tarde de verano, visité al entonces Padre Aguer en la sede del Obispado de San Miguel, por aquella época recientemente erigido, a donde había sido llevado, en carácter de secretario personal, por Monseñor Bozzoli, primer Obispo de esa Diócesis. Recuerdo, en el medio de la amplia habitación, una larga mesa sobre la que estaban depositados, en respectivos atriles, abiertos, los rojos y voluminosos tomos de la versión leonina de las *Quaestiones Disputatae De Veritate*. Me acerqué con curiosidad y le pregunté qué estaba estudiando. Me respondió, si no falla mi memoria, que intentaba investigar algo así como la posibilidad de desentrañar ciertas líneas generales o cierto plan sistemático que dieran unidad a tan vasto conjunto de cuestiones. Pero, no sin cierto pesar, me confesó que casi no podía ocuparse del estudio, abrumado como estaba por las tareas de secretario. "Estos libros abiertos –agregó– son un permanente reproche". Me marché lamentándome de que las vicisitudes de la vida eclesiástica impidieran a un sacerdote joven y talentoso dedicarse de lleno al estudio por el que manifestaba, además, tan firme vocación.

Pero, ahora, a la vuelta del tiempo, me conforta comprobar que, como ocurre casi siempre, el talento se sobrepuso a las adversidades. Las páginas que acabo de comentar trasuntan, en efecto, una dichosa amistad con el Aquinate, forjada en prolongadas vigilias, fruto de *'l lungo studio e 'l grande amore*.

MARIO CAPONNETTO

VÓRTICE

E D I T O R I A L

Hipólito Yrigoyen 1970 (C1089AAL) Buenos Aires
República Argentina / Teléfono [54-11] 4952-8383
Horario de atención: lunes a viernes 13 a 19 hs.

ventas@vorticelibros.com.ar

Solicite nuestro catálogo por correo electrónico

Camperas
Leonardo Castellani 34

Castellani 1899-1949
Sebastián Randle 90

Catecismo Tomista
Santo Tomás de Aquino 32

Cien años después
Gilbert K. Chesterton 40

Comunión en la mano
Mons. Juan R. Laise 25

Cosas y más cosas
Juan Luis Gallardo 18

Cristo ¿vuelve o no vuelve?
Leonardo Castellani 40

Crónica de cinco siglos *–3ª edición–*
Juan Luis Gallardo 56

Cuatro sermones sobre el Anticristo
John H. Newman 18

De los vicios a las virtudes. Camino de juventud
Miguel Cruz 20

De todo un poco
Gilbert K. Chesterton 28

El Apokalypsis de San Juan
Leonardo Castellani 40

El orden natural
Carlos Sacheri 34

El Maestro
San Agustín - Santo Tomás 28

Género y derechos humanos
Jorge Scala 28

Historia Argentina para chicos argentinos
Juan Luis Gallardo 30

Historia de las Malvinas para chicos argentinos
Juan Luis Gallardo 27

Historia Sagrada para chicos argentinos *–3ª edición–*
Juan Luis Gallardo 34

La gran conversación. *Newman-Castellani*
Sebastián Randle 28

La reforma de la enseñanza
Leonardo Castellani 28

La Tierra de los Colores
Gilbert K. Chesterton 40

La voluntad del fin en Tomás de Aquino
Beatriz Reyes Oribe 28

Los fieles y la tradición
John H. Newman 20

Malvinas, conflicto vigente
Carlos A. C. Büsser 32

Meditaciones ociosas
Alonso de Escobar 22

Omega 666. El planeta gris
Juan Luis Gallardo 28

Perogrullo & Compañía
Leonardo Castellani .... e/p

Primaveras de plomo
Miguel Cruz 18

Que sean uno
Alonso de Escobar 22

Sobrevivientes y recién llegados
Hilaire Belloc 30

Tobías. Una historia de amor con ángeles
Miguel Cruz 16

Sacheri. Predicar y morir por la Argentina
Héctor H. Hernández 90

Viajes, viajeros y lugares
Juan Luis Gallardo 28



GLADIUS

¡EL MEJOR REGALO ES UN LIBRO!

Pedido de Publicaciones

Nombre y Apellido: ....

Domicilio:...

.... CP: ....

Localidad: .... Prov.: ....

Teléfono: .... E-mail: ....

Formas de pago

1) Depositar la suma que corresponda en cualquier sucursal del Banco HSBC, cuenta corriente 617-3203059, a nombre de FUNDACIÓN GLADIUS. Enviar luego la fotocopia de la boleta de depósito junto con el pedido, a FUNDACIÓN GLADIUS, C. C. 376 Correo Central (C1000WAD) Buenos Aires.

2) Enviar cheque o giro postal o bancario contra plaza Buenos Aires, a la orden de FUNDACIÓN GLADIUS, C. C. 376 Correo Central (C1000WAD) Buenos Aires.

Remito la suma de $ .... Depósito .00 Cheque .00 Giro .00
en concepto de la/s publicaciones señaladas

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO CATÓLICO GLADIUS

Suscripción Gladius	Ordinaria	Estudiante	Extranjera y Apoyo
.00 Año 2009: Volúmenes 73-74-75	$ 75	$ 60	U$S 75

.00 Volúmenes sueltos (1-2-3-4 agotados) c/u $ 30

Indique los números solicitados: ....

Marque con una ∞ el/los libro/s elegido/s: **$**

.00 AA.VV., **Palabra y Vida. Homilías dominicales y festivas Ciclos A-B-C,** c/u 30

.00 AA.VV., **Palabra y Vida** –los 3 volúmenes– 70

.00 ANÓNIMO, **Libro acerca de la Natividad de María** 10

.00 ARROYO DE SÁENZ, E., **El secreto de San Martín** 10

.00 ARROYO DE SÁENZ, E., **La Misa, misterio de amor** 15

.00 BALLESTEROS, Juan C. P., **La filosofía del Padre Castellani** 20

.00 BELLOC, Hilaire, **Así ocurrió la Reforma** 20

.00 BERTHE, **García Moreno** 30

.00 BOIXADÓS, Alberto, **La IV Revolución Mundial. New Age: crónica de una revolución anunciada** 30

.00 BOJORGE, Horacio, **¿Entiendes lo que lees? La interpretación bíblica en crisis** 30

.00 BOJORGE, Horacio, **Éstas son aquellas palabras mías** 30

.00 BREIDE OBEID, Marcelo, **Vocación del militar cristiano** 30

.00 BREIDE OBEID, Rafael L., **Imagen y Palabra** 30

.00 BREIDE OBEID, Rafael L.y o., **Legislación fundamental sobre recursos naturales y ambiente humano sustentable** 90

.00 BREIDE OBEID, Rafael L., **Los Ángeles y las Naciones** 10

.00 BREIDE OBEID, Rafael L., **Política y sentido de la historia** 30

.00 CALDERÓN BOUCHET, Rubén, **Apogeo de la ciudad cristiana** 30

.00 CALDERÓN BOUCHET, Rubén, **Formación de la ciudad cristiana** 30

.00 CASTELLANI, Leonardo, **Las canciones de Militis** 30

.00 CASTELLANI, Leonardo, **Las ideas de mi tío el Cura** 30

.00 CASTELLANI, Leonardo, **Los papeles de Benjamín Benavides** 35

.00 CASTELLANI, Leonardo, **Seis ensayos y tres cartas** 30

.00 CATURELLI, Alberto, **Dos, una sola carne. Metafísica, teología y mística del matrimonio y la familia** 40

.00 CATURELLI, Alberto, **El abismo del mal** 30

.00 CATURELLI, Alberto, **Examen crítico del liberalismo como concepción del mundo** ... 25

.00 CATURELLI, Alberto, **La historia interior** 30

.00 CATURELLI, Alberto, **La Iglesia Católica y las catacumbas de hoy** 35

.00 CATURELLI, Alberto, **La metafísica cristiana en el pensamiento occidental** 15

.00 CATURELLI, Alberto, **La Patria y el orden temporal. El simbolismo de las Malvinas** 35

.00 CAVIGLIA CÁMPORA-VAN RIXTEL, **Tercer Milenio. El misterio del Apocalipsis** 60

.00 CREUZET, M., **La Enseñanza** 12

.00 CREUZET, M., **Los cuerpos intermedios** 12

.00 DE ESTRADA, Santiago, **Santos y misterios** 15

.00 DE MAEZTU, Ramiro, **Defensa de la Hispanidad** 20

.00 DE OLIVERO, Marta, **Cómo conocerse y confesarse bien** 30

.00 DELHEZ, Víctor, **49 grabados sobre el Apocalipsis** 60

.00 DERISI, O.N., **Esbozo de una epistemología tomista** 15

.00 EDDÉ, Emilio, **El Líbano en la historia** - tomo I 30

.00 EDDÉ, Emilio, **El Líbano en la historia** - tomo II 35

.00 EDERLE, R. - SÁENZ, A., **Las Parábolas de Jesús, ayer, hoy y siempre** 35

.00 GOROSTIAGA, Roberto, **Cristianismo o revolución** 15

.00 GOYENECHE, Juan Carlos, **La continuidad en el Magisterio de la Iglesia** 5

.00 GUEYDAN DE ROUSSEL, Guillermo, **El Verbo y el Anticristo** 30

.00 HOFFNER, Cnal J., **Doctrina Social de la Iglesia o Teología de la Liberación** 10

.00 LASA, Carlos D., **Tomás Darío Casares** 30

.00 LE PLAY, F., **La reforma de la sociedad. El trabajo** 10

.00 LEDESMA DE CASARES, M. Dolores, **Las Nobles Pobres. Historia de las Capuchinas en Buenos Aires** 30

.00 LEFEBVRE, J., **Introducción a las ciencias biológicas** 5

.00 LEFEBVRE, J., **La nueva ciudad de Cristo** 10

.00 LOMBARDI, E., **La música sagrada** 10

.00 LOMBARDI, E., **Los fieles cantan** 10

.00 MEDRANO, S., **Construcción de la Cristiandad en la Argentina** 10

.00 MOLNAR, Thomas, **La Iglesia peregrina de los siglos** 30

.00 MONTEJANO, Bernardino, **Familia y Nación histórica** 15

.00 MUCCHELLI, R., **La subversión** 10

.00 OUSSET, Jean, **Introducción a la política** 15

.00 PADRE EMMANUEL: **El cristiano del día** 10

.00 PADRE EMMANUEL: **El naturalismo** 10

.00 PAGANO (h), José León**, El testigo romano** 30

.00 PEREA de MARTÍNEZ, María E., **La cara oculta del sexo** 10

.00 REGO, Francisco, **La materia prima: una confrontación crítica** 35

.00 REGO, Francisco, **La nueva teología de Nicolás de Cusa. La descalificación del saber racional** 30

.00 REGO, Francisco, **La polémica de los universales: sus autores y sus textos** 30

.00 REGO, Francisco, **La relación del alma con el cuerpo** 40

.00 SÁENZ, Alfredo, **De la Rus de Vladimir al hombre nuevo soviético** 40

.00 SÁENZ, Alfredo, **El Cardenal Pie** 40

.00 SÁENZ, Alfredo, **El fin de los tiempos y siete autores modernos** 60

.00 SÁENZ, Alfredo, **El hombre moderno. Descripción fenomenológica** 24

.00 SÁENZ, Alfredo, **El Icono, esplendor de lo sagrado** 60

.00 SÁENZ, Alfredo, **El pendón y la aureola** 38

.00 SÁENZ, Alfredo, **El santo sacrificio de la Misa** 28

.00 SÁENZ, Alfredo, **In Persona Christi** 30

.00 SÁENZ, Alfredo, **José Canovai** 30

.00 SÁENZ, Alfredo, **La Caballería** .... ep

.00 SÁENZ, Alfredo, **La Ascensión y la Marcha** 25

.00 SÁENZ, Alfredo, **La Catedral y el Alcázar** 30

.00 SÁENZ, Alfredo, **La celebración de los misterios en San Máximo de Turín** 20

.00 SÁENZ, Alfredo, **La Cristiandad y su cosmovisión** 60

SÁENZ, Alfredo, **La Nave y las Tempestades**

.00 Tomo 1: *La Sinagoga y la Iglesia primitiva. Las persecuciones del Imperio Romano. El arrianismo* ... 25

.00 Tomo 2: *Las invasiones de los bárbaros* ... 25

.00 Tomo 3: *La embestida del Islam* ... 25

.00 Tomo 4: *La querella de las investiduras. La herejía de los cátaros* ... 25

.00 Tomo 5: *El Renacimiento* ... 25

.00 Tomo 6: *La Reforma Protestante* ... 30

.00 Tomo 7: *La Revolución francesa I. La revolución cultural* ... 35

.00 Tomo 8: *La Revolución francesa II. La revolución desatada* ... 35

.00 Tomo 9: *La Revolución francesa III. Cuatro pensadores contrarrevolucionarios* ... 40

SÁENZ, Alfredo, **Las Parábolas del Evangelio según los Padres de la Iglesia**

.00 Tomo 1: *La misericordia de Dios* ... ag

.00 Tomo 2: *La misericordia con el prójimo* ... ag

.00 Tomo 3: *La figura señorial de Cristo* ... 35

.00 Tomo 4: *El misterio de Israel y de las naciones* ... 30

.00 Tomo 5: *El misterio de la Iglesia* ... 30

.00 Tomo 6: *La siembra divina y la fecundidad apostólica* ... 30

.00 Tomo 7: *El seguimiento de Cristo* ... 35

.00 SÁENZ, Alfredo, **Siete virtudes olvidadas** ... 38

.00 SÁENZ, Ramiro, **Sólo Dios basta: Devocionario de la familia** ... 30

.00 SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO: **La vocación religiosa** ... 20

.00 SAN CIPRIANO, **La unidad de la Iglesia Católica** ... 10

.00 SÁNCHEZ MÁRQUEZ, Manuel, **Historia sintética de España** ... 30

.00 SÁNCHEZ MÁRQUEZ, Manuel, **Isabel la Católica. Cronología de su reinado** ... 30

.00 SÁNCHEZ MÁRQUEZ, Manuel, **Occidente y Cristiandad** ... 30

.00 SANTO TOMÁS DE AQUINO, **Catecismo Tomista** ... 32

.00 SANTO TOMÁS DE AQUINO, **De las razones de la Fe** ... 20

.00 SANTO TOMÁS DE AQUINO, **Las creaturas espirituales** ... 40

.00 SANTO TOMÁS DE AQUINO, **Los Mandamientos comentados** ... 25

.00 SIEBERT, M., **La transformación educativa argentina** ... 10

.00 TOTH, Tihamer, **El joven y Cristo** ... 20

.00 TOTH, Tihamer, **Pureza y juventud** ... 20

.00 TRIVIÑO, Julio, **El cura Brochero** ... 10

.00 TRIVIÑO, Julio, **El Ser –poema filosófico literario–** ... 10

.00 VAISSIERE, J.M., **Fundamentos de la política** ... 10

.00 VIZCARRA, Zacarías de, **La vocación de América** ... 25

(ep: en preparación; ag: agotado)